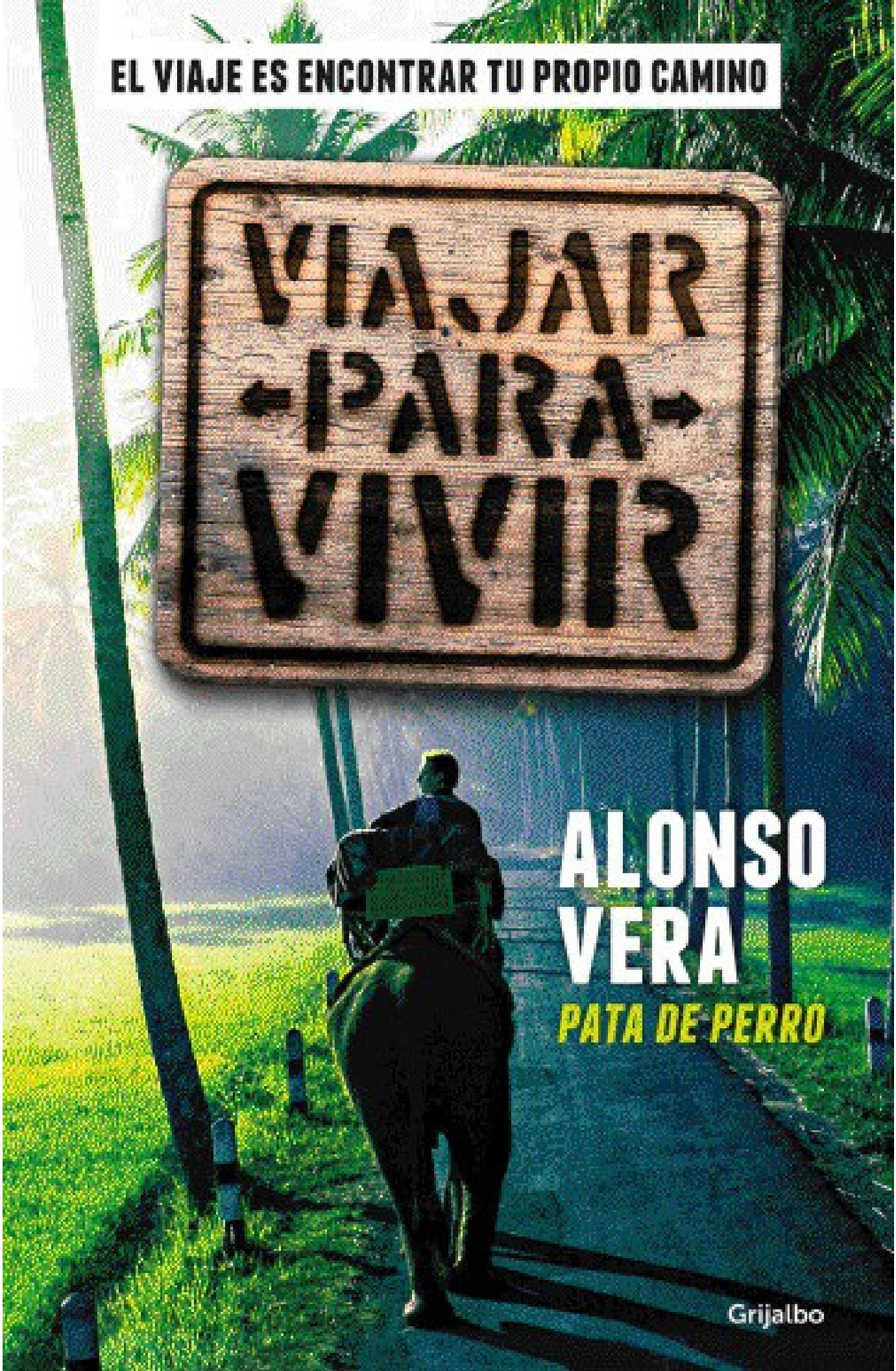
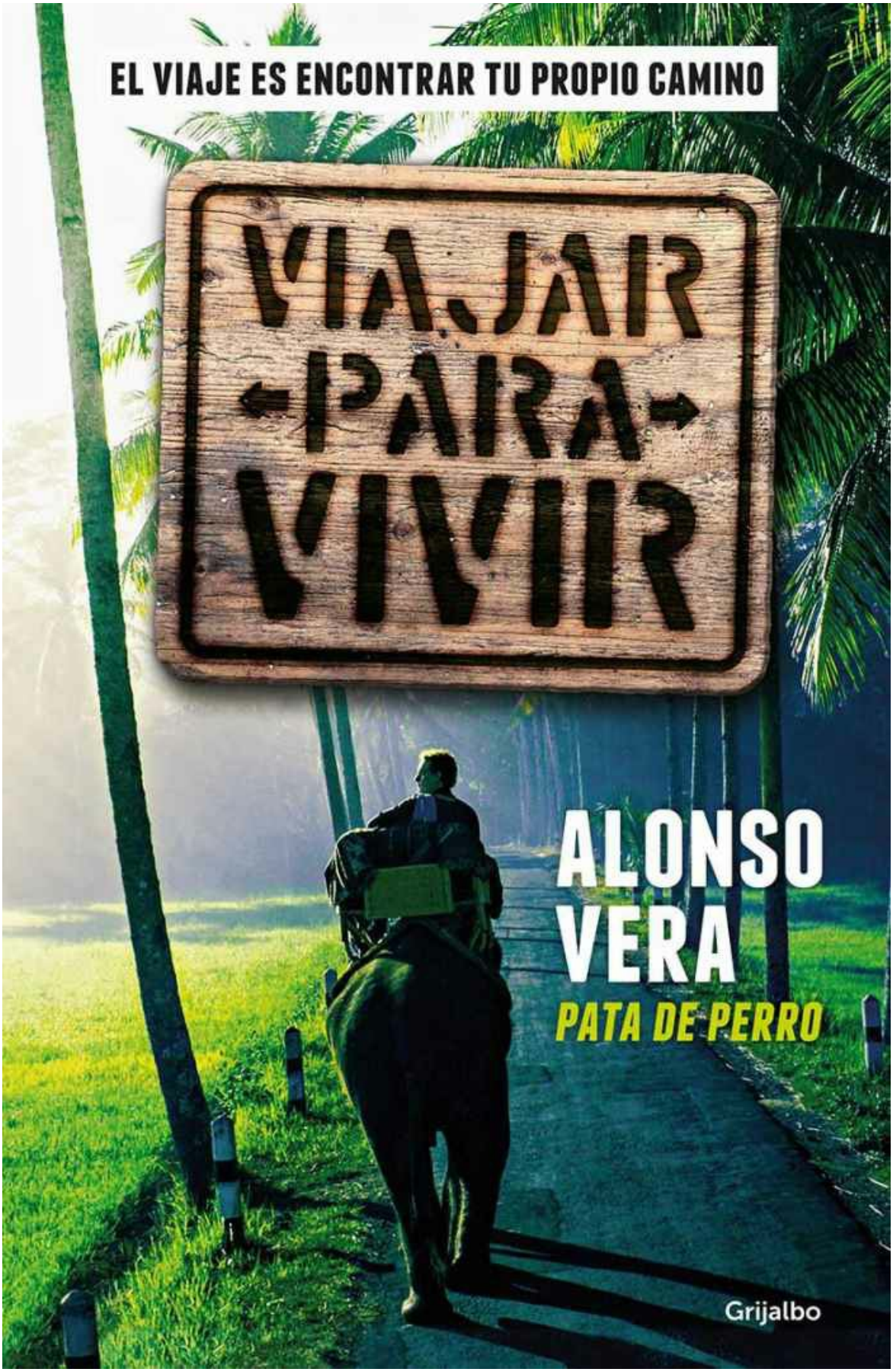
EL VIAJE ES ENCONTRAR TU PROPIO CAMINO



ALONSO VERA

PATA DE PERRO

Grijalbo


EL VIAJE ES ENCONTRAR TU PROPIO CAMINO
VIAJAR
PARA
VIVIR
ALONSO
VERA
PATA DE PERRO
Grijalbo

Viajar para vivir

Alonso Vera Cantú
Pata de Perro

Grijalbo

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleermex

@megustaleermex

Penguin Random House Grupo Editorial

Para Maia y Sabino
Si ya no estoy, no lo duden y emprendan su propia vuelta al mundo



1. Varanasi, India
2. Madrid, España
3. Farnborough, Reino Unido
4. Cairns City, Queensland
5. Townsville, Queensland
6. Mar del Coral
7. Darwin, Australia
8. Parque nacional Kakadú
9. Uluru, Australia
10. Doce Apóstoles, Australia
11. Sidney, Nueva Gales del Sur
12. Auckland, Nueva Zelanda
13. Paihia, Nueva Zelanda
14. Kuta, isla de Bali
15. Ubud, isla de Bali

16. Amlapuri, isla de Bali
17. Monte Bromo, isla de Java
18. Kawah Ijen, isla de Java
19. Yogjakarta, isla de Java
20. Malaca, Malasia
21. Khaosan Road, Bangkok
22. Koh Pha Ngan, Tailandia
23. Wat Phra That Si Chom Thong, Chiang Mai
24. Huay Xai, Laos
25. Luang Prabang, Laos
26. Vientián, Laos
27. Nom Pen, Camboya
28. Siem Riep, Camboya
29. Cantara, India
30. Ciudad Ho Chi Minh, Vietnam
31. Katmandú, Nepal
32. Boudhanath, Nepal
33. Pokhara, Nepal

NOSTOS

La palabra *nostalgia* fue acuñada como término médico por el estudiante suizo Johannes Hofer en el siglo XVII. Sin embargo, hoy trasciende la psicología y ocupa un lugar determinante en el mundo de los viajeros.

Nuestra especie comenzó a viajar hace al menos setenta mil años. Los sapiens salimos del África oriental para extinguir a las demás especies y dominar el planeta, como hombres "sabios" en busca de una mejor cueva donde dormir, un manantial más refrescante y un pasto más verde. Desde entonces sabemos que luego de un viaje ya nada es igual. Eso a mí me quedó muy claro al volver a "casa" luego de mi primera vuelta al mundo en soledad.

Aún recuerdo con detalle el sentimiento de estar de regreso, llenando mis noches de pesadillas. Muchas veces pensé que no volvería a disfrutar jamás la familia, los amigos de la infancia, los rumores y contornos de mi ciudad natal. Los primeros días me pareció estar en una tierra desconocida. Había vivido ya tantas experiencias que de algún modo renegaba de ellas. Y luego de saborear la compañía de mis seres queridos no conseguía ya paz ni placer. Mi existencia estaba enfocada en emprender un nuevo viaje para acabar con la inercia y el tedio cotidiano.

Los mitos de los griegos antiguos son fundamentales para comprender y apreciar mejor el acto de viajar. Hay en el corazón del Mediterráneo un pequeño archipiélago llamado Malta. Flotando en su mar con forma de hipocampo recostado está su isla de Gozo —que hace honor a su nombre—, también conocida como isla Calipso. Al igual que el resto del archipiélago maltés, Gozo ha sido visitada por todos los que han navegado, contendido, comerciado y amado en este mar que celebra la continuidad de la humanidad. En ella se encuentra el pueblo de Xaghra, ideal para disfrutar de las comidas "al fresco", bebiendo a la sombra de sus olivos y fortines, disfrutando el aroma del jazmín y el arrullo de las olas que acarician una hermosa bahía cuyas aguas, color verde esmeralda, vienen una y otra vez a lamer la playa de arenas rojizas conocida como ir-Ramla I Hamra.

Aquí se encuentra la caverna donde según la *Odisea* de Homero la ninfa Calipso mantuvo embelesado a Ulises durante siete años. Anne es el nombre de la sonriente

abuela que monopoliza el alquiler de las velas para internarse en su apológica penumbra. Su esposo Joe Cramona me refirió su recuerdo, de la adolescencia, de cuando un bombardero nazi se estrelló en la colina que me señaló incansablemente con su dedo índice. Joe también me recomendó apagar la vela una vez dentro de la caverna. Es una excelente idea para aterrar a un claustrofóbico o para inspirar a un entusiasta de la literatura clásica.

En la oscuridad de la cueva el tiempo se detuvo. No de manera metafórica, sino literal. Ahí dentro, encerrado en esa negrura, privado de mis sentidos, transcurrió una vida entera en el equivalente de unos nueve minutos. Entonces pude conectarme con la experiencia del propio Ulises, rey de Ítaca, e imaginar lo mismo que sintió el protagonista de la *Odisea* después de pasar diez años de su vida peleando la Guerra de Troya y otros diez intentando volver a casa, a los brazos de su esposa Penélope, a las amistades de su infancia y a los paisajes de su hogar.

Dicho sentimiento es una mezcla de tristeza y alegría, emoción y desesperanza, noches en vela y lágrimas. Es lo que los griegos antiguos llamaron *nostos* o tornaviaje. Es una paradoja: por una parte, el deseo incontenible de regresar, y por la otra, el terror de volver a lo conocido. Condición habitual para el viajero, es también una fuente de inspiración y una invitación a encontrar tu propia definición de la felicidad por medio del desplazamiento.

La nostalgia es, entonces, además de lo que quería Hofer, una oportunidad de apreciar aquello por lo que vale o no vale la pena volver. Es una sustancia fundamental en la medicina que resulta de la travesía, un regalo sublime para redefinir la vida propia a través del inagotablemente placentero acto de viajar.

Mi único deseo es, pues, que al terminar de leer el presente texto lo dejes todo para emprender tu propia vuelta al mundo.

CAPÍTULO 1

VIVIR POR VIVIR

We shall not cease from exploration,
And the end of all our exploring
Will be to arrive where we started
And know the place for the first time.
T. S. ELIOT, *Little Gidding*

El viaje comienza desde el momento en el que tomamos la decisión.

Varanasi, India
Día 1385 fuera de casa

Yo, de niño, quería ser fantasma o basurero. Durante mi adolescencia lo único que deseaba era comprar un anillo en el mercado de Katmandú. Al terminar la preparatoria decidí estudiar medicina, pero mi universidad se fue a huelga. Entonces recordé las palabras de mi querido maestro de química: "Si quieres darle la vuelta al mundo, tienes que ser monje o millonario". La primera opción resultó la más viable, y así fue como comenzó esta historia:

> Ya no añoro nada de casa, pues tengo unos mil años y mil vidas viajando. Al menos así es como lo siento ahora. El tiempo en el camino no suele seguir los convencionalismos de la vida cotidiana. De hecho, el sitio donde habito ahora no tiene nada de común, pues Varanasi es una de las siete ciudades sagradas de la India y uno de los nodos más espirituales del planeta Tierra. Todavía no estoy seguro de cuándo lo anormal dejó de serlo.

Fundada por el dios Shiva a principios de la Era de Kali, hace más de cuatro mil años, Varanasi es la ciudad actual más antigua del mundo, habitada de manera ininterrumpida desde la época de Babilonia. Es, además, el centro de la fe hinduista y, según la creencia popular, cualquiera que muera en un radio de setenta kilómetros quedará libre del ciclo de la reencarnación. Y aunque en primera instancia uno pudiera creer lo contrario, morir aquí no es cosa fácil.

"¡Qué odioso eso de la *reencarnation*!", dijo Steve con el castellano roto que aprendió viajando por Nicaragua hace algunos años mientras me pasaba las charas. "Conozco a muchos tan aferrados a su miserable vida que les encantaría tener la oportunidad de volver una y otra vez, como si fuera siempre la primera", le dije mientras visualizaba los rostros de aquellos a quienes evocaba. Inhalé en silencio, rezando el acostumbrado *om namah shivaya* antes de exhalar el "oro negro". Se presentaba como un humeante coro de querubines que se acomodaban dentro de mi cabeza para acompañarme con la misma melodía del amanecer. Cuando ya todo estaba de nuevo en su lugar le pasaba también a Melifluo *el chillum,* la pipa de arcilla con forma de cáliz de flor con la que fumábamos ganja antes de llegar a clase de sitar con nuestro maestro Baba G.

Andábamos a orillas del sagrado río Ganges y ya pasábamos inadvertidos. "La felicidad tiene que ver con sobresalir en la vida propia, no solamente sobrevivirla", dijo Melifluo, como sin voz, mientras inhalaba hasta lo más profundo de su ser. Sonaba como si se estuviera quemando por dentro al intentar contener absolutamente toda la bocanada. Incluso, con los gestos de un pez hambriento, atrapaba las más pequeñas nubes de humo que trataban de escapar. Su capacidad de mantener suspendidas en los pulmones las pequeñas partículas sólidas que resultan de la combustión incompleta era simplemente sobrehumana. El día entero me pareció transcurrir mientras Melifluo resguardaba celosamente en su interior aquella mezcla entre lo físico, lo químico y lo etéreo, aun cuando tal vez hubieran pasado tan sólo unos segundos. Buscaba siempre obtener el máximo efecto posible antes de exhalar. Así vivió cada instante de su vida, hasta el momento en que murió en mis brazos.

"El problema —dijo con su característica erudición e irreverencia derivada de la intoxicación— es que en el Concilio de Constantinopla se calificó de anatema, y borraron todas las referencias a la reencarnación tanto del Nuevo como del Antiguo Testamento." Steve puso el dedo meñique de su mano izquierda frente al rostro de Melifluo mientras éste terminaba de persignarse, y con el índice de la derecha trazó con harto estilo el movimiento de un cuchillo, como pelándolo. "Se la pelaron", dijo. Gustaba de practicar sus mexicanismos frente a mí.

No acostumbro hablar de política ni de religión. Prefiero escuchar al otro sin limitar su opinión, pues la mía dejó de ser importante ya hace mucho tiempo. Viajar libera de aquellos métodos con los que las instituciones suelen acotar nuestra propia definición de la felicidad por medio del miedo y, sobre todo, de la culpa. De hecho, la vida en el camino no permite los tabúes. Y antes de llegar a casa de Baba G guardábamos el chillum envolviéndolo en una seda color carmín. Aquí la ganja es considerada sagrada, aunque ilegal. Pero no para los sadhus.

Baba G fue un hombre santo, un sadhu. Pero en ese momento era sólo un sacerdote

retirado del ascetismo que impartía clases de sitar a viajeros errantes, como Steve, Melifluo, y yo. El sitar es un bello instrumento de cuerda pulsada cuya caja de resonancia está hecha con una calabaza curada al sol.

Baba G nos dio la bienvenida a su hogar con su característica sonrisa y el aprendizaje que obtuvo del alba. Sus palabras eran siempre una refrescante cascada de plata que brotaba de su boca junto con la sabiduría a la que nos tenía acostumbrados, ese genio que se presenta como un manantial sin pretensiones, habitual en quien ha dedicado su vida entera a la contemplación y la reinterpretación de los fenómenos de la naturaleza por medio del arte. Esa magia de quien ha recibido despierto cada uno de los amaneceres desde el día de su nacimiento, y encontrado el sentido de la vida meditando cada noche de luna llena, sentado sobre un cuerpo putrefacto y cubierto sólo por un manto de cenizas y polvo de estrellas. Me costaba trabajo pensar en el cuerpo humano como un contenedor temporal de nuestra esencia más inmanente e inmortal. Pero cada día que pasé en Varanasi se llenaba de sentido. Entonces Baba G dio inicio a la lección del día.

> La vida no es de uno,
> uno es parte de la vida.
> Así como la vela dura lo que dura la vela,
> la vela dura lo que dura encendida.

Visitar Varanasi durante el verano fue como vacacionar en el Hades. No era fácil pensar, ni mucho menos digerir, a cuarenta y siete grados centígrados a la sombra. Entonces se entiende el sentido práctico del vegetarianismo hindú. Era casi imposible conseguir, ya no se diga deglutir, un pedazo de carne de res.

Tenía alrededor de veinte años y disfrutaba de una curiosidad insaciable y todo el tiempo del mundo. Me acostumbré a vivir con diarrea. Llevaba meses compitiendo con mi amigo Steve quién lograba vivir con menos dinero. Un dólar al día era nuestro promedio. Él nació en Suecia, yo en México. Yo no llegué a la India como turista, sino en búsqueda de convertirme en un sadhu. Pronto aprendí que para obtener la iluminación siguiendo el camino de la austeridad y la devoción antes tenía que ser estudiante, padre y peregrino.

Recuerdo que lo primero que llamó mi atención al llegar a Varanasi fue un grupo de hermanos que cargaban a cuestas el cuerpo inerte de su madre, envuelto en una seda estampada con símbolos religiosos y decorado con guirnaldas de flores anaranjadas, el color de los muertos. Nadie lloraba; por el contrario, todos caminaban sonrientes, cantando. Luego me encontré de frente con el sagrado río Ganges, en cuya ribera la cremarían en una pira alimentada con fina madera de sándalo. En ese río fluyen los cuerpos putrefactos de niños, vacas y cobras arrastrados por las fuertes corrientes. La

visión de una aleta me hizo parpadear e incluso frotarme los ojos. Era un delfín; más bien, varios. Entonces sí estaba seguro de haber perdido la cabeza. Pero también todo lo demás.

Recuerdo una situación cotidiana en que el inodoro es un agujero en el suelo. La llave escupía sólo agua caliente, igual para limpiarse el culo que los dientes. Ni siquiera extrañaba bañarme de pie. Me convertí en un ser adaptable a cualquier circunstancia. Hoy me da un poco de vergüenza admitir que la mejor versión de mí terminó en ese entonces. Ésos fueron los últimos días en los que mi único miedo era despertar del ensueño para encontrarme viviendo de nuevo una vida normal.

Antes de llegar a la India caminé durante semanas, intentando alcanzar la cima del mundo en los Himalayas. Una noche la temperatura llegó a cuarenta grados bajo cero. Salí de mi tienda de campaña y me senté a cenar una sopa de ajo en el refugio del campamento base del Annapurna I. Ahí escuché, indebidamente, la conversación de dos montañistas nórdicos. Mientras comían platicaron acerca de Cantara, cuyas murallas resguardan el oráculo que revela el camino a la felicidad eterna. "Sus habitantes son los hijos del sol, y decoran sus cabezas con coronas de girasoles gigantes que crecen en las riberas del sagrado río Ganges, cerca de Varanasi." Cambiaron de tema cuando notaron que los estaba escuchando. Pero no era la primera ocasión que yo oía hablar de Cantara. De hecho, llevaba meses siguiendo su rastro.

Visitar Cantara era mi oportunidad para dejar de ser sólo un turista y convertirme en un verdadero viajero. Al menos eso era lo que pensaba en aquel entonces. Así que dejé la vida en las montañas y regresé corriendo al pueblo de Pokhara, en Nepal, para iniciar una travesía de más de cuarenta horas con rumbo a Varanasi, sorteando incontables asaltos y saltos al vacío. A eso te expones en las carreteras impuestas por los nepalíes a sus montañas. Transitar por esas láminas de asfalto adheridas apenas a los acantilados —cuyo fondo resulta invisible— es como domar un semental utilizando hilo dental como rienda. Se trata de trazos imposibles, ideados por un loco o por un genio divino. Me parecen una verdadera proeza, no de la ingeniería humana, sino más bien de su increíble ingenuidad.

Posteriormente tomé el tren nocturno desde Katmandú, el cual llega a la ciudad sagrada que eligió mi destino luego de parar en al menos 684 estaciones. A bordo del tren aprendí que la India es una excepción a la ley de la impenetrabilidad, pues allí sí es posible que dos cuerpos ocupen un mismo espacio al mismo tiempo, si logras aprisionarlos con suficiente fuerza.

Compré un boleto de primera clase con cama, el cual prometía una plácida noche de sueño reparador luego de tanto tiempo explorando las montañas nevadas que se elevaban hasta la altitud de crucero de un avión comercial.

Durante la noche desperté sobresaltado y mi sorpresa creció al encontrarme de frente con dos ojos tan grandes y blancos que brillaban en la oscuridad. Tardé en decidir qué hacer. Aun habiéndole dado ya casi la vuelta al mundo en soledad nunca me había hallado en la penosa necesidad de empujar a otro ser humano para que se fuera a rechingar a su putísima madre de mi puto asiento. Me disculpo por esta descortesía, pero ésa era la única manera de describir la fuerza y el sentimiento con los que obligué al invasor a salir de mi pedazo de metal recubierto con plástico marrón en el vagón 20 059.

Podía sentir esos ojos inmensos observándome a la distancia, pero no guardé pena por lo acontecido. Repasé mi protocolo de seguridad. Mi pasaporte descansaba cómodo entre las piernas, cerca de mis genitales. Mi mochila seguía encadenada a la escalera en la base de mi asiento. Algo de dinero dentro de mi calcetín izquierdo, el resto en el interior de mi cinturón. Pronto concilié de nuevo el sueño. Sin embargo, volví a despertar por el magnetismo de aquella mirada. Más tarde, con la fertilidad característica de los roedores, esa mirada se multiplicó: eran ocho los pares de ojos que tenían clavada su mirada en mí. Se movían de lado a lado. Parecía como si en vez de estar en sus cuencas pendieran de un resorte. No sabía si me estaban juzgando. Entonces me di cuenta de que las siluetas de otros pasajeros se acomodaban plácidamente sobre mi cama. Seguían el contorno de mi cuerpo, ubicados a la justa distancia entre los átomos, la mínima necesaria para no generar fricción o captar mi atención. Mi respuesta fue similar a la primera. Luego de empujar a un par de invasores, el resto se levantó, como respondería una manada de mangostas al ataque de una cobra. Recuperé la cordura, y con cautela les mostré el boleto que me hacía acreedor al espacio en disputa. Movieron sus cabezas de lado a lado para confundirme o para hipnotizarme, hasta que el cansancio venció de nuevo a la indignación.

Estación tras estación, los ocupantes del mismo espacio, supuestamente reservado, siguieron reproduciéndose milagrosamente. Resignado, aprendí a compartir la cama con al menos cuarenta individuos que comían, reían, platicaban, rezaban, cantaban, jugaban a las cartas, fumaban, bebían té y me miraban dormir plácidamente, hasta que llegamos a la ciudad de Varanasi, a orillas del sagrado río Ganges, donde igual flotaban ofrendas de velas e incienso que cadáveres humanos entre bañistas, ascetas y delfines de agua dulce. Un sitio en el que pronto me sentí como en casa pues, más allá de ser un espacio físico, para el viajero el hogar es un estado de ánimo.

Varanasi, India
Día 1413 fuera de casa

Vivir a casi cincuenta grados a la sombra dificulta la digestión, el sueño y la razón, sobre todo cuando duermes en un pequeño cuarto de concreto con una diminuta ventana encima de un entretejido de palma fijado a un marco de madera llamado charpai, que

sirve como cama para alguien con al menos medio metro menos de estatura que yo. El aire acondicionado es inexistente. Los changos acostumbran robarse todo, sobre todo los cepillos de dientes. Pero aquello que parecía tan importante antes de comenzar mi viaje no me interesaba nada.

Hice lo necesario para hospedarme cerca del río. El ashram que entonces llamaba mi hogar había sido adecuado como casa de huéspedes y almacén de arroz luego de que su fundador, uno de los más famosos gurús en la historia moderna de Varanasi, fuera arrestado por traficar con joyas semipreciosas y violar a incontables practicantes animados por sus retiros de yoga, pero desanimados con una mezcla de flunitrazepam y leche de cabra.

Cada mañana solía tomar un baño bajo el grifo del patio central. Pero ésa fue una mañana especial, ya que se apareció Baba G con un sitar. Se sentó en el patio y comenzó a tocar sin aviso. La dulzura de su raga me recordó la brisa cálida que antecede a la lluvia en las montañas. Baba G había venido a reclutar estudiantes para su academia musical. Ahí fue donde conocí a Steve y también donde me reencontré con Melifluo luego de nuestra separación en el norte de Tailandia. Habíamos viajado juntos para aminorar los costos. Pero yo decidí ordenarme monje budista y él prefirió ir en busca de una casa de opio en el Triángulo de Oro, considerado tierra de nadie entre las fronteras de Birmania, Tailandia y Laos. Supongo que ambos buscábamos un consuelo para la vida e incluso pasar el resto de nuestros días intentando sanar el alma doliente, cada quien recorriendo su propio camino con sus propios medios. Pero aquí en Varanasi nuestros caminos se volvieron a encontrar, ya que ambos deseábamos visitar Cantara, el mítico destino que buscan sólo los viajeros más experimentados y que podía ser considerado el verdadero paraíso en la tierra; no algo imaginario o dependiente de la fe, sino un sitio real.

La academia musical resultó ser la pequeña casa de Baba G, cuyo piso estaba cubierto con una alfombra derruida color gris ratón, las paredes pintadas de un morado claro y tatuadas con símbolos auspiciosos de colores rojo y amarillo. No había cama ni cocina ni baño ni ninguna de las comodidades innecesarias para alguien que ha vivido una vida de ascetismo y contemplación. Un hueco sin ventana de piso a techo miraba de frente al río. Otro más del mismo tamaño contemplaba el Ghat Manikarnika, el crematorio principal de la ciudad. Ésa era la razón por la que su casa comprendía veinte de los metros cuadrados más cotizados en toda Varanasi, pues, al ser hindú, morir y ser cremado en ese lugar es más que una obsesión. No implica reencarnar en algo mejor que lo presente, sino dejar de hacerlo para la eternidad. Por ello resulta tan evidente la devoción que se ha ido acumulando por siglos, si no es que por milenios. Pero aquella pasión puede llegar a ser cruda al punto de la náusea y la locura para quien nunca ha estado en contacto directo con la muerte ni consigo mismo.

Baba G bien pudo haber sido un personaje de algún remoto planeta en la saga de *La guerra de las galaxias*. Habrá medido poco más de un metro y pesado el equivalente a mi mochila. Sus ojos hundidos parecían sostenerse milagrosamente de sus cuencas, y sobre ellos las moscas transitaban sin temor a ser disturbadas. Tenía poco cabello, blanco, hasta los hombros, como un velo de lino o un suspiro de nieve. Su piel color marrón me recuerda el cuero viejo de un tambor ritual. Vestía un mismo camisón de algodón, que quizá alguna vez fue blanco. Sus pies iban descalzos pues un par de zapatos solía ser considerado una excentricidad.

Los instrumentos típicos de la música clásica india descansaban sobre el suelo de su casa o colgados de las paredes. Había flautas transversas, como la bansuri, que suena como una película de amor en medio de un océano de flores, y otros eran más bien idiófonos, como el kartal, similar a los crótalos de metal. Sin embargo, el mejor me pareció ser el par de membranófonos conocidos como tablá, una percusión que para tañerla hay que haber nacido en la India o desarrollar un segundo cerebro, si es que se desea establecer el ritmo.

Sin duda, el rey era el sitar, que se me figuraba concebido por los dioses para darle voz al universo. Sus glissandi metalizados eran capaces de devolverle la fe a un exiliado. A primera vista parecía el féretro de una boa que se hubiera comido un balón de futbol. Pero conforme pasaba el tiempo, su compañía se transformaba en el cuerpo de la persona amada. Se cree que proviene de Persia y que fue llevado a la India durante el siglo XVI, en la época mogol. Pero Baba G nos dijo que fue concebido por Amir Jusru en la corte musulmana una bella tarde de verano del siglo XIII.

La música clásica de la India se comprende mejor si se sabe algo acerca del sistema de castas y si uno está familiarizado con el concepto de la reencarnación. Aun así puede resultar apasionante para cualquiera que tenga un poco de sensibilidad y mucha curiosidad, como yo. Además de peregrinos y turistas, Varanasi atrae a músicos del mundo entero, ya que es un sitio reconocido por la excelencia de sus academias musicales y sus festivales culturales. Ubicada al norte de la India, en el estado de Uttar Pradesh, Varanasi es también la cuna de algunos de los más grandes exponentes musicales del país, incluyendo a la cantante Girija Devi y al gran musicólogo pándit Ravi Shankar, padre de todos los intérpretes de sitar que han existido y jamás existirán. Pero la academia de Baba G no era motivo de nada para nadie. Si acaso, de nostalgia para mí y para los demás que lo conocieron.

Baba G nos recibía a las siete de la mañana para darnos nuestra lección. Steve y yo acostumbrábamos llegar juntos luego de fumar un poco a orillas del río. A veces Melifluo nos acompañaba, pero por lo general ya estaba ahí, meditando o bebiendo té, sentado con las piernas cruzadas. Su postura era tan perfecta como la manera en la que hacía música junto con la flauta bansuri. Melifluo tenía tiempo viviendo en Varanasi,

tenía pinta de local. Siempre creí que había nacido en el sur de España o en la Patagonia, pero los muchos años de vida sobre el camino borraron todo trazo de sus orígenes. Según Melifluo, la definición del sufrimiento se transforma cuando haces música, pues es la manifestación más profunda y compleja de nuestra existencia, más que el amor. Me parecía obvio que estaba listo para morir. Eso hacía de su compañía una paradoja.

Los primeros días con Baba G aprendí la manera correcta de sentarme y sostener la incómoda calabaza que sirve de caja de resonancia. No tendría su permiso para emitir con ella un solo sonido hasta no saber portarla con dignidad, como lo hace la bella diosa Parvati, esposa de Shiva y madre de Ganesh, el auspicioso príncipe cuya cabeza fue sustituida por la de un elefante luego de que su padre se la cortara.

Ganesh protegía la entrada a los aposentos de Parvati, cuando Shiva le exigió que le permitiera el paso para atender sus deseos carnales luego de volver victorioso de alguna guerra, probablemente simbólica. Al negarle el acceso, el dios que todo lo transforma, que destruye lo necesario y que es también el danzante cósmico, desenfundó su espada. Parvati salió cuando ya la cabeza de su hijo rodaba por el suelo. Imagino la mirada con la que ha de haber acompañado su "No te mides, Shiva, neta". El dios, tan apenado con su señora como si de una aventura amorosa se tratara, le prometió que repararía la situación sustituyendo la cabeza de su hijo por la del primer ser vivo que pasara por ahí. Cuál no habrá sido su sorpresa cuando se apareció un elefante juguetón. Desde entonces Ganesh es una de las deidades favoritas del panteón hinduista, dios destructor de los obstáculos, patrono de las artes y las ciencias.

La academia musical de Baba G era el escenario perfecto para que aprendiéramos a tocar el sitar: una herramienta de la divinidad, ya fuera inspirados por la vista y el humo con olor a inciensos, flores y carne quemada, ya por los cánticos de familiares y sacerdotes que se sucedían día y noche. No era tristeza lo que se aprecia por la muerte, sino júbilo y devoción. Pero fue la paciencia inacabable de mi guía Baba G la que me enseñó cómo afinar las cuerdas al tomar como base los sonidos del agua, del fuego y del aire: sa, re, ga, ma, pa, dha, ni.

Recuerdo cuando de pronto Baba G se quedaba mirando el horizonte antes de comenzar la interpretación de una raga. Parecía que se había quedado sin aliento, como uno de los cuerpos que miramos sumergidos antes de llevarlos a calcinar en el crematorio.

Baba G describía las ragas como improvisaciones musicales adecuadas a la hora del día, el estado de ánimo y los elementos de la naturaleza evocados por su intérprete. Su índice había tomado ya la forma de una cobra, atestiguando los muchos años de práctica necesarios para lograr semejante proeza. Y es que no resulta sencillo manifestar las infinitas implicaciones de la realidad a partir de la música. La práctica del sitar le había

rebanado su primera falange, transformándola en una especie de lengua bífida con una callosidad insensible a las muchas cuerdas metálicas que se transforman en navajas durante la interpretación.

En su vida anterior, y con un nombre que incluso él había olvidado, Baba G llegó a dar cátedra en las universidades de mayor prestigio en Varanasi. También interpretó sus ragas junto con los más grandes exponentes de su época. Pero algo lo hizo perder o dejarlo todo, menos las ganas de enseñar. Nunca supe qué fue lo que decidió su destino, pero encontró una razón que lo mantuvo andando en un sitio donde una muerte digna solía ser más codiciada que una vida feliz.

Me tomó varias semanas reunir el valor suficiente para entrar a la casona vecina donde los ancianos esperaban su muerte. Luego de mendigar por las calles durante el día, debían completar lo suficiente para comprar la madera de su propia pira funeraria. Esa casona era conocida como el Hotel de la Muerte, y Baba G había exigido que Steve, Melifluo y yo la visitáramos antes de intentar interpretar nuestra primera raga.

Ingresamos en una enorme habitación desdibujada por el humo del incienso. Lo primero que notamos fue a una madre que yacía sobre el suelo pegajoso, repleto de vómitos y excremento. Envuelta en sus cobijas carcomidas por polillas, estaba acompañada al menos por una centena más de personas en su misma condición. Apenas lograba divisarlas, pero su presencia me resultaba evidente. La penumbra sólo era interrumpida por un tímido rayo de sol que penetraba por una grieta de la puerta de madera que hacía las veces de ventana en ese inframundo. Desconocía por qué a los desahuciados la luz del sol les molestaba, como a las ratas y las cucarachas que pululan en este sitio conocido como Hotel de la Muerte.

Nos encontrábamos en la fortaleza de los muertos vivientes tomando té mientras acompañamos a Olga en la muerte de su madre. Desconocía si se encontraba viva. Dentro de ese lugar dejé de reconocerlo. Tal vez la vida y la muerte ahí se presentaban de la misma forma.

“Aquí nadie está muriendo —nos dijo su hija Olga—, sino que están adquiriendo méritos para su propia salvación.” Más tarde aprendí que eso se conoce como moksha. En realidad no soy capaz de recordar su nombre, pero la llamaré Olga. Melifluo fungía como nuestro traductor. Steve la miraba sin parpadear. Ella exudaba una mezcla de paz y olor a curry que resultaba intoxicante. Debimos haber fumado un poco menos antes de entrar al Hotel de la Muerte.

A un lado de Olga se acumulaba una pequeña montaña de ropa con aroma rancio y con seguridad infestada de pulgas. También había utensilios de cocina, como un quemador de queroseno y una olla en la que Olga preparó un té negro con clavo de olor, cardamomo, pimienta, jengibre, leche bronca y azúcar, conocido como chai.

A nuestras espaldas se encontraba uno de los templos más importantes de una ciudad con más de tres mil seiscientos. Por esa razón este sitio era aún más popular que el antro de moda en la Ciudad de México o el restaurante más famoso de Nueva York. La situación era irreal para quienes proveníamos de otras latitudes y ofrecía escenas que sólo hubiese podido concebir Goya en sus peores pesadillas. El sitio estaba repleto de moscas, así como de hombres y mujeres de todas las edades llegados de todos los rincones del mundo hindú, quienes habían dejado sus hogares para habitar cerca de la máxima fuente de su fe. Vivían sus últimos días entre la penumbra y la pestilencia junto a niños no mayores de cuatro años que se refugiaban allí tras ser abandonados a su suerte —o a su karma, según se conciba— luego de la muerte de sus familiares.

El sitio era un umbral oscuro y tenebroso cuyo destino era uno solo e implacable. Pensé que así debió ser concebido el purgatorio durante el medioevo. Solía ser habitado por seres pertenecientes a la denominación dalit, aquellos conocidos como intocables y cuya capacidad económica se limitaba a lo mínimo indispensable para la supervivencia del cuerpo. Aunque en muchas ocasiones ni siquiera para eso les alcanzaba.

Se dice que el sistema de castas fue introducido en la India en el siglo XVI a. C. La casta más alta, llamada varna —que significa color—, es la de los brahmanes. Está compuesta por sacerdotes, maestros y académicos. Le sigue la casta de los kshatriyas, donde se encuentran los políticos y los militares. El Buda histórico Siddharta Gautama nació como príncipe de esa casta. El sistema de castas fue desafiado por el budismo desde sus orígenes, y a partir del siglo XX diversos movimientos de derechos sociales han buscado hacerlo más laxo. Mahatma Gandhi luchó para que la sociedad india no dependiera de los preceptos religiosos, pero el sistema de castas la sigue determinando.

La tercera casta es la de los vaisyas, comerciantes, ganaderos y artesanos. Y la cuarta casta, la de los shudras, es la más baja; está compuesta por los obreros, los campesinos y los siervos. En la ética hindú cada casta tiene sus propias reglas, y aquellos que siguen la "senda del deber" en esta vida pueden aspirar a reencarnar en una casta superior en la siguiente. Sin embargo, la violación de dichas reglas puede significar lo contrario, ya sea reencarnar en una casta inferior o incluso en un animal.

Se considera impuro, entre otras cosas, el matrimonio entre castas, y lo mismo comer alimentos preparados por una persona de casta inferior. "Bonito método de control", sugirió Steve cuando Olga nos lo platicó. "Es más bien un experimento genético a gran escala, el más grande en la historia de la humanidad", dijo Melifluo, evocando las palabras del genetista ucraniano Theodosius Dobzhansky. "A mí me parece una mamada", dije sin pensar, cuestionando usos y costumbres que no eran los míos, un gesto que entre viajeros experimentados es considerado una falta de respeto o inmadurez.

Sin embargo, existe aún una quinta clasificación: los ya citados dalits o intocables.

Ellos ni siquiera están considerados dentro del sistema de castas, y por lo general se dedican a trabajos que en vida nadie quisiera hacer. En algunas partes de la India sólo se les permite salir de noche, e incluso han sido asesinados por pisar accidentalmente la sombra de alguien perteneciente a una casta superior.

Aun cuando el sistema de "intocabilidad" fue abolido por la ley india, en la práctica sigue habiendo lealtad de clases y una discriminación similar a la que han sufrido y siguen sufriendo los pueblos indígenas en otras naciones. Fue en este contexto donde nació Phoolan Devi, famosa política socialista que llegó a ocupar un escaño en el parlamento de la India. Ella inició su carrera como bandolera tipo Robin Hood, robando a miembros de las castas más altas para darles sustento a las más bajas. Conocida como la Reina de los Bandidos, fue postulada al premio Nobel de la Paz en 1998 y asesinada fuera de su casa siendo congresista.

Fue también en este ambiente donde nació Olga, quien logró convertirse en maestra de primaria en su pueblo natal, localizado en las montañas cerca de la frontera con Bangladesh. Sin embargo, cuando su madre enfermó sin remedio renunció a su trabajo, cobró su pensión y vendió todas sus posesiones para emprender con ella el camino a lomo de mula, tren, camión y más tarde rickshaw para llevarla a morir en la sagrada Varanasi. Olga tenía una razón para vivir más poderosa que la de cualquiera de nosotros, párvulos testigos de aquella escena primigenia: la muerte de su madre, pues cuando todo está perdido ya no hay nada que perder. No hay motor más poderoso que una causa perdida.

"Madre —le dijo Olga con dulzura al oído—, gracias por todo." Ése fue el resumen de una vida juntas. Imagino que la había visto salir de sí en circunstancias para las que nadie pudo haberla preparado. La habría recibido con asombro y odio, pero sobre todo con curiosidad, hasta que en ese instante en el que sus miradas se fundieron por primera ocasión cualquier duda se disipó y juntas hallaron el amor. Amor materno, primordial, aquel que es imposible de explicar o comprender si no es experimentado. Pero el hecho de pensar su vida sin ella debió de hacerla llorar. Olga debió dudar cuando menos por un instante de todo lo que daba por hecho. Debió sentir un remordimiento terrible, hasta el punto de pensar que no merecía su vida. Sin embargo, había una sonrisa en su rostro mientras su madre se diluía entre sus brazos, expirando su último aliento, recibiendo el regalo que tan sentidamente le ofrecía su hija como el máximo agradecimiento.

Olga sabía que la razón de vivir de su madre fue morir con dignidad.

"¿Qué sentido tiene vivir por vivir?", se preguntó Melifluo cuando salimos de aquel lugar. Steve y yo nos sentíamos como cuando un marinero deja caer por error el ancla de su barco a medio camino. No le respondimos nada. Estaba convencido de que en ese instante decidimos, sin mencionarlo, que era propicio comenzar con los preparativos de nuestra expedición en busca de Cantara. "Ninguno", se respondió Melifluo mientras

encendimos de nuevo el chillum.

En Varanasi las vacas rumian libremente y los changos deambulan por calles repletas de basura y bicicletas, calles que forman intrincados laberintos donde fácilmente se pierden los extranjeros. Las casas se tuercen y acomodan al gusto caprichoso de las raíces de los árboles, como el banyan debajo del cual el Buda histórico alcanzó la iluminación. En cada esquina hay cuencos con pequeños altares, de los cuales brotan nubes de incienso frente al rostro de algún hermoso dios que ha sido carcomido por la humedad. Son trescientos treinta millones de dioses los que considera el hinduismo. Eso es lo que yo llamo politeísmo.

Cada mañana, mientras alumbraban los primeros rayos del sol, así como también al término de la travesía de éste por la bóveda celeste, los varanasis y sus visitantes con conocimiento de causa realizábamos ofrendas al río Ganges con velas, flores e incienso, tocando timbales y campanas para complacerlo. Posteriormente se bañaban, rasuraban o lavaban sus ropas en aquellas aguas sagradas en las que habitan peces del tamaño de un infante bien nutrido, pues nadie los pesca jamás. Está prohibido. A las carpas les encanta mordisquear los cuerpos hinchados de los niños que de cuando en cuando flotan o se atoran con las ramas en sus riberas. Los niños, las vacas y las cobras se consideran sagrados, y por ende son arrojados directamente al río. Sólo los adultos hindúes reciben la cremación.

Al terminar cada ofrenda los varanasis salían de las aguas para atender sus negocios, ir a la escuela o mirar una película. Por increíble que parezca, los locales también hacen una vida normal.

De día y de noche se creman cuerpos de hombres y mujeres que llegan a Varanasi provenientes de todo el mundo. A mí me encantaba sentarme cerca del ghat —escalón— o crematorio Manikarnika para observar el proceso. De un hombre, lo último que se calcina son sus hombros. De una mujer son sus caderas lo último que renace como cenizas. Polvo somos y en polvo nos convertiremos. De eso no hay duda.

Algunas horas más tarde, dependiendo del tipo de madera empleada y las atenciones del encargado, los familiares comenzaban a esparcir las cenizas, ofrendándolas a la corriente del río. Más o menos doscientas personas son cremadas cada día en Varanasi, y tan sólo en el Manikarnika arden más de veinte mil cuerpos al año.

A consecuencia del desperdicio que vacía una ciudad de más de un millón de habitantes, el Ganges es el río más contaminado de toda la India. Además de residuos industriales, los innumerables cadáveres putrefactos y los cuerpos parcialmente cremados son arrojados a sus aguas. Hay un millón y medio de bacterias coliformes en cien mililitros del agua del Ganges, cuando lo óptimo para bañarse de manera segura son quinientas de ellas. Pero los locales consideran que es imposible enfermarse con agua

sagrada. Incluso hacen buches y se la toman.

A mí de niño me gustaba beber agua bendita de la pila en las iglesias católicas. Pero el miedo a las consecuencias y los delfines ciegos que habitan el Ganges me impedían entrar a sus aguas. Y es que el Ganges es sagrado porque no es sólo un río, sino una diosa. La diosa que provee el acceso directo al Nirvana. Se cree además que cada inmersión purifica un pecado de la vida presente o de la pasada.

El Ganges nace en los Himalayas y desemboca en el golfo de Bengala luego de recorrer más de dos mil quinientos kilómetros. Cuenta la leyenda que el rey Sagara tuvo sesenta mil hijos y que un día el dios Indra le robó su caballo. Muy enojado, Sagara mandó a sus hijos a buscar su caballo alrededor de la tierra. Finalmente fue hallado en el inframundo, donde se encontraba un sabio llamado Kapila. Los hijos de Sagara le pidieron explicaciones, pero el sabio se molestó pues su meditación había sido interrumpida, así que hizo arder con su mirada a los sesenta mil hijos de Sagara, pidiendo además que sus almas fueran condenadas a deambular por el inframundo eternamente.

Tras ese hecho, el rey Bhaghirathi intercedió por Sagara con el dios creador Brahma. Luego de meditarlo, Brahma envió a la diosa Ganga para purificar con sus aguas las cenizas de los hijos difuntos de Sagara, liberando así sus almas. Pero como la caída de Ganga desde el cielo implicaba el riesgo de destruir la tierra por completo, pidió ayuda al dios Shiva para que sus cabellos amortiguaran la caída.

Otra de las "tareas" que nos encomendó Baba G fue sumergirnos en el Ganges. A mi lado, un par de sadhus ya fumaban de sus chillums preparándose para otro día de turistas tomando fotos, poniendo a prueba su capacidad de contemplación, arraigados a la tierra con sus cabelleras tan largas como las raíces de un árbol milenario y desnudos como dignos devotos de Shiva. A unos pasos del agua mi corazón me pidió que buscara una computadora y abriera mi correo electrónico.

No fue hasta que me senté en un café internet cuando vi mi rostro en el monitor y me di cuenta de todo lo que había vivido desde que comencé a dar mi primera vuelta al mundo en soledad. Hacía muchos meses que no había visto mi reflejo en el espejo. Ya me había dejado de interesar el resultado. Estaba seguro de que jamás regresaría a casa, pues había aprendido a vivir en el camino, ya fuera trabajando como granjero, buzo o mesero, haciendo música en la calle o contando historias a cambio de unos tragos, e incluso como aprendiz de médico brujo, monje o peleador de diversas artes marciales. De pronto me sentí incómodo con la idea de abrir la caja de Pandora, pero había pagado mis quince minutos por adelantado y no podía retractarme frente al correo.

Revisar mi correo electrónico no era un hábito que en esa época tuviera. Recibía unos diez correos cada mes, tal vez de algún amigo de otra vida u otro país, tal vez incluso algo de basura digital. Sin embargo, en aquella auspiciosa ocasión era mi hermana quien

había redactado un correo tan largo que para terminar de leerlo tuve que pagar otros quince minutos, algo que Steve celebraría en nuestra contienda de austeridad.

Mi hermana mayor siempre fue mi adoración, aun cuando no hicimos otra cosa que pelearnos durante la infancia e ignorarnos buena parte de nuestra adolescencia. No me cabía duda de que es difícil valorar lo que se tiene hasta que está perdido. Sin embargo, la situación era que mi hermana estaba embarazada de un pelmazo que yo desconocía. La época y el contexto sociocultural en el cual sucedió lo que tenía que suceder les impidió tanto a sus familiares como a sus amigos comprender que siempre pasa lo que tiene que pasar. Saber que todo lo que pasa es por un motivo que por lo general se mantiene secreto hasta que deja de serlo es atípico en Occidente, no se diga en México.

"Regresa por favor, ven a la boda y acompáñame a superar este infierno", dijo. La estocada mortal había sido dada. Luego de una eternidad se presentaba un motivo por el cual era considerable emprender el regreso. De pronto el café internet se silenció por completo. De hecho, el universo se detuvo, igual que mi corazón. Apagué la computadora e intenté olvidar el correo.

Cada mes celebraban un gran festival en la ciudad más musical de la India. A diario había al menos un concierto, así que por indicaciones de Baba G asistimos a las festividades en el templo de Tulsi Manasmunda. La cita era para gozar tres días y dos noches envueltos en el fervor y la humanidad de músicos y peregrinos, escuchando las más dulces piezas y danzando sin control por el éxtasis que producen el sitar, el tablá y las voces de aquellas bellas mujeres cubiertas apenas con sus saris multicolores.

A Steve todo el mundo buscaba hacerle conversación por su tatuaje del rostro de Elvis Presley en el brazo izquierdo y por su gran capacidad de contar chistes en cualquier idioma. Su diario de campo estaba repleto de dibujos en vez de textos. Manejaba a la perfección el curioso giro de cabeza que caracterizaba la expresión corporal de los indios. Durante los seis meses de sol en su natal Suecia solía vender helados; el resto del año lo dedicaba a viajar, siempre buscando la presencia del astro rey. Su cabello era tan rubio y lacio que parecía el de una muñeca. Cantaba y tocaba la guitarra, y tenía una banda de surf rock que se llamaba Acapulco Golden. A Melifluo, por su parte, ya nadie le hacía caso. De hecho, le estaba costando trabajo hablar con la gente y fácilmente pasaba inadvertido, como un espectro. Parecía morir por dentro. "La idea de visitar Cantara lo tiene trastornado", le dije a Steve aquella noche de luna llena en que bailamos hasta el amanecer. Para Steve, Melifluo era sólo un espectro y Cantara una leyenda, algo así como un cuento de viajeros. Pero Melifluo ya estaba resuelto a partir.

Yo estaba acostumbrado a escuchar historias de fantasía y leyendas heredadas entre viajeros. Como la de Mac, quien siendo cocinero en un crucero escuchó a su capitán hablar de un sitio conocido como "el pueblo de las balas perdidas", un lugar donde se

encuentran enormes pepitas de oro a flor de tierra, las temperaturas suelen superar los cincuenta grados centígrados y supuestamente caen todas las balas perdidas del mundo. Mac decidió dejarlo todo para encontrar ese sitio, localizado en el centro de Australia. Tardó cinco años en hallar el lugar, y ahí logró sobrevivir un par de semanas, reuniendo suficiente oro para vivir como millonario el resto de su vida. "Lo difícil es saber cuándo retirarse, como en Las Vegas", me dijo Mac cuando lo llevé a bucear en la Bahía de las Islas, en el norte de la Isla Norte de Nueva Zelanda. Para recuperar el tiempo perdido trabajando Mac se dedicó a viajar por el mundo con su esposa Fiona.

Nunca nadie me contó una historia con tanta certidumbre. Creo que incluso la creí, al menos por el momento.

Estaba también la historia del Oasis de Tucumán, que me platicó Beppe cuando nos conocimos en Laos. "En ese lugar uno puede mirar de frente a Dios, quien allí, en medio del desierto, toma la forma de un colibrí y te responde una sola pregunta." Aunque, la verdad, atribuyo la sugerencia de Beppe a los influjos del opio, así como al exceso de panqués de plátano con miel de abeja acompañados de enormes cantidades de la exquisita cerveza Beerlao.

Sin embargo, la existencia de Cantara, dentro de cuyas murallas era posible encontrar el camino a la felicidad, fue lo que llamó mi atención. Ahí era posible conocer a la Reina de Cantara, quien lo sabía todo, pues era tan antigua como el tiempo, y recibía personalmente a todos los que lo solicitaban. Deseé también conocer a quienes siempre han sido niños, pues aquellos que dormían al menos una noche en las ruinas de su castillo y se bañaban en las aguas de su pozo obtenían la vida eterna. Allí los pájaros vuelan a la sombra del sol, pues se rinde culto a un gran espejo, aun cuando han estado permanentemente en guerra con las mariposas y con todos aquellos que llegamos por azar o por designio.

La música, como la noche, llegó a su punto de máximo entusiasmo. Los templos hinduistas eran considerados garbhagriha o casa-vientre. Por lo general se encontraban abarrotados y parecían un colorido mercado. Allí no había gran diferencia entre uno y otro, a decir verdad. Bajo el arco de piedra labrada que servía de entrada se arremolinaban los peregrinos comprando flores, veladoras gigantes y paquetes de incienso. En el interior, junto a la cripta, la música acompañaba las ofrendas que recibían los brahmanes, quienes fungían de intermediarios entre la gente y el dios que vivía dentro.

Los olores y el bullicio de los peregrinos se mezclaban con la música y la danza, mientras cada individuo encontraba un lugar donde sentarse para compartir la comida bendecida por la divinidad de aquel lugar. Sobre la cripta, donde se levantaba una torre o shikhara que representaba el sagrado monte Meru, el centro del universo hindú, se acumulaba el humo de las cáscaras de cocos encendidas. A excepción del suelo, todas las

superficies del lugar estaban talladas con representaciones de deidades, figuras míticas y héroes de epopeyas que parecían cobrar vida a la luz de la luna. La experiencia pudo ser aún más trascendente, pero mi mente estaba confundida por el correo de mi hermana.

Esa noche de conciertos en torno del templo Tulsi Manasmunda parecía ser el fin del mundo. El resto de la noche contemplamos las ofrendas y las danzas con la mente puesta en otro lugar hasta que, con el despunte del alba, bajamos al río para bañarnos por primera vez en las sagradas aguas de la diosa Ganga. Fue entonces cuando decidí emprender el regreso. Pero antes debíamos llegar a la mítica Cantara, o al menos intentarlo.

• • •

Esta historia comienza en uno de los momentos más emotivos que recuerdo. Sucedió cuando tomé la difícil decisión de emprender el camino a casa luego de aquella primera vuelta al mundo en soledad.

Mi vida en Varanasi y la expedición a Cantara me recuerdan la historia relatada por Homero, en la que lo más difícil no es librar la batalla, sino volver. De hecho, es imposible volver de un buen viaje siendo el mismo.

Más que un estilo de vida, viajar se ha convertido en una suerte de adicción, y las muchas enseñanzas de vivir en el camino me han ofrecido alternativas para responder con éxito a las preguntas fundamentales. Estoy convencido de que viajar es la herramienta perfecta para encontrar nuestra propia definición de felicidad y aprender a vivir en plenitud. Viajar es una fiesta para los sentidos y un descanso para la razón. Es una actividad poética que se manifiesta por el simple prurito de hacerla. No importa si el motivo es volver y mirar nuestra casa como si fuera la primera vez, o salir para darte cuenta de que ésta no es un espacio físico sino un estado de ánimo.

Viajar por viajar no es tan complicado una vez que se superan los miedos iniciales, como ¿dónde dormir?, ¿qué comer?, ¿cómo nos comunicaremos? Incluso el acto de sobreponerse a estos miedos resulta tan poderoso que la incertidumbre termina convirtiéndose en un gusto.

Es necesario viajar sin empacar expectativas, aun cuando el planeta entero pareciera haber sido descubierto y enredado con fibra óptica, y la vida hoy se desarrolle detrás de una pantalla de cristal líquido y sólo nos quede seguir los pasos de otros. Algún día tendremos que reconocer nuestro potencial y liberarnos del miedo que nos impide emprender nuestro propio camino a casa.

Dicen los que saben que cuando visitas la India por primera ocasión tienes dos opciones: la amas o la odias. Yo, la verdad, albergo ambas emociones de manera simultánea pues, entre otras cosas, ese lugar me enseñó a aceptar el miedo a la muerte

para poder aprender a vivir.

CAPÍTULO 2

EL PRINCIPIO DEL FIN

Las extrañas sugerencias de viaje son lecciones de baile de Dios.
KURT VONNEGUT JR.

Madrid, España
Día 29 fuera de casa

No me da miedo la muerte, sino llegar al final de mi vida sin haberla vivido.

"Recordar es vivir, pero primero hay que vivir algo digno de recordarse", dijo Manuel. "¡Salud, cabrones!", habremos respondido. Por la manera en la que bebimos esa noche, qué digo, ese mes, es difícil recordar cualquier cosa. Sin embargo, brindamos por ello. La bebida de nuestra elección era una mezcla de hielo con refresco de cola y vino tinto de tetrapak. Aprendí tantas cosas durante aquel primer mes que viajé por Europa. Y es que viviendo fuera de tu hogar aprendes las cosas que son realmente prácticas, como que para cocinar unos huevos fritos necesitas aceite, o que en Madrid a aquella mezcla de refresco y vino la llaman calimocho, pero más al norte, donde dicen que se formuló por primera ocasión, se escribe *calimotxo*. Sé que en otros países la conocen como "jabón de lagarto", "matamoscas" e incluso "orín de Jesús".

Una de las cosas que descubrí fue que un mes no es suficiente para extrañar; otra, que existe una suerte de código entre las personas de mundos diferentes. En realidad, aún era sólo un presentimiento de algo que no tiene que ver con el idioma ni con las leyes ni con el deber ser. No sabía todavía cómo explicar las reglas de etiqueta de la tribu global, esas que te abren las puertas del mundo entero. Pero fue la primera ocasión que fue evidente la existencia de un verdadero idioma universal.

Se presentó una primera oportunidad de comprobarlo cuando un individuo vestido de punk se dirigió hacia mí. A la distancia parecía que podría dirigirse a cualquier otra parte. Pero conforme tomó ímpetu fue evidente que yo era su objetivo. Llevaba los puños cerrados, botas con punta de acero y el ceño fruncido. Tenía los ojos fuera de su órbita. Verdes. Una buena dosis de adrenalina navegaba por su sistema circulatorio. Sus amigos reían a la distancia, acostumbrados a la escena. Tal vez era una especie de rito

tribal. Mis amigos se pusieron en alerta. Él estaba listo para batirse a muerte conmigo, como lo hubieran hecho dos en otros tiempos y tal vez por alguna buena razón. Yo no me sentí amenazado, sino inspirado. El instinto primordial me presentó tres opciones: ignorarlo, huir o enfrentarlo. No elegí ninguna. Simplemente le ofrecí mi gran vaso de calimocho y una sonrisa sincera para acompañarlo en su camino. En el instante mismo su semblante se transformó y se detuvo a la distancia más estrecha entre ambos. Entonces me abrazó y le dio un gran trago a mi ofrenda de amistad. Desde entonces somos muy buenos amigos.

Bebiendo en la Plaza de España un día antes de la fecha programada para regresar a casa durante una cálida noche de agosto aprendí que uno es capaz de crear su propia realidad. Sucedió algo extraordinario: decidí, aun sin saberlo, emprender un viaje alrededor del mundo. No era muy temprano ni muy tarde hacerlo por primera vez. En mi caso comenzó como una simple molestia estomacal, como si un bicho dentro de mí me incitara a separarme del nervioso grupo de amigos con el que había recorrido distintas ciudades de la Europa occidental para celebrar el término de nuestros estudios de preparatoria.

Para los de mi generación y mi contexto sociocultural, terminar los estudios de preparatoria era una iniciación a la vida adulta. Hay que considerar que no contamos con internet durante la infancia, por lo que los registros de nuestra pubertad estaban muy limitados, y no había necesidad de acelerar el proceso. No imagino lo complicado que ha de ser existir con doce o trece años de edad en la época de las redes sociales. Me aterraría la idea de ser un párvulo idiota y tener que poner a disposición del público cada uno de mis errores, así como compartir cada penosa etapa de mi proceso de maduración. Sin embargo, en aquel entonces lo difícil era aprender a ser tú mismo, hacerlo a tu propio ritmo y en tu propia dirección. De hecho, aprender no era un placer. Todos éramos forzados a hacerlo al mismo tiempo. Casi no existía una relación directa entre la fuente de información y su consumidor. Nuestras opciones eran limitadas. Las clases en la escuela sucedían como un proceso masificado, similar al de la manufactura de cosméticos, automóviles o electrodomésticos. Nuestros intereses eran elegidos sin habérnoslos notificado. El premio era el resultado de tu capacidad de memoria. El castigo venía por la inquietud de manifestar tu individualidad. Explorar tus límites e intereses era síntoma de una enfermedad para la que no existía nombre, pero para la cual comenzaba a circular una gran cantidad de pastillas que mitigaban la curiosidad.

Llegué a tener muchos maestros, pero pocos buenos. Uno de ellos fue Tex, quien me inculcó el placer de la lectura, y el otro Trans, maestro de química que también estaba ordenado monje benedictino. “Si quieres darle la vuelta al mundo —me dijo una mañana —, tienes que ser monje o millonario.” Jamás olvidaré su frase.

Yo nací en la Ciudad de México muy a finales de los años setenta. La disfuncionalidad histórica de mi familia y la excentricidad de mi físico determinaron buena parte de mi carácter. Viajando me di cuenta de eso. Conforme pasó el tiempo me di cuenta de lo difícil que era actuar como lo había hecho hasta entonces. Conforme los días pasaban viajando me costaba más y más trabajo mantener la pose, y lo mismo a los amigos con quienes comencé el viaje.

Existe una fotografía de los cuatro a bordo del avión que nos llevó a Madrid. Éramos la encarnación de la ingenuidad. Agobiamos tanto nuestro itinerario que apenas nos daba tiempo de tomar fotografías y abordar el tren con rumbo al siguiente destino. Sobre la espalda cargábamos aún los roles de la infancia, así como el doble de ropa que usaríamos aquel sudoroso mes de jaleo imberbe. En el bolsillo, la mitad del dinero que hubiéramos querido gastar. La cabeza repleta de prejuicios. El corazón lleno de expectativas. Éramos parte de la plaga que cada verano amenaza la región con sus hormonas, desplazando a los locales para disfrutar sus fuentes, acampar en sus parques y beber en sus calles buscando la dulzura del amor fugaz o, en su defecto, el alivio temporal del alcohol.

Como estereotípicos capitalinos de la clase media emprendimos ese frenético viaje financiado por nuestros padres. Hijos de la comodidad y los privilegios, nos trasladamos a la velocidad del sonido desde el otro lado del mundo, envueltos en una especie de espesa burbuja protectora. Al llegar, la emoción y la novedad nos hacían sentir invencibles. Yopi, Doddy, Plick y yo. Amigos desde los cinco años de edad, todo lo que sabíamos lo aprendimos juntos. No hay amistad más entrañable que la impuesta por el destino y más tarde confirmada por el amor. Luego de mil y una batallas comprendimos que éramos "a veces diferentes, siempre hermanos". Ésta se convirtió, más que en una frase cursi, en nuestro manifiesto. Pobres niños ricos.

Juntos visitamos los cascarones de urbes añejas sin conocer su historia ni su vida cotidiana. Era como cuando siendo niño llegas a casa de la abuela: una mezcla de fascinación y letargo. Al principio nos hospedamos en cuartos rentados por quienes sobrevivieron a las grandes guerras, gente de mirada perdida y cuerpos lánguidos que de noche aún solloza entre sueños tan sólo para despertar a revivir la pérdida. Más tarde aprendimos a dormir en campamentos, y al final simplemente en parques. Comíamos pan, embutidos y quesos sentados en la banqueta. Caminábamos casi todo el día dejándonos llevar por el flujo de la corriente turística. Bebíamos vino de tetrabrik y agua del grifo. Más vino que agua, en realidad. Lo hacíamos todo con gusto, pues lo veíamos como algo temporal. Pero conforme los días pasaban, las noches se volvieron más largas. Entonces mi sueño se tornó intranquilo. Comenzaron las pesadillas que anteceden al retorno. Son inevitables como la muerte, o como el hambre cuando sales del estado de coma.

No era tanto una presencia como una ausencia la que impregnaba de espectros el

ambiente. La universidad y un sinfín de decisiones que aún no queríamos tomar se avecinaban como una gran tormenta en el horizonte. Era tiempo de decir adiós a nuestra confortable y prolongada ignorancia juvenil. Habían olvidado enseñarnos que la llave de la vida adulta es aprender a elegir y comprometerse con dicha elección hasta ver sus consecuencias, ya que, de lo contrario, detrás de la puerta que se abre suelen aguardar el pánico y la ansiedad. Preverlo en sueños me hizo presa fácil del parásito que alcanzaba ya un tamaño considerable muy dentro de mí, alimentándose de mis dilemas.

Al llegar a la recta final del viaje los días seguían haciéndose más cortos y las noches eternas. Entonces comenzó a desdibujarse la frontera entre el sueño y la vigilia. También hacía ya varios días que nadie soportaba los humores ni las decisiones de los demás. Aun siendo amigos desde la infancia se antojaba incluso la violencia física para resolver las diferencias más fútiles. Estaba cansado de oler a vino rancio y encontrarme en cada estación con la decadente versión mochilera de las mismas personas con las que había sobrevivido los últimos doce predecibles años de mi vida. Comenzaba a perder la paciencia. Me anticipaba al final de las conversaciones. Me sentía como un farsante al pararme frente a los emblemas geográficos y arquitectónicos que atestiguaban mi visita, sin importar su insipidez. Lo único que me importaba era que no estaba listo para regresar a lo que hasta entonces conocía como mi hogar. Era tiempo de comprobar la cualidad efímera de la vida y la multiplicidad de la existencia; de seguir una extraña sugerencia de viaje para recibir una lección de baile de Dios.

Contrario a lo que imaginé, desprenderme de la manada fue una tarea casi sencilla. Aproveché la acostumbrada resaca matutina. Caminé por las calles frescas, acariciadas por barrenderos de indefinida procedencia que restauran a diario la grandiosa decadencia que caracteriza a las capitales europeas como si de una danza entre enamorados se tratara. Un grupo de chicos con las playeras vomitadas cantaban como lo hacen en los estadios de futbol, con todo el eco y la reverberación de una calle intransitada. Una chica con el rímel escurrido caminaba de puntas, con su pantaleta escapándose del bolso. Iba yo intentando ser invisible e insensible.

Más tarde, a bordo del tren percibí cómo, durmiente tras durmiente, la incertidumbre despellejaba la somnolencia con la que había estado viviendo. Cómplice del letargo y la desidia, con tan sólo separarme del grupo había alterado el supuesto de un orden cósmico impuesto por la sociedad que dejaba tras de mí. El camino incrementaba su influjo. Sentí un alivio como el que puede atestiguar aquel que, con una enfermedad considerada terminal, al fin le pierde el miedo a la muerte y comienza a vivir la vida bajo sus propios términos.

Esa mañana presté atención al doble espectáculo que se ofrece a los sentidos del pasajero de un tren, aderezado con el arrullo que otorga el medio de transporte que une y

caracteriza a la región. Con rumbo al sur, atento a lo que ocurría dentro y fuera de sus grandes ventanillas, frente a mí las ciudades se transformaron en poblados y más tarde en sembradíos de naranjos aún en flor. Los lugares que fueran afanados por mochileros eran, estación tras estación, recuperados por personas con el brillo y el semblante característicos de quien habita en la campiña española. Sonriendo desenfadado, casi descaradamente, fuera de la ruta conocida era yo de nuevo el bicho raro. Uno sin un destino fijado. "Será tan sólo una noche —me dije, como si de un sueño se tratara—; nadie notará que me fui." Sin embargo, jamás volví, al menos no como me fui, pues al llegar a la última estación supe que mi destino aguardaba impaciente al otro lado del mar.

Abordé la nave bautizada como *Hércules*. Cuando zarpamos yo aún acostumbraba mirar hacia atrás. Ésa fue la última ocasión. Su rumbo eran las nubes y los rayos que nos amenazaban desde el horizonte. Subí a la terraza para respirar con la urgencia de un pez fuera del agua. Ola tras ola rompía como un puñado de cristales arrojado en contra del casco. El viento cálido que antecede a la lluvia desfiguraba mi rostro. Enfrenté la inmensidad de lo posible. Soñé despierto sueños que miraba tornarse realidad ante mis ojos. Y al caer la noche a gotas bajé a descubrir la vida de a bordo.

Un grupo de soldados españoles jugaba con la suerte y la baraja. A su lado estaban las familias de los herederos del reino magrebí. Intenté descifrar aquellos gestos y actitudes pues intuía que ellos se convertirían en los locales tan sólo llegásemos al puerto marroquí de Tánger. Los hombres platicaban con los hombres. Sus mujeres me miraban con desdén. Era así de evidente mi sorpresa ante las cualidades de sus rostros. Sus ojos me parecían tan grandes como hermosos. Me cautivaba la idea del resto oculto por sus velos. Mis pantalones se hincharon. Caminé de proa a popa y de regreso para relajar mi musculatura. A un lado de la cafetería encontré folletos del sitio que se hallaba ya muy próximo. Y entonces sentí el rigor en mis entrañas. Danzaban agitadamente. Me dirigía, en soledad, al continente madre. Llegaría a la tierra más lejana del atardecer. La puerta por la que los antepasados de mis antepasados entraron para forjar lo que hoy día es España, y por la que salieron nueve siglos más tarde habiendo sentado las bases de lo que ahora llamamos Occidente. Pero eso, como todo lo demás, no lo sabía yo aún.

El huésped alojado en mi interior despertó con hambre. Y cuando arribamos se manifestó como un estremecimiento, para luego hurtar su primera bocanada de aire fresco.

Siento que alrededor del mundo todas las ciudades fronterizas tienen una personalidad recurrente. Son umbrales. Híbridos de uno y otro lado. Destinos perfectos tanto para los ilusos como para los oportunistas. Dicen que las fronteras son cicatrices. A míme parecen más bien llagas, muchas de ellas aún infectadas, por lo que les brotan pus y seres espantosos. ¿Cuál habría de ser mi suerte al poner un pie en tierra firme con mi

cara de niño y mi olor a ilusión? En un principio no lo pensé. Más tarde imaginé que los locales se acercarían a mí, curiosos, como queriendo tocar mi pelo rizado, incluso invitarme a comer alguna delicia local o a pasar la tarde juntos para escuchar una de mis anécdotas de tierras lejanas. Pero no allí, ni mucho menos esa noche. Ésa era la noche de mi iniciación.

Yo apenas bajaba por la rampa del trasbordador cuando ellos ya aguardaban como verdugos fuera de la zona de desembarque, bebiendo Coca-Cola y mirando con ansia sus relojes Swatch; relamiéndose los bigotes con la llegada de una nueva presa, perpleja ante la lluvia de aquella noche.

Ninguna guía práctica habría podido prepararme para el golpe de adrenalina que estremeció mi ser al encarar el puerto de Tánger. Los mapas que había estudiado en el trayecto, con esas retículas caprichosas hasta la costa y sus nombres en árabe y en francés, no lograron reflejar un atisbo de la realidad que se vertía tan violentamente sobre mí, como la lluvia. Mi cuerpo se estremeció. El aire era salado; la tormenta, recia en verdad. Contenedores, barcos y cuerdas fueron lo que atiné a distinguir con la mirada mientras el resto de los pasajeros se diluía velozmente por calles sin banquetas, transitadas por autos salidos de la película *Casablanca*. No lograba divisar dónde refugiarme para tomar la decisión ya fuera de caminar sin rumbo o de pedir ayuda. Mi mente quería escapar de la situación. Pero hube de aferrarme con la misma desesperación con la que hubiera tenido que luchar para mantenerme a flote, ola tras ola, bajo la inclemencia de la naturaleza, si hubiéramos encallado en el trayecto, como les ha sucedido a tantos que van en busca de una vida mejor.

Al encontrarme de frente con aquellos que me habían seguido con la mirada desde el momento en que descendí del barco se volvió evidente que el poco dinero que traía conmigo estaba destinado a terminar en manos del primero que supiera descifrar mi deseo: una mirada afable y la promesa de un techo bajo el cual resguardarme para pasar la noche. Me dije que había cometido un tremendo error al separarme del grupo. ¿Qué me llevó a pensar que yo podría viajar en soledad? Podía escucharlos disputarse mi pellejo en lenguas extrañas. Mantuve la mirada perdida, esperando la intervención divina, como queriendo regresar o al menos detener el tiempo, como en la infancia. Me vi, de nueva cuenta, en manos del azar.

El que me recibía era un puerto ubicado en un sitio tan estratégico que lo ha visto pasar todo, aun cuando esa noche encontraría un nuevo significado. Sirvió de refugio a marinos y comerciantes fenicios, visigodos, portugueses y más tarde británicos. Era también el sitio donde, según el mito griego, se encuentra el paraíso en la tierra o el Jardín de las Hespérides. Fue aquí donde Hércules peleó con el gigante Anteus y concibió a Tinge al copular con la viuda de su adversario luego de vencerlo sin mayor dificultad. De allí su nombre. Todo eso y más me dijo el flacucho de ojos saltones

recubierto con una espesa capa de vellos que elegí como “guía”.

Me deslicé fuera del puerto imitando con torpeza su marcha. Ascendimos una colina hasta llegar a lo que parecía un arco. Era la puerta de entrada a la medina, un concepto que hasta entonces me era ajeno. Los rayos dejaban entrever lo que la noche cubría desde hacía rato: con tan sólo cruzar las aguas del estrecho de Gibraltar había llegado prácticamente a otro planeta. Hombres de todos colores y procedencias vestían las chilabas o túnicas de lana que le otorgan a la ciudad vieja un ambiente similar al del planeta Tatooine. Sin mujeres ni niños a la vista, eran cazarrecompensas o piratas intergalácticos desterrados, aguardando sigilosos en las sombras. Y es que resultaba evidente que aquellas piedras todavía recordaban que la prosperidad en aquel puerto era resultado del lavado de dinero, la prostitución y el mercado de armas y gente que había cuando era zona libre, antes de unirse a Marruecos al final de la colonia francesa.

Fue así como comenzó mi viaje detrás de Youssef y sus nuevos billetes por una maraña de calles a las que no solían entrar vehículos motorizados ni extranjeros. Así dijo que se llamaba, Youssef. Habrá tenido más o menos mi edad. Pensé que por mi tamaño al menos lograría cimbrarlo en caso de emergencia, e incluso a alguno de sus cómplices, para luego poder correr en busca de ayuda. Cada vez estaba más seguro de que necesitaría golpear a alguien. Y no sería como en la escuela. Sin embargo, atrapado dentro de la medina de Tánger, no sabría hacia dónde correr. La ciudad vieja era un laberinto meticulosamente planeado para perder a los foráneos. Una fortaleza de calles estrechas, oscuras y pestilentes donde te aborda no una pobreza tercermundista, sino directamente medieval. Youssef me hacía brincar sobre las corrientes que ahogaban las piedras deslavadas con olor a óxido y especias cuyos nombres aún desconocía, y que luego salpicaban los portones de mezquitas de inscripciones ilegibles y los sitios donde durante el día se levantan zocos repletos de amuletos y afrodisiacos traídos de más allá del gran desierto: el Sahara.

Inmerso en aquel universo desconocido perdí cualquier resto de certidumbre. Fuera de mi burbuja, a miles de kilómetros de casa, el sentimiento reptó como un escalofrío por mi espalda. De nuevo me sentí más vivo que nunca. Sin saber ya qué esperar, mis sentidos se afinaron y pude apreciar una nueva oleada de postales sensibles, imperceptibles hasta entonces. Gota tras gota, el crujido del agua. Un penetrante olor a hachís. Aquellos ojos de señoras asomadas a las ventanas de sus casas. Las puertas de madera con adornos de metal en forma de manos, como solicitando el choque de otras manos. Ancianos chimuelos cediendo el paso ante mi torpeza. Bandadas de jóvenes sonriendo sospechosamente, fumando a sus anchas, con las manos escondidas y la mirada fija.

Sin tener idea de cómo saldría de allí, me encontré al fin en el centro de la medina. Y cuando Youssef me indicó entrar a una casa que parecía más bien un matadero, y me

negué, dando vuelta atrás para encaminarme a ninguna parte, sentí que otra mano aún más peluda tomaba con fuerza mi brazo, jalándome al interior. En realidad, fue un alivio, pues supe al menos cuál sería ya mi destino. Sería secuestrado por extremistas y viviría meses en cautiverio. Luego de crueles torturas se darían cuenta de que, a pesar de mi aspecto, ciertamente no era lo que buscaban, y que todo lo que les había dicho era más o menos cierto. Después no les importaría mi presencia. Solicitar un rescate sería absurdo, y tal vez me dejarían libre. Entonces encontraría la forma de volver y escribiría un libro que valiera la pena leer, aun cuando mi maestro de literatura dejó claro que no había nada más aburrido que leer un libro inspirado en la vida de su autor. No había terminado de pensar qué haría con todo el dinero que ganaría una vez que algún importante productor llevara mi historia a la pantalla grande cuando, casi sin notarlo, me hallé cómodamente sentado frente a las bondades de una chimenea que iluminaba las entrañas de la casa de Mahmout, el padre de Youssef.

Mahmout era vendedor de tapetes. Al menos parecía serlo. Su hijo menor, Ibrahim, aún más vivaz que Youssef, me deseó la paz y me dio cordialmente la bienvenida, para luego tocar mi rizada cabellera con la misma curiosidad con la que uno abre los cajones de sus padres. Con ese mismo asombro me inspeccionaba su hermana Fátima, la más pequeña, oculta detrás de las cortinas amarillentas que separaban la cocina-comedor-sala de su habitación. La madre había muerto dándola a luz. Su retrato y su recuerdo latían como el corazón de la morada.

La suya era una casa como las que existen en cualquier parte del mundo, apretujada, con adornos sencillos y gente sonriente sentada en torno del fuego abierto y la comida que se prepara. Fuera de mi incapacidad para comunicarme con palabras, todo me parecía “normal”. Mahmout, cuya sonrisa logró iluminar la más oscura de mis noches, me sirvió un té de menta y el inicio de lo que se convertiría en una cátedra sobre el capitalismo y sus efectos en la vida cotidiana.

Rápidamente me despojaron de todo lo que podía seguir incomodando mi cuerpo, aún rígido y mojado. La mochila. La chamarra. Los zapatos. Apestaban tanto que me sentí obligado a sacarlos de la casa. Todo mejoró aún más cuando me acercaron un plato de barro donde me sirvieron algo que llamaron cuscús, acompañado de verduras y pan recién horneado. No había nada más que pensar. Comí hasta la saciedad, y aún un poco más tras la insistencia de mis anfitriones. Y antes de que terminase la velada aprendí a dar las gracias y a desear la paz en la lengua local, así como a reconocer que nuestras necesidades, miedos e ilusiones no sólo eran similares, sino fundamentalmente los mismos.

Pasé la noche debajo de un mantón de lana tan húmedo como las paredes del cuarto, pintadas de azul pero verdes de lama y llorosas por las filtraciones. El cansancio lo pudo todo.

Al amanecer salí por instinto a secar mis huesos bajo los rayos del sol, aún tímidos por la gran tormenta de la noche anterior. Siguiendo la promesa de su calor terminé caminando hasta la plaza central de la medina. Allí estaban Youssef y los que me parecieron ser el resto de los habitantes de Tánger. Se asoleaban con esa misma ilusión, aglutinados, en silencio, mirando y escuchando el murmullo del mar desde la fortaleza de roca esculpida por sus antepasados. Me pareció también que, de cuando en cuando, uno que otro suspiraba por el continente cuyo contorno se lograba apreciar a la distancia. Las aguas del estrecho se reconocen entre las más traicioneras. La idea de una vida mejor ha hecho que más de un familiar emprenda un viaje sin retorno. Y es que aun en esas tierras sublimes el pasto del vecino se mira más verde. Para mí era ya en verdad el Jardín de las Hespérides, pues le había dado sentido a mi vida: la dedicaría al camino.

Cuando en verdad desperté me di cuenta de que mi regazo tenía una mancha. Había eyaculado dormido. Un sueño húmedo fue aquella visión de lo que me aguardaba en un tiempo futuro. Me sonrojé de inmediato. Esa noche mis amigos y yo nos habíamos quedado dormidos en el parque. Rápidamente me quité los calzones y los escondí al fondo de mi mochila. Pero cuando mis amigos despertaron me despedí con todo cariño: la decisión había sido tomada. Los abracé y les pedí que llevaran a México algunas prendas y sentimientos que no deseaba cargar más. Así fue como me separé de todo lo que había conocido hasta ese entonces. A partir de ese momento era yo conmigo.

Cuando logré superar mis miedos iniciales, separarme de mi grupo de amigos y tomar la decisión de prolongar la estadía fuera de casa, me di cuenta de que no tenía nada planeado. Había pasado demasiado tiempo pensando en el ayer. El porvenir, lejos de ser excitante, se avecinaba como algo incontrolable y aterrador. El presente no era algo a lo que estuviera acostumbrado a prestar atención. Por ende, la realidad me tomó por sorpresa. Lejos de hacerme sentir la libertad que tanto añoraba, se me figuró como un remolino. Era como habitar dentro de una lavadora de ropa encendida. No se puede gozar lo que se tiene si uno sufre ansiedad por lo que espera.

Aun viajando, los días comenzaron a ser idénticos, sin importar el lugar donde me encontrara. Me avergüenza confesar que empecé a llorar por las noches antes de dormir. Haberme quedado solo para continuar el viaje perdió el sentido en un instante. Me costaba trabajo tomar decisiones. Caminaba sobre mis pasos. Dudaba en cada esquina. Una sensación nueva me invadía por dentro. No tenía ganas de hablar, ni siquiera de beber. Era la angustia de la incertidumbre. Penetraba todos los estratos de lo que hasta entonces reconocía como mi existencia. Desprovisto de la seguridad del grupo, comencé a vagar por Europa, a divagar en mí. Pensaba en mis padres y en la vergüenza que les daría explicar mis decisiones a propios y ajenos cuando se tornara evidente mi ausencia. “Hemos fallado”, me imaginaba que se decían entre ellos. Pensaba también en mi

hermana y en cómo la extrañaba más a ella que a nada ni nadie. Tan sólo seis semanas después de iniciar esa travesía estaba listo para abortarla.

No recuerdo el nombre del parque en el cual dormí aquella noche. Creo que estaba en alguna ciudad del norte de España. Poco es lo que evoco acerca de los días que viví en el sinsentido. Sufría una especie de síndrome de abstinencia. Era como si me estuviera desintoxicando de alguna droga, de una vida pasada. Pero no tenía a nadie que me lo explicara. Desprovisto de las relaciones y las posesiones que hasta entonces le daban sentido a mi existencia, me fui dando cuenta de que algunas de las cosas que consideraba fundamentales ya habían dejado de serlo. Mi almohada. Mi escusado. Mi carro. Mi teléfono celular. Mi ropa de antro. Mi reloj de pulsera. Los había extrañado todos los días, hasta que dejé de hacerlo. Todo lo que dejé atrás se había quedado efectivamente a mis espaldas, aligerando mi carga. Era cuestión de darse cuenta. De hecho, todo lo que estaba seguro de necesitar era en realidad un deseo. Las necesidades eran otras, mucho más fundamentales: conseguir algo de comer y encontrar un lugar para dormir.

Me desperté de madrugada. Alguien más roncaba a mi lado. Dejaron de importarme muy pronto la humedad y la textura del pasto. Los gemidos a la distancia. Cuando me volví a dormir me hallé atrapado en un sueño que me hizo sentir dentro de un libro de superación personal. Paulo Coelho y Deepak Chopra se encuentran al filo de una mesa de té cubierta con un mantel de terciopelo negro y una vajilla de porcelana china con motivos azules. Veladoras encendidas con aromas tropicales atenúan el ambiente. Paulo y Deepak se toman de las manos dulcemente mientras retozan con sus lenguas dentro de sus bocas. El uno toma distancia para sostener al otro de la nuca mientras un hilo de saliva mantiene el vínculo entre sus bigotes. Se miran tiernamente. Mientras tanto Osho emerge de la cocina y comienza a servirles su famosa ensalada fría de col y crema con pasas y nueces. Viste un delantal decorado con la fotografía de un tierno gatito que se sostiene, apenas con las uñas, del borde de una cerca de madera. No se alcanza a ver el suelo. Entonces el gatito voltea a verme con sus ojos sobredimensionados, como teniendo un pensamiento, el cual se escribe en tinta de luz dentro de un globo de diálogo que dice: “Nunca te dejes caer”.

Tenía ganas de vomitarme a mí mismo. De hecho, al despertar en medio de aquel parque me di cuenta de que ya lo había hecho. También me había orinado un poco dentro de la bolsa de dormir. Y así seguiría soñando metáforas, o tal vez eran visiones de un futuro cercano; deseos ocultos e incluso recuerdos de antaño.

Esa mañana el dolor de cabeza fue insoportable. Decidí que nunca volvería a beber. O al menos no durante aquel día. Desayuné un pedazo de pan con mantequilla y media taza de café frío que fueron olvidados sobre la mesa de una cafetería. Qué suerte la mía. Entonces comenzó la fiesta. Las calles se transformaron en una pista de carreras. Los contendientes éramos cientos de jóvenes vestidos de blanco con una banda roja atada a la

cintura. Tuve suerte de nuevo, pues logré salir del paso de un toro enorme que hundió su tremendo pitón en el abdomen del chico que corría junto a mí. "Tío, joder…", alcanzó a decirme con los ojos pelados mientras yo saltaba del otro lado de una valla de tablones de madera y él apenas comenzaba a retorcerse en el suelo. Creo que murió antes de recibir atención médica. No me quedé a mirar. La emoción me había hecho recobrar un poco el sentido. Era momento de probar suerte en el amor.

Las escenas de aquellos días y noches debieron de parecerles espeluznantes a los pocos locales que se habían quedado en casa para pasar el verano del año 1999. Se acercaba el fin del milenio pero ya había llegado a su ciudad, fundada en el año 74 a. C. por el general romano Pompeyo, el fin del mundo conocido. Durante una semana, un río de adolescentes transformamos el parque donde la gente salía a jugar con sus niños y sus mascotas. Dispersos en el césped, los unos bebiendo, los otros durmiendo, algunos más fornicando a plena luz del día. Por si fuera poco, sus calles fueron tomadas para dar lugar a la persecución, por una bola de toros, de una bola de borrachos. Sin embargo, ahora me parecían incluso más terribles las costumbres que había heredado pues, donde nací, al crío que llora se le pone un chupón. Al niño que se trepa a un árbol se le dice que se va a caer, y suele caerse. Al joven que sueña se le explica cómo son las cosas y termina creyéndolas así. El adulto es ya un cúmulo de miedos, culpas y deseos reprimidos que le impiden vivir en plenitud. Y el viejo en pocas ocasiones tiene la oportunidad de morir con dignidad. Yo provengo de un mundo formado a base de suposiciones, pero sobre todo de expectativas. Lo más cercano a tomar las riendas de la propia existencia es leer uno de esos libros de superación personal que tanto aborrezco, beber una copa de vino tinto o masturbarse antes de ir a dormir, y despertar siendo el mismo de ayer. La vida pareciera estar perdida aun antes de nacer. Por ello, esa mañana en la capital de Navarra, cuando sentí de cerca la muerte, volví a recordar la necesidad de dar un salto al vacío. Cuando menos, la violencia y la promiscuidad de esa afamada celebración anual conocida como los sanfermines presentaban alternativas a mi subconsciente. Había vivido en sueños la vida que añoraba experimentar. Y no era solamente mi prejuicio de una medina o el de una fantasía homosexual. Estaba listo para comenzar un viaje al interior.

Comencé a vivir una etapa de transición. "¿Adónde vas con tanta prisa sino a la tumba?", me dijo Smith mientras preparaba su cena en una estufa de gas butano. Calentaba una sopa de jitomate dentro de su misma lata mientras pelaba una papa con la navaja que me había prestado para abrir mi cartón de vino barato. Smith se burlaba de mí y de la forma en la que había viajado con mis amigos. Le parecía voraz e irrespetuoso que hubiéramos visitado cuanta ciudad o poblado despertó nuestro interés sin siquiera recordar sus nombres. Le molestaba, sobre todo, que hubiéramos pasado cuando mucho

una noche en una ciudad con milenios de historia, para luego presumir de haberla conocido. Smith, según recuerdo, solía pasar semanas, si no meses, deambulando por sus calles, platicando con su gente, sonsacando estimulantes a base de conversaciones con turistas fáciles de impresionar y convirtiendo monedas derivadas de sus limitados dotes musicales en sopas de lata. La de jitomate era su favorita. Ésa fue la última ocasión que cené con calimocho, y curiosamente comencé a desarrollar un gusto por las sopas enlatadas.

Muy en el fondo Smith despreciaba a la gente que desconocía el código del viajero. "Son reglas que no te puedo explicar con palabras, pues tendrías que vivirlo para comprenderlo. Eso sí —dijo convencido—, cuando las haces tuyas el mundo entero se vuelve tu hogar." No fue la última vez que lo escuché, pero sí fue la primera persona que me lo dijo. Entonces recordé mi encuentro con aquel joven tipo punk en la Plaza de España de Madrid la noche que, se suponía, sería la última de mi viaje. Su mirada amenazante era una promesa de dolor. Pero el tiempo que tardó en llegar a mí para golpearme buscando satisfacer el reto impuesto por sus amigos me pareció un instante interminable. Recuerdo haber escuchado caer cada gota de la fuente de la plaza e incluso haber comenzado a nombrarlas. Rosa. Perla. Luna. Flor. No había sentido miedo, pues no tuve el deseo de controlar la situación. Miré de frente el sol del atardecer y recibí la dulce caricia de sus últimos rayos. Un colibrí atestiguaba la escena a la distancia. Pude ver a detalle su pecho de plumas tornasoladas y el inicio del movimiento de sus alas, que luego batió lentamente no una ni dos, sino tres ocasiones. Y cuando el mundo recobró su ímpetu yo tenía el brazo extendido con un gran calimocho y la sonrisa que hace evidente la invitación a disfrutar el placer más fundamental de la vida: la vida misma.

"Lo siguiente que supe es que se llama Yordi, que su padre le pegaba cuando era niño y que el punk no ha muerto", le dije a Smith mientras le contaba mi anécdota. No sé si era buena o mala, pero era mía. De hecho, la primera anécdota de mi vida en el camino. Entonces sentí una palmada en el hombro. Fue cálida, como de aceptación. "Ésa es la primera regla. De eso es de lo que estoy hablando", me dijo Smith. Sin entenderlo comencé a comprender. La cortesía espontánea evitó la violencia y creó una amistad, breve pero eterna. El viajero es un embajador accidental. Había vivido una primera prueba de ello.

Smith tenía una larga cabellera rojiza, tan enmarañada como su barba impregnada de un intenso olor a tabaco de liar y café sin azúcar. Dos premolares despostillados y uno quebrado por abrir cervezas con los dientes. Jóvenes arrugas de resolana y mugre entre las uñas. Pecas como si le hubiese estallado una lata de pintura a presión a través de un mosquitero. La ropa, que parecía ser la de siempre, recubría un cuerpo similar al de un oso pardo joven. Ojos grandes, como rocas pulidas, detrás de un marco cuya improvisada compostura sostenía milagrosamente dos lentes tan gruesos como la culpa

que sentía luego de haber sido guía de turistas en su provincia natal.

Smith decía haber asesinado su propio poblado, hasta entonces un secreto a voces con semblante medieval. "Allí —me dijo—, en la misma campiña donde floreció el gnosticismo de los cátaros." Ahora, me consta, tapizada de flores salvajes y viñedos rústicos. Había pasado una noche en ese lugar del que hablaba, creo que se llamaba Carcasona. Ahí, donde queda el recuerdo de las piras en que fueran quemados los hombres buenos. "Ahí —prosiguió con teatralidad— muere cada verano lo que llamé mi hogar. Muere ante las multitudes que buscan vivir en un cuento de hadas."

Cuando lo conocí, Smith viajaba solo y sin rumbo en busca de un nuevo hogar. Quedé fascinado con su estilo de vida y al mismo tiempo aterrado con la idea de no tener un motivo para volver. Aquella calurosa tarde se hizo de nuevo de noche bebiendo en una plaza repleta de mochileros, punketos, rastas e hijos de inmigrantes africanos. Ésa fue la primera y última vez que Smith y yo nos vimos. Así comenzarían a ser mis relaciones.

"Volamos en tubos presurizados que nos llevan y traen en horas a sitios que antes hubiera tomado una vida entera alcanzar. Nos volvemos expertos al término del tour. Regresamos a casa para mostrar las fotos que certifican nuestras hazañas… ¡Es un asco!", dijo la chica con los labios pintados de rosa. La verdad, en ese momento me fijé más en su escote que en sus ojos. Tenía un buen verbo en su arsenal, así como un cuerpo escultural. Tenía, también, algo de razón, aunque me molestaran sus ideas, pues me veía identificado en ellas. "Pero poco a poco, y sin notarlo —retomó sin soltar aún el tema ni mi vaso de plástico—, volvemos a ser lo que fuimos antes de partir, pues nunca salimos realmente del itinerario preconcebido…" Hizo una pausa solemne. Se terminó la bebida que hasta entonces consideré nuestra. Y aún con el vino tinto dibujándole unos bigotes estocó: "… de la zona de confort". No recuerdo haberla escuchado decir su nombre. El deseo y mi vino de caja mezclado con su refresco de cola y los hielos que nos faltaban fueron el motivo de nuestro encuentro, el cual duró el tiempo que nos tomó preparar y beber aquel gran calimocho.

A la mañana siguiente llamé a México. Hasta ese momento no me había atrevido a hacerlo. Tampoco encontré una buena razón que darles a mis padres para interrumpir el inicio de mis estudios universitarios y la vida que habíamos acordado vivir. Auguraban mi retorno en breve, pues no parecía haber razón ni sentido para apoyar mi decisión de seguir divagando. Era evidente que pasaría hambre y sueño y frío. Sabían de antemano que sería estigmatizado. Al retrasar mis estudios sería siempre el mayor de la clase. Sería siempre el último en obtener un logro; si acaso, en comprar un coche, casarme, tener hijos, cambiarme de casa. Pero lo que yo quería era simplemente dejar de ser. A mi padre no pareció costarle trabajo aceptar la idea, e incluso celebró mi decisión. Mi

madre, por el contrario, se volvió la Virgen de los Dolores.

No me di cuenta, pero la decadencia ya reinaba en el ambiente de la Europa occidental. De golpe la rutina reclamó lo propio. Los niños volvieron a la escuela. Los padres al trabajo. Los mochileros a sus casas. Las plazas y los parques fueron conquistados por ancianos que daban de comer a las palomas mientras les platicaban sobre sus vacaciones en la costa sur de España. El verano terminaba y yo me había desfasado, incluso desprendido, del mundo conocido. Sentado en una banca fastidiada ya por mil amores, sentí que había abusado de la hospitalidad. Me volví un ratón de casa. Un enfermo que no muere. Garabateaba el sentimiento como los trazos que dibuja la mosca en el espacio. Eran apenas las primeras páginas de mi libreta decorada con una escena de Magritte. La misma que me regalara un amor platónico, no por falta de amor, sino por exceso de razón. Lo hizo, supongo, para alimentar aún más mi delirio. Le gustaba verme sufrir. Me encantaba sufrir por ella. Y no sé si por azar o designio, pero en la página final de aquel diario todavía en blanco me encontré con los trazos de quien fuera, más que mi maestro de química en la secundaria, un guía entrañable: el Trans.

Monje de la orden benedictina, recordé que el Trans mencionó que al término de dicho verano se mudaría a un monasterio en el Reino Unido para proseguir los mismos estudios de teología que, años después, lo hicieron dejar de creer en Dios y, por ende, olvidar sus votos perpetuos. No cabe duda de que nada es para siempre. Supuse que el Trans me dejó esas palabras adelantándose al curso de las páginas. Eran una clara invitación, o tal vez una trampa. “Abadía de San Miguel. Farnborough. Accesible desde la estación de Waterloo”, decía su impecable caligrafía. Ése sería mi siguiente destino. El primero elegido.

Farnborough, Reino Unido
Día 62 fuera de casa

Las palabras de mi maestro de química en la secundaria daban vuelta en mi cabeza mientras continuaba el viaje a bordo del tren que tomé en la estación de Waterloo: “Si quieres viajar tienes que ser monje o millonario”. La libertad seguía siendo una carga difícil de contener. Era como la batalla que perdió Napoleón. Había que tomar más decisiones de las que uno solía estar capacitado para tomar, al menos de manera consciente. Pero también había una infinidad de factores externos cuyos influjos solían ser incomprensibles. También existe la posibilidad de que nuestro destino ya esté escrito. El hecho es que ya me estaba quedando sin dinero, aun habiendo aprendido a dormir en los parques y comiendo poco más que un pan y una sopa de lata al día. Fue esa noche, en la que por primera vez dormí con hambre, cuando al fin caí en la cuenta de que la primera opción resultaría ser la más viable. Y entonces cobró sentido irme a vivir como novicio en una abadía benedictina muy cerca de Wimbledon, donde juegan al tenis, allá

en el Reino Unido.

La abadía de San Miguel es como una nave espacial de estilo gótico en medio de un bosque repleto de venados. En su cripta imperial descansan los restos de Napoleón III y los de su consorte Eugenia de Montijo, quien, tras la caída del Segundo Imperio francés, terminó exiliada en Inglaterra y vivió hasta los noventa y cuatro años.

Las edificaciones religiosas que hasta entonces conocía me generaban desconfianza, y no entendía cómo ser partícipe de ritos tan añejos podía llenar de sentido la vida de los individuos que los comparten. Sus piedras trascienden la vida y la muerte. Son el manifiesto lítico de cosmogonías concebidas en otras épocas. Parecieran carecer ya de vigencia. Son edificios fríos y vacíos para quien los visita por primera ocasión. Al menos así fue como se me figuró la fortaleza que se levantaba imponente frente a mí. Ya resultaba obvio que el verano comenzaba a ceder al otoño, como la tarde lo hacía ya frente a la noche. Entonces percibí algo oculto, escalofriante, en el lugar. Caminé sobre la hojarasca amarillenta hasta la que me pareció ser la entrada del monasterio, cuya nave central estaba recubierta por piezas de cerámica que semejaban las escamas de un dragón. Las gárgolas del templo contiguo me miraban desde lo alto de sus costados como si fuera yo el motivo de su recelo. El cielo era tan gris como las paredes de cantera tatuadas con manchas amorfas que, supongo, eran el resultado de la humedad. Pero sus formas se asemejaban a las de las almas del purgatorio, de eso estaba seguro. “Benedícite”, respondí a la pregunta del portero que se asomó inquisidor por la mirilla luego de que toqué tres veces la puerta. “Benedícite”, contestó. Ésa era la contraseña infalible para ser recibido en los monasterios de la orden fundada por san Benito en cualquier parte del mundo.

Comenzaron a quejarse los cerrojos y a rechinar el pesado portón de acceso a la abadía establecida en 1881 por la emperatriz Eugenia como mausoleo para su esposo, su hijo y ella misma. Me pareció el equivalente de la pirámide de algún faraón. Dicen que ahí sus cuerpos yacen dentro de sarcófagos de granito regalados por la reina Victoria, y que son resguardados por orden y con financiamiento del gobierno francés. Pero ¿por qué no habrían de resguardarlos en su propio territorio? ¿A qué sombras les temen? No había terminado de comprender las contradicciones —sugeridas por la información provista en una modesta placa ubicada al costado del cordón de una campana que no había advertido aún— cuando terminó de abrirse frente a mí una suerte de agujero. Dar el primer paso al interior fue como hacerlo dentro de mí mismo. Dejaba atrás todo aquello que fui, pues allí no importaría nunca jamás.

Del otro lado del umbral me encontré con la mirada importunada de toda una comunidad que ya estaba encaminada a recluirse en sus celdas, o dispuesta a hacer lo que fuera que hicieran los monjes benedictinos durante las primeras horas de la noche. Sentí su incomodidad mas no un reproche. Mi maestro, que fue el último en darse cuenta

de mi llegada, me presentó ante el prior, la máxima autoridad humana en el lugar ya que el cargo de abad estaba vacante. En realidad, todos se veían iguales con sus hábitos negros y sus cintas a la cadera. No recuerdo por qué le dije que quería ser monje. Supongo que fue por el miedo al hambre, al frío, al sueño y a todos los contratiempos que mis amigos vaticinaron el día de nuestra separación.

Nunca nadie había visto tan dentro de mí como aquel prior. El aire que respiraba era como una extensión de su mirada. Ante ella yo era traslúcido, aun parado allí, con mi pesada mochila al hombro, frente a la hermandad, en aquella desembocadura del pasillo que forma una estancia circular y une las entradas del comedor, la capilla y el patio central con la escalera de madera que conduce a las dos alas del segundo y del tercer nivel. Tres focos sin lámparas. Ninguna señal de tapetes, mucho menos de cortinas. Tan sólo una cruz de la orden decora las paredes color crema. La austeridad del área más íntima de la abadía es sobrecogedora. "Tiene madera de monje", le dijo al hermano Trans, quien asintió. "Bienvenido, viajero", dijo entonces. Así culminó nuestro primer encuentro en un inglés tan refinado como su modo. Y sin pensarlo me acerqué a los otros seis hermanos que en ese entonces completaban la congregación para recibir una suerte de abrazo colectivo. "Viajero", me dije a mí mismo. Jamás me habían llamado así.

Luego de que me alimentaron, como se acostumbra al recibir a un peregrino o aspirante, el hermano Trans me mostró el camino hasta un ala vacía del segundo piso donde había una pequeña celda con una cruz sobre la que sería mi cama. A su lado, un escritorio con dos libros: la Biblia, con un anexo de salmos en latín y en pentagrama, y el reglamento de san Benito, el padre de los monjes occidentales. Entonces se despidió, perdiéndose en la oscuridad y el silencio. Podrían albergar al menos a cuarenta almas, calculé. Pensé luego en qué estaba haciendo yo allí. Me recosté sobre la oblea que resultó ser el colchón. Hubiera sido más cómodo dormir en el suelo. Pasé la noche hojeando el libreto del fundador de la orden y máximo estratega de la vida monástica cristiana, quien me incitaba a descubrir paso por paso las pautas de clausura y convivencia. Esa misma regla escrita por Benito de Nursia, patrono de Europa, en el siglo VI ha inspirado el fundamento de la hotelería moderna.

Los ruidos del lugar me resultaban extraños. Una rama seca rascaba mi ventana, la cual miraba al bosque circundante en luna nueva y desde donde también se veían una parte del patio central del monasterio, decorado con una fuente de cantera pulida, el tendedero donde se colgaban los hábitos cuando estaban mojados y un campanario de función automática. El campanario había sido automatizado luego de que uno de los hermanos sufriera un terrible accidente. Digamos que, así como cuando la maestra nos pedía que no sacáramos los brazos del camión estando en movimiento, así también vale la pena atender la solicitud de tocar una campana de media tonelada empotrada en lo alto de una torre sin estar justamente debajo de ella.

No recuerdo haber soñado aquella noche. Fue la primera ocasión en mucho tiempo que tuve oportunidad de descansar. Estaba seguro de que dormiría para siempre.

La torre de ladrillo cantó a las cinco y media de la mañana, invitándome, con la misma cordialidad de los mosquitos infecciosos en los pantanos del trópico, a ser partícipe del primero de los siete oficios del día: maitines. Así es como me había dicho el hermano Trans que se llama la primera oración, a la que debía acudir sin falta. Maitines.

El dulce aroma del incienso me hizo caer en la cuenta de la oportunidad que estaba por dejar pasar. No encontré el baño. No encontré a quién preguntarle. Al descender por las escaleras reconocí algunos de los crujidos que escuché durante la noche. Aún seguía con mis lagañas puestas cuando hallé al resto de la congregación. No me esperaban dentro de la capilla. Habían comenzado su quehacer de madrugada. Tomé el que me pareció que era mi lugar. De camino tropecé con un banco y pisé al hermano Jorge. Su semblante era sereno. La solemnidad absoluta. El ritmo vital. Comencé a intuir la cadencia de las réplicas de los salmos en latín, sin poder atinar siquiera el tiempo de las mayores. Guiados por el laúd que manipulaba el prior como si fuera una extensión de su propio cuerpo, era un acontecimiento místico entrañable. Pero yo, cegado por el sueño, no podía dejar de pensar en mí, aun cuando el influjo del rito comenzaba a ser evidente. Había un alivio en el canto de la comunidad. Un agradecimiento implícito en cada nota. Un sentido que va más allá del despertar. Era el acto de renacer y sentirse agradecidos por la oportunidad de hacerlo.

Al término del oficio mi nuevo hermano, Jorge, el más extraño de todos, me invitó a realizar *lectio divina*. Agradecí sin hambre aún y con ganas de volver a la cama. Sonrió con la misma paciencia con la que un padre cuida a su hijo luego de que éste se ha emborrachado por primera ocasión, y me explicó su significado. "*Lectio divina* —dijo Jorge— significa lectura divina en latín, y es una meditación, un regalo que acostumbramos recibir de madrugada desde los orígenes de nuestra religión." Me dijo que sólo tenía que leer un versículo de la Biblia y reflexionarlo durante al menos treinta minutos. Entonces, tal vez, comprendería su mensaje desde otra óptica y a profundidad.

Realicé, pues, la lectura divina, eligiendo al azar una página del libro sagrado, el cual de inmediato cantó a mi oído: "…como un cordero clama por las corrientes de las aguas así clama por ti, oh, Dios, el alma mía". Este fragmento del Salmo 43 me hizo al fin cerrar la boca, abrir la cabeza y dirigirme sin rumbo a caminar por el bosque buscando digerirlo.

Las delicias del alba encumbraron mis sentidos. Poco a poco, y sin notarlo, mi respiración se hizo más profunda. Mi cuerpo dejó de ser importante. Mi mente se reconoció en el silencio. Entonces atisbé un fragmento del mensaje. Me sorprendió aún más descubrir que residiera frente a los ojos de todos, accesible, pero entre líneas. "La

felicidad tiene que ver con sobresalir en la vida propia, no solamente sobrevivirla", me dije a mí mismo.

Me encontraba lejos del monasterio, meditando a plenitud sobre la imparcialidad de la naturaleza, cuando el campanario nos convocó al segundo oficio, laudes, el cual es continuado por la misa matinal. Apenas eran las seis y media de la madrugada y ya habíamos vivido una vida entera aquel primer día. Todavía no terminaba de asimilar la información que fluía con luminosidad propia, haciéndome sentir como un niño perdido en el mundo que al fin encuentra una pista sobre el paradero de su hogar. Al término de la misa matinal disfrutamos por fin el desayuno, acompañado por lo sublime que resultan ser Verdi, el pan fresco y las conservas hechas en casa cuando las consumes sin prisa y en grupo. Así es como se acostumbra desayunar ahí, con música y sin hablar.

Durante el desayuno pude conocer al fin el rostro de todos los hermanos que entonces integraban la comunidad encargada de cuidar la mítica abadía de San Miguel. Al menos el de todos los que se dejaban ver, pues había uno que vivía recluido en su celda. Sentado a la cabecera estaba el prior, un hombre que seguramente tuvo una personalidad intimidante en su vida pasada, pues su presencia atenuada por el oficio no dejaba de ser imponente. Se dice que llegó a ser un gran pianista de jazz y que, abrumado por el éxito, se refugió en el alcohol. Luego lo perdió todo "para entonces encontrarlo todo", como le gustaba decir cuando le preguntaba sobre su vocación. Fue él quien me enseñó a solfear.

A un lado del prior se sentaba el hermano Gregorio, el más viejo de todos, quien de inmediato me recordó al emperador de *La guerra de las galaxias*. Sus ojeras eran legendarias, como el supuesto de que trabajó en un área del Servicio de Inteligencia Secreto (MI6), que no había sido reconocido hasta que en 1994 el gobierno británico reveló oficialmente su existencia. Al parecer, Gregorio era el encargado de dicha área, la cual era "súper, súper" secreta, creada en el mismo año de 1909, cuando se fundó la agencia con el nombre de Buró de Servicios Secretos. Algunos creen que lo suyo era la investigación de los fenómenos paranormales. El hecho es que el día que me tocó limpiar su celda encontré una caja de videos pornográficos debajo de su cama.

Del otro lado del prior se sentaba Francis, el cocinero del monasterio. Dicen que una soleada mañana del verano de 1969 llegó a su poder un gran gotero de LSD, por lo que decidió explorar los secretos de la mente humana por medio de la psicodelia. Comenzó como un juego, en el que primero dejó tras de sí a su familia y su trabajo como subchef en el comedor de la Universidad de Oxford, para comenzar a vivir sin posesiones materiales ni apegos emocionales. A veces se aparecía en casa de algún amigo o familiar, pasaba un par de noches con ellos, recibía su atención y a cambio compartía los secretos que había logrado desentrañar hasta ese entonces. Luego de un baño caliente, un cambio de ropa y un poco de comida volvía a las calles para internarse de nuevo en lo desconocido. Así vivió un año y medio, comiendo ajo. Así también fue como descubrió

la importancia de la buena alimentación. “La alquimia del cuerpo, su composición, la manera en la que nos alimentamos y lo que elegimos meternos a la boca es de lo que realmente estamos hechos, por ello somos divinos”, me dijo cuando le pregunté si era cierto lo de su año sabático. Nunca supe qué le aconteció a su familia, pues al parecer era una herida que todavía estaba abierta.

También llamó poderosamente mi atención la presencia del hermano Jorge, el monje al cual le había caído encima una campana del tamaño de un toro y quien me enseñó a realizar la *lectio divina*. Era un verdadero Cuasimodo moderno, con su joroba y todo. Había nacido el último en una familia muy numerosa. Algunos de los monjes decían que tenía más de treinta y cinco hermanos carnales. Al parecer, había pertenecido a la Marina Real británica,y luego de combatir en la Segunda Guerra Mundial dedicó su vida a vagar por el mundo hasta regresar a su natal Farnborough y recibir su llamado. El hermano Jorge tenía cuarenta y dos años en aquel lugar. Había vivido bajo la regla de san Benito más tiempo que con las reglas del hombre común; las normas de los monarcas y de los dictadores las dejó tras de sí, junto con su juventud. Más de eso era difícil saberle. Los ascetas suelen borrar su vida anterior, aun cuando muchos parecieran sufrir por sus tropiezos.

Siempre pensé que los monjes habían nacido monjes. Pero más bien parecen piratas. Cada uno tenía su propia historia. Ahí estaba también el hermano Trans, estudiando su maestría en teología. Le gustaba dar clases de química y ética, y se destacaba por notar que cada uno de sus alumnos era un individuo digno de su atención. Tuvo la sensibilidad y la capacidad para inspirar los corazones de todos aquellos que lo conocimos, y siempre fue un guía extraordinario en los momentos más difíciles de la vida. Sin embargo, terminó excomulgado cuando encontró el verdadero amor. Al menos su propio significado del amor. Y desde entonces no supe nada de él.

Luego del desayuno dedicábamos el resto de la mañana a los quehaceres domésticos. En ocasiones me tocaba lavar los trastes, otras más trapear los suelos o atender los baños, o simplemente me entregaba a la lectura, la música o la contemplación. Recuerdo la primera ocasión que me tocó tender los hábitos. A la distancia parecen todos iguales, pero cada uno muestra sus propias texturas y cicatrices. Son como lienzos de la más fina lana que diluyen la carga de las expectativas y del amor propio. Pieles de un oficio que me parece tan arcaico como la necesidad del hombre de encontrar sentido a su existencia. Son también una invitación a buscar las respuestas dentro de uno mismo. Quería cubrir mi ayer vistiéndolos. Pero la simple idea era profana. Primero debía tomar los votos.

Pasadas varias madrugadas desde mi arribo, había desarrollado un gusto particular por la lectura divina. Me parecía exquisito perderme en aquellos bosques impolutos. El silencio

era total, hasta que a la distancia se escuchaba el murmullo del tren o el ulular de un búho satisfecho de haber engullido algún roedor. Por lo general, el cuerpo encontraba su lugar recargado en un roble. Entonces la mente se expandía por medio de las palabras, como si cada letra resguardara un poder oculto y casi primitivo. De pronto, y sin pensarlo, llegaba un sentimiento similar al que experimenta un bebé en el momento de recibir las primeras gotas del sublime néctar materno. Sin embargo, esa mañana fue diferente, pues, en lugar de recibir comprensión de las palabras extraídas del texto sagrado para el resto del día, tuve una suerte de revelación que al día de hoy aún me atosiga. "Dios ha muerto —me dije a mí mismo—; ya no tenemos necesidad de Él, sino de nosotros mismos." No quise abrir los ojos para no perder la concentración, pero ya había olvidado por completo la frase sobre la cual debía haber recibido luz en lugar de semejante blasfemia. Cuando sonó la campana los abrí y tomé una primera decisión consciente, pues si Dios no existía prefería seguir creyendo en Él a cargar con la responsabilidad de mi propia existencia.

Cerca de las once de la mañana se acostumbraba el llamado al tercer oficio del día, tercias, al que seguía una hora de recreo. Entonces nos juntábamos a leer la última edición de las revistas más populares en el Reino Unido y a platicar en el cuarto de reunión, dispuesto con un librero, dos sillones, un globo terráqueo y un televisor que permaneció apagado durante toda mi estadía, a excepción de aquella noche en la que bajé luego de escuchar gritos y lo miré encendido, y entonces me corrió un escalofrío que aún hoy recuerda mi espalda. Estaba seguro de que era ella. Al final resultó ser Gregorio. Pensé que estaría mirando alguna de aquellas películas que había encontrado debajo de su cama. Pero luego pensé que si tal vez era cierto lo de su vida anterior, entonces posiblemente él fuera la clave para comprender por qué en esa abadía se resguardaban los restos mortales de Napoleón III y María Eugenia Palafox Portocarrero y Kirkpatrick, condesa de Teba, también llamada Eugenia de Montijo, la emperatriz consorte de los franceses.

Siempre a las dos y media de la tarde se escuchaba la cita para el cuarto oficio, la sexta, y tras quince minutos de cantos llegaba la hora de la comida. Era como de ensueño: en esa ocasión los alimentos eran acompañados por la lectura de efemérides religiosas. Tal vez la vida y obra de un santo de antaño, o la historia de la fundación de algún monasterio del otro lado del mundo. La responsabilidad de la lectura se alternaba. Los demás permanecíamos en silencio. Y ya luego de incitar la digestión caminando al menos diez minutos en el exterior, solía recibir mis muy necesarias clases de solfeo y teología el resto de la tarde, al menos hasta las cuatro y media, cuando se escuchaba el llamado al quinto oficio, nona. Seguía una hora de meditación en soledad antes de celebrar el sexto oficio del día, vísperas, para entonces proceder a la cena, la cual transcurría en absoluto silencio. Algo sublime.

A las ocho de la noche resonaba el campanario por última ocasión, invitando a la comunidad a celebrar el oficio que terminó siendo, con creces, mi momento preferido de la jornada: completas. La última oración del oficio de las horas tiene como finalidad propiciar un examen de conciencia, luego agradecer la oportunidad de haber vivido aquel día y al final solicitar la protección para el descanso nocturno. Como postre, cantábamos el dulce himno a la Madre, conocido como Salve Regina, el cual aún el día de hoy me calma las ansias, refrescándome el corazón. Así se sucedieron aquellos primeros días, en los que me fui haciendo a la idea del celibato y la vida de austeridad.

Ese domingo pudo haber sido como cualquier otro, pero era el primero del mes. La gente llegó de las ciudades vecinas a escuchar la famosa misa de nuestra abadía. En verdad, era especial la relación del prior con las Escrituras. La claridad de su reflexión era, por decir lo menos, inspiradora. Los visitantes solían salir con lágrimas en los ojos, agradecidos por la dedicación de una comunidad que lo dejaba todo para rezar por aquellos que habían olvidado hacerlo por sí mismos, sin importar su religión. Además, estaba el legendario órgano construido por Aristide Cavaillé-Coll —famoso fabricante francés de esos instrumentos— e instalado en 1905, seis años después de su muerte. Él fue el más reconocido del siglo XIX por combinar la ciencia con la estética. La iglesia se transformaba en una especie de alfombra voladora cada vez que resoplaban sus tubos. Por si fuera poco, en la iglesia también se resguardaba la reliquia más grande de san Albano en territorio británico: el fémur del primer mártir de Inglaterra.

Al término de la misa de aquel domingo sucedió lo extraordinario: observamos el reflejo de un eclipse total de sol en la fuente del patio central, habitada por lirios y renacuajos, que también parecían reconocer las consecuencias del evento. Yo, la verdad, no pude evitar mirarlo de frente. Desde entonces, cuando cierro los ojos aún lo recuerdo, pues vive como una centella entre mis párpados. Ésa fue mi primera cicatriz. Un recuerdo de aquel presagio, pues fue también aquella noche la primera en la que los gritos no me dejaron dormir.

En un principio imaginé que el monasterio estaba vacío. Luego contemplé la posibilidad de que estuviera habitado por seres celestiales, o tal vez por hadas, ya fuere por la cercanía del bosque o por los inexplicables sonidos que emanaban de los recovecos más oscuros del edificio. Eran esas pequeñas siluetas luminosas, como chispas, las que habían llamado mi atención, siempre de reojo. No había forma de darlas por hecho. Pero al fin una me sorprendió de frente un poco antes del amanecer, para luego perderse detrás de una puerta que solía permanecer cerrada por dentro.

Fue imposible dejar pasar la curiosidad, y luego del desayuno me atreví a preguntarle al hermano Gregorio sobre la verdadera misión de los monjes en aquel monasterio. “La apreció como con los ojos cerrados —le confesé—; luego sentí un ósculo en mi mejilla y escuché lo que me pareció ser el mordisqueo de un ratón a manera de susurro.” Era

cierto que aún no sabía qué o quién era ella, pero no dejé de insistirle al hermano Gregorio que al menos con la mirada me diera una respuesta. Dos días después me preguntó: "¿Su estela te dejó atinar el rumbo de sus lamentos?" Yo no hubiera podido describirlo mejor. "Sí, exacto", le respondí.

El único contacto que aún guardaba el hermano Gregorio con el mundo exterior eran las visitas dominicales de los fieles, que luego de la misa oficiada por nuestro prior se reunían para comprar las magníficas conservas que elaboraba durante sus ratos libres. No era que la comunidad necesitara fondos. De hecho, vivían con tanto lujo como les era permitido hacerlo en la vida monástica, pues el gobierno francés estaba comprometido a salvaguardar el sitio de por vida, así fueran mil o sólo siete sus custodios. "De hecho —me contó—, alguna vez llegamos a ser casi cuarenta." Entonces refugió la mirada dentro de la sima de su hábito negro. Aun así logré vislumbrar una migaja de nostalgia en sus verdes ojos envueltos en flácidos párpados. Era el dejo de un sentimiento que bien podía ser comparado con el amor que debía ocultarse. No uno prohibido por la sociedad, si saben a lo que me refiero. Y aun cuando no me comunicó los detalles ni los motivos de las deserciones, sí me dejó saber que todo había vuelto a la normalidad desde que mantenían aquella puerta cerrada. "Por eso —dijo Gregorio mientras el resto ya respondía al llamado del siguiente oficio del día— no deberías preguntarme más ni hacer lo que estás pensando hacer a menos que estés dispuesto a dejarlo todo, hermano." A partir de ese momento tuve unas ganas incontrolables de descubrir lo que permanecía oculto entre las sombras. Tal vez incluso resolver el misterio del hermano que se quitó la vida en la misma celda en la que yo dormía. Además, me encantaba que me llamaran hermano.

Un viento helado se escurrió por debajo de los tablones de mi puerta. Fue entonces cuando decidí renunciar a la costumbre de dormir para ir más allá de lo permitido. Noche tras noche bajé tan silenciosamente como pude para intentar sorprenderlo. En aquella ocasión la luz de una veladora se internó en el cuarto de recreo. El rostro del hermano Gregorio se escondía debajo del hábito, pero yo supe reconocerlo, pues había lavado su armadura monástica muchas veces. Entonces apagó el televisor. No imaginé que él lo hubiera estado mirando, mucho menos a esas horas. Ni siquiera creí que pudiera haber sido él quien lo encendiera en un principio. Debió de haber sido alguien más. Pero sólo estábamos él y yo. ¿O no? El estremecimiento que se siente sólo cuando uno enfrenta la muerte surcó mi estómago como el velero de un gato. Luego seguí al hermano, refugiándome en las sombras, hasta que se internó por un pasadizo oculto detrás de una tela distendida desde el techo de la capilla. Había permanecido escondido frente a mis ojos todo ese tiempo.

Gregorio llevaba consigo un ramillete de jazmines. Sentí una profana excitación al verlo sin ser visto. Esperé a que saliera de donde fuera que hubiera estado y hasta que su

luz se perdiera en el pasillo del ala oeste, camino de regreso a su celda. Entonces busqué a tientas aquella garganta secreta que me acababa de ser revelada. Un aire frío de ultratumba me dejó ubicar la manija. Me pareció sentir que la puerta se abría por sí misma.

Me hubiera gustado tener conmigo al menos una vela durante el largo trayecto por aquel pasadizo. Me fui como acariciando cada tramo, atravesando la penumbra hasta llegar a la cripta imperial. Mis vellos se erizaron ante su presencia. Allí estaba ella. Sin más ni más. Froté mis ojos, esperando tal vez encontrarme dentro de un sueño. Su silueta iluminaba el macizo de granito que daba forma a su propia tumba. Era el más fino que yo hubiera visto, aun al día de hoy. Me aterraba pensar que me descubriera observándola. No quería ver las cuencas vacías de sus ojos. Las flores del hermano Gregorio se encontraban a su lado. A ella no parecían importarle, aun siendo el gesto desesperado de un eterno enamorado o simplemente una ofrenda para aliviar su desventura. De hecho, pensé que, fuere lo que fuere lo que estuviese haciendo, lo venía haciendo una y otra vez desde hacía ya mucho tiempo. Como si su reflejo fuera presa de un espejo atrapada en una repetición interminable. Y luego, con tan sólo parpadear, se desvaneció. Desde entonces dejé de temerle a la oscuridad. La duda al fin había sido resuelta. Sí existen los fantasmas que habitan la noche. Y esa misma noche murió el hermano Gregorio. Murió con una sonrisa en el rostro y su cruz entre las manos. Nadie lloró su muerte. Más bien, todos la celebramos, pues al fin encontraría la paz eterna y se reuniría con su creador.

La noche que enterramos el cuerpo del hermano Gregorio, la luz de los cirios iluminaba la capilla, inundada con el humo de las más finas resinas que se hayan colectado en la faz de la tierra. Así de exquisito era el gusto de nuestro prior. Los monjes, sentados por rango, con el prior en el centro y detrás de su laúd, se presentaban como siempre ante su Santo Padre: con absoluto respeto y devoción. Así, sin dudarlo.

Tanto las cuerdas metálicas como las vocales entonaron los mismos salmos que han mantenido viva la devoción de esta orden durante siglos. Completas se rezó aquella noche, como cada noche desde hace más de mil años, cantando para agradecerle a Dios un día más de vida, solicitando que el Señor nos guardara despiertos y nos protegiera mientras dormíamos, para que veláramos con Cristo y descansáramos en paz.

La noche para el monje benedictino, así como el sueño, simboliza la muerte, o mejor dicho, la incapacidad de agradecer a la divinidad las bondades de la vida. En su oficio no existe certeza de si tendremos la oportunidad de vivir un día más. Sin la vida escrita en piedra, cada instante es igual al primero y al último de nuestro suplicio. Es así como dejamos de darlo todo por hecho. No hay necesidad de tener miedo de perderlo, pues no es propio. Es entonces cuando la luz brilla diferente y todo sabe mejor. Es cuando

encuentras el sentido de la vida en reclusión. Eso, y aprender a vivir en comunidad, es lo que recuerdo con más cariño. Creo que gracias a su devoción el mundo sigue girando.

Desde el término del oficio y hasta el amanecer se mantiene un silencio absoluto. Uno despierta agradecido por la oportunidad de continuar la labor de rezar por un mundo que no reza ya. No queda más que agachar la cabeza y dejarse envolver por la humildad característica del lugar. Todos los hermanos, y la familia real a la que están comisionados a resguardar, fueron alguna vez "salvajes". Vivieron y trabajaron y amaron y fueron decepcionados o sintieron el llamado, o qué sé yo. Allí uno es lo que es, no lo que fue. Y no fue sino hasta ese momento cuando una edificación religiosa cobró sentido para mí.

Una y otra vez visité la cripta imperial de la abadía de San Miguel, donde se encuentra el majestuoso sepulcro de la emperatriz Eugenia de los franceses junto con su consorte Napoleón III y su hijo, muerto en África. Lo hacía por curiosidad y para honrar la memoria del hermano Gregorio, pues a mí también me seducía la idea de consolar a un espectro. No dejamos de ser humanos hasta que dejamos de serlo.

La de Eugenia sería el ánima más noble que jamás conocí durante aquella vuelta al mundo. Me agradaba su compañía e incluso escuchar su sollozo. A veces imaginaba que lo hacía por mí. Ya resultaba imposible dormir por las noches. Fue así como aparecieron también en mí unas grandes ojeras. ¿Pero cómo iba uno a perderse la oportunidad de admirar semejante espectáculo? La observaba desenredando su cabello, y luego recogerlo como si estuviera lista para dormir dentro de un retrato de Goya. La diosa de la Belle Époque no había encontrado su descanso perpetuo. Esas densas paredes la mantenían como en el recuerdo constante de su última noche, ya fuere por la nostalgia del exilio o el apego terrenal. Así como había hecho el hermano Gregorio durante todo ese tiempo, así buscaba yo también mirarla hacer tal vez lo mismo que hizo la noche en que murió. Me hacía pensar en mi propia vida. Enamorado del pasado, sentí ganas de asesinar a su fantasma por benevolencia. Liberar su muerte de la vida eterna. Decir que tuve fantasías con el fantasma de doña Eugenia sería exagerar.

La noche previa a mi partida le dejé flores blancas, como las que le llevaba el hermano Gregorio. También encendí un incienso y compartí un trozo de pan con un resto de conserva de chabacano que tomé de la cocina. Llevé además el globo terráqueo desde el cuarto de recreo. Lo hice tan sigilosamente como si estuviera traficando animales exóticos. Sería algo aún peor. Tentaría al destino mismo. Jugaría con el tiempo y el espacio. El prior me había dicho que tenía madera de monje. Sin embargo, sentía aún mucha curiosidad del mundo por el cual había rezado.

Iluminado con dos velas, una por ella y una por mí, hice girar el globo no sin antes pedirle que el sitio elegido fuera el verdadero destino. Y así fue como dejé caer el índice. Aún recuerdo el sentimiento. Los ojos cerrados. La boca apretada. La forma en que la

energía de sus tormentas eléctricas subió por mi dedo hasta abrasarme el cuerpo entero. Frente a mí se hallaba el camino ofreciéndome recorrerlo sin miedo. Era como si tomara posesión de mí, incitándome a comer, beber, vivir y amar como si fuese siempre mi primera vez.

Pasé el resto de la noche rezando por ella, pidiendo por mí. Me quedé dormido sobre su tumba. Me soñé explorando las entrañas de aquellos mares y danzando en sus desiertos, aprendiendo a disfrutar la soledad y el miedo, y determinando el verdadero tamaño de mi contenedor. Partí sin despedirme. Dejé una nota de agradecimiento firmada con un sincero "volveré". Pero era imposible hacerlo. Fue un acto violento de amor. No miré hacia atrás. Salté, sin dudarlo, al vacío. Llevé conmigo lo que soy. No visitaría nunca más un templo en busca de una experiencia espiritual. Desde entonces la tengo cada vez que respiro. Mi índice había elegido. Australia marcaría el inicio de mi travesía al exterior.

• • •

Terminar la preparatoria y viajar por Europa con los amigos de la infancia durante un mes no fue cosa fácil. Sobre todo lo económico y lo emocional fueron una sobrecarga para mi familia entre despedidas, boletos de avión, pasajes de tren y efectivo. Sin duda, tuve la gran fortuna de que mis padres lo vieran como una buena inversión. A veces los padres miran a sus hijos como una segunda oportunidad para vivir de la manera en que les hubiera gustado hacerlo. Al menos ésa fue la impresión que me dieron con su apoyo y confianza. Fue también un compromiso, y ahora además lo entiendo como el más grande regalo, más aún que el darme la vida, ya que tuve la posibilidad de vivir con dignidad y en plenitud al permitirme el acceso a toda la sabiduría generada por la humanidad.

Emprender ese viaje y comenzar el oficio de viajero significó penetrar en una realidad en la que no existían los deberes. Ello fue relevante pues mi personalidad había sido configurada con las limitaciones habituales de mi contexto sociocultural y geográfico. Al viajar tuve mi escuela personal. Me convertí en el dictador de todo lo que deseaba experimentar. Al inicio suele ser sobrecogedor. Pero la libertad es adictiva, y no hay nada mejor que seguir tu propio camino.

A lo largo del camino también comprendí qué era el amor. Pero ¿cómo lo puede saber alguien enamorado de un fantasma? Había nostalgia por la separación de la familia y del contexto sociocultural. Empezaba apenas a comprender las posibilidades de la magia y las bondades de la vida en el camino, así como los códigos implícitos y las normas de etiqueta de la tribu global. Aun cuando sintiera vergüenza por las cosas que hice o dejé de hacer aquellos primeros días, a la distancia valoro con cariño cada "error"

y cada "acierto", pues lo que uno pudiera pensar como positivo o negativo no se materializaba hasta que cobraba sentido. Comprendí que todo lo que sucede es una oportunidad irrepetible de vivir, aprender y emprender la vía hacia la felicidad.

No soy doctor, pero estoy convencido de que viajar es una medicina. De hecho, tan sólo el primer día de marcha reduces hasta en 89 por ciento tu nivel de estrés, con lo que disminuyes en 35 por ciento los riesgos de sufrir una afección cardiaca y mejoras tu capacidad digestiva en 25 por ciento. Incluso estoy seguro de que viajar es el medicamento más eficaz contra los ataques de pánico y la ansiedad de la vida.

El viaje suele ser considerado algo elitista por el esfuerzo económico que implica, pero en realidad no tiene nada que ver con un gasto, sino con la curiosidad. Viajar es para la élite de los curiosos, aquellos que buscan su propia definición de felicidad. Viajar está impreso en nuestra naturaleza. Nuestra especie lleva miles de años buscando una cueva más segura, pasto más verde y agua más fresca. El cambio, el movimiento es lo único seguro. Quien desea viajar ha encontrado, encuentra y encontrará la forma de hacerlo.

En la Antigüedad la gente viajaba por motivos religiosos y de salud. El turismo moderno se inicia como consecuencia de la Revolución industrial. Por primera ocasión en la historia humana generamos un excedente de tiempo y de recursos para dedicarlos al ocio y la curiosidad.

Hoy hay más de mil millones de turistas al año. Uno de cada once empleos en el mundo tiene que ver con el turismo, que genera una derrama económica impresionante. En cifras, es un uno con doce ceros después. Sólo en México representa casi nueve por ciento del Producto Interno Bruto, aunque somos brutísimos para aprovecharlo, pues nos interesa más la cantidad que la calidad de nuestros visitantes. Esta actividad fue reconocida por la Organización Mundial del Turismo como "el fenómeno social y económico más importante del siglo XX", y estoy convencido de que también lo será en este siglo XXI.

Ya lo dijo el maestro Ryszard Kapuscinski: "Los cínicos no sirven para este oficio". El turismo es una industria como cualquier otra, en que la motivación de quienes participan suele ser económica. Pero a diferencia de otras industrias, el turismo tiene el potencial de mantener a comunidades enteras con dignidad, sin sacrificar su cultura. Ofrece alternativas a la migración y la explotación desmedida de los recursos naturales. Puede también empoderar a las minorías, así como estrechar lazos entre personas que de otra manera pelearían por miedo o ignorancia. Y ese potencial reside en cada uno de los viajeros cuando elegimos con conocimiento de causa el destino de nuestras próximas vacaciones.

CAPÍTULO 3

PARA UNA SED BIEN MERECIDA

Un buen viajero es aquel que no sabe adónde va.
El viajero perfecto ni siquiera sabe de dónde viene.
LIN YUTANG

Cairns City, Queensland
Día 100 fuera de casa

Lo primero que observé al despertar fue la cara de David. Me miraba intrigado, sus ojos tan azules como los zafiros de un rajá, los dientes blancos, parecidos a los del conejo de Pascua. Descendiente de lecheros irlandeses, había dedicado toda su infancia a pastar y ordeñar vacas. Pero cuando cumplió catorce años se despidió de su familia y se fue para encontrarse con su destino.

"¿De dónde eres?", preguntó al momento. Parecía aliviado de verme reaccionar, como si llevara una vida entera esperando mi respuesta. "México", dije por costumbre. Asintió con la cabeza y se alejó, no sin antes emitir un "con razón". Me pareció reconocer en su voz el acento y la nostalgia de una isla color esmeralda vestida de filosos acantilados y abundantes pastizales donde las vacas de sus padres, y las de los padres de sus padres, debieron de ser las más felices del mundo. Durante mi frenética visita a la Europa occidental, Irlanda fue el primer destino donde cruzó por mi mente la idea de asentarme. Ya luego conocería las vacas que rumian las faldas de los Alpes suizos, y creo que a ésas las encontré todavía más felices que las anteriores. Supongo que en asuntos rumiantes, como en temas del corazón, todo es cuestión de tiempo o incluso de apreciación.

¿Por qué "con razón"?, inquirí para mis adentros, al tiempo que recobré el control sobre mis extremidades. El sentimiento fue tan agradable como revolcarse entre un millar de agujas, todas ellas penetrando mis poros con el hambre de un gusano cuando vuelve a su manzana luego de una larga jornada. Llegó el momento de comprobar su funcionalidad. Intenté ponerme de pie, sin éxito. Fue como si hubiera estado dentro de una caja de zapatos los últimos catorce años de mi vida, alimentándome con migajas de

galletas de animalitos y el rocío de la madrugada.

Sobrecogido, intenté conectar los puntos para determinar mi situación. Un ventilador rechinando en un techo de doble altura, revolviendo la nata de una brisa tan espesa como la brea. Las paredes descarapeladas, como la costra vieja de una rodilla, recordaban una época en que fueron rosadas. El piso era una maraña de tablones derruidos que dejaban entrever una habitación en la cual había cuatro camastros desocupados y otros dos cubiertos con bolsas de dormir. Dos pelotas oscuras rodaron sin sentido entre la madera. Eran cucarachas. Las más grandes que hubiera visto jamás. Y cuando una comenzó a volar para aterrizar sobre mi pecho desnudo todo cobró sentido. Había llegado al Triásico-Jurásico y estaba listo para extinguirme.

Mi situación era confusa y desconocía dónde me encontraba. Recuerdo haber escuchado el cántico de los ángeles penetrando por una ventana sin vidrio y cuyo mosquitero parecía haber sido agujereado por una lluvia de meteoritos. Eran las risas de un grupo de chicas que jugaban en lo que debía de ser una alberca. Querer mirarlas chapotear fue suficiente estímulo para incorporarme. "¿Por qué 'con razón'?", pregunté a David soportando mi cuerpo dolorido. Mastiqué un poco de saliva deshidratada mientras hablaba. La sangre golpeaba con fuerza mi cabeza. Traté de encontrarme con la mirada de David pero me daba la espalda, doblando su ropa recién lavada. La disponía con un orden castrense sobre una bolsa de dormir color verde menta extendida sobre un colchón de plástico que decía "hospital militar". Mi colchón también decía "hospital militar" en su costado.

¿Sería posible que me hubiera enrolado y sufrido una lesión peleando en una batalla ajena? Entonces David suspiró y me encontró con su mirada. Su rostro, pálido en algún momento de su vida, mostraba las bondades del sol, al igual que su cabellera, la cual era como un ramo de centellas. Delgado y atlético, le calculé al menos treinta y cinco años de edad, pero con siglos de experiencia. Llevaba tatuada un ancla en el antebrazo izquierdo y un "om" en la espalda. Descalzo, vestía pantalones cortos y una camiseta. Me levantó la barbilla y revisó mis pupilas con la destreza de un doctor, al tiempo que culminó nuestra primera conversación, de tantas que disfrutamos, diciendo: "Porque estuviste dormido veinticuatro horas seguidas". Yo seguía sin comprender.

Eran de nuevo las nueve de la mañana en el acalorado Cairns, un popular destino del noreste de Australia. Se pronuncia algo así como "Quens". Sentí nostalgia por la vida en el monasterio. A esa hora debía haber estado terminando el desayuno y preparándome para los quehaceres domésticos. Resulta que había pasado exactamente un día entero dormido. Nunca antes había dormido así, y nunca volví a hacerlo. Poco a poco volvieron las imágenes del día anterior. Recordé haber atravesado la mitad de la Tierra a lomo de avión, y haberlo hecho casi sin parpadear. Volé pegado a la ventanilla, persiguiendo el amanecer. No quería perderme nada. Aun cuando no era justo compararlo con las épicas

travesías de quienes navegaron el mundo para comprobar las teorías de su tamaño y circunferencia, fue la primera ocasión que pude tomar conciencia de la verdadera dimensión de nuestro planeta. Y así también pude ser testigo de la transición entre los bosques y las montañas, y los océanos y los conjuntos de islas que funcionan como antesala del camino hasta Australia, la "tierra incógnita" habitada desde hace unos cuarenta y seis mil años.

Luego de someterme a la presurización, la deshidratación y la posición de momia incaica durante decenas de horas, logré aterrizar en el pequeño aeropuerto de esta ciudad ubicada exactamente al otro lado de mi mundo conocido. Al recoger mi mochila y mostrar mi pasaporte fui detenido por las autoridades migratorias. Recuerdo no haberles entendido absolutamente nada. "Guirei mait", o "warayuóptu mait". Lo único que entendí fue que para ellos mi pasaporte era el equivalente de una bolsa vacía de cacahuates salados. Más tarde comprendí que debía entregarles todas las plumas de aves que había encontrado, así como las ramas de árboles talladas con mi navaja, y las muchas piedras y hojas de colores que había recogido y atesorado en Europa. Resulta que los australianos temen, más que nadie, a la contaminación biológica, así como a las especies invasoras, de las cuales destacan los conejos, los dromedarios, los dingos, los adolescentes latinoamericanos que no cuentan con boleto de avión de regreso y los sapos.

Cosa curiosa, en Australia existían ranas pero no sapos. En 1935 ciento dos anfibios de la familia Bufonidae fueron introducidos intencionalmente. Conocidos como *Rhinella marina* o "sapos de caña", formaron parte de una estrategia para combatir una plaga de escarabajos que destruía los muchos plantíos de caña sembrados en los alrededores de la ciudad de Cairns. Los sapos, originarios de Centroamérica, fueron transportados desde Hawái. Cuando llegaron fueron recibidos con honores y liberados. Los australianos estaban emocionados con el arribo de sus salvadores, pero pronto se dieron cuenta de que en realidad los sapos no se comían los escarabajos, pero sí devoraban todo tipo de pájaros, anfibios, mamíferos y reptiles endémicos. Además, cada sapo pone cincuenta mil huevos al año, llega a pesar un kilogramo y es venenoso. Actualmente en Australia hay diez veces más sapos de caña que personas, y han modificado tanto el ecosistema como el proceso de selección natural en el noreste del continente isla.

Después de aquella larguísima travesía aérea para llegar a Cairns desde Londres vía Singapur, dejé de ser un aspirante a monje benedictino. De hecho, aun sin saberlo, dejé de ser todo lo que era. El mundo era mío, y las posibilidades infinitas. Pero aun así me devastó la idea de separarme de mi colección de souvenires. El sentimiento me sobrecogió. Y cuando al fin salí de la terminal del aeropuerto no supe cómo ni dónde ni mucho menos qué. Por fortuna, encontré un tablero electrónico con los nombres de diversas alternativas de hospedaje junto con un teléfono que comunicaba de manera

directa y gratuita con el sitio elegido. Era cuestión de presionar un botón. Busqué las palabras mágicas. “Free pick-up”, decía uno. Mi alma descansó. Era el hostal donde conocería a mi mentor David. Era también la dirección más infame en aquella ciudad ideal para los amantes de los deportes de aventura y la cerveza barata. Era tal vez el lugar más sucio y descuidado del planeta, pero a partir de entonces sería mi hogar: el hostal U2.

En la planta baja del hostal encontré el baño. No me costó trabajo pues el olor evidenciaba su ubicación. Descargué mis entrañas y miré cómo el agua circulaba en sentido opuesto al que lo hacía en mi hemisferio. Volví a jalar la cadena para corroborarlo. Cuando lo hice por tercera ocasión, ya por diversión, rompí la cadena. No supe qué hacer y la escondí detrás del retrete. Ahí permaneció todo el tiempo que viví en aquel lugar. Luego me atreví a mirar mi rostro en lo que alguna vez fuera un espejo. Parecía una charola de plata rociada con lágrimas y jugos gástricos. Noté algo diferente. Todavía era el reflejo de alguien que desconocía el amor pero que deseaba descubrirlo todo. Era alguien vulnerable, capaz de enamorarse de un fantasma, de un recuerdo. Un tipo con todo el tiempo y la curiosidad del mundo. Alguien que empieza a desarrollar la fascinación por los placeres ocultos en el acto del desplazamiento. Alguien cuyos sueños no tenían propósito. Medité, como explorando el sinsentido, y bebí agua un largo rato, pasando por alto lo vetusto de la tubería. Así es como según yo se generan las “bacterias digestivas” necesarias para disfrutar de una visita a cualquier lugar. Tomar agua del grifo es como recibir una vacuna. Continué redescubriendo mi rostro, al tiempo que entrecerraba los ojos como intentando quitar el velo que aún nublaba el recuerdo de lo acontecido el día anterior. Ésa fue la última ocasión que me interesó engañarme frente al espejo.

Entonces logré recordar. Fue Bob quien pasó por mí al aeropuerto, a bordo de una camioneta tan destartalada como el hostal U2. Antes de llevarme a casa me reconfortó con su característica sonrisa por la pérdida de mis plumas y mis palos y mis piedras y mis hojas. Su vida logró ser mucho mejor de lo que jamás vislumbraran sus propios padres: un soldado de reserva y una enfermera que también disfrutaba actuando en películas pornográficas de bajo presupuesto. En ocasiones la cámara ni siquiera tenía rollo. Aun así se esforzaban todos, dando lo mejor de sí para beneplácito del prójimo. Se habían conocido durante la emergencia malaya, en la década de los cincuenta. Ahí mismo concibieron a Bob. La gran cicatriz que revelaba su cabeza rasurada recordaba el momento en el que su madre lo dejó caer cuando tenía apenas dos años de edad. Fue un accidente. Resbaló a orillas de su alberca con el hijo en brazos y un cigarro en la mano. Por fortuna el cigarrillo no se mojó.

Los doctores juraron que Bob jamás recobraría el habla y que pasaría su vida entera

mendigando, cuando más. Creció con el estigma y las burlas de sus compañeros durante los años que intentó sin éxito cursar la escuela primaria. A su padre lo amó más que a nadie, hasta que a éste dejó de importarle su desgracia cuando nació el segundo de sus hijos. Bob creció bajo la ley de una selva en la que las emociones y las diferencias eran sinónimos de debilidad. Un sitio salvaje donde, si uno no era fuerte para mantenerse por sí mismo, era mejor no tener vida. Sin embargo, aquel rechazado y rubricado por la negligencia tuvo la inteligencia emocional para descifrar la congoja manifiesta en mis ojos. Era un sentimiento que necesitaba ser atendido con la misma prontitud que una herida abierta.

A pesar de todo Bob nunca dejó de ser Bob, siempre se mostró dispuesto a mitigar el dolor del otro con su sonrisa que hacía de su fisonomía una paradoja. Era como encontrarse de frente con un oso pardo pelando los dientes al levantarse sobre sus patas traseras para ofrecerte una taza de café con galletas recién horneadas. "¡Guirei!", dijo Bob. Y cuando me abrazó comprendí lo que experimentan las víctimas de los calamares gigantes. Curiosamente fue ahí, cobijado entre sus brazos de roca, presionado contra sus enormes pechos, cuando dejé salir una larga serie de lágrimas y gimoteos. Además de ser catapultado de una a otra realidad, fui contrariado por los oficiales de migración. Es cierto que me habían despojado de mis más preciadas posesiones materiales, pero había algo más detrás de mi zozobra. Luego de poco más de tres meses sufría los últimos estragos del extrañamiento. Pero el apego a lo que hasta entonces daba por conocido se disolvió, ahí mismo, para bien y para siempre.

"¡Guirei!", formuló de nuevo Bob al tiempo que me liberaba del sepulcro de sus brazos y lanzaba su manopla derecha contra mi espalda, como si fuese el martillo del hijo de un dios nórdico vengando con furia la muerte de su padre. Sin embargo, su narcótica sonrisa me dejaba pensar que lo había hecho de buena manera, aun cuando pudo haberme roto la clavícula o desviado una costilla. Ésta era, pues, una tierra de gigantes. Yo era Juanito, aunque recordaba haber sembrado los frijoles. De hecho, luego de aquella introducción podía yo haber terminado en el suelo, asfixiándome, con una hemorragia interna y el pulmón perforado. "¡Gurey!", dijo ahora, como esperando una contestación. Yo sólo sonreí de vuelta, confundido, alejándome lo posible para no seguir provocando a la bestia ni ofenderla, pues no tenía idea de lo que estaba tramando. Aventé mi mochila en la caja de su camioneta, limpié las últimas lágrimas de tristeza que verían mis ojos durante aquel viaje y me convertí en el copiloto de Bob, un ser tan extraño como reconfortante.

"Warayuóptu?", inquirió en su extraño dialecto. Según yo, deberían estarme hablando en inglés ahí en Australia. Ya lo había yo escuchado en alguna parte, pero ahora se presentó a una velocidad que me exigió pedirle que se repitiera a sí mismo al menos seis veces antes de lograr inteligir la fórmula *what-are-you-up-to?* Al fin tenía

conmigo la decodificación de su balbuceo, pero aún no contaba con el significado de las palabras. "¿Arriba de qué estoy?", me pregunté profundamente, y atiné a contestar, preguntando a la vez, antes de que la situación se tornara todavía más incómoda: "My butt?" Me miró de reojo y levantó la ceja como extrañado. No había tenido éxito en mi comunicación. Incluso con su sonrisa perenne, era claro que Bob y yo no nos estábamos entendiendo. Entonces preguntó de qué árbol me había caído o algo así. Esta vez sólo confié en mi instinto de supervivencia y respondí: "México". Supuse que la cicatriz de su cabeza era el motivo de su retórica y le dediqué una plegaria. Jamás imaginé que todos allí compartían la misma lengua.

Luego de un largo tiempo de cómodo silencio Bob se rascó la cabeza confirmando mi sospecha. Recorrió con su mano izquierda el mentón que hacía de su perfil la viva calca de los monolitos que te encuentras en la isla de Pascua, mientras balanceaba de arriba abajo su cuello, el cual era del grosor de un roble maduro, como diciendo: "con razón". Parecía que apenas terminaba de digerir mi respuesta. "Mécsicou", dijo entonces. "Yeah, México, bróder", respondí. "Méjico", volvió a intentar decir, ahora con bastante éxito, riendo para sus adentros. Más tarde aprendería que los australianos no hablan inglés, sino australiano. También, que los mexicanos teníamos en aquel entonces fama de flojos, románticos y bebedores. Una fama heredada de las películas de la "Época de Oro" y las telenovelas traducidas a un millar de idiomas. Una imagen diversificada recientemente, por decir lo menos, como consecuencia de la interconectividad.

Cuando salí del baño para descubrir el resto del hostal me encontré con una realidad paralela a la que había conocido en el monasterio. Aún no recibía la bienvenida por parte de ningún prior, abad o su equivalente. De hecho, no tenía idea de qué papel desempeñaría ni cuál era mi responsabilidad en aquel nuevo microcosmos. Me acerqué a la alberca, sin duda el corazón de esta nueva comunidad espiritual. Los ángeles que escuché reír se materializaron en tres hermosas chicas en biquini y un galante joven italiano. Jugaban a derribarse, montados los unos sobre los otros dentro de un agua que más bien parecía la preparación de una gelatina de limón todavía sin cuajar y repleta de grumos.

En ese momento no me resultó extraño que fuese el italiano quien montase a Cindy, la chica que administraba el hostal a cambio de hospedaje, y no al revés. Fuera de la alberca había una pareja de nórdicos. Hans vestía sólo un mandil y sostenía las pinzas con las que manipulaba el asador donde se cocinaba un costillar de puerco para el desayuno. Eder rociaba la carne tatemada con cerveza clara. Ambos fumaban marihuana, también como parte de su desayuno. También David parecía cocinar algo. Todos tenían su propia colección de tatuajes, como un relicario a bordo de su epidermis. Y aun cuando habría preferido dedicar mi tiempo a mirar sus pellejos coloridos toda la mañana, opté

por terminar de reconocer el territorio.

El hostal y su alberca dibujaban una escuadra con los muros de las casas colindantes. El barrio, ubicado a veinte cuadras de la explanada o malecón de Cairns, era de un estilo tropical decadente. Formaba parte de una suerte de suburbio creado en una época reciente en la que los cairnsitas temían más que nada a las inundaciones creadas por los frecuentes ciclones que los atormentan. A mi izquierda estaba el pasillo que daba a la calle y en el que Bob, el asistente de Cindy, estacionaba la camioneta con un par de nuevas víctimas provenientes del aeropuerto. Éstas, al llegar y mirar el lugar, se dieron la vuelta y se marcharon casi corriendo. A mi derecha vi una sala de estar equipada con tres sillones como de tres abuelas diferentes, así como una cubeta repleta de colillas viejas. Al fondo se ubicaba una larga mesa de madera y una cocina abierta con una gran parrilla donde cada día se practicaba la fe local: el asado al carbón. No había muros en lo que debió ser la planta baja de aquella casona rosada, suspendida sobre pilares y compuesta por ocho habitaciones. El techo de madera derruido por la humedad parecía sostenerse de milagro. Y cuando me sentí listo para intentar convivir caminé hasta David. Lo que cocinaba eran huevos estrellados, dos salchichas y una lata de frijoles dulces. Al encontrarme a menos de un paso de distancia volteó con un plato rebosante, como si conociera el tiempo exacto que tardaría en ponerme una camisa, ir al baño, bajar a la alberca, observar la escena y animarme a caminar hasta él. Fue cuando dijo: “Come, hermano. Hay mucho por hacer”.

Mi cuerpo intentó aclimatarse al trópico, mi mente a la novedad. Era evidente que estaba recién llegado. Pigmentación traslúcida y sudoración excesiva. Mirada torpe y movimientos acelerados sin sentido ni finalidad. Sonrisas nerviosas a diestra y siniestra, así como tensión muscular en cuello y espalda. Ritmo cardiaco acelerado, pupilas dilatadas, pene a media asta recargado del lado derecho. Mis pies desprotegidos sin sus calcetines. Pero había que confiar en el cuerpo; saber adecuarse al contexto en el que uno se desenvolverá. Sobre todo olvidaba la preocupación y me ocupaba en respirar. Inhalé profunda y pausadamente hasta lograr sentirme cómodo. Entonces me senté a desayunar y puse mi mirada sobre Cindy mientras jugaba en la alberca.

Los frijoles dulces me supieron a gloria. David notó la forma en la que los tatuajes llamaban mi atención, y me preguntó, aun conociendo la respuesta: “¿Tú tienes?” Nunca lo pensé. No tenía ninguna postura que manifestar sobre comunicación física, ninguna historia que valiese la pena contar, ninguna idea propia o pasión consciente. Nada aún que me hubiera hecho pensar en poseer algo similar al hongo mágico que ocupaba la espalda entera de Luigi. Cada uno de sus hongos reflejaba la intensidad de su naturaleza con aquellos azules, amarillos y rojos encendidos, e incluso venenosos. Por otra parte, los pétalos de Cindy recubrían las pecas de sus hombros y el par de cicatrices formadas en su infancia. Poco a poco los pétalos se volvieron líticos conformando un cementerio

donde un gran rosal se apreciaba húmedo por las gotas del sereno que simulaban descender por los detalles infinitos de su espalda, uniéndose más tarde con el sulfuroso color de una pareja de peces japoneses chapoteando en el estanque de su cadera. Era como si se hubiera tropezado con un arco iris y bañado en espejismos.

David sabía descifrar aquellas historias. De hecho, él guardaba las propias. Y podía distinguir entre los tatuajes de un viajero y los puramente estéticos que ostentan los turistas de la vida. "Es la energía que irradian", me confesaría más tarde, agregando que si los miras con detenimiento puedes ver la historia que los inspiró. Y antes de que David, mi nuevo Virgilio, terminara de decir "Te toca lavar los platos", yo ya me había levantado para hacerlo. Resulta que la experiencia en la abadía de San Miguel me había dado las bases para el resto de mi travesía, pues aprender a vivir en comunidad es el fundamento de la experiencia en el camino.

Aquel día desperté sin expectativas. Tomó tiempo, poco más de tres meses, pero mi mente al fin alcanzó a mi cuerpo, ubicado a miles de kilómetros de distancia de lo que hasta entonces conocía como casa. Sin pasado ni futuro comprometiendo mi presente, lo único que ocupaba mi tiempo era encontrar la manera de subsistir. Debía dejar de depender económica y emocionalmente si quería probar las mieles de la vida en el camino. David lo sabía. No tenía una bola de cristal escondida; simplemente percibió en mí los principios del viajero y quería ayudarme a detonar mi potencial. "Tienes madera", me dijo. A sabiendas de mi inexperiencia, quiso encaminarme a descubrir mis propias cualidades. Así como lo había hecho con él y para él su mentor Raj, algunos años atrás, en la que entonces se llamaba Kampuchea, hoy de nuevo Camboya. Nunca terminaré de agradecerle a David el haberme descubierto que soy inalámbrico, capaz de dar la vuelta al mundo en soledad y vivir para compartir sus bondades. "Vamos a buscarte trabajo", dijo David cuando terminé de lavar los trastes del desayuno.

Ya era casi mediodía cuando cruzamos el parque Munro Martin de camino a la explanada del centro de Cairns. Su nombre recuerda a las hermanastras Janet Taylor Munro y Margaret Martin, benefactoras de la ciudad que construyeron los Jardines Botánicos y muchos otros atractivos que jamás me interesaron. En el centro del parque hay un obelisco de diez metros. Hoy es un importante espacio de encuentro comunitario donde se organizan conciertos y reuniones culturales. Pero antes de ser revitalizado era donde nosotros jugábamos al futbol por las tardes mientras éramos atacados por murciélagos gigantes. Era también donde los aborígenes australianos, aún desconocidos para mí, bebían por las noches hasta quedarse dormidos. Ese día aún no llegaban los aborígenes del pueblo, antes nómada, yidinji walubarra, que frecuenta la zona desde un tiempo sin memoria. Ellos llamaban Gimuy a la región. Fue el capitán Cook en el año 1770 el primer europeo en trazar un emplazamiento sobre su territorio, llamándolo

Trinity Bay. Siempre que caminé el kilómetro y medio que hay entre el hostal U2 y la explanada, crucé el parque Munro Martin. Su hierba era un remanso de frescura tras andar descalzo sobre el asfalto.

Cuadra tras cuadra, los suburbios de Cairns eran un cúmulo de casonas de madera con aires victorianos, muchas de las cuales ostentaban una vegetación extrema. En Australia los pájaros cantan y los árboles cambian de corteza. El sol y todo lo que vive al amparo de su luz y de su sombra pueden matarte, y frecuentemente lo intentan. Yo aún no estaba preparado para enfrentar la imparcialidad de la naturaleza australiana. Creo que uno nunca lo está. Pero cuando te encuentras de frente con ella te aborda, te intoxica y, si la sobrevives, te transforma. Me faltaría mucho aún para atisbar el porqué del porte y la actitud de personas como Bob y como Cindy. Pero antes de apreciar la influencia de lo agreste en su máxima expresión, debía aprender a trabajar durante el viaje.

La ciudad de Cairns se encuentra en la costa este de la península del Cabo York. Es una franja costera del noreste de Australia, entre el Mar del Coral y la Gran Cordillera Divisoria, la cual es la cadena de montañas más importante del continente y se extiende a lo largo de más de tres mil quinientos kilómetros de norte a sur, un poco más que el diámetro ecuatorial de la luna. Ciudad hermana de Acapulco, Cairns tiene poco más de cien mil habitantes. Ahora es visitada por más de dos millones de turistas al año. En ese entonces su fama como destino turístico apenas comenzaba. Su nombre recuerda al que fuera el gobernador del estado de Queensland a mediados del siglo XIX, un tal William Wellington Cairns, quien fundó el pueblo entre los densos manglares y las dunas de arena que protegían la región de los ciclones. Hacia 1876 se convirtió en el refugio preferido de los mineros que se aventuraban a las mesetas del oeste buscando oro. Luego se transformó en un importante puerto, pues durante la Segunda Guerra Mundial fue utilizado por las fuerzas aliadas para sus operaciones en el Pacífico. Y hasta finales de los años ochenta del siglo XX no comenzó a tomar forma el centro del pueblo, al cual arribamos después de una agradable caminata de unos treinta minutos.

A primera vista el centro de Cairns me pareció un pueblo fantasma con tiendas de ropa de playa y recuerdos materiales, así como restaurantes cuyo menú ofrecía hamburguesas de canguro, filetes de cocodrilo, pechugas de avestruz y ensaladas, una verdadera excentricidad en esas tierras. Las calles eran transitadas exclusivamente por ciclistas y peatones, muchos de ellos descalzos, como David y yo. Primero visitamos la explanada de Cairns, la cual se abre a orillas de una laguna donde la gente nada mientras otros se asolean o preparan asados. Más tarde David me llevó al interior de un edificio gubernamental que terminó como un pequeño casino. No sé si quería corroborar mi suerte o limpiar sus pies en la alfombra. En diez minutos dupliqué todo mi capital jugando al blackjack, con lo que aseguré cuando menos dos semanas de hospedaje, alimentos y bebidas embriagantes.

Al salir del casino descubrí el sonido de un tronco de eucalipto carcomido por termitas y purificado por el agua de un río impetuoso mientras cantaba gracias al aliento divino de una entidad concebida para otros tiempos y personas. "Didgeridoo", me dijo David que se llamaba aquel milagro hipnótico cuya reverberación logró que en mi cuerpo se hicieran eco las estrellas contenidas en todo el universo. Nunca supe si era el instrumento musical o los rasgos prehistóricos de la persona que lo manipulaba lo que me causaba mayor fascinación. Él era uno de los pocos aborígenes de Cairns que no pasaban el día entero bebiendo y gritando los sueños de sus antepasados antes de volver el estómago para poder continuar bebiendo. Un estilo de vida hasta entonces financiado por un gobierno que aún no se disculpaba por las barbaries cometidas en esas remotas tierras colonizadas como una comunidad penitenciaria; el traspatio de la Corona inglesa, a la que nunca le importaron las fatales repercusiones. El aborigen australiano era Robert Leeson, mi nuevo amigo, hijo de la "generación perdida". Aún recuerdo la firmeza con la que estrechó mi mano, así como la cordialidad de su mirada. Era como ver llover, hasta que se convirtió en una tormenta eléctrica muy en el fondo de sus ojos y de mi corazón. Eso fue lo que me invitó a quedarme escuchando aquel sonido infinito, el remanente de una iniciación secreta para los extranjeros.

"¿Cuántos platos sabes cargar?", preguntó el gerente del restaurante Pizza e Pasta. David supuso lo obvio y me miró de reojo, como incitándome a no esperar más para dar la respuesta correcta. "Dos", le dije, como cuando un niño avisa que quiere ir al baño luego de haber mojado sus pantalones. El gerente volteó a ver a David, que era su amigo, esperando una explicación. En el segundo restaurante que visitamos lavé trastes durante una hora. Mi ineficiencia hizo que se entorpeciera tanto el flujo del servicio que, aun cuando no recibiría paga durante una semana, prefirieron prescindir de mi apoyo. Luego intentamos en un restaurante de comida china, donde me pusieron a trapear. Todavía recuerdo la cara del doctor Shen cuando me vio recogiendo los dumplings que tiré al piso después de golpear una charola. Antes de que terminara la tarde el rumor de mi ineptitud se había esparcido como reguero de pólvora en la industria gastronómica local. Jamás conseguiría un trabajo en ningún restaurante de Cairns. David lo sabía también. El resto de las alternativas eran inaccesibles, pues no contaba con visa de trabajo.

Aquel pueblo era frecuentado por los atractivos que ofrecía, desde expediciones a bosques lluviosos y saltos con paracaídas sobre el mar, hasta la navegación en ríos de aguas blancas y una gran cantidad de actividades marinas en la Gran Barrera de Coral frente a sus costas. Era el edén del deportista extremo, así como la meca del buzo. Había tanto por hacer y yo sólo sabía cargar dos platos. David y yo nos sentamos a disfrutar la exquisita brisa y las vistas de la marina para digerir mi fracaso. Entonces fue cuando me encontré con la promesa del arrecife de coral más grande del mundo. Nunca hubiese podido imaginar los secretos que se resguardan allí para quien se atreve a internarse en

ese manto cristalino. No me refiero a la oportunidad de sumergirse más allá de unos cuantos metros, conteniendo siempre la respiración, sintiéndose ajeno al medio del cual estamos compuestos en nuestra mayor parte.

"CDC", decía el cartel clavado al final del malecón, en la calle Abbot. "Cairns Dive Centre, mate", dijo la chica que repartía los folletos que describían sus servicios, mostrando fotografías de mundos ajenos. Eran escenas fascinantes de personajes que nunca concebí ni en mis sueños más salvajes. Gente con equipo extraño en sitios inexplorados. "Voy a aprender a bucear", me dije con total certeza, como si hubiera recordado que mi destino esperaba impaciente debajo del agua. Nunca había deseado algo con tanta fuerza, con tanto deseo. "Voy a aprender a bucear", le dije a David. Y cuando miré la lista de precios dejé de querer trabajar para sobrevivir: lo haría para vivir. "Good on you mate", respondió.

Esa noche visité por primera ocasión el Woolshed, el lugar más decadente de Cairns. Ubicado cerca de la explanada, era el sitio predilecto de los mochileros para ir a cenar con un menú fijo a precio accesible. Por lo general éste consistía en un plato de carne, res o puerco acompañado con puré de papa, elote dulce o verduras al vapor. Era todo lo que un mochilero podía necesitar luego de pasar el día haciendo nada, o simplemente cuando se quería dar el lujo de no cocinar. Más tarde la música subía de volumen y comenzábamos a beber hasta que llegaba el momento de bailar sobre las mesas para conseguir alguien con quien despertar. David era el rey del lugar. Sabía detectar de inmediato con quién terminaría cada noche. No tenía escrúpulos ni competidores a la hora de elegir. Su misión en la vida era experimentar los extremos de la novedad. Yo, sin embargo, aún era presa de la timidez y acostumbraba regresar solo al hostal.

Cruzaba de noche por el parque Munro Martin. Ahí estaban siempre los herederos de la nación yidinji walubarra, habituados a cazar y recolectar inmersos en la abundancia de la naturaleza. Pero aquí siempre estaban engullendo comida chatarra y bebiendo alcohol de alta gradación. El territorio continental de Australia es la isla más grande del mundo y a la vez el continente más pequeño. Sus aborígenes son la cultura viva más antigua del planeta. Resumen más de cincuenta mil años de historia, arte, danza, mitos y música. Su tez llega a ser tan oscura que no refleja un ápice de luz, pues la llevan por dentro. Sus cabellos son como las raíces de un árbol que descienden en busca de agua y de camino se encuentran. Sus ojos parecen desorbitados pero pueden mirar de noche y distinguir su presa a la distancia. Su lengua emite sonidos exquisitos con los que se comunican, no sólo entre humanos, sino con las plantas, los elementos y hasta los animales. Ahí estaba con ellos esa noche, como casi cada noche, mi amigo Robert. Iba a tocar el didgeridoo para mitigar la agonía de sus amigos y familiares, reunidos ahí con el deseo de

extinguirse, como en alguna ocasión me lo confesaran. “Si la tierra tiene una voz, ésa es la del didgeridoo”, me dijo Robert cuando me acerqué para acompañarlo antes de volver al hostal para intentar dormir

Esa noche la conquista de David se llamaba Taoki. Con razón. David había amanecido con antojo de sushi. Su figura se encuentra ya en las pinturas rupestres y ellos la conocen como el yidaki o “el cuello del emú”, especie de avestruz que habita por allá. La del didgeridoo, por supuesto, no la de Taoki. Luego me explicó Robert que no es sólo un instrumento musical, sino una herramienta con la cual los chamanes realizan rituales de iniciación a la adultez. Su origen se remonta al “Tiempo del Sueño” o Dreamtime. Algún día llegaría mi momento para aprender la mitología de los aborígenes australianos.

Aquélla fue la primera noche que pasé despierto en Australia, bebiendo cerveza tras cerveza, deseando encontrar una manera de conseguir dinero para aprender a bucear. Había pasado toda mi vida estudiando en escuelas en las que no aprendí a sobrevivir. Oriundo del hemisferio norte, al ver el cielo me resultaba irreconocible su composición. Nunca imaginé cuáles eran las otras estrellas visibles en el sur. Su energía ejercía un influjo poderoso. Como si esos astros estuvieran llamándome para alejarme de Cairns, pues si en verdad quería convertirme en buzo antes tendría que encontrar una manera de ganarme ese derecho. “Vete a las granjas del sur —me dijo Robert—. Ahí hasta un canguro consigue trabajo.” ¿Granjas? Qué podría yo, niño de ciudad, saber acerca de la vida en el campo.

A la mañana siguiente no desperté para la *lectio divina,* sino para arrojarme a la alberca antes de beber otra cerveza y comerme unas costillas al carbón. Ya estaba comenzando a comportarme como un miembro más de la comunidad del hostal U2. El resto del día lo dedicaría a lavar mi ropa, aprender juegos malabares, platicar con David o caminar descalzo sin rumbo ni motivo definido. A veces intentaba acercarme a Cindy, sin mucho éxito. Algunas tardes nos íbamos a casa de los amigos de Luigi, un grupo de mafiosos con quienes David y yo pasábamos el tiempo comiendo espagueti y viendo los clásicos spaghetti westerns, el subgénero de moda en la Europa de los años sesenta y setenta. Era como presenciar un desfile de clones italianos de Clint Eastwood cabalgando por el desierto de Durango. En una de las películas que vimos el héroe se encuentra con una *bella donna* muy afligida pues su casa ha sido incendiada por una tribu indígena norteamericana. Sin embargo, todos hablan en italiano. Cuando la sostiene entre sus brazos, ella le dice entre sollozos: *“*Mio marito è morto”, como queriendo desvanecerse por la tristeza. Entonces el ítalo-Clint levanta la mirada al cielo, como recordando el propio sufrimiento. Un flashback nos lleva al momento en el que su propia familia, sus vacas, su perro y hasta su caballo son sacrificados por aquella malévola tribu como de

caníbales con rostro pintado. A él lo habían dejado enterrado hasta el cuello en medio del desierto para que muriera de una forma horrible. Y cuando los coyotes se acercan de noche para devorarlo permanece como un misterio sin resolver la manera como logra escapar. Volvemos al tiempo presente en el pasado. La *donna* ha dejado de llorar. El mediodía se hace atardecer de una toma a la siguiente. Ella se levanta. Lleva su vestido blanco manchado con la sangre del esposo, muerto tras defender su honor. Se han llevado su cuero cabelludo como trofeo. Su mirada hace evidente que está lista para prenderle fuego al mundo desde las entrañas. Su cabello negro danza como las llamas con el viento. Entonces su tristeza se transforma en rabia y dice con violenta resolución: "¡Vendetta!" Ya han pasado cinco minutos de la película, el drama ha sido establecido, así que las dos siguientes horas el Clint en turno escupe plomo con la furia de su revólver logrando extinguir a toda la tribu. Fin. Habían visto la misma película al menos seiscientas doce veces, pero de igual manera nuestros anfitriones italianos siempre estallaban de júbilo. Luigi mostraba incluso lágrimas en los ojos. David y yo aplaudíamos para no desentonar.

Caída la noche nos reuniríamos con el resto de los habitantes del hostal para emprender nuestra peregrinación al sitio que se había convertido en nuestra segunda morada: el infame Woolshed. La decoración en este bar para adolescentes y otros desubicados era similar a la de un establo donde se trasquilan borregos, pero en vez de animales de granja los había de todas las nacionalidades. Todo era de madera y estaba listo para incendiarse cada noche. Punto de encuentro para los mochileros, era frecuentado también por algunos locales, como Cindy, que aquella noche se veía divina.

Después del episodio en España tuve sueños húmedos casi cada noche. A veces eran con Cindy, pero casi siempre eran acerca de las imágenes del folleto de la tienda de buceo. Atesoraba ese folleto más que nada en el mundo. Los contornos de sus pulpos y crustáceos. La manera en que te mira el tiburón cuando patrulla su arrecife de coral. La fuerza de la gravedad puesta en entredicho, abriendo la posibilidad de mantenerte suspendido en el espacio y adoptar cualquier posición imaginable. Era como una revista pornográfica que escondía en lo más profundo de mi mochila y sacaba cada noche antes de dormir. Al menos había dejado atrás las pesadillas que me atormentaban al final de mi primera visita a Europa.

Cindy era siempre muy cortés; supongo que sabía perfectamente cuáles eran mis intenciones pero no encontraba razón alguna para darles cabida. Yo me ponía muy nervioso en su presencia. Mi cuerpo era un caldero de información genética queriendo perpetuarse. Era obvio que la especie humana estaba destinada a comprometer su propia subsistencia con tal de lograr una explosión demográfica sin control. No estaba interesado en su pasado ni mucho menos en su futuro. Lo único que quería era perderme entre sus piernas y olvidar por un instante lo que en verdad me torturaba: querer

aprender a bucear y no tener dinero para hacerlo. Sí. Yo había aprendido que para hacer lo que uno desea se necesita dinero.

Una mañana Luigi se despidió del hostal. Llevaba seis meses viajando y tenía en mente otros seis meses más. Había visitado doce países antes de llegar a Australia y estaría cuando menos en otros ocho antes de regresar a su origen, donde trabajaba como conductor de un camión que transportaba productos perecederos. Nos habíamos vuelto buenos amigos, pero ya no me parecía doloroso tener que despedirme de la gente que conocía. Originario de Lecce, en el sureste de Italia, Luigi me sugirió que aprendiera a conectarme con el flujo de la tribu global para leer y apreciar la particularidad de cada destino. "Cada centro urbano y cada paraje natural tienen un palpitar que nos resguarda. Y se revela en abundancia si lo observamos con el tiempo y el respeto necesarios."

Tenía mucha razón, luego lo comprendí, pues de lo contrario terminamos imponiendo la construcción de una realidad limitada por nuestras propias experiencias, pero sobre todo por nuestras expectativas. La comprensión radica en la vivencia. Puede tomar minutos, meses, vidas, e incluso puedes jamás lograrlo de manera consciente, ya que nuestra costumbre es el automatismo, pero existen herramientas para flexibilizar la estructura de la mente, como la meditación, e incluso el consumo de las plantas sagradas, como la marihuana, la cual a Luigi le encantaba fumar y promover como una alternativa para cambiar. "Un nuevo punto de vista es siempre necesario", decía.

El racismo es una enfermedad del espíritu, del cuerpo, del alma y la mente que por lo general se cura viajando. Algo similar sucede con los prejuicios. La especie humana tiene más de cinco mil años de historia haciendo uso del psicoactivo obtenido de la planta del cáñamo, ya sea con fines recreativos, medicinales o espirituales, pero tan sólo unos cien años de considerarla una sustancia ilícita. El cannabis tiene más de quinientos compuestos químicos diferentes, incluyendo más de cien cannabinoides, algunos de los cuales han sido identificados por tener cualidades analgésicas tan especiales que su uso es la única manera de aminorar las dolencias y los malestares de padecimientos físicos como el glaucoma, así como las náuseas y otras molestias derivadas de los tratamientos contra el cáncer y la esclerosis múltiple, pero sin los desagradables efectos secundarios de las alternativas "tradicionales". Son tan escasos el tiempo y los recursos que hemos dedicado al estudio de su potencial curativo que sigue siendo considerado tabú por muchos.

Hoy día casi cinco por ciento de la población mundial adulta consume marihuana, pero en el hostal U2 de Cairns la consumía el cien por ciento de sus moradores. Fumar un porro con otros era similar a compartir los alimentos o, mejor dicho, un juego de mesa. Tenía sus pequeños rituales y había conductas sugeridas que se repetían alrededor del mundo. Saber fumar, aunque no necesariamente hacerlo, era parte del idioma

universal de la tribu global. Yo, la verdad, no quería quedar como un desubicado esa mañana en la que Luigi nos congregó a todos para despedirnos a su manera. Pero yo no contaba con la educación del fumador. Sabía resolver ecuaciones diferenciales y conocía muchos de los nombres de los elementos, pero no tenía idea de cómo convivir con los habitantes de mi generación en mi propio planeta. Me sentía tan desnudo como Bob, a quien le encantaba meterse a nadar en pelotas luego de darse un toque.

Primero había que conocer algunos términos, cuya lista he enriquecido con el tiempo y diferenciado de acuerdo con el contexto sociocultural. Aquí al cigarrillo de marihuana se le conocía como la "cucaracha", y la seña para solicitarlo de manera coloquial era llevar el dedo pulgar a la boca con el meñique levantado y el resto de los dedos en forma de puño. Algo similar a lo que en mi ciudad de origen usamos para referirnos al alcohol, e incluso para ofrecerlo si se acompaña de un ligero levantamiento de cejas. Diversas corrientes de pensamiento indican que el cigarrillo o porro es para consumo personal, y que la pipa es para consumo social. Aquí no. Aquí el porro o gallo era el instrumento colectivo por excelencia.

A partir de que se enciende el porro, comienza a circular en el sentido que su iniciador elija. No te preocupes, nadie ha muerto jamás por una sobredosis de marihuana y su adicción es más bien emocional que física, a diferencia del alcohol, que mata a más de tres millones de personas al año. En caso de que decidas no fumar, debes agradecer a quien te pasa el cigarrillo con una ligera reverencia, tomarlo con cuidado pero sin miedo, ofrecer el humo que se desprenda con tu movimiento y pasarlo al siguiente participante, de preferencia con una sonrisa.

En caso de que decidas fumar recuerda que "si no tose, no pone". Lo más probable es que al primer jalón de humo, y cuando la nube al fin logre pasar la frontera de tu mente hasta la trinchera de tus pulmones, comiences a toser sin control. Es la falta de costumbre, además de que la marihuana reseca mucho la garganta. Felicidades, ya probaste la marihuana. Seguramente no te darás cuenta del momento en que comenzarás a sentir su influjo hasta que sea demasiado tarde. Entonces perderás el control de todo lo que hasta entonces conociste como posible.

Cada quien la experimenta a su manera. Cada planta es diferente. No significa que alucinarás; simplemente tus sentidos experimentarán de otra manera todo lo que hasta entonces conocías como "la realidad". Probablemente el tiempo adquiera otra cualidad. Tal vez llame tu atención el sonido de un grillo o la milagrosa manera en la que funcionan tus manos. Tal vez te moleste el piquete de un mosquito y comiences a sentir la paranoia, o te baje la presión y te dé "la pálida". Cada cuerpo es un mundo diferente. El control de la mente sobre su experiencia puede ser absoluto. Lo que sí ocurrirá es que comenzarás a experimentar pequeños episodios, historias cortas, y tú serás el amo de su duración.

Si te “clavas” te puedes quedar viviendo una pesadilla durante la eternidad de un segundo. Pero, si cedes el control, la mente seguirá su cauce natural, como un fresco río del deshielo. Además, si tienes buena compañía la conversación y las anécdotas serán por demás estimulantes y divertidas. Entonces reirás a carcajadas, al punto de que te dolerá la mandíbula. Y cuando logres sentirte cómodo con la situación, entonces “pásala”, evitando dejar salivado el porro.

Considera la reunión como una oportunidad para platicar de cosas distintas de las que acostumbras, hacer nuevos amigos y relajar el cuerpo y la mente, hacer de ella el preámbulo de una nueva aventura o experiencia de vida.

Después de la ceremonia con la marihuana llegó el momento de irnos al Woolshed. Aun cuando cada noche era diferente, también solía ser idéntica a la anterior. Así suele ser también la vida del mochilero principiante. En el sitio el ambiente estaba cargado de hormonas y las conversaciones llevaban sólo a dos lugares: lograr una nueva conquista o intentarlo de nuevo al día siguiente. A cuentagotas se renovaba la concurrencia, y la música era siempre la misma. Y al fin, cuando el nivel etílico tornaba inflamable el aire mismo, un par de jocosos animadores organizaban concursos para los borrachos, prometiendo recompensas para quienes se atrevieran a entretener a los demás con sus cuerpos o sus vergüenzas, o ambos. Algunas noches las chicas eran invitadas a ponerse una camiseta blanca y dejarse verter sobre ella una jarra de agua fría. En otras ocasiones los parroquianos simplemente podían llegar vestidos con sus trajes de baño o biquinis. En otras, parejas de extraños debían simular cuantas posiciones sexuales pudieran recordar en menos de un minuto, compitiendo por una jarra de cerveza, pasajes de autobús, dinero en efectivo e incluso cursos de buceo. Mi estómago se retorcía cada vez que era el momento de los concursos. Nunca había tenido el valor ni la fortuna para ser elegido. Tampoco tenía talento alguno para presentarme en público. De hecho, jamás en la vida había ganado una rifa o un volado.

Pero ésa era una noche muy diferente. Yo estaba bajo el influjo de la ganja, ya que despedíamos a Luigi. Además, mi dinero se había terminado y me sentía condenado a pasar inadvertido por los jueces de todos los concursos del mundo, cuando de pronto, sin más ni más, fui elegido para la siguiente prueba del Woolshed. Apuré el resto de mi jarra de cerveza de un trago y me presenté en el escenario. Estaba dispuesto a todo. Tres contendientes subieron a mi lado. Dos de ellos me resultaban familiares. Uno era un coreano que llevaba cuando menos dos semanas en Cairns. Otro, un holandés que estaba por culminar su primer mes de viaje. El tercero era uno que se veía como recién desempacado de Inglaterra, con la cabeza afeitada esa misma mañana. La incertidumbre. La emoción. Mis sentidos aletargados por la mezcla de agua, lúpulo, marihuana, trigo, papa y cebada. “¡Por un premio sorpresa —gritó al micrófono la organizadora—, canten una canción de casa, y con aplausos decidiremos al ganador!” Algunas de los Caifanes y

otras de José Alfredo Jiménez comenzaron a circular por mi cabeza, pero al momento de recibir el micrófono y enfrentar por primera ocasión al monstruo de los mil ojos rojos, fue otra la tonada que brotó de mi boca: atiné a reconocer Salve Regina en modo solemne, ya entrado en sus bemoles.

Estaba en el epicentro de un infierno juvenil, tal vez el bar más promiscuo del hemisferio sur, entonando el mismo himno divino que elevara "a la madre" cada noche antes de dormir junto con mis hermanos benedictinos. Cerré los ojos. Podía imaginar la conmoción e incluso las lágrimas. Estaba seguro de haber establecido una relación directa con el cielo, la abadía y cada uno de los corazones del auditorio. Éramos uno en verdad, podía sentirlo. Y al terminar de trinar estaba listo para que me metiesen de vuelta a la jaula. Un silencio místico dominaba el ambiente. Por un momento el sitio brilló con luz propia. Podría jurar que los presentes se habían tomado de las manos. Era el inicio de un mundo mejor. Esperaba el milagro de ser elegido como ganador indiscutible de la contienda. De pronto el Woolshed entero rompió su silencio y la incredulidad se tornó en una gran carcajada. Reían todos a sus anchas, menos Cindy. El premio sorpresa era nada menos que un curso de buceo todo pagado, incluyendo una semana a bordo de una plataforma flotante sobre la Gran Barrera de Coral, dedicada a la instrucción de buzos avanzados. Evidentemente ganó el coreano, que resultó ser estadounidense, con su magnífica interpretación de la canción *U Can't Touch This,* del rapero Stanley Kirk Burrell, mejor conocido como MC Hammer.

Townsville, Queensland, Australia
Día 116 fuera de casa

Esa noche en el Woolshed tomé la decisión. Un camión nos dejó trescientos cincuenta kilómetros al sur sobre la calle The Strand. Townsville no era un destino turístico. Albergaba una de las bases militares más importantes de Australia, así como una famosa universidad, por lo que sus habitantes solían beber mucha cerveza. En ese entonces era visitado únicamente por almas que andaban como perdidas a medio camino entre Cairns y Brisbane, la capital política del estado de Queensland. David siempre sabía cómo navegar las situaciones nuevas, por lo que de inmediato encontró dónde hospedarnos y a quién pedirle trabajo, así como la ubicación del mercado más económico y el bar más infame. Era como si estuviese conectado sutilmente con algún tipo de red todavía invisible para mí, a través de la cual tuviera acceso a la fuente de todo y de todos. El equivalente de contar con un sistema de posicionamiento global, un traductor simultáneo y un buscador de internet integrados al sistema nervioso central. A ello había que añadirle carisma, porte y facha de una estrella de cine, pero sin pretensiones y siempre en sandalias. David sabía qué decirle a cada persona con la que se encontraba en el camino para poder manifestar lo mejor de uno y del otro. Era como si construyera su propia

realidad a cada instante. Un alquimista de la vida cuya misión era vivirla a su manera, libre de prejuicios y necesidades inventadas.

Australia es el sexto país más grande del mundo, y aun así tiene menos habitantes que mi ciudad natal. Antes del atardecer llegamos a una especie de comuna en las afueras de Townsville. En ese momento parecía encontrarse desierta. Tocamos el timbre. Dos avispas zumbaban contra el techo de madera donde habían hecho su nido. No hacía calor ni frío. Volvimos a tocar el timbre. Salió un hombre malhumorado, como si lo hubiésemos interrumpido en algo tan fundamental como cortarse las uñas de los pies. Sus ojos nos miraban ocultos debajo de una cortina de cejas tan espesas que por un momento me hicieron pensar en el último sha de Irán, a quien le gustaba refugiarse en Cuernavaca. Su tez roja parecía un cuero duro, como silla de montar. Nunca supe cómo se llamaba pero siempre lo nombré *el Sha*.

De inmediato me di cuenta de que el Sha era el dueño de un sitio poco común. Nos procesó, registró y ubicó en nuestros aposentos con tanta eficiencia que supuse que había trabajado como despachador de correos. En realidad, no conviví con él durante mi estadía, pues se dejaba ver muy poco. De hecho, sólo lo vería cada que tuviera un cheque en mis manos, que era cuando había que pagar la renta. Su sistema para evitar el timo era infalible.

Cuando el sol tocó el filo del horizonte, volvió al hostal una horda sudorosa y maloliente. Regresaban de su jornada en el campo, con los ojos rojos, hastiados de sol, cargando su paquete personal de cervezas y víveres de acuerdo con el trabajo que estuviesen realizando. Algunos cargaban una caja de mangos, otros de espárragos. Los había también con jitomates e incluso plátanos. Unos se acomodaban en la terraza, descansando al fin con los pies al aire libre. Otros reposaban sobre la alfombra de la sala buscando el control de la televisión para ver, como cada noche, *Los Simpson*. Otros más tomaban un baño de agua fría o se quedaban liando un cigarrillo mientras intercambiaban provisiones en una suerte de tianguis.

El negocio del Sha era simple, como lo es el de una banda de piratas somalíes o el de un cártel que ha encontrado más lucrativo el tráfico de personas que la venta de drogas. Era él quien tenía el contacto directo con los granjeros locales, por lo que arrendaba a los inquilinos de su hostal como mano de obra barata. El suyo no era en realidad un hostal ni tampoco una cueva para la trata, sino algo así como un refugio para mochileros sin dinero. Algunos tenían visa de trabajo, otros no. Pero todos éramos un mal necesario dentro de un sistema agrario rebasado por la propia extensión de su territorio y su capacidad productiva, así como por el limitado interés de sus locales en todo lo referente a los oficios del campo. Por ello, en Australia gran parte de la producción alimentaria solía perderse en sus ramas, pues por lo general no había suficiente mano de obra para cosecharla, empaquetarla y llevarla a la venta. El mundo muere de hambre por nuestra

propia incapacidad para la distribución de la abundancia o nuestro desinterés. Y fue así como, tomando en consideración mi nula experiencia y capacitación previa, mi destino comenzaría la madrugada siguiente trabajando en una granja de berenjenas.

Me quedé pensando en las berenjenas mientras los muertos vivientes se preparaban la cena, bebían cerveza y miraban caricaturas hasta quedarse dormidos. Nunca había prestado atención a las berenjenas. De hecho, me parecían un alimento mediocre. Antes las habría comido un par de ocasiones, tal vez gratinadas al horno con salsa de tomate. Escogí la cama de arriba de una litera que se encontraba disponible dentro de un cuarto con otros seis ocupantes. David tomó la cama de abajo. Él había trabajado toda su infancia en el campo, así que por su origen y su carisma se empleó en una granja de mangos donde la paga era casi del doble que la mía. Entonces llegaron al cuarto Yoshi y Ari. Ruidosos, malolientes, originarios de Haifa. "Ma Nishma", dijo Yoshi, pensando que también yo era de Israel cuando les dije "Shalom". Ari extendió la mano para darnos la bienvenida. Aún estaba cubierta de tierra. Llevaban dos meses viviendo ahí, trabajando en diversas granjas, ahorrando para comprarse una camioneta pintada de vaca y poder viajar a discreción por la inmensidad del territorio australiano. Recientemente habían terminado su servicio militar. Pasaron dos años aprendiendo a matar. Se conocieron en un puesto de control cerca de la Franja de Gaza. Yoshi salvó la vida de Ari en dos ocasiones. Desde entonces se hicieron amigos, se dejaron la barba y abandonaron todo para comerse el mundo, no sin un dejo de nostalgia. Yoshi fue quien me ayudó a llenar el formato para mis impuestos. Era un protocolo impuesto por el Sha. Todos, sin importar lo irregular de nuestra situación laboral, debíamos pagar impuestos. Las luces se apagaron temprano. No hubo música ni fiesta.

Dormir con otras personas en un mismo cuarto no era cosa fácil. Cada quien emite sus propios ruidos y olores en el momento que corresponde. Pero a todo se acostumbra uno, menos a no comer. Recuerdo que tuve mi primer trabajo a los trece años de edad. Estuve los meses de aquel verano en la Notaría 120 sellando actas, haciendo copias y sirviendo tragos a los clientes del notario a partir de las nueve de la mañana. De hecho, el baño de visitas era mi cantina; tenía hielos listos en la tina y sabía preparar un "petróleo" increíble. Ganaba un dineral, cincuenta pesos al día. Más tarde me hice cobrador de la cuota mensual para el mantenimiento y la seguridad privada en la colonia donde viví desde los siete años, en las afueras de la Ciudad de México. Cobraba diez por ciento de comisión sobre el total y lo guardaba en una caja de puros que había sido de mi abuelo. Durante la crisis de 1994 tuve la oportunidad de ayudar con la manutención de mi familia, reconocer el olor del miedo y odiar a los cobradores de las tarjetas de crédito de mi padre. Ya luego, a los quince años, aprendí a hacer "limpias", y me hice bastante bueno con el uso del huevo, el humo, el cuchillo y las hierbas para sanar no sólo el cuerpo físico, sino ese resto de nosotros que existe simultáneamente pero en otras

dimensiones y por lo general sin nuestro conocimiento. Solía trabajar por las tardes, y sólo por recomendación, limpiando casas, establecimientos, parejas e individuos. En esa época todo lo que tuviera que ver con la "magia" o la medicina tradicional era tabú, al menos en mi círculo social. Entonces tuve que esconder mi quehacer para evitar las posibles burlas de mis amigos y aprendí a vivir una doble vida. Sin embargo, la vida en el campo me resultaba ajena. ¿Qué tan difícil podía ser recoger berejenas? Ese pensamiento me permitió relajar la mente y dormir.

Desperté antes del amanecer. Así estaba acostumbrado. Aún hoy, hacerlo me parece una buena idea. Comí un plátano y Ari me sugirió tomar algo de ropa reciclada en lugar de usar la mía. Para ello había una gran caja de cartón repleta de botas, camisetas, bermudas, guantes y sombreros totalmente cubiertos de lodo seco y sudor de antaño. Decliné la invitación, convencido de que mis botas de mochilero y mis chinos en la cabeza serían más que suficientes para sortear las inclemencias del campo.

En el lugar había sobre todo holandeses, ingleses y sudcoreanos, así como israelíes y turcos, y para ese momento un mexicano. También había un par de australianos, pero más bien tenían pinta de estarse escondiendo de la ley. Nadie parecía estar de vacaciones. Nadie hablaba entre sí, tampoco. No había mujeres. Sólo se escuchaba la voz de Tom. Cantaba una ópera. Era el tercer acto del *Nabucco* de Verdi. Una tragedia lírica, casi como la nuestra.

Nacido en Múnich, Tom era el más joven de siete hermanos de una familia acomodada. Gran parte de su juventud fue un príncipe, de aquellos que en su tierra de origen pasean en grandes autos por carreteras sin límite de velocidad, durmiendo en castillos enclavados en bosques mágicos, acompañados siempre por bellas doncellas que les sirven un tarro de cerveza caliente para acompañar sus salchichas de jabalí. Según él, su larga cabellera y su vello facial ocultaban los rastros de su nobleza. Pero a mí me parecían evidentes su origen y sus costumbres. Era como si el hijo del rey de Inglaterra estuviese trabajando de incógnito limpiando las camas de un burdel en la Merced. Algo que nadie más notaba, como si yo tuviera algún tipo de clarividencia. Él mismo eligió trabajar en la granja de berenjenas, como una penitencia que nadie más quería cumplir. Y cuando Tom se enteró de que a partir de aquel día contaría con mi compañía, pude ver que de nuevo le dio flojera la vida. Me le acerqué con el tacto de un pastor inglés, como con la boca escurrida de saliva buscando su aceptación. Ni siquiera obtuve su nombre esa mañana. Quién hubiera pensado que nos convertiríamos en hermanos.

Tom acababa de cumplir treinta y tres años de edad, y como buen alemán estaba listo para partir antes de la hora, con su bolsa del almuerzo preparado desde la noche anterior y una gran botella de agua fresca recién salida del refrigerador. Sabía que Alice, la dueña de la granja de berenjenas, estaba por llegar a recogerlo, como todas las madrugadas. Yo

seguía sin saber qué hacer ni qué llevar, cuando Alice tocó la bocina de su camioneta por segunda ocasión. Salí de prisa, disculpándome y presentándome como por instinto: "Hola, soy Alonso, de México". Silencio, hasta que "con razón", dijo Alice, y aceleró.

Tom y yo íbamos sentados en la caja de su pick-up, como si no fuéramos dignos de acompañarla dentro de la cabina. De camino nadie dijo nada. Yo no tenía nada que decir. Tom no quería hablar. Y Alice prefería no hablar con nosotros.

Al llegar a la granja me encontré de frente y por primera ocasión con la vastedad de un plantío de berenjenas australiano. Me pareció casi tan grande como la misma ciudad en la que nací. Alice nos deseó buen día sin sentirlo, y desapareció en el interior de su casa sin instrucciones. Tom tomó las llaves de la camioneta, recogió dos tambos vacíos de ochenta litros cada uno, le dio un largo trago a su botella de agua, se puso sus guantes de piel y se acomodó en el asiento del conductor. Suspiré con tantas ganas como el reo que debe caminar de su celda a la sala de ejecuciones. Estaba listo para renunciar y salir corriendo de allí. Pero recordé mi motivación. Primero me imaginé en México viviendo el hastío de la cotidianidad. Luego saqué de mi bolsillo el material promocional de la escuela de buceo como si se tratara de una reliquia. No me había atrevido a dejarlo en la comuna de granjeros ilegales que ahora conocía como mi hogar. Era suficiente estímulo. Estaba listo para comenzar a trabajar, haciendo lo que fuera para aprender a bucear.

Me asumí como copiloto de Tom, quien comenzó a manejar por aquella verde inmensidad. De hecho, el mar se quedaba corto frente a uno de esos plantíos de berenjenas. Cuando bajamos de la camioneta el sol ya se asomaba, dejándose sentir en plenitud. Jamás imaginé que sus rayos pudiesen llegar a ser tan sofocantes. Era como estar debajo de una lupa. Al primer paso perdí uno de mis zapatos con tecnología de punta y tela resistente al agua en lo más profundo de un pozo de lodo. El campo se presentó como un terreno hostil donde, si uno quería ganarse el derecho de comer sus frutos, debía hacer frente a su ecuanimidad. Tom tomó uno de los contenedores y me dio el otro. "Llénalo, tráelo a la camioneta; cuando llenemos la camioneta volvemos a la granja para descargarla y tomamos el almuerzo." Entonces desapareció el resto de la mañana. Sólo sabía que seguía vivo cuando lo escuchaba tararear otro acto de la ópera que tanto le gustaba. Siempre era el *Nabucco* de Verdi.

Tomé el tambo, elegí una línea que se extendía más allá del horizonte y comencé a tironear las ramas de aquellas plantas recargadas con unas berenjenas que eran como del tamaño del bebé recién nacido de una pareja de Samoa, pero con la piel morada y un copete verduzco. Esas matas de *Solanum melongena* se me figuraron vacas cuando necesitan ser ordeñadas. Pero yo no tenía tacto alguno y llevaba las manos frías. Con cada jalón traía conmigo el fruto pero también las ramas y las hojas, e incluso lodo, al interior del tambo de ochenta litros de color azul. Lo hacía tan rápido como podía, pero sobre todo mal. Subía y bajaba. Subía y bajaba. Despertaba a los sapos, venenosos;

alebrestaba a las víboras, venenosas; asustaba a los insectos, venenosos.

En verdad fue un milagro que siguiera vivo pasados los primeros cuarenta y cinco minutos. Mi ropa estaba totalmente arruinada. Mi espalda tan tensa como la relación entre los Montesco y los Capuleto. La frente tostada. Mis manos ya en carne viva. No sólo tenía una sed apabullante, o simplemente ganas de irme de allí, sino que deseaba desaparecer de la faz de la tierra. Fui a buscar a Tom, supongo que para aprender con el ejemplo. Ahí estaba. Estoico. Inmutable. Sentado sobre su contenedor, dominando los elementos. Cosechaba cada berenjena como si le dedicara todo el amor a la familia de las solanáceas a partir de conocer su nombre y revelar más tarde sus secretos. Tom sonreía a la vida, a los animales ponzoñosos, al sol cancerígeno y a todo lo que parecía malo e incómodo en aquel remoto lugar. Era como si le hubiesen diagnosticado alguna enfermedad sin remedio y viviera su último día con vida, sin miedo y sin queja alguna.

Cuando llenamos la camioneta, tomamos el almuerzo. Al menos Tom lo hizo, pues yo no llevaba nada conmigo. Fue la primera ocasión que comí berenjena cruda. Al final del día Alice nos regalaba una docena de berenjenas. Sufrí diarreas cada jornada pues debí comerlas mañana, tarde y noche durante los siguientes siete días, pues no recibí paga alguna hasta el final de la semana. Mi reserva de dinero estaba agotada, y no me encontraba viviendo entre las hermanas de la caridad.

No tengo vergüenza en admitir que lloré cada una de las noches de aquella primera semana. Cada tarde llegaba exhausto con mi media docena de berenjenas que en raras ocasiones intercambiaba por suculentos plátanos, mangos, espárragos, jitomates y hasta caña de azúcar. Me esforcé por comerlas fritas, hervidas y al carbón. Por la noche las dejaba remojar en agua, que bebía durante el día. Como consecuencia bajé mucho de peso. Sufría de fiebre por el esfuerzo físico y casi no podía dormir pues, entre otras cosas, Ari tenía apnea obstructiva del sueño y Yoshi sufría de constantes pesadillas. David, por su parte, no llegó a dormir al hostal toda esa primera semana. Había conquistado a la hija del terrateniente que lo contrató y se quedó a vivir con ellos. De hecho, desde su primer día en la granja de mangos fue designado supervisor para el corte y la cosecha de tan exquisita fruta tropical, disfrutando el inagotable flujo del universo.

Después de un par de días dejó de costarme trabajo levantarme por las mañanas. El cuerpo seguía dolorido y el alma en pena, pero tenía la ilusión de convertirme algún día en buzo certificado. Y tal vez, por qué no, dedicarme a ello el resto de mi vida. También habían dejado de importarme mis posesiones materiales. Ahora me vestía con la camiseta de concierto de una banda que jamás escuché. También comencé a utilizar el sombrero, los guantes y las botas que otros usaron antes, pues dejaron de importarme el lodo, la ilusión y el sudor ajenos. Había cosas más trascendentes, como recibir mi primera paga por trabajar en el campo.

A la sexta mañana salí para esperar a Alice, aun antes que Tom. Tenía mi almuerzo listo y una gran botella de agua que permaneció la noche entera en el refrigerador común. Hasta los sueños ahí era comunitarios. Ya había conversado profusamente con todos los de la comuna, ejercitando mi capacidad de leer entre líneas, detectando las pistas de su verdadera historia en su postura y en su actitud frente a la vida. Por mi parte aprendí que la berenjena es rica en sodio y potasio, componentes importantes para la salud del sistema nervioso y cardiovascular. Es vital para el organismo por su gran aporte de nutrientes. Además, su alto contenido de agua, vitaminas, fibra y antioxidantes la convierte en el alimento ideal para quienes desean cuidar su figura. Incluso es un excelente diurético, elimina el colesterol, no contiene grasas y mejora las defensas por su rica aportación de magnesio y hierro.

Era evidente que no tenía idea alguna de lo que decía. Pero mi discurso de ventas pronto me permitió intercambiar mi docena diaria por los productos que otros traían de vuelta. Uno aprende a hacer lo que sea con tal de sobrevivir. Nunca disfruté tanto comerme un mango como cuando logré intercambiar seis berenjenas por uno de Manila, al cual ahí llaman mango Filipinas. Sentir la explosión de su dulzura y su acidez en perfecta armonía, sus jugos corriendo por mi rostro y mi cuello me devolvieron la fe en el reino vegetal.

Durante esos días no probé bocado de carne ni trago de alcohol y me sentía de maravilla. Ese día en el plantío de berenjenas sentí cierto bálsamo en el corazón dolido, como si la Madre Tierra me invitara a dejar de luchar contra ella. Me incitó a recostarme cobijado en sus brazos para quererla y tratarla como tal. Como la dadora y el sostén de la vida. Pensé en mi propia madre. Entonces me senté sobre mi tambo. Tom se acercó y sonrió al verme disfrutar la experiencia de cosechar berenjenas. Juntos tomamos un momento para abrir los brazos y percibir una brisa del este, cargada con toda la bondad del mar que me esperaba más allá del horizonte visible. Era la primera ocasión que me sucedía. La oportunidad de establecer una relación directa con lo más fundamental. El dolor y el sufrimiento como camino para depurar una mente y un cuerpo saturados por el desánimo de la civilización depredadora: el sinsentido de la vida bajo el yugo del reloj y las falsas expectativas. Privado de todo lo que consideraba fundamental, fui libre.

Más tarde, cuando terminamos de llenar la camioneta volvimos a la granja por el almuerzo. Las historias de Tom solían ser maravillosas. Me contó que estuvo enamorado de una chica de Indonesia y vivió con ella en la isla de Bali, una tierra de magia pura más allá del Mar de Timor. “De haber sabido que terminaría en una granja de berenjenas con un mexicano, no hubiera estudiado dos maestrías y un doctorado en bioquímica”, me dijo, listo para terminar la jornada. Lo tomé como un cumplido. Así era su sentido del humor.

Esa misma tarde llegó mi primer cheque. Percibí quince dólares la hora por siete

jornadas de doce horas cada una, menos la retención de una tercera parte por concepto de impuestos y otra tercera parte por el "hospedaje" que cobraba mi proxeneta agrícola. Esa tarde yo invité las cervezas y reinó la alegría en mi corazón por sentirme merecedor, independiente. "For a Hard Earned Thirst", decía la caja de cartón que compré con veinticuatro cervezas Victoria Bitter. La segunda caja decía lo mismo. La recorté con orgullo y aún atesoro dicho pedazo de cartón como si se tratara de un diploma universitario.

A partir de ese momento mantuve la dieta vegetariana con el fin de optimizar mis ganancias y apresurar la realización de mi sueño. Gasté sólo lo estrictamente necesario: aceite para cocinar, sal y cerveza. Desarrollé un gusto particular por la vida en el campo y sus productos. Ya no me eran ajenos sus ruidos ni sus exigencias. En cambio comencé a disfrutar sus bondades. Aprendí a platicar con las plantas y los animales. Supe reconocer las necesidades de mi cuerpo y diferenciarlas de los deseos de la mente. Y cuando David regresó de su retiro sexual lo presenté con Tom. De inmediato se formó una alianza secreta y eterna. Entonces me enteré de que Tom estaba allí sin ninguna necesidad económica, a la espera de la siguiente señal para seguir el camino. Estaba curándose del dolor por la muerte de su amada en sus brazos. Para Tom, Bali era "un isla perfecta cuya luz abre las puertas del mismo cielo". La semilla de la curiosidad había sido plantada. Nunca mencionó de qué murió. Quizá era una simple metáfora.

Por la noche salimos al pueblo. Todos teníamos algo de dinero para gastar. Tom vestía una camisa blanca de manga larga, impecable, y llevaba el cabello recogido. "Siempre carga contigo una camisa así", señaló Tom anticipándose a las mil y una aventuras que tenía por delante. Yo parecía recién salido del hospicio, pero hice mi esfuerzo. David era un auténtico dandi con una playera azul del color de sus ojos. Nunca lo había visto vestido con pantalones vaqueros y zapatos.

Primero nos fuimos a jugar boliche y luego nos sentamos en un bar. Elegimos una mesa estratégica, la repletamos con jarras de cerveza, platicamos e intercambiamos miradas con algunas lugareñas. Una guitarra y un micrófono abierto eran el motivo central de la velada. Los habitantes de un pueblo cuyo nombre nunca supe subían al escenario para revelar sus adentros existenciales a propios y ajenos. Allí se bebe cerveza en vez de agua. Ésa parecía la ley. Así que luego de experimentar el más amplio rango de emociones humanas musicalizadas, subí yo también. Canté con el corazón, improvisando una canción en castellano que nadie comprendió pero con la cual una buena parte de la audiencia se sintió identificada.

Entonces me dieron ganas de hablarle a mi madre. Hacía tiempo que no lograba comunicarme con ella. Simplemente era imposible hacerle saber lo bien que me encontraba. Me imagino que no podía darle sentido al hecho de que su hijo estaba del otro lado del mundo encontrando su razón de ser. No podía comprender sus motivos,

pues no había tenido el honor de ser padre.

Al regresar al bar, David y Tom notaron en mi rostro las ganas que tenía de festejar. "¿Qué pasó?", me dijo Tom al comprender mi mirada. "Mi madre ha muerto." Su característica serenidad se tornó compasión. "Me lo acaba de comunicar ella misma por teléfono", terminé de decirles antes de que me abrazaran. Entonces les conté cómo, durante la acostumbrada llamada mensual, solía contestarme con una voz apacible que se transformaba de manera violenta en un inconsolable mar de llanto. "Hola. ¿Cómo estás?", me dijo en esa ocasión. Yo no podía creer lo que escuchaba. Mes tras mes, llamada tras llamada, siempre era el mismo drama desde el momento en el que me escuchaba decir "Hola, ma" hasta que se terminaba el crédito de mi tarjeta telefónica. Pero esa última llamada fue diferente. Me contestó con aplomo, me saludó con cariño y me aseguró que me había superado, pues se había hecho a la idea de que jamás volvería a verme. Había hecho las paces consigo misma. Se liberó de la imaginaria responsabilidad de la felicidad y el bienestar del otro. Dejó la obligación de ser mi madre, como las madres espartanas cuando sus hijos ingresaban en la agogé, su entrenamiento militar.

Sentí cómo rescató el más puro de los sentimientos, evocando el momento de mi nacimiento, cuando al mirarla por primera ocasión a los ojos, sosteniéndome con fuerza entre sus brazos, me dejó recostarme sobre su pecho y escuchar de nuevo el latido de su corazón. No puede haber sonido más hermoso que el latido del corazón de la propia madre. Así que esa noche-día conversamos como nunca. Tratamos temas que jamás hubiésemos imaginado, llegando a profundidades imposibles y reflexiones memorables. Nos sentimos uno. Nos amamos a plenitud. Mi madre había muerto, anunciando la liberación de mi vida anterior. Ahogué la llamada en el fondo de una Victoria Bitter. "Para una sed bien merecida", volví a leer en el frente de su caja.

A la mañana siguiente David, Tom y yo partimos a bordo de la camioneta de Yoshi y de Ari con rumbo a Cairns. Efectivamente, estaba pintada como una vaca. Funcionaba a base de gas butano y gasolina. Tenía una defensa frontal diseñada para soportar los frecuentes atropellamientos de vida silvestre que sucedían en las carreteras de Australia. No es raro terminar con algún bicho montado en el parabrisas si manejas en el ocaso. Esa noche cenamos canguro.

• • •

Vivir en el camino suena aterrador, pues no existe certidumbre. Esos primeros días en Australia definieron el tono de mi vida y me mostraron la manera de alternar entre los mundos para sacar el mejor provecho del camino. Gracias al apoyo de David, y más tarde de Tom, comencé a desarrollar la confianza en mí mismo. También, a

familiarizarme con los muchos usos y costumbres de la comunidad mochilera global. Hay algunos valores reiterados y otros que varían de acuerdo con el destino y el hostal elegidos. En realidad, hay destinos para todos los gustos, desde los antisépticos hasta los más primitivos, como el U2. Y no deberíamos verlos como un sitio exclusivo para los adolescentes, sino para todos aquellos que prefieren invertir su presupuesto en otras cosas que no sean el hospedaje.

Australia es un país con una cultura mochilera muy avanzada. Lejos de los centros urbanos, los australianos acostumbran superar todo tipo de adversidades, por lo que están resueltos a prever contratiempos que pudieran poner en peligro la supervivencia. También la infraestructura turística de su país está diseñada para permitir el viaje de bajo presupuesto sin escatimar en la calidad de la experiencia. De hecho, la cultura de viaje australiana me parece una de las más evolucionadas del planeta. En gran medida se debe a lo remoto de su ubicación geográfica, a las dimensiones de su territorio y a la genética de sus locales. Por ello buena parte de sus habitantes tienen la costumbre de viajar casi a cada oportunidad, no sólo al término de sus estudios o al final de su vida. Así, pues, experimentar este contexto fue la escuela de viaje perfecta.

Otro de los factores determinantes en aquellos primeros días fue que no sabía lo que estaba haciendo. No tener expectativas más allá de las estrictamente necesarias para sobrevivir libera de una tremenda carga. Te invito, pues, a que hagas un ejercicio de congruencia para identificar el origen de tu incomodidad esencial, pues si estamos juntos leyendo este libro y realizando este viaje es porque llegó el momento de aceptar tu propia invitación para resolver de una vez por todas el conflicto de la duda. No podemos seguir definiéndonos a partir de nuestro pasado, sino con base en cada inhalación en el presente.

Cierra los ojos un momento. Respira profunda y pausadamente. Abre tu corazón permitiendo que fluya la verdad, tu propia verdad, como una savia esencial que te eriza la piel. Hay algo que sabes que debes hacer sin importar lo imposible que parezca. Tomemos juntos, aquí y ahora, la decisión de hacerlo. No es que uno quiera cambiar de pareja o profesión. No es tampoco que uno quiera superarse o simplemente ser otro. De hecho, no creo que seamos nosotros mismos los creadores de los sueños que perseguimos, sino que cada uno de nosotros ha sido elegido por el sueño. Por ello, lo único que nos queda disponible es entregarnos a sus designios.

Olvidemos esa otra alternativa de negar nuestro derecho vital a ser felices y dejemos de esconderlo con lágrimas en la almohada. Tampoco lo llevemos al armario de nuestro corazón para intentar encerrarlo bajo llave, pues allí crecerá en silencio, alimentándose del olvido en la oscuridad. Recuerda que, aunque hagamos el intento de olvidar, ya hemos sido elegidos. El llamado de nuestro sueño nunca cesará. Simplemente no está en su naturaleza hacerlo. Abrázalo con todas tus fuerzas. Es tuyo. Es el regalo de tu vida.

Vívela.

CAPÍTULO 4

MI PRIMERA VEZ

No tenemos tiempo, y aun así estamos rodeados por la eternidad.
DON JUAN MATUS

Plataforma Flotante MV Coral Reeftel, Mar del Coral, Australia
Día 148 fuera de casa

La noche de mi iniciación dormía cómodamente cuando Jeff me cargó sin avisar y me arrojó al agua en calzones. La caída era de diez metros, pero ya estaba yo acostumbrado al impacto. Luego aventó mi equipo de buceo. Busqué las piezas rápidamente. Máscara. Aletas. Pesas. Dispositivo de control de flotabilidad con tanque y regulador. Emocionado, miré la luna llena en el corazón del cielo y desinflé mi chaleco para sumergirme. Entonces, paz. Disfruté aquellos primeros minutos en soledad, dibujando patrones luminiscentes en un agua repleta de plancton. Cuando mis pupilas se adaptaron a la situación, apareció la estela del cuerpo de Jeff suspendida en una galaxia. Descendimos sólo ocho metros para evitar encender las linternas y comenzamos a viajar. Un pulpo dormía flácido debajo de una sublime gorgonácea, un tipo de coral blando con forma de abanico. Sus tentáculos se dejaban llevar por las ligeras corrientes y tenía sus pequeños ojos entreabiertos. En el instante en el que detectó nuestra presencia se encendió de mil colores y empezó a comunicarse como lo haría con cualquier otro depredador. Una hermosa tortuga marina descansaba sobre un inmenso caracol sin dueño. Su caparazón narraba una infinita variedad de historias. Se despertó y ascendió para tomar aire mientras un par de tiburones de arrecife patrullaban la zona donde un pez perico se refugiaba dentro de una burbuja de mucosidades creada por él mismo. De día se le escucha mascando el coral. Siempre nada con un bocado, ahíto de migajas. Reconocí que era bastante celoso de su territorio cuando recibí una tremenda mordida suya en la pierna por andar de metiche. Sus colores psicodélicos estaban resguardados dentro de aquella cápsula personal diseñada para alertarlo de cualquier peligro. Pero nuestro deseo, como siempre, sólo era apreciar.

Continuamos la inmersión a mitad de la noche, fluyendo dentro de un batido de

estrellas. El sonido debajo del agua era como el del viento sobre una montaña. Muchos afirman nunca haberlo escuchado. A mí me incita tanto como el canto de las sirenas. No sé cuánto tiempo pasó hasta que Jeff me indicó el momento para ascender. Lo seguí a la superficie respetando la pauta de mis burbujas para deshacerme del exceso de nitrógeno en mis venas. Fue entonces cuando un tímido rayo de sol irrumpió en la opacidad. Verde, rojo, luego blanco, y después vinieron más, muchos más. Fue una explosión de luz cuyo efecto tornasol fue refractado al infinito por los cristales líquidos. La experiencia del amanecer bajo el agua equivalía a echar un vistazo al más allá, y mi cuerpo la recordará siempre.

Llevaba una semana viviendo a bordo del MV Coral Reeftel, una plataforma flotante anclada cerca del arrecife Upolu, a partir de la cual realicé mis primeras catorce inmersiones. Pero ésa fue la primera ocasión que miré así el amanecer. Fui instruido y reconocido hacía un par de semanas como buzo de aguas abiertas, pero fue tal la adicción que desarrollé por la disciplina acuática que tuve que seguir estudiando para lograr las calificaciones suficientes y hacer del buceo un modo de vida. De hecho, gran parte de los instructores de aquella escuela eran viajeros certificados y podían solicitar empleo donde fuera que hubiese agua, clientes potenciales y un compresor de oxígeno. Ésa era la historia de Jeff, mi instructor, originario del sur de Australia, quien al salir del agua esa madrugada me felicitó por mi graduación con un fuerte abrazo y luego me preparó una taza de Milo para celebrar. Fui investido como buzo avanzado y comencé a desarrollar una fascinación por el Milo.

Conocí a Jeff al día siguiente de mi regreso a Cairns proveniente de las granjas cercanas a Townsville. Había reunido ya el dinero para hacer mi curso de buceo y podía sentir una nueva definición de la satisfacción. Creo que resultaba evidente el efecto, pues al volver al hostal U2 Cindy me miró con otros ojos. Ya no era yo el niño que llegó pálido y nervioso semanas atrás. Había comenzado a curtirme como el cuero. No hay nada mejor que un poco de sufrimiento para madurar.

Llegué a Cairns junto con David y Tom en la camioneta de Yoshi y Ari. Arribamos por la mañana. Tuvimos que pasar una noche completa estacionados a medio camino pues se había presentado la celebración judía del sabbat. Los judíos, por ende, estaban incapacitados para actuar y demostrar cualquier clase de dominio del hombre sobre la naturaleza. Asimismo estaba restringida su capacidad de creación, comprendida como una modificación sustancial de la vida mas no imprescindible. Lo anterior significó que podían respirar y comer, pero no prender fuego para cocinar, cortar papel de baño ni mucho menos manejar a la ciudad del pecado. “Es como una montaña sostenida por un cabello”, me dijo Ari tratando de justificar las leyes que regían su vida de manera invisible pero muy tangible. Fue un día sagrado que aprendimos a respetar. Y

disfrutamos de su apreciación a orillas del mar, aunque me consumía el deseo de llegar lo antes posible a Cairns para aprender a bucear.

Cuando llegamos hicimos de nuevo nuestro el hostal U2, echamos al carbón el resto del canguro que atropellamos un par de noches antes y bebimos hasta que oscureció, cuando llegó el momento de visitar el Woolshed.

A la mañana siguiente comenzó mi aprendizaje de buzo. En la alberca trabajé hasta aprender a reconocer el equipo y mis propias limitaciones. Para el primer reencuentro con el agua tienes que capacitarte física y mentalmente. La prioridad de la teoría era sentirte cómodo y contar con las herramientas necesarias para enfrentar toda clase de situaciones. Jeff sabía explicar con detalle cada parte del proceso, e incluso hizo un poco de historia. Resulta que aunque el buceo moderno comenzó con el desarrollo del regulador automático de demanda, inventado por Cousteau y Gagnan, hay historiadores como Plinio, Tito y Plutarco que hablan de humanos que se sumergían al mar en busca de alimentos, hazañas bélicas y de tesoros hace más de cuatro mil quinientos años. Sin embargo, fue el 20 de febrero de 1787 cuando por decreto real se crearon las primeras escuelas de buceo en cada departamento naval español. Ése fue el suceso que definió su evolución.

Fuimos doce los discípulos de Jeff en aquella generación. Nos agrupamos en parejas. No recuerdo el nombre de la mía. La llamaré Violeta. Era una chica alemana, de pelo oscuro corto y bonitas piernas, tan fuertes como las de un corredor de fondo. Violeta, pues, sería mi *buddy* —y yo el de ella—, un concepto clásico en el mundo del buceo y la mejor forma de mantenerse con vida. Tu *buddy* es quien te apoya para revisar que hagas las cosas como deben hacerse, quien verifica que tus mangueras estén conectadas, que tengas puestas las aletas y que tu tanque esté efectivamente abierto antes de aventarte al agua. Parece obvio, pero en la emoción del momento son muchas las cosas que uno suele olvidar cuando no domina bien la rutina. Tu *buddy* es a quien cuidas mientras buceas. Su bienestar es tu bienestar. Nunca había tenido una relación que significara tanta responsabilidad.

Luego de la historia y la teoría llegó la práctica: familiarizarse con el elemento del cual provenimos y en el que todos los amantes del mar desearían terminar.

El término SCUBA, *self contained underwater breathing aparatus*, es muy sugestivo. Depender de un aparato para respirar en el agua es hacer un acto de fe. Realizarlo por primera vez es similar a la experiencia del recién nacido durante los primeros momentos fuera del útero.

Cuando me sumergí, el agua repletaba mis fosas nasales causándome una sensación de ahogo. Después de un tiempo de persuadir mi cerebro, me convertí en el padre del protagonista de una película de ciencia ficción. En ese instante mi mundo tomó un rumbo diferente. De hecho, pareció como si cada acontecimiento de mi vida hubiera

cobrado sentido y ese momento hubiera sido planeado de antemano. Mis primeras burbujas ascendieron como perlas: respiraba en el agua. A partir de ese momento las posibilidades eran infinitas. Recobré la fe que había perdido en la existencia de la divinidad. En lugar de otro país, estaba listo para hacer de un elemento mi destino.

Así como sales con miedo a la calle apretujando la bolsa o la cartera con toda tu fuerza y justo a ti llega el verdugo del miedo a quitarte la bolsa o la cartera de un jalón; así como te enfermas de aquello que temiste desde la infancia o te acontece la peor pesadilla de tu adultez, así también puede sucederte todo lo contrario de lo que temes. La mente es muy poderosa. Todo depende de nuestra capacidad de apreciación. Y ahora que sabía bucear reconocí mi capacidad de ver las cosas con la luminosidad del sentimiento y del pensamiento, como si fuera el amor el que influyera. Fue así como llegué a vivir en una plataforma suspendida sobre la Gran Barrera de Coral que corre desde la costa noreste de Australia y se desparrama hasta Nueva Guinea.

La Gran Barrera de Coral es el ser vivo más grande del mundo, y los astronautas dicen que es el único visible desde el espacio. Los arrecifes de coral se encuentran en peligro de extinción. Se estima que cubren una superficie de seiscientos mil kilómetros cuadrados entre los trópicos de Cáncer y Capricornio. Son uno de los ecosistemas más antiguos del planeta, pues las primeras etapas de su evolución comenzaron hace al menos cuatrocientos millones de años. Por ello, algunos arrecifes de coral alcanzan la edad de diez mil años. Los arrecifes son una maquinaria orgánica y cada uno de sus componentes cumple su función para mantener la vida. Son el hogar de más de cuatro mil especies de peces y setecientos tipos de corales, divididos en dos tipos. El coral duro tiene cuerpo rígido y forma la estructura de los arrecifes. Por su parte, el coral suave se asemeja más a las plantas que lo habitan por su forma y flexibilidad. Los corales duros se alimentan de algas que viven y crecen dentro de ellos mismos. Utilizan la energía solar para su proceso de fotosíntesis, que satisface hasta noventa y ocho por ciento de sus necesidades nutricionales. El otro dos por ciento lo obtienen capturando zooplancton por la noche con sus tentáculos. Su manera de subsistir resulta fascinante.

Un arrecife coralino como el que se encontraba debajo de la plataforma MV Coral Reeftel está conformado por numerosas colonias de coral y diferentes variedades de algas, esponjas, sedimentos y moluscos. Son estructuras muy complejas compuestas por diversas capas de pólipos y otros organismos, vivos y muertos. Para respetarlos hay que comprenderlos. Pero nada te prepara para el sentimiento de dormir cerca de ellos o visitarlos noche y día. Día tras día. Es como si el universo canalizara toda la energía suelta y la hiciera funcionar al unísono. Tenía la sensación de que mi cuerpo era un templo y la plataforma el origen de mi existencia. La vida era un combustible inagotable para quien deseara vivirla a plenitud.

La sabiduría oculta en tan frágil ecosistema nos fue accesible viviendo ahí, por lo que siempre estaré agradecido con Jeff, mi primer maestro. Fuera del agua Jeff era como una foca. Caminaba como si tuviese aún las aletas puestas. Estaba acostumbrado a decir todo con gestos, por lo que sus métodos de comunicación en tierra consistían en emitir gemidos, observar con impaciencia y hacer muecas de fastidio. Y cuando un primitivo *Homo sapiens* no lo comprendía, se arrojaba de vuelta al agua.

La vida a bordo de la plataforma era sencilla. De hecho, no era muy distinta de la de tierra firme en un monasterio benedictino o un hostal occidental. Estaba el factor del movimiento perpetuo, aunque ahí era más evidente. Solíamos despertar antes del amanecer para disfrutar de una primera inmersión, darnos un baño de agua dulce y desayunar: un poco de fruta, huevo, pan y café. Después pasábamos un par de horas estudiando técnicas de supervivencia, así como aprendiendo a reconocer la fauna y la flora locales, adquiriendo técnicas de búsqueda y nociones de rescate. Más tarde nos metíamos a bucear, antes de relajarnos en la terraza y comer el almuerzo. La comida era abundante. Y aun cuando estaba prohibida la pesca, sobre todo portando el equipo de buceo, comíamos pescado a diario, así como arroz y ensalada. La terraza funcionaba también como gimnasio y solario. El comedor era a la vez el salón de estudios. Las regaderas tenían el inconveniente de dar descargas a quienes se bañaban por más de dos minutos. El piso del baño era de metal, y había cables pelados por doquier pues el calentador era eléctrico. Es increíble lo dulce que se vuelve el agua dulce cuando uno vive sobre el mar. De noche teníamos sublimes conversaciones a la luz de las estrellas. Vivíamos alejados del alcohol y de las fiestas, concentrados en el estudio y en la práctica, pues en torno de esa pequeña universidad flotante teníamos el más grande jardín de juegos del planeta. Al dormir soñaba con bucear, para despertar y hacerlo el resto del día.

De los doce que iniciamos el curso sólo quedamos seis, los más comprometidos con la disciplina. Cada día hacíamos inmersiones más largas y más profundas. En esa etapa avanzada de mi aprendizaje, Randolph se volvió mi *buddy* pues su *buddy* Jim y Violeta quedaron exhaustos y satisfechos con su instrucción básica. Originario de los Países Bajos, Randolph me pareció desde el principio la persona más divertida del mundo. Su humor negro y su agilidad mental lo hacían el compañero perfecto, pero sobre todo su compromiso con la disciplina y su respeto por la vida marina, así que rápidamente nos ubicamos en un mundo de aprendizaje aparte. Jeff se dio cuenta de ello y nos exigía más que a nadie. A su vez, nos lo daba todo. Teníamos libertad para sumergirnos cuantas veces quisiéramos y pudiéramos. Además, Randolph y yo teníamos una cabina en la parte superior de la plataforma. Era una terraza suspendida a más de diez metros donde había una pequeña habitación con una litera. Yo dormía en la cama de arriba. Devorábamos la teoría y la práctica, insaciables buscadores de conocimientos y

experiencias para sentirnos capacitados. Éramos un dueto implacable. Cuidábamos el uno del otro, buceo tras buceo. Nuestra espalda estaría siempre cubierta, así que pronto quedamos listos para el curso de inmersiones profundas.

Recuerdo bien aquella noche previa al examen de inmersiones profundas. Cuando el nitrógeno se mezcla con la sangre humana tiene mayor efecto conforme se bucea más profundo. Pasados los veinte metros, a tres atmósferas de presión, comienzan a sentirse sus efectos en pleno. Narcosis de nitrógeno, la llaman algunos. Para otros es la razón de su existencia. Hay quienes pueden practicar la disciplina bajo el influjo del nitrógeno sin problema alguno. Pero otros simplemente se comportan de manera errática, como si estuvieran bajo el efecto de alguna droga. Los colores dejan de ser los que ves sobre la superficie. La mente busca adaptarse a las circunstancias. A veces se olvidan las cosas, como el tiempo que uno lleva debajo del agua y la profundidad máxima a la que se debe llegar. Cada individuo recibe y abraza sus efectos de manera diferente, por lo que resulta impredecible la forma en que se responderá al realizar la primera inmersión profunda. Como no hay manera de anticiparse, uno debe encontrarse en la situación para saber cómo va a reaccionar. Eso fue lo que me mantuvo intranquilo: ceder el control. "¿Acaso seré de los que se convierten en un teletubbie? ¿O tendré la capacidad de mantener el aplomo?"

Nuestra primera inmersión profunda estaba programada para las siete de la mañana. Llegaríamos a treinta metros de profundidad por primera ocasión. Por lo general nos manteníamos en torno de los doce, máximo veinte, que es donde se aprecia la mayor densidad de vida marina como consecuencia de los rayos solares. Al llegar a treinta metros realizaríamos diversas pruebas, sobre todo motrices y racionales. He escuchado anécdotas de quienes se transforman a consecuencia de la narcosis de nitrógeno. Corría la leyenda de alguien que olvidó por completo dónde se encontraba y siguió sumergiéndose, penetrando hacia la noche eterna del mar profundo. Murió y jamás recuperaron su cuerpo. Esa imagen se quedó guardada en mi mente.

Randolph me preguntó el resultado de sumar 16 y 24. Me ofreció la tabla y el plumón resistentes al agua para que escribiera la respuesta. Yo, sin embargo, los solté, invadido por un sentimiento de paz y euforia. Fui atraído por la oscuridad del fondo marino como si se tratara de un gran imán y yo fuera una partícula de hierro. Randolph intentaba gritarme desesperado dentro del agua. Presa de la seducción por la profundidad eterna, no lograba escucharlo. Fui atraído más y más, hasta ser abrazado por la penumbra. Cuando desperté estaba aferrado a la cabecera de la cama con las rodillas retraídas hasta el cuello. Aún recuerdo el sentimiento. Randolph todavía dormía. Se había rasurado la cabeza. Me relajé de nuevo.

Me habría encantado vivir para siempre a bordo del MV Coral Reeftel, al menos hasta convertirme en instructor de buceo. Pero todo tiene un fin, y un buen día llegó el

barco que nos regresaría a tierra firme, donde nos esperaba nuestro querido amigo Jim para llevarnos a tomar unas cervezas. Llegó además Cindy, con quien de inmediato intercambié una mirada eléctrica. Podía sentirme en ella y verme reflejado en sus ojos, tan inquietos como deseosos. La boca hinchada.

Resultaba impresionante la rigidez de la tierra firme. De hecho, tardé cuatro días en dejar de sentir el vaivén de las olas debajo de mis pies. Así que aquella noche sólo con dos jarras de cerveza encima pude asentar la cabeza. También esa noche Randolph ganó un salto con paracaídas para dos personas por hacer la mejor interpretación de una gallina poniendo un huevo de manera sensual. Como yo era su *buddy* supe que iríamos juntos. Luego de la introspección marina, la idea de emprender un salto al vacío me emocionó. Había tanto por delante. Mi mente estaba desquiciada. Nunca me había sentido así de intoxicado, y esa noche no crucé solo el parque Munro Martin de regreso al hostal U2.

La cita para arrojarnos al vacío fue en Mission Beach. Luego de tomarme una malteada de vainilla y recibir una breve explicación de la "posición de banana" que uno debe adoptar en el aire, estábamos listos para despegar. La posición de banana consistía en colocar la espalda arqueada con los brazos y las piernas extendidos, para luego echar la cabeza hacia atrás. También aprendí las señales básicas en el aire, y antes de subir a la avioneta nos dieron un traje que al ponérmelo me hizo sentir como el integrante de una mala banda de música pop infantil de los años ochenta. Durante media hora ascendimos, dibujando una espiral, hasta que llegamos a unos siete mil pies de altura, algo así como dos mil metros o dos kilómetros. Ahí fue donde cuatro de los pasajeros fueron succionados por la escotilla, que se mantuvo siempre abierta, arrojándose al vacío para disfrutar quince segundos de caída libre. Poco después, el grupo de los de diez mil pies, algo así como tres mil metros de altura, se acercó a la boca para desaparecer al instante y comenzar a gozar treinta segundos de caída libre. Pronto noté que solamente quedábamos Randolph y yo en el avión. Intenté respirar profundamente mientras mi instructor sujetaba mi arnés al suyo. Resultó imposible. Entonces dejé que el cuerpo respirara como fuera que lo necesitara. Me sentí en desventaja teniendo de mi lado la confianza y de su lado el paracaídas. Resolví entregarme y adoptar la postura de "me voy a morir". Entonces dije: "Me voy a morir". No fue suficiente, por lo que comencé a gritar: "¡Me voy a morir, me voy a morir!" No gritaba de miedo, sino para crear una mayor cantidad de adrenalina. También porque me había dado cuenta de que al fin y al cabo ese día, como cualquier otro, era un buen día para morir. Estaba satisfecho. Fue muy liberador aceptar que uno es mortal.

Entonces nos arrastramos a la escotilla, inhalé mientras nos balanceábamos y me entregué a la experiencia sin resistencia alguna. Luego se presentó la secuencia avión, mar, sol, avión, mar, avión, mar, hasta que mi instructor tocó mi hombro, indicándome

que era el momento de adoptar la "posición de banana". Ahí fue cuando se estabilizó el horizonte. Gritos, suspiros y aceleración del corazón hasta alcanzar la velocidad máxima permitida por la resistencia del aire: doscientos cincuenta kilómetros por hora.

La experiencia de la caída libre duró sesenta segundos. Sesenta de los segundos más placenteros. Tantas emociones fluyeron al principio, y luego la nada. Un estado de vacío y contemplación. Un sentimiento que aún puedo experimentar cada vez que cierro los ojos y recuerdo. La combinación de gozo y adrenalina en su máxima expresión, hasta que un fuerte jalón me recordó el estado corpóreo insertando muy dentro de mi ingle el arnés del cual pendía la continuidad de mi existencia. Volamos como los pájaros durante quince minutos, asimilando la magnitud del cielo y de la tierra. Entonces hicimos un par de piruetas y nos acercamos delicadamente hasta tocar la arena con los pies. Aterrizamos de pie, reímos emocionados y, luego de un chapuzón en el mar, bebimos un par de cervezas antes de volver a Cairns.

Darwin, Territorio del Norte, Australia
Día 170 fuera de casa

Australia es simplemente inmensa. Tanto que, para llegar a mi siguiente destino, viajé a bordo de un camión durante cuarenta horas ininterrumpidas. Sólo en cuatro ocasiones nos detuvimos a cargar gasolina, comprar comida y estirar las piernas antes de llegar a Darwin, la capital del Territorio del Norte. Darwin recuerda en su nombre al naturalista inglés padre de la teoría de la evolución biológica por selección natural. Su capacidad de observación y síntesis de las cualidades de la naturaleza lo convirtieron en una figura fundamental para los que apreciamos la diversidad que aún resguarda y manifiesta nuestro planeta. De hecho, ésa fue la motivación para comenzar aquella travesía. No era fácil abandonar la comodidad emocional del hostal U2 ni dejar en pausa las amistades entrañables que hice. Quedamos en reunirnos otra vez cuando nuestros caminos se cruzaran.

En el mapa parecía como si Darwin se encontrara a la vuelta de la esquina de Cairns. Pero fue como manejar desde la Ciudad de México hasta Juneau, en Alaska, con el factor no despreciable de que cada noche atropellábamos al menos tres canguros. De ahí que el camión tuviera una poderosa defensa, así como una reja de grueso metal cubriendo su parabrisas. El primer canguro me entristeció, pues me hizo recordar nuestra propia víctima a bordo de la "vaca-van". Aun con velocidades de sesenta kilómetros por hora, los canguros no tienen tiempo para cruzar la carretera, pues la luz de los vehículos les llama poderosamente la atención. En ocasiones simplemente se detienen a mirarla. Entonces, ¡zas! Pero el sexto impacto me hizo pensar que los canguros en Australia eran simplemente una deliciosa plaga que se disfrutaba mejor en la forma de una hamburguesa al carbón.

Llegué a Darwin, la puerta de entrada de la Australia salvaje, en una de sus épocas más intensas y expresivas, pues estaba próximo el comienzo de las lluvias. Por ende, cualquier día podía caer una épica tormenta de las que revitalizan la vida en el parque nacional Kakadú, mi siguiente destino y el sitio perfecto para participar en la lucha por la vida.

Llegar a Darwin me dio la oportunidad de volver a intentar incursionar en la industria de la hospitalidad, pues nadie me conocía. Conseguí trabajo de lavatrastes en un restaurante de cocina india, y más tarde me contrataron como mesero en uno de comida italiana. Pronto aprendí a cargar hasta cinco platos grandes, así como a entablar conversación digna de una propina y respetar los flujos de la cocina. Era buen vendedor de bebidas alcohólicas y no tenía vicios ocultos.

Una tarde de regreso a mi hostal escuché algo en la vegetación, bajo el puente que cruza un pequeño río cerca de la calle Tiger Brennan, a orillas del parque nacional Charles Darwin. Era un cocodrilo de agua salada, o "saltie" en la terminología local. En Darwin eran una vista frecuente pues les encantaba comerse a los perros distraídos. Pero algo llamó mi atención además de su presencia. En el hocico tenía un zapato deportivo pequeño. Mis sentidos se alertaron. Busqué con la mirada. Efectivamente, algo estaba por ocurrir. Era un niño intentando salir de la hondonada, empujando torpemente su bicicleta. Tendría unos ocho años y había caído de bruces al agua. El cocodrilo se dirigía hacia él. Supuse que me quedaría parado, tal vez con los ojos cerrados, esperando el desenlace. No recuerdo mucho más de lo sucedido, sólo que brinqué del puente al agua buscando atraer la atención del animal, pero caí como un costal y me torcí el tobillo. Creo que el animal se asustó con mi torpeza y me dio tiempo de llegar hasta el niño. Salimos con todo y su bicicleta. El zapato lo dimos por perdido. No es tan común que la gente muera en Australia por ataques de cocodrilos. No necesitan ser provocados para que suceda un ataque: buscan capitalizar cualquier oportunidad y se lanzan al agua con la velocidad de un misil a más de diez metros de distancia, sin que los veas venir. Son cazadores formidables que han evolucionado durante más de cincuenta y cinco millones de años. Charlie lo sabía. Yo también. Por ello nos abrazamos con fuerza una vez que logramos salir a la calle.

Esa misma noche Timor Oriental se independizó. Glenn, tío de Charlie, nos recibió en el pórtico de su casa. La madre de Charlie había sido aborigen de la tribu kunwinjku y su padre pescador escocés. Ambos murieron cuando el niño cumplió tres años. Me invitaron a cenar y nos hicimos buenos amigos. Glenn trabajaba en una empresa de turismo de aventura que organizaba expediciones al parque nacional Kakadú. Lo tomé como una buena señal.

Dos días después dejé mi empleo y me sumé a la expedición. Desde entonces tomé conciencia de la importancia de aprender a cuidarse, ya que en situaciones extremas no

se puede depender más que de uno mismo. Pero también del otro.

Parque nacional Kakadú, Territorio del Norte, Australia
Día 187 fuera de casa

Era una mañana cualquiera el día de la expedición. Elegí un lugar olvidado por la humanidad pero lleno de vida. Me recosté para asolearme alejado del resto del grupo. Disfrutaba la compañía de mi ser expuesto a la imparcialidad de la naturaleza. La temperatura era perfecta. Los primeros rayos de sol iluminaron mi cuerpo. Una pequeña alberca de agua fresca era el centro de la atención mientras el agua y una pequeña cascada resonaban al fondo. Flores y mariposas. Un paraíso para mi disfrute personal.

A mi lado, una impresionante piedra oscura era bañada por el agua fresca del río; la imaginé pulida durante miles de años. Su superficie era atractiva y pronto subí a ella. El espesor de su dura materia, su cálida temperatura y sus formas suaves me pidieron frotarla y sentirla con todo mi cuerpo. Al amparo de la naturaleza, comencé el proceso.

El contacto de mi cuerpo con la roca encontraba formas sobrenaturales que encajaban sin esfuerzo. Cerré los ojos y me entregué a la experiencia. Durante un tiempo indefinido le declaré mi amor a la Tierra. A las cactáceas gigantes de inmutable artificio. A las arenas coloradas de viejos recuerdos. A una colonia de hormigas y una tormenta eléctrica. Fue una mezcla de profana excitación y pasión desbocada.

El grupo al que acompañaba aguardaba río abajo, levantando el campamento para proseguir con la travesía. Lo cierto es que para ese momento yo carecía de interés por el destino. Los viajes culminantes dejaron de tener sentido. Para mí no había vuelta atrás, y la búsqueda de la cuna de las nubes, el sitio donde se encuentra la cueva de los sueños, se convirtió simplemente en una buena excusa para dormir a la intemperie y enamorarme de la naturaleza con el despunte del alba.

Cuando regresé al campamento definimos nuestra ruta, repartimos la carga y apagamos la fogata. “Continuaremos río arriba”, dijo Glenn, nuestro guía durante la visita al parque nacional Kakadú. No recuerdo cuántos días exploramos el parque. El sitio ofrecía innumerables cuevas con pinturas aborígenes, algunas con miles de años de antigüedad. Cascadas inmensas y espectaculares formaciones de roca acompañaban ríos infestados de cocodrilos y lirios gigantes. En temporadas de estío sobrevivían estanques de agua llamados billabongs; ahí se reunía la mayoría de la fauna australiana, incluyendo a los adoradores de carne humana.

Ésta es la tierra donde los aborígenes descubrieron a los marsupiales, como el koala y el canguro. En ese sitio también abundan nueve de las diez serpientes más venenosas del mundo, así como tremendos escorpiones, peligrosas medusas y arañas, grandes tiburones que penetran las aguas de los ríos en busca de sus presas y, sobre todo, muchos cocodrilos.

En la inmensidad del parque anduvimos sin una ruta definida. La curiosidad y el conocimiento de Glenn fueron nuestro motivo. De esa forma encontramos las cascadas Jim-Jim, donde el buen Glenn buceó hasta dar con un cocodrilo dentro de una cueva. No podía creer que Glenn se sumergiera una y otra vez hasta tomarlo de la cola. Cuando sucedió, el cocodrilo salió del agua enfurecido y lanzó un gruñido espantoso, similar al de un gato asustado. A Glenn le interesaba que sustituyéramos el miedo por el respeto. "No brain, no pain", decía Glenn cada vez que nos incitaba a realizar algún acto, ya fuera brincar desde lo alto de una cascada, ir en busca del nido de un cocodrilo o pasar la noche a la intemperie como presa de toda esa biodiversidad.

Por la noche, después de cada cena esperamos a que comenzara el espectáculo de las tormentas eléctricas, que son el preámbulo de la temporada de lluvias, cuando el parque se reconfigura por el agua y muchos de los sitios que visitamos quedan sumergidos durante al menos seis meses. Una tormenta eléctrica en el norte de Australia es como debió de haberse visto el Big Bang. Sus dimensiones son inquietantes, así como la manera en la que el cielo se desplaza, como si se tratara de una batalla entre ángeles y demonios en forma de violentas erupciones.

El grupo estaba compuesto por cinco jóvenes aventureros y Glenn, un "ruco" de cuarenta años. Nos trasladábamos a bordo de un vehículo todoterreno e intentábamos mantenernos lo más alejados posible de la infraestructura turística con la que contaba el parque para evitar interactuar con los paseantes. Nuestro orgullo asumía jerarquía frente al estilo de vida de aquellos que sólo permanecían un día y se tomaban un par de fotos.

Una noche, el buen Satoki, de Tokio, nos sorprendió con unos filetes de cocodrilo, los cuales cociné al carbón con un poco de sal y pimienta. Para darle un adjetivo a la carne de cocodrilo, su sabor se encuentra entre la pechuga de pollo y la cola de langosta. Me quedaron al punto y los comimos gustosos bajo un cielo magnífico, siempre con un ojo puesto en la oscuridad para evitar los ataques de otros animales hambrientos. Un ritual entre hermanos comenzó a las pocas noches: después de que me lavé los dientes, Satoki se acercó, y al verme escupir tomó mi cepillo. Sin esperar respuesta, repitió mis actos. Poco después Keiron, de Londres, llegó bostezando, le arrebató el cepillo de las manos a Satoki y terminó el ritual de la higiene bucal nocturna. Nos estábamos convirtiendo en Mowgli. Pasamos el resto de la velada cantando canciones de cuna en japonés. Aún resultan reconfortantes durante las noches en vela.

A medianoche soñé con cocodrilos y desperté curioso. Salí de mi tienda y recorrí el estero del río sin saber lo que buscaba. Allí, entre un par de arbustos, como a cuatro metros del río, observé un cocodrilo. Cubría con arena e inigualable delicadeza los huevos recién liberados de su vientre. Volteó hacia mí, nos miramos de frente y emitió un sonido similar al del rugido de un tigre de Bengala. Entendí su mensaje y regresé a dormir.

Al día siguiente nos bañamos en las cascadas Twin. En la cima me encontré con una de las vistas más extraordinarias. Brinqué a la cumbre de un pináculo que se sostenía casi milagrosamente, como si fuera un espárrago gigante sembrado en el centro del universo. Ubicado a cuando menos cuarenta metros de altura, observé la inmensidad del territorio habitado por los aborígenes kunwinjku desde hace miles de años. Sabía que su lengua y estilo de vida se encontraban amenazados, como muchas de las manifestaciones del ser humano. Y una de las maneras de constatar la historia del lugar en relación con la del ser humano son las pinturas rupestres que nos encontramos en diversos emplazamientos. Casi en cada cueva las había a montones, y por ello se considera que ésa es una de las zonas del planeta con mayor concentración de arte rupestre.

Cuando las familias aborígenes acampaban en las cuevas de la región, se sentaban en torno del fuego y los abuelos relataban historias sobre la creación, muchas de las cuales habían plasmado en las paredes de las cuevas para facilitar la narrativa. Las pinturas mostraban, por ejemplo, los animales que se capturaban durante el día, como las zarigüeyas o el suculento pescado barramundi, pero también las figuras de las Hermanas Namarrgarn, unos espíritus que vivían en las estrellas y podían hacerte enfermar. Ahí encontramos la representación de la Serpiente Arco Iris, con más de veintitrés mil años de antigüedad y conocida localmente como Garranga'rrelito. Otra era la del "hombre eléctrico", el antepasado que controlaba las violentas tormentas de casi cada noche. De acuerdo con Glenn, la mitología aborigen asegura que los espíritus Mimi fueron los primeros en dibujar sobre la roca. Ellos enseñaron a sus antepasados a plasmar su historia y su cosmovisión con pigmentos naturales. Por eso los sitios donde hay pinturas rupestres, más allá del plano estético, son considerados sagrados.

Después de la actividad contemplativa, el gran reto fue regresar a la plataforma desde la cual había despegado para llegar al pináculo. El pánico se apoderó de mí cuando descubrí el peligro en el que me encontraba. Mi cuerpo se congeló. No tenía control sobre mis músculos. "No brain, no pain", me dije a mí mismo. El miedo es considerado una elección; el peligro, por su parte, es muy real. Tomé impulso y brinqué con todas mis fuerzas.

Al salir vivo del parque nacional Kakadú descubrí otro significado de la vida: el mío.

Uluru, Territorio del Norte, Australia
Día 197 fuera de casa

Son muchas las atracciones naturales y culturales que hacen de Australia un destino interminable, pero Uluru es como el ombligo de aquel mundo. En ese territorio se encuentra la tribu anangu, y uno de los monolitos más grandes del mundo se levanta hasta 348 metros sobre el suelo rojizo del desierto en el centro de Australia. Su contorno abarca más de nueve kilómetros. Cubre un área de más de tres kilómetros cuadrados.

Más impresionante aún es que debajo de la tierra esconde varios kilómetros de arenisca grisácea rica en hierro. Por eso muestra un color óxido a la intemperie.

Uluru es una formación rocosa cuyo nombre occidental recuerda al primer ministro de Australia meridional de finales del siglo XIX, Ayers Rock; sin embargo, más tarde recuperó su nombre original en anangu. La roca es uno de los símbolos nacionales y se dice que cambia de color a lo largo del día.

Para llegar tomé un camión desde Darwin hasta el poblado más cercano, Alice Springs, donde me encontré con Tom, mi amigo alemán con quien coseché berenjenas hacía un par de meses, quien sentía fascinación por la fotografía.

Tom y yo rentamos un automóvil para manejar cuatrocientos sesenta kilómetros hasta el monolito por una carretera asfaltada de un solo carril. Adelantar un vehículo implicaba meterse a la arena y aguantar la respiración hasta que ambos autos pasaran. Sin embargo, era una gran suerte encontrar otro coche en una carretera del centro de Australia.

Nuestro transporte era un auto compacto color rojo. Tom no tenía licencia, así que me tocó ser el conductor. Las distancias en Australia son infinitas, así como las rectas en su territorio aplanado y árido. Las temperaturas fácilmente llegan a los cincuenta grados centígrados durante el día, pero alcanzan registros bajo cero en la noche. Sólo en la Antártica llueve menos que ahí. De hecho, Australia tiene más de dos millones de kilómetros cuadrados de desierto, área superior a la del territorio de México en su totalidad. A esa zona se le conoce como el Outback y es una de las regiones más inhóspitas del planeta. Los australianos la llaman el "nunca nunca" o "woop woop". Todo ahí se debe repetir al menos en dos ocasiones para terminar de asimilarlo; así de grande, así de remoto. Es ahí donde aún viven los aborígenes según sus costumbres ancestrales. Un territorio primordialmente dedicado a la minería y al ganado, pero también una proyección del futuro de nuestra especie.

Su vastedad y desolación me recordaron muchas películas apocalípticas. Lo que más temía era quedarme sin gasolina y encontrarme frente a un canguro, animal que domina su hábitat con dos metros de altura y noventa kilogramos de peso. Sus garras son tan grandes y afiladas que, se dice, pueden partir a un hombre por la mitad. Recordé las fotos de los primeros europeos en Australia, quienes gustaban de atrapar a estas magníficas criaturas, ponerles guantes de box y meterlas al ring. Más de un hombre perdió merecidamente la vida enfrentándolos. Chocar contra uno de ellos manejando a ciento cincuenta kilómetros por hora en un auto como el nuestro significaría la desintegración. Aun así no dejé de pisar el acelerador a fondo.

A medio camino observé en el horizonte cómo se formaba una tormenta de arena. Primero pensé que era una caravana de camellos, como las que se usaron para explorar esta región a finales del siglo XIX en busca de oro —fue entonces cuando se logró

instalar la línea de telégrafo; Alice Springs fue el punto intermedio entre Darwin y la ciudad austral de Adelaida—. No perdí de vista cómo se dirigía con rapidez hacia nosotros. Tom estaba dormido. Tuve que despertarlo para conocer su opinión. ¿Debía manejar hacia el interior de aquella furia o estacionarme para dejarla pasar? Conversamos hasta que la colisión fue inminente. Decidí orillarme, poner el freno de mano, cerrar las ventanillas y apagar el auto para evitar que el filtro de aire se bloqueara. En el instante en el que me orillé escuché el sonido de un tren de carretera.

Se trataba de un camión compuesto por un chasis con cabina y motor que arrastraba una fila de ocho remolques. Ocho remolques que ocupaban toda la cinta asfáltica y aun se desbordaban de ella. Había camiones que llegaban a acarrear hasta doce remolques, por lo general arrastrando combustible entre ciudades. Sin embargo, en el Outback australiano había una leyenda sobre un tren que arrastró 112 remolques, 1 474 metros, es decir, el equivalente a dieciocho cuadras de Manhattan. Sin duda un ángel guardián amparaba nuestro viaje. Y cuando la "tormenta de arena" se alejó, retomamos nuestro camino a Uluru.

Cuando llegamos, la tarde comenzaba. La luz era dramática. Tom estaba fascinado fotografiando a diestra y siniestra. No había un ápice de humedad. Cenamos un poco de pan y un par de manzanas. El asentamiento humano más cercano a nuestra posición era el de la caseta donde se pagaba la entrada al parque nacional Uluru-Kata Tjuta. Rodeamos el monolito a bordo del automóvil y bajamos a caminar. Numerosas señales prohibían el paso y la toma de fotografías, ya que muchos sitios eran considerados sagrados. Conforme se acercaba la noche nos preguntamos dónde dormiríamos. Acampar estaba prohibido, y los únicos hoteles cercanos eran incosteables.

Cuando Tom terminó de tomar fotografías decidimos estacionarnos afuera de un hotel de lujo; nos hicimos pasar por comensales de su restaurante y entramos al baño para lavarnos los dientes, las ingles y las axilas. Cuando el gerente nos detectó exigió que consumiéramos o nos largáramos. Intentamos dormir dentro del coche, pero de inmediato el guardia de seguridad nos indicó que estaba prohibido. Manejamos de regreso al parque nacional, pero la caseta estaba apagada y la pluma metálica obstruía el paso. No tuve otra opción más que meter el coche al desierto y manejar de regreso a las faldas de Uluru. Comenzó a perseguirnos la patrulla del guardaparques, así que apagué las luces y manejé a toda velocidad, hasta que logramos desaparecer en la noche sin luna. Fue así como terminamos estacionándonos en el desierto.

Nos recostamos sobre el parabrisas para mirar las estrellas. La silueta de Uluru era perceptible esa noche sin luna. Su presencia era sobrecogedora. Algunas estrellas comenzaron a moverse. Pasamos la noche viendo cómo una decena de luces rojas y azules sobrevolaban el monolito. Algunas parecían aterrizar detrás de él. Más tarde aprendí que los aborígenes temen a las luces rojas y respetan las azules. Imaginé que las

luces aterrizaban en Uluru como si se tratara de un aeropuerto intergaláctico. Los extraterrestres descendían cansados del viaje y eran recibidos por los anangus. Intercambiaban algunas palabras de sabiduría e incluso tecnología. Tal vez comieran un poco de estofado de cola de canguro antes de partir.

La curiosidad nos obligó a caminar por la misma ruta que hacía el ualabí liebre rojizo, mejor conocido como "mala" por los anangus. Pronto llegamos hasta la cima del monolito. El ualabí liebre rojizo es un pequeño mamífero marsupial que antes abundaba en la región, pero en ese momento estaba confinado a ciertas islas en torno del subcontinente. En la cosmovisión de los anangus ese animal representa a uno de los espíritus fundamentales, quien durante miles de años los guio para establecer sus relaciones con la naturaleza. Lo dibujaban siempre observándolos desde el interior de los cuencos y las cavernas.

Sentí su mirada cuando ascendimos por la plataforma. Por ello los anangus no suelen escalar el Uluru, y los visitantes tampoco. Nosotros no lo sabíamos y se nos hizo muy fácil seguir una cadena dispuesta desde la base hasta el sitio donde muy seguramente el creador se sentó al amanecer para planear su obra. Es conocido en estos lugares como el All-father, el padre de todos, y creo que aquella madrugada nos acompañó a Tom y a mí para recibir los primeros rayos del sol.

Doce Apóstoles, Victoria, Australia
Día 198 fuera de casa

De regreso en Alice Springs, Tom abordó un camión al oeste y yo otro al sur, con rumbo al territorio de Victoria. Eso fue lo último que supe de Tom. Junto a mí se sentó una chica llamada Gulivera. Me tomó más de cuatro horas enterarme de su nombre. Las primeras dos no me dirigió ni una mirada. Ella estaba sentada junto a la ventanilla y a mí me gustaba disfrutar las vistas, así que no tuvo más remedio que encararme. Cuando lo hizo noté que su belleza física era equiparable con la del atardecer. Sus rasgos eran del este de Europa. Letonia, imaginé. Sus ojos azules, su tez blanca como la nieve recién caída en la cima de una montaña boscosa. Sus extremidades largas y estilizadas. Su cabello suelto, largo, castaño. Su sonrisa perfecta.

Cada día desarrollaba una mayor capacidad para identificar las raíces genéticas y geográficas de las personas que encontraba. Para cada una tenía alguna frase o chiste en su propio idioma. Sabía también que el tiempo que había pasado en el camino era suficiente para presentarme como alguien interesante con quien platicar. Pero Gulivera no parecía creer que así fuera. Cuando le pregunté su nombre se limitó a esbozar una sonrisa sin sustancia y se volvió a la ventanilla para disfrutar el desierto que se transforma en costa.

La primera parada del camión fue en una ciudad cuyo nombre he olvidado.

Aproveché para estirar las piernas, ir al baño y comer algo, sin perder de vista los movimientos de Gulivera. Parecía viajar sola y hacerlo sin prisa. Parecía también cargar un peso, como si estuviera enfrentando una decisión difícil. Era como un canario que llevara toda su vida en una jaula y, luego de sentirse al fin libre, decidiera por cuenta propia volver al interior. La libertad pareciera no ser para todos ni estar disponible en todo momento. Me intrigó el hermetismo de la chica y la hice mi motivo. Dediqué el resto del trayecto a intentar conocerla y con suerte conquistarla.

Terra Australis Incognita era tan sólo un supuesto en Occidente hasta la primera vuelta al mundo de Magallanes. Era el hipotético contrapeso de la masa conocida, en palabras de Tolomeo. Tuve la oportunidad de conocer su personalidad. Me sometió a sus pruebas, pero también me otorgó herramientas sociales. Ahí, en ese camión, las puse en práctica. Marchamos en dirección a Sidney sin que Gulivera me dirigiera la palabra, aunque yo siempre me mantenía a su lado. Estaba seguro de que tendría tiempo suficiente para conocer su nombre. Recorríamos la reserva de Blanket Bay.

La Gran Carretera Oceánica es una de las rutas escénicas más famosas del planeta. Corriendo muy cerca de Melbourne, en el territorio de Victoria, sus 243 kilómetros permiten explorar desde el poblado de Torquay hasta Warrnambool por las costas del Mar del Sur y el estrecho de Bass. Es un destino sin pretensiones, con campos de golf públicos cuyas trampas de arena suelen estar repletas de canguros. En sus poblados se sirven los mejores mariscos y anécdotas de la vida en la costa austral. Atravesando sus bosques de eucalipto te encuentras con unas bolas de pelusa gris que se aferran a las ramas de aquellos árboles que mantienen un celoso monopolio vegetal. Son koalas dormitando con la esencia intoxicante de su único alimento. Más que marsupiales, son un símbolo nacional. Llegan a medir ochenta centímetros y duermen veinte horas al día, dos más que los osos perezosos. Se les ha cazado desde siempre por su piel y por su carne. También se los comen casi todos los animales con los que comparten territorio a lo largo de la Gran Carretera Oceánica. Pero su hábitat es su hábitat.

Con esa información en mente le pregunté a Gulivera: "¿Alguna vez bajarán de aquellos árboles?" Pude sentir una oleada de sangre en mi rostro cuando me miró de frente. Mi corazón se aceleró. Intenté disimular la emoción con una inhalación profunda. "Yo creo que sí", dijo, como con un acento francés. En ese instante el conductor del camión se detuvo de manera inesperada. Descendimos para mirar de cerca un macho imponente que había bajado de su árbol y caminaba a media carretera. Comenzó a desplazarse lentamente hasta otro árbol. Tenía el cuerpo de un oso de peluche. Gulivera estaba fascinada. Yo más. Cuando el koala se posó frente a mí, me miré reflejado en sus ojos. Fue entonces cuando Gulivera me tomó de la mano, emocionada, sudorosa. Ella estaba más nerviosa que yo. De hecho, lo había estado desde el principio, pues mi presencia le había recordado que, más allá de ser lo que era, podía ser lo que quisiera

conmigo. Me mostró su anillo de compromiso.

Las garras del koala sujetaron la corteza del árbol como si fueran anzuelos. Emitió un sonido que jamás olvidaré, como si fuera un gorila, o más bien un mono aullador, un grito desde el fondo de su ronco pecho peludo; anunciaba que se disponía a subir al árbol. Comenzó a trepar. Los seres que habitan en este planeta suelen ser celosos de su territorio. Yo ya había dejado de serlo, pues mi horizonte se había extendido más allá de lo que daba por conocido.

La luz del ocaso había hecho suyo el horizonte. Un telón de nubes explotó a nuestras espaldas. Poco a poco dejamos la costa, donde tantos marinos perdieron la vida en olas encrespadas por las ráfagas australes y los filosos escollos como muelas de un monstruo marino. Más de un barco se volvió recuerdo al tratar de dominar semejantes extensiones; bosques azules, acantilados vertiginosos y formaciones rocosas, como los Doce Apóstoles, de los cuales sólo queda una parte en pie durante la última cena.

En otra parada del camión bajamos a la playa. Caminamos tomados de la mano. La escena no podía ser más cursi. No había mucho que decir: ella no hablaba bien el inglés, yo no hablaba su idioma. Un abrazo significó la gloria. Me inundó la emoción que encarna el proverbio de un viejo poeta que murió de amor: el camino es más rico que el destino. Lo nuestro era amor. Ese que se sabe bueno para las partes pues reconoce la finitud de su propia existencia. Efímero e irrepetible. No volvería a serlo jamás, pero no por ello era menos real.

La última parada que hicimos fue en la estación de autobuses de Sidney, varias horas después. Era momento de despedirnos pues ella tomaría un avión de regreso para consumar la promesa que había hecho. Yo seguiría mi camino errante. El anillo la ataba a su promesa, y aunque su cuerpo y su corazón querían pasar la noche conmigo, su cabeza la mantenía confundida. "¿Qué harías tú si fueras yo?", me dijo entonces, cediendo el control absoluto de su decisión. Tal vez a mis instintos, tal vez a mi criterio. Debía ser congruente con lo que había dicho todo el día. Esa larga travesía terrestre nos permitió conocernos de maneras poco comunes. Lo fugaz de nuestro encuentro era un oasis para los pensamientos y las emociones. No fue una sesión de terapia de adolescentes, sino una exploración de los límites de la confianza.

Experimentaba un sentimiento de paz derivado del flujo que la naturaleza había ofrecido para nuestro encuentro, sin remordimientos. La simple idea de recorrer los contornos de su cuerpo se diluyó en el momento en el que la tomé de la mano y le di un abrazo con cariño, respeto y admiración. Una lágrima corrió por su mejilla. Nos miramos a los ojos, nos volvimos a abrazar y me dijo adiós para siempre. Le deseé lo mejor y la miré caminar lejos de mí, llorando.

Cuando me recogieron, Randolph y Jim se dieron cuenta de que algo no estaba bien conmigo. De camino al hostal les platiqué la historia de mi amor con Gulivera aquel día

de camino. Un día duró, y como llegó se fue. Entonces un silencio fraternal fue interrumpido por un dolor físico inesperado. "You dumb ass", me dijo Randolph con su capacidad de énfasis mientras me daba un fuerte sape en la cabeza. Jim reía a carcajadas, intentando decir "pendejou". Ya de noche, con unas cervezas, los tres acordamos que Gulivera estaba en su derecho de tener una última experiencia conmigo antes de su matrimonio, y que aun así mi discurso de aquel día había sido consistente. Supe que la respuesta correcta era: "Vamos a hacerlo como si fuera la primera y la última vez". Entonces supe también que mi siguiente deporte favorito sería la conquista pues, digan lo que digan, no se necesita más de un día para encontrar el amor verdadero. Es posible y accesible para todo aquel que se lo permitiera.

Sidney, Nueva Gales del Sur, Australia
Día 210 fuera de casa

Me gustaba ganarme unas monedas tocando el tambor djembe que compré en una tienda de antigüedades en el centro de Sidney. Lo tenían como si fuera una mesa de madera de lengue, con una lámpara sobre su piel de cabra. Proveniente del antiguo imperio mandinga, en África, el djembe se convirtió en mi herramienta de expresión así como en un medio para cubrir los gastos diarios. Mi sitio preferido para tocar eran las escaleras de la Casa de la Ópera, el gran símbolo arquitectónico del hemisferio sur.

Concebida por el arquitecto expresionista Jørn Utzon, su silueta le ha valido ser considerada patrimonio de la humanidad por la UNESCO. Esta emblemática estructura, que compone junto con el puente y la bahía de Sidney una de las estampas turísticas más características, es el sitio ideal para hacerse de fotos y monedas. La gente, sorprendida por su presencia, está más dispuesta a compartir su dinero a cambio de una foto o un poco de ritmo para acompañar su visita. La obra fue pensada en 1957 a partir de una semiesfera. De una simple figura geométrica se desprendieron las velas, recubiertas por más de un millón de azulejos. A los policías que la resguardaban no les importó mi negocio, con el que yo sólo ganaba unos veinte o treinta dólares al día. Desde su inauguración, el 20 de octubre de 1973, con la asistencia de la reina Isabel II, bajo las bóvedas de la Ópera tienen lugar algunas de las mejores producciones musicales, teatrales y dancísticas del mundo. Una noche tuve oportunidad de escuchar el *Réquiem* de Mozart.

Apenas levanté mi tambor y me dispusé a volver al hostal para cenar y beber, un gentil hombre se paró frente a mí y me ofreció un boleto. Vestido de etiqueta, olía a tabaco y manzana. "Ya no lo voy a usar, ¿lo quieres?", me preguntó. Para ese entonces yo ya discernía su lengua. No terminé de agradecerle cuando desapareció. Dejé mi tambor en el guardarropa del teatro. Vestía jeans, botas, una camiseta rota y una chamarra reciclada de alguna guerra pero sin agujeros de bala. Entré al vestíbulo. Todos

iban elegantísimos. Algunos asistentes quisieron hacerme sentir incómodo, pero otros me regalaron una sonrisa; de hecho, la mayoría. Incluso, durante el intermedio una pareja me compró una copa de vino y me felicitó por haberme dado la oportunidad de asistir al concierto. Desconozco qué veían en mí de sí mismos. No imagino tampoco cómo lucía ahí. Estaba en un planeta que me resultaba ajeno. La elegancia del espacio y la dulzura de la música me hicieron darme cuenta de que el lujo no siempre tiene relación con el dinero.

De regreso en la seguridad del hostal, me percaté de que era una buena noche, pues Jim había sacado su guitarra y estaba tratando de seducir a un par de chicas recién llegadas. Randolph cocinaba una pasta con verduras. En ocasiones me gustaba preparar pasta, así como guacamole y quesadillas con pico de gallo. Pude haber puesto un restaurante y servido sólo eso y hubiera sido un éxito total.

El hostal ocupaba un edificio de cinco pisos en el barrio de Darlinghurst. Cuatro estaban acondicionados con cuatro habitaciones de cuatro camas cada una. El quinto piso era un amplio espacio sin paredes donde estaban la cocina, el comedor y las áreas comunes. Me senté con Jim mientras Randolph terminaba de preparar la cena. Entonces comenzamos nuestro acto. Era infalible. Él tocaba la guitarra y yo improvisaba la lírica. Cantaba de la vida y de la muerte, de la naturaleza y sus influjos, pero sobre todo de las características de la gente de nuestro alrededor, por lo que cada pieza era única e irrepetible, y por demás sugestiva.

A la mañana siguiente caminamos por Sidney como si fuéramos una familia. Hace más de cuarenta mil años los aborígenes de Sidney —los eoras— la llamaron Barai, "ayer". Hoy se conoce también como la Ciudad Esmeralda por el tono de las rías y bahías que le confieren su contorno tan particular. Sidney recibió en 1788 a sus primeros convictos ingleses, con los que se fundó una colonia penitenciaria en la hasta entonces casi inaccesible tierra de Australia. Debió de haber sido un castigo terrible. Las cárceles británicas saturadas fueron depuradas, y sus peores ejemplares fueron enviados a morir en el mar. Aquellos que sobrevivieron llegaron a un territorio inhóspito donde la fauna y la flora hicieron de ellos lo que quisieron. La compañía solía recurrir a la violencia o provenía de ella. De hecho, una broma pesada entre mochileros ingleses y australianos consiste en que los unos piden a los otros que regresen la cartera de su abuelo. Entre holandeses y alemanes se reclaman la bicicleta, y así sucesivamente entre los miembros de las diversas naciones que se han enfrascado en conflictos bélicos. Pero pocos han sufrido la adversidad de la novedad en el dibujo y la redefinición de las fronteras como los aborígenes eoras.

Un año les bastó a los colonos para erradicar a noventa por ciento de la población original, en gran medida como consecuencia de la viruela; con ello comenzó un capítulo en la historia que hasta 2008 no encontró un primer rayo de luz —mas no una resolución

—, cuando el recién elegido primer ministro Kevin Rudd pidió una disculpa oficial al pueblo indígena por las históricas injusticias sufridas. Rudd pronunció un discurso que hoy decora las paredes de los hostales, las clínicas e incluso algunos hogares y bares alrededor del país. El acto fue reconocido como "un pequeño paso para hacer justicia sobre los errores del pasado". El discurso comienza: "Hoy honramos a los pueblos indígenas de estas tierras, la cultura existente más vieja de la historia de la humanidad". Sin embargo, en aquel entonces la disculpa aún no había sido emitida ni mucho menos aceptada.

Tras visitar el acuario y comprar peluches de ornitorrincos tomamos el tren suburbano. Bajamos en la última estación, Katoomba, un pueblo de ambiente bohemio que sirve como puerta de entrada al parque nacional Montañas Azules. Se encuentra a ochenta kilómetros al oeste de Sidney y ha sido reconocido por la UNESCO como patrimonio de la humanidad por lo primigenio de su fauna y de su flora. Forma parte de la Gran Cordillera Divisoria en la región de las Montañas Azules. Pasamos el día entero jugando en un ambiente semiselvático, pulmón de la urbe. De pronto me encontré solo, aun estando acompañado. Me sentí atrapado entre tanta gente. Tenía la necesidad de ser otro. Algo dentro de mí me incitaba a escapar de la comodidad y la facilidad.

Envuelto por la sinfonía nocturna caminé incierto, tambaleante, a merced de la imaginación. Perderse allí, de noche y con linterna, era peor que perderse en plena oscuridad. Va uno intentando alumbrar cada sonido. Te imaginabas observado e indefenso ante el contorno. Y es que a merced de la naturaleza australiana el visitante es presa fácil de la imaginación. Yo había, sin embargo, aprendido a dominar mis miedos, o siquiera a limitarlos para que la cabeza me dictara el camino. Era otro el miedo que sentía, o cuando menos su motivo. Algo comenzaba a forjarse dentro de mí. Así discurría mi mente mientras transitábamos sigilosos por las veredas que componían la red de caminos que atravesaban la inmensidad de aquel parque con más de dos mil quinientos kilómetros cuadrados de eucaliptos antediluvianos. El aceite esencial que éstos desprenden durante la madrugada otorga una especie de aura azulosa al horizonte. De allí su nombre, aunque no haya montañas sino formaciones de piedra arenisca semejantes a seres del mundo de los sueños. Entonces tomé la decisión de volver a separarme. Mi siguiente destino sería Nueva Zelanda.

Al despedirnos Jim me regaló su tienda de campaña y Randolph su navaja de bolsillo. Yo les di mi tambor y mi sombrero.

Auckland, Nueva Zelanda
Día 225 fuera de casa

Estaba acostumbrado a viajar solo con boleto de ida. Al salir del aeropuerto me encontré con que uno de cada tres neozelandeses vive en Auckland, vieja capital del país por

alrededor de quince años. En 1350 fue fundada como asentamiento maorí, pero las guerras tribales y las epidemias causaron su destrucción. Se encuentra en la costa oeste de la Isla Norte, entre el golfo de Hauraki y las aguas del océano Pacífico. La zona permaneció abandonada hasta la llegada de los colonos europeos en 1840. Tiene un enorme puerto y tierras fértiles a su alrededor. Además descubrieron yacimientos de oro, la única verdadera motivación del mundo occidental.

También llamada la ciudad de las velas, tiene uno de los paseos marítimos más agradables que he conocido en el hemisferio sur. El centro es compacto y está repleto de parques, plazas y marinas. Elegí dormir en un hostal, pero se sentía tan cómodo y civilizado como la casa de una familia modelo. Tuve que salir corriendo. Tendría que alejarme de los centros urbanos lo más posible. Dormiría mientras tanto en la tienda de campaña que Jim me regaló.

Llegué al lago Taupo, en el corazón de la Isla Norte, gracias a un pedazo de cartón. Escribí sobre él el nombre del lago y me ubiqué en la salida de la carretera con rumbo al sur. Esperé cinco minutos hasta que una pick-up roja se detuvo. Un señor bajó la ventanilla y gritó "kia ora", el saludo local. Me invitó a subir de inmediato. Me acomodé en el asiento y sin ninguna conciencia miré al camino. El señor vio mis botas: habían esparcido el lodo del camino sobre la tela. Me disculpé y le prometí que yo mismo lo limpiaría. Él me sugirió que para tener éxito viajando de aventón trajera conmigo algo para ofrecer, fruta o dulces o cuando menos una concha de mar o un dibujo, pues el intercambio era importante.

A lo largo del camino conversamos como viejos amigos. Su esposa también nos acompañaba y me regaló un chocolate. Me platicaron todo acerca de su adolescencia y cómo le dieron la vuelta al mundo antes de casarse. Se veían felices. Qué pereza casarse, pero si algún día lo hago, antes quiero darle la vuelta al mundo con mi pareja. Acaso es lo mínimo indispensable para terminar de conocer a la persona con quien pretendes compartir tu existencia, ¿no? Desde ese momento no me transporté de otra manera. Puedo asegurar que no hay mejor forma de trasladarse cuando uno viaja en soledad.

Se dice que bajo el agua de Taupo se esconde un volcán cuya caldera tiene seiscientos kilómetros cuadrados, capaz de cubrir más de la mitad de Hong Kong. Con más de trescientos mil años activo, es el culpable de la "erupción de Oruanui", considerada la mayor manifestación volcánica de los últimos setenta mil años. Tuvo un índice de explosividad de ocho, cuya modesta descripción es "apocalíptica". Así que las aguas del lago Taupo aún esconden la promesa de hacernos sentir las entrañas incandescentes de la Tierra de un momento a otro. Pero sus aguas están repletas de suculentas truchas; si uno desea desayunarlas, tiene que pescarlas por sí mismo. Ésa es la ley local y por eso me cayeron tan bien los neozelandeses.

Para ese momento comencé a desarrollar una fascinación por los volcanes. Existe algo muy seductor en la mezcla de terror y belleza que poseen. Por esa razón, me dijeron que debía dirigirme al norte, de camino a la vecina ciudad de Rotorua, a un sitio conocido como Wai-O-Tapu.

Wai-O-Tapu significa agua sagrada en maorí, una lengua que hablan más de ciento cincuenta mil personas y en la que apenas aprendí a dar las gracias y pedir aventón. El lugar es similar a un parque temático con cráteres colapsados y albercas de lodo, aguas hirvientes y fumarolas. Caminar por las brechas es la única ruta segura, de lo contrario tus piernas se asarían. Para los entusiastas, es como un santuario estético de la imaginación volcánica. Cada poza tiene su propio nombre y su propia paleta de color. Azufre, arsénico, estibina. Los placeres no terminan. Su zona geotermal forma parte del mismo entramado subterráneo del lago Taupo.

El día que visité Wai-O-Tapu culminó en Rotorua. Intenté acampar en el jardín de su Museo de Arte e Historia, ubicado en el área conocida como Casa de los Baños, pero los guardias de seguridad me mandaron a volar. Llegué ahí porque me enteréde que fue el primer desarrollo turístico del país, construido en 1908. Inicialmente atrajo viajeros que buscaban sanarse con sus aguas medicinales. Actualmente es fiel testigo de la evolución de la historia de Nueva Zelanda, en el último siglo, pero ha sabido convertirse en un punto de encuentro y homenaje a los orígenes de la humanidad en el país.

En Rotorua escuché por primera vez hablar de Toroa, el navegante que pobló Nueva Zelanda. Imagino las adversidades que Toroa, Puhi, Muriwai, Ruaihona, Wairaka y el resto de sus acompañantes ya olvidados tuvieron que aprender a superar. Los imagino partiendo una mañana del puerto de Hawáiki, la mítica isla de donde se dice que provienen los primeros habitantes de Nueva Zelanda, y a la que los historiadores y cartógrafos modernos ubican cerca de la Polinesia Francesa.

A sus canoas las llamaban waka, y el grupo nombró a la suya *Mataatua*. Habrán remado de día y de noche para sobreponerse a las inclemencias del tiempo y los rigores de la vida en el mar. Habrán superado el hambre, la sed y la incertidumbre de navegar sin otra referencia más que la observación, sin otro salvavidas más que una voz interior que los animaba a seguir, pues un recorrido similar desde Hawáiki hasta Nueva Zelanda toma diez horas de vuelo.

Mi siguiente destino en esa pequeña expedición de reconocimiento fue el Cruce Alpino del Tongariro, conocido como la mejor ruta de senderismo de toda Nueva Zelanda, así como una de la diez más famosas del mundo. En ese entonces no era tan famosa, pues *El señor de los anillos* no la había hecho popular.

Sus dieciocho y medio kilómetros de vistas escarpadas y sulfurosas son irresistibles para cualquier productor de cine. El lugar es, sin lugar a dudas, patrimonio cultural, espiritual y natural de la humanidad. Sobre el horizonte, los volcanes activos Ruapehu,

Ngauruhoe y Tongariro resultan impresionantes y son un sitio sagrado para la cultura maorí. Las condiciones y extensiones del territorio neozelandés permitieron a los maoríes un desarrollo tribal independiente; de ahí las variantes de sus lenguas, costumbres y manifestaciones artísticas. La transmisión oral, los cantos y las danzas son la forma como han conservado sus ritos y conocimientos, muchos de ellos ligados con los semidioses y los elementos de la naturaleza.

Más allá de tomarme la foto me interesaban los relatos sobre los sitios que visitaba. Tongariro, por ejemplo, fue designado parque nacional desde finales del siglo XIX. Para la joven nación neozelandesa fue un acto simbólico, pues el entonces jefe del clan ngati tuiwharetoa, el legendario Te Heuheu, cedió al gobierno el territorio que comprendía el parque como una herencia para todos los hijos de los hijos, y los hijos de aquellos que todavía emprendemos esta mítica travesía.

Pasé días explorando los parques nacionales de la Isla Norte, y luego crucé a la Isla Sur, donde vale la pena pagar el costo del boleto para tener la oportunidad de observar las muchas cumbres nevadas, fiordos y lagos glaciares. Los parques nacionales de Nueva Zelanda cubren más de ocho por ciento del territorio, y en total hay veinte parques protegidos, tres mil quinientas reservas y catorce reservas marinas que abarcan más de treinta por ciento de la superficie total.

Estaba próximo a celebrar mi cumpleaños. Mi verdadero cumpleaños. Necesitaba algo simbólico. Sencillo en forma pero rico en fondo. Así que mi siguiente destino de abastecimiento e inspiración fue la ciudad de Christchurch, provincia de Canterbury y último gran territorio en ser colonizado. Nueva Zelanda es un país de inmigrantes y aventureros que sortearon el paso de los "cuarenta rugientes": los vientos que circulan alrededor del planeta hasta el primer lugar desde donde se observa el amanecer. Es uno de los destinos más remotos y, por ende, más atractivos. Los colonos ingleses la fundaron a principios del siglo XIX como su propio Jardín del Edén. "Que corten las líneas de luz y teléfono, y que separen la Isla Norte de la Sur. Que en el norte se queden los maoríes y en el sur estaremos contentos los ingleses", gritaba un hombre en el centro histórico de la ciudad. Por lo general, la gente lo miraba con pena, pero algunos parecían identificarse con sus palabras. Caminé a orillas de los canales del río Avon, repletas de jardines botánicos y calles peatonales con cafeterías y edificios decorados con vidrieras y techos labrados. Recuerdo haber escuchado un coro escolar que me deleitó en el interior de la catedral. Era conmovedor. Había pasado mucho tiempo alejado de la "civilización", pero no era ése el lugar para celebrar.

Continué buscando el sitio perfecto y me adentré en la isla. Me volví un experto en pedir aventón. A veces me trasladaba de ciudad en ciudad, pero casi siempre bajaba a medio camino para pasar la noche a la intemperie. Hacía mis letreros con el cartón de las

cajas de cerveza y un plumón negro permanente. En algunos escribía el nombre de ciudades lejanas o planetas inexistentes, como Guadalajara y Tatooine. A veces simplemente dibujaba una carita sonriente. Pero en ocasiones ponía frases contundentes, como "Tengo chocolate" o "Cuento buenos chistes". Lo importante era llamar la atención para que cuando pararan yo pudiera presentar el rostro de un ser vivo confiable y viajar gratis.

Pero todo se me complicó cuando llegué a Te Anau, en el sur de la Isla Sur. Es la puerta de entrada a una de las carreteras más escénicas, pues conduce por una secuencia de valles repletos de vegetación jurásica y desfiladeros que se desbocan en las aguas de un mar donde pingüinos, focas y delfines juguetean con los barcos que llevan visitantes a navegar por los fiordos del sur. El problema es que esa carretera la suelen transitar sólo los turistas, una extraña especie dominante que no parece tener depredadores. Los turistas son personas como tú y como yo, pero sus viajes suelen tener una finalidad. Van a ver lo que tienen planeado ver para luego volver a casa y presumirles a sus amigos y familiares los sitios en los que estuvieron. Los turistas suelen tener miedo, no solamente a la vida, sino también a los practicantes del autostop.

Pasé un día entero esperando aventón para poder llegar a Milford Sound, la región de los fiordos, aquellas calzadas inundadas trazadas por los glaciares a la sombra del monte Mitre.

Los turistas se detenían, no para ofrecerme aventón, sino para tomarme fotografías. En serio, era como una atracción turística más. Entonces conseguí dos tambos de agua y unas ramas, y me puse a tocarlos como si fueran tambores. Puse mi sombrero junto a un letrero que decía "All I need is love" y pronto conseguí suficiente dinero para trasladarme hasta el centro del parque nacional Fiordland, el cual se dice que fue esculpido a base de encantos por la deidad maorí Tu Te Raki Whanoa. También me alcanzó el dinero para pasar la noche a bordo de un barco que navegaba el fiordo de ida y vuelta, mirando de camino la bruma que acaricia las cascadas y laderas revestidas con bosques tropicales que confluyen en el Mar de Tasman.

Al continuar al sur por las carreteras, encontré los magníficos glaciares. Su presencia merece respeto y, aunque carezcan de vida, son un ejemplo de cómo a cada instante las cosas pueden redifinirse. Manifiestan los más variados colores, generados por los minerales que entran en contacto con el hielo. Crujen y cantan, día y noche. Por debajo corre un río como la savia, o como la sangre que escurre cuando llegan al mar, pues su destino siempre es la muerte.

Alrededor del glaciar Fox noté que los árboles eran fuertes y altos. Incluso eran guarida de unos pericos, verdes y enormes, que usualmente robaban los alimentos de los visitantes. A falta de dinero, observé cómo los turistas se adentraban en la masa de hielo. El equipo necesario para su expedición consistía en unas buenas botas impermeables con

crampones removibles, un piolet para sostenerse con las manos, así como una chamarra resistente al agua; incosteable para mí. Sin embargo, los recursos no me detuvieron y me propuse seguir la ruta de sus guías; aprendí observando.

Vestido con la ropa que día y noche me cubría llegué sin problemas a la plataforma de piedra. Como carecía de crampones que me sostuvieran, di un primer paso sobre el hielo y caí de sentón; resbalé unos veinte metros en una poza de agua helada. Salí como pude, regresé a la plataforma y lo intenté de nuevo, una y otra vez, en dos y en cuatro puntos. Me aferré con uñas y dientes para superar la primera colina y llegar a una suerte de explanada. Cuando lo logré, el espectáculo que me ofreció el lugar era indescriptible; apenas fui capaz de registrar la infinidad de tonalidades entre el blanco y el azul marino. Sus grietas, estrías y llagas cobraban vida en un azul oscuro y sin fondo. Si por error llegaras a caer en ellas, el calor del cuerpo derretiría el hielo hasta empujarte cada vez más abajo, sin mucha oportunidad de salir ni moverte.

Dejé el glaciar motivado y dirigí mis pasos hacia las granjas de manzanas de la región de Nelson para trabajar y acumular un capital. Terminé mi misión sin grandes noticias y llegué a Picton, un pequeño pueblo situado en el extremo noreste de la Isla Sur, donde los viajeros sólo están de paso. Cuando encontré el hostal que buscaba, pronto lo consideré el mejor del mundo. Una pequeña puerta de madera me dio la bienvenida. Flores de lavanda, un sauce llorón y la pintura de un bufón practicando juegos malabares me parecieron un buen indicio. Su nombre era Juggler's Rest, un hostal donde tres profesionales del entretenimiento callejero fundaron su lugar de enseñanza, descanso e iniciación.

Juggler's Rest era una casa de madera con espacio para ocho huéspedes distribuidos en dos habitaciones comunes. Tenía dos baños. El pasillo estaba decorado con fotografías de los dueños haciendo malabarismos con todo tipo de cosas en todo tipo de circunstancias alrededor del mundo. La sala tenía chimenea, instrumentos musicales y la más variada selección de música en vinilos. La cocina era zona de rituales y creatividad global. Afuera había una terraza elegida por todos como el espacio adecuado para observar, realizar juegos malabares, relajarse y platicar.

Elegí un lugar para acampar en el jardín y noté una presencia incómoda. Observé por primera vez a Melifluo platicando con un par de chicas. Me llamó la atención la manera en que sus gestos y movimientos se asemejaban siniestramente a los míos. Parecía tener todo bajo un control absoluto y a las chicas alemanas hipnotizadas. Al caer la noche vi que tomó a una de ellas de la mano; se levantaron y, ebrios por el alcohol, terminaron en el frío piso del baño haciendo el amor hasta el amanecer.

Durante todo el día practicábamos, jugábamos y bailábamos hasta la hora del té, y luego nos dedicábamos a la sagrada preparación de la cena, momento de comunión en que día con día cada quien ofrecía un platillo o una bebida. Gocé todos y cada uno de los

festines, así como cada segundo ahí.

Entonces salí a caminar a la playa, recogí mejillones para todos. Karen —así se llamaba la alemana— me puso un arete en el lóbulo izquierdo, mi segunda perforación. Todos practicamos juegos malabares, comimos, bailamos y nos reímos mucho la tarde entera. Ya de noche, luego de una fantástica cena, me ofrecieron un impresionante espectáculo de fuego. Una serie de utensilios volaban, giraban y rugían junto con la brisa nocturna. El último en incendiarse fue un bastón, el cual Karen me enseñó a lamer para sentir el fuego con la lengua, antes de comerlo y apagarlo dentro de la boca. Sentí una sobrecarga de gozo y paz, aunque me quedé sin poder usar mis papilas gustativas al menos un par de días. Sin embargo, esa flama que aún no termino de digerir sigue dentro de mi corazón y en mi recuerdo. Cumpleaños.

A la mañana siguiente me despedí sin despedirme. Entonces me encontré con tres pelotas de malabarismo. "Buen viaje a Paihia. Un regalo para el camino", decía la nota escrita por Karen. Salí a la carretera a esperar un aventón con rumbo al norte.

• • •

Gracias a la exploración de los parques nacionales de Australia y Nueva Zelanda descubrí el verdadero tamaño de mi contenedor, así como la sustancia que conforma mi personalidad. La extensión y lo remoto de sus espacios naturales me permitieron comprender que nuestro planeta es mucho más que centros comerciales, congestionamientos vehiculares, escuelas y oficinas.

Por ejemplo, las cuevas de Kakadú son lugares de reunión que han mantenido vivos el recuerdo y la sabiduría de la más antigua manifestación supérstite de nuestra especie, una sociedad que nos recuerda que la vida no debe estar centrada sólo en los seres humanos, pues de esa manera olvidamos cuáles son nuestros orígenes y propósito. Es una invitación a aceptar que nuestra cultura se enfoca en la explotación de los recursos pero que podemos estar interconectados. Existe una línea directa que nos une a ti y a mí con un aborigen, un cocodrilo y el resto de los seres que habitan este mundo. Entrar en ese espacio te hace comprender que las personas son efímeras, van y vienen, pero que la Tierra perdura. Ahí adopté una filosofía de vida basada en la relación con la naturaleza.

Aprendí que el acto de viajar es capaz de afectar el entorno en el que se lleva a cabo. Por ejemplo, cuando decides ingerir un alimento, valoras la dignidad que sus ingredientes suman gracias al esfuerzo de su producción y la creatividad de la elaboración del platillo; al mismo tiempo estimulas la salud de tu cuerpo y el bienestar de la comunidad de origen. De esa misma forma, hospedarte en un hostal familiar, una tienda de campaña o en el hotel "todo incluido" de una trasnacional tiene efectos inmediatos. Así también cuando optas por consumir en un establecimiento local o en el

de una cadena mundial. Así pues, cuando viajas modelas el futuro de tu historia y la del planeta.

Con el tiempo tuve la fortuna de volver a esas naciones. Jamás volverán a ser lo mismo. Pero me resulta fundamental la manera en la que visitarlas incentiva una nueva actitud al viajar. La adoptas fácilmente, sobre todo cuando eres partícipe de la vida cotidiana en regiones frágiles y distantes donde la presencia del hombre aún no ha causado el exterminio de la diversidad. No es simplemente el respeto por la naturaleza, sino el deleite que deviene de sentirse en su compañía como en total libertad y plenitud.

Como viajero, uno debe ser humilde y entender que las relaciones humanas deben basarse en el respeto y la confianza. Pero existe en el acto un arma de dos filos, pues mientras acumulamos más experiencias, nuestra soberbia crece. El veneno contenido en ésta nos hace olvidar la importancia de sorprendernos con lo sencillo. Un atardecer o una sonrisa dejan de ser emocionantes. Al mismo tiempo, es difícil confiar en las personas y entorpecemos nuestras relaciones, pues creemos merecerlas. Viajar por viajar es recorrer un camino espiritual. El camino posee sus propios códigos de etiqueta a diferencia de otras industrias con las que he tenido que convivir, cuyo éxito no está basado en la culpa ni mucho menos en el miedo. Es algo intuitivo y natural.

Hemos recibido todo lo que necesitamos para mantener este planeta como un verdadero paraíso, tanto para los humanos como para el resto de las criaturas que lo habitan. Los bosques resguardan todo tipo de curas para los malestares que nos aquejan. Los océanos aún contienen una gran abundancia de flora y fauna, así como las últimas fronteras por descubrir. Volver a refugiarnos en y con la naturaleza es la medicina y la respuesta para nuestros malestares físicos, emocionales y espirituales.

CAPÍTULO 5

SI HUBIERA

Salta de los riscos y construye tus alas al bajar.
RAY BRADBURY

Paihia, Nueva Zelanda
Día 243 fuera de casa

Existe un punto a partir del cual resulta imposible regresar. No hay más opción que seguir adelante. Para mí ese punto fue Paihia.

Cada día de ese viaje encontraba más adictiva la vida en el camino. Despertaba antes de que saliera el sol, dentro de mi bolsa de dormir y dentro de mi tienda de campaña. Era como habitar mi propio planeta, capaz de orbitar cualquier sistema solar de cualquier galaxia y en cualquier universo. Uno que mi propia espalda fuera capaz de cargar. Me gustaba mantenerme en contacto con los elementos al nivel del suelo. Tenía conmigo lo indispensable en el lugar y en el momento presentes. Mis posesiones se limitaban a una libreta con *El jardín del artista en Vétheuil* de Claude Monet en la portada; ahí escribía mi diario de campo y en emergencias extremas usé sus hojas como papel de baño. Además tenía una taza, un plato y una cuchara de plástico, así como un termo de aluminio.

En mis bolsillos cargaba un poco de azúcar, sal, café, aceite, pimienta y un frasco de orégano, además de una navaja de bolsillo y una caja de cerillos resistentes al agua y al viento. La mitad de la ropa que conservaba había probado ser útil desde el principio del viaje, y la otra mitad fue sustituida con prendas heredadas de amigos, viajeros de otros tiempos para quienes llegó el tiempo de volver. Como accesorios me acompañaban una serie de mapas que me evocaban buenos recuerdos, así como una brújula, un sombrero, dos linternas y una armónica que se ha convertido en una especie de bitácora genética. Y en el fondo de mi mochila yacía una cámara con una bolsa de rollos sin revelar.

Tomaba un par de fotos a la semana y revisaba mi correo electrónico cada quince días. Me sentía tan libre como resultado de no tener que satisfacer ninguna expectativa, propia o ajena. Actuaba a merced de mis antojos, por lo que no acumulaba deseos ni contraía compromisos. Lo único que buscaba poseer era el tiempo del mundo, junto con

la ingenuidad y la curiosidad de alguien que buscaba revelar la sombra detrás del horizonte.

Luego de tomar un chocolate caliente con malta me levantaba para ir al baño. La bebida, llamada Milo, fue creada por el australiano Thomas Mayne en 1934 como tónico alimenticio. Por esa razón, su nombre se deriva de un general y atleta griego llamado Milón de Crotona.

Además de ser yerno del filósofo y matemático Pitágoras, Milón es recordado por haber conquistado la ciudad de Sibaris, fundada en el año 720 a. C. en lo que hoy es la región de Calabria, en Italia. Sus habitantes fueron inmortalizados por su amor al lujo y la comodidad. Los sibaritas gustaban de dormir sobre pétalos de rosas, trenzarse los cabellos con hilos de oro y organizar sus propios juegos olímpicos para no tener que viajar al extranjero. Incluso expulsaron de la ciudad a los gallos, constructores y carpinteros para que su sueño nunca se viera alterado. Se dice que doscientos años después de fundada sus gobernantes se volvieron aún más insoportables.

Al tanto de estos eventos estaba el general Milón, en la vecina Crotona. Descubrió que los caballos de guerra sibaritas eran amaestrados para bailar al ritmo de la flauta. Según cuenta la leyenda, al enfrentarse ambos ejércitos, los crotonenses guardaron sus lanzas y espadas, y musicalizaron el evento. Luego de la pronta conquista de Sibaris, la fuerza de Milón de Crotona se hizo aún más legendaria por ser el ganador absoluto de los Juegos Olímpicos en seis ocasiones. Por esa leyenda le dieron su nombre a la deliciosa bebida que ayudaba a domar la pereza mañanera típica de los adolescentes. Pero el secreto de Milo se escondía, descubrí después, en el alcaloide presente en el producto, la teobromina, hermano de la cafeína.

Pronto me quité las historias clásicas de la mente y puse atención en el claro horizonte. Necesitaba terminar mil cosas antes de que mi jefe Terry Wooldridge saliera de su guarida para organizar la expedición de buceo del día y tratarme como su mascota marina.

Paihia, Nueva Zelanda
Día 251 fuera de casa

La vida de una persona es un entramado infinito de pequeñas vidas fusionadas dentro de un mismo cuerpo. Reconocer cuántos somos es reconocer una unidad. La idea resulta complicada, pero aceptarla es sencillo.

Adoraba vivir en Paihia, un pequeño asentamiento costero en el norte de la Isla Norte de Nueva Zelanda. Me fascinaba la manera en la que cada mañana me recibía el aire más fresco al salir de mi tienda de campaña, montada en el jardín del hostal del Arco Iris.

Paihia era un importante destino turístico por ser la puerta de entrada a la Bahía de las Islas, una región compuesta por ciento cuarenta y cuatro piezas de un rompecabezas marino donde se decía que había los segundos cielos más azules del mundo, después de los de Río de Janeiro, en Brasil. Elegí ese poblado porque no fue difícil conseguir empleo a cambio de alimento e instrucción. Mi deseo era convertirme en buzo profesional para evitar las largas jornadas en las granjas de berenjenas o lavando trastes.

Marsden Road era la calle principal y miraba de frente a la bahía Te Ti, repleta de escollos e islotes vírgenes. En el pueblo varias tiendas ofrecían cerveza y "carnada viva". Sus dos bares presenciaron lo mejor y lo peor de mí. El acuario era el centro de todo, orgulloso de su fauna. A un lado se encontraba el muelle principal, bañado por las tímidas olas que se atrevían a cantarle al alba durante la marea baja. En su momento fue construido con la madera de los árboles de kauri, una conífera prehistórica endémica en esas latitudes. De hecho, el kauri fue la materia prima con la cual se edificó la vida en Nueva Zelanda.

Paihia es también el sitio donde, según la mitología maorí, llegó la canoa *Mataatua* setecientos años atrás. Dicha canoa —o waka, como se le conoce en el idioma maorí—, iba capitaneada por Toroa. Este famoso navegante y explorador polinesio logró lo que muchos consideraban imposible, no sólo durante su propio tiempo, sino aún al día de hoy: remar los más de cuatro mil kilómetros, o dos mil doscientas millas náuticas, que hay entre su punto de partida y su destino en Aotearoa: la tierra de la larga nube blanca.

Imagino las palabras de sus compañeros al intentar impedir que Toroa persiguiera aquel sueño, el cual inevitablemente suponía arrojarse al vacío de la incertidumbre. "Estás loco —debió escuchar—. Te conduces a una muerte segura." Lo imagino sonriendo ante la idea, desafiando sus palabras, acompañado de su hermana Muriwai, su hijo Ruaihona y su hija Wairaka. Puhi, su hermano, también iría con él y quien sería el fundador de la tribu ngapuhi. Fue dicha tribu o iwi la que a principios del siglo XIX recibió a la primera misión cristiana, y la que a mediados del mismo firmó el tratado que permitió a los ingleses hacer de Nueva Zelanda una colonia británica y que constituye el documento fundacional de la nación. Hoy es aún la tribu más numerosa en todo el país, con más de ciento veinte mil integrantes.

Se dice que, aun antes de Toroa, el primer ser humano en lograr semejante hazaña fue Kupe, por ahí del año 950 d. C., cuando, luego de cruzar la inmensidad del océano Pacífico en soledad, tuvo que derrotar al monstruo marino con forma de pulpo llamado Te Wheke-a-Muturangi; posteriormente volvió a casa para dejarle indicaciones a los suyos de que aquel viaje era posible. Gracias a este mítico esfuerzo, cuatro siglos más tarde una flota de siete canoas, incluyendo la waka *Mataatua*, logró la que se conoce como la Gran Migración. Como casi cualquier otra migración humana, fue motivada por las carencias y la desesperanza derivadas de las guerras y la sobrepoblación en la isla de

Hawáiki, tierra fértil donde la leyenda de Kupe alimentó la ilusión de una vida mejor.

Me gustaba imaginar lo que Toroa sintió al momento de llegar a Aotearoa en 1350 d. C. Lo imagino feliz no sólo por haber sobrevivido a semejante travesía, sino también por la abundancia material con que se encontró en la Bahía de las Islas, gracias a la cual podría asegurar el futuro de su familia y por ende su propia eternidad. Y es que aún hoy la naturaleza en Paihia se manifiesta opulenta.

El barco *Diversion* sostenía a cuatro clientes, a su capitán Terry y a su achichincle, yo. Estando tan abajo en la cadena alimentaria tenía que hacer todo lo que nadie más quería hacer. Primero debía remolcar el barco y llevarlo a cargar gasolina. Ahí, además, lavarlo para quitarle la sal acumulada por el rocío. El servicio completo consistía en llenar los tanques, las hieleras y los termos con provisiones, así como elegir y limpiar el equipo de buceo de acuerdo con el número, el grosor y la experiencia de los clientes que hubiera. Había también que avisar de nuestra ruta a la capitanía del puerto y revisar el pronóstico del clima.

Debía terminar esas actividades antes de que el sol saliera, pues entonces comenzaban a llegar los clientes, a quienes recibía yo mismo en la oficina de nuestro centro de buceo, ubicada en el corazón de Paihia. Primero anotaba sus nombres y números de contacto con una pluma decorada con ocho delfines nariz de botella. Los hacía firmar una carta en la que me aseguraban que no tenían impedimentos para exponerse a una de las experiencias más fascinantes, así como una hoja con letras diminutas que nos deslindaban a Terry y a mí de toda responsabilidad en caso de que sus cuerpos y sus mentes fueran incapaces de sobrellevar la emoción de sumergirse en la Bahía de las Islas.

Debíamos hacer sentir cómodos a los clientes mientras esperábamos a que Terry despertara, por lo general crudo o incluso borracho. Para ello empleaba las artimañas sociales que había adquirido: les hablaba en su propio idioma, les servía alguna bebida caliente y les contaba anécdotas. Por lo general eran grupos de amigos, parejas o familias. En ocasiones eran mujeres hermosas que viajaban en soledad. Recuerdo a una en particular. La llamaré Anika —llena de gracia, con rastas y gafas de pasta—.

Mitad humano y mitad pingüino, Terry Wooldridge era un epítome del buzo del siglo pasado. Le costaba trabajo caminar y le parecía casi ridículo hablar con palabras. Una vez dentro del agua sólo le faltaban branquias para ser considerado ciudadano del reino de Poseidón. Con sólo mirarme a los ojos Terry sabía si todo estaba en orden. Luego de dar un par de bocanadas solía ofrecer una muy concisa y socialmente torpe bienvenida antes de tomar el mando de la expedición.

Terry fue una de las personas más importantes de mi vida en el camino, al igual que Jacques-Yves Cousteau, otro de los fundadores del submarinismo moderno. A Cousteau

le debemos innumerables historias y descubrimientos que incendiaron la imaginación y sensibilizaron a los viajeros del mundo entero de formas que no habían sido posibles desde las *Veinte mil leguas de viaje submarino* de Julio Verne, publicada en 1870. Pero más allá de los ciento quince documentales que dirigió, así como de los incontables descubrimientos de especies marinas y su invaluable ejemplo para comprender la importancia de resguardar el medio ambiente y asegurar la continuidad de nuestra especie, lo que más admiro y agradezco a este técnico oceanográfico es su aportación a la invención de la escafandra autónoma.

Para quienes no estén familiarizados con el equipo de buceo, la escafandra autónoma es similar al sentimiento derivado del reencuentro con los seres queridos luego de un largo viaje, aunado a la emoción de visitar el lado oscuro de la Luna en soledad, mezclado con la posibilidad de apreciar un millón de atardeceres al mismo tiempo desde la cima de un volcán activo mientras bebes una malteada. Otros lo explican con palabras terrenales como el aparato con el cual los buzos respiran debajo del agua de manera independiente. Su componente base es el regulador, una suerte de cordón umbilical que despresuriza el gas respirable del tanque que llevas en tu espalda y surte con la misma presión ambiental, sin importar la profundidad. Magia pura.

Terry era de nuevo Terry luego de botar el barco y hacerse a la mar. Yo también compartía el amor por el neopreno temprano por la mañana. Tres cuartas partes del planeta están cubiertas de agua. Eso significa que buena parte de los seres que no nos hemos comido, así como algunos de los paisajes más extraordinarios, son sólo accesibles para aquellos curiosos que se aventuran a la práctica del buceo. Por ello el ambiente de a bordo solía ser cordial y emocionante. El silencio nunca era incómodo, pues antecedía a la gloria de penetrar el manto marino, cuyo seno alojaba una grata sorpresa. Sin importar el nivel o la experiencia de cada individuo presente, todos éramos bendecidos con la misma oportunidad.

Mi papel durante los primeros minutos en los que dejábamos el puerto de Paihia para internarnos en un pequeño archipiélago conocido como las islas Cavalli era atender las necesidades básicas de los clientes. Solía observar más allá de sus miradas para anticipar los posibles contratiempos derivados de la inexperiencia, como la deshidratación, la hipotermia y los ataques de ansiedad. Las claves resultaban evidentes para el ojo entrenado. Era entonces cuando funcionaba la prevención, ya fuera sugiriendo una bebida caliente, enseñando técnicas de supervivencia en climas extremos como aquéllos, ultimando detalles para capitalizar la funcionalidad del equipo antes de la inmersión, o simplemente sonriendo.

Aun cuando cada día el clima y la alquimia social eran diferentes, había seres que nos regalaban su compañía como el preámbulo perfecto de la aventura: los delfines negros. En ese instante, cuando el sol calentaba nuestras extremidades, todos a bordo estaban

listos para sumergirse. Entonces podía disfrutar de la compañía de los delfines en soledad. Para ello existía un espacio en la popa desde donde los miraba jugar con la estela, saltando a babor y de pronto a estribor. Disfrutaba cerrar los ojos para mirarme inhalando la plenitud del encuentro y abrir luego los brazos para entregarme a los designios de la vida. Y cuando la emoción se desbordaba provocándome un escalofrío que recorría mi espalda, me gustaba gritar al aire con absoluto respeto y convicción.

La única manera de superar aquel sentimiento, en el que el universo se acallaba para escuchar mi agradecimiento, era esperar el momento en que el motor se apagaba. Entonces Terry me ordenaba atar la embarcación a la boya y lanzarme al agua para conducir a nuestros clientes a las profundidades, donde nos aguardaba pacientemente el cadáver del *Rainbow Warrior*.

El *Rainbow Warrior* fue buque insignia de la organización no gubernamental Greenpeace hasta que un par de agentes del servicio secreto francés lo hundieron en la bahía de la ciudad de Auckland, el 10 de julio de 1985. Se dice que lo hicieron para evitar las manifestaciones que los activistas tenían planeadas contra las pruebas nucleares galas en el atolón de Mururoa, en el Pacífico sur. Es considerado el primer atentado terrorista en la historia de Nueva Zelanda, por lo que causó gran conmoción nacional, así como indignación en la comunidad internacional.

Los restos del barco fueron adquiridos por un excéntrico millonario de la Bahía de las Islas, quien lo mandó reflotar y acarrear hasta las islas Cavalli para dejarlo descansar frente a su casa, a treinta metros de profundidad. Casi todos los pescadores y buzos de la región asistieron al acto en el que el *Guerrero del Arco Iris* fue sumergido de nueva cuenta, con todo y el boquete generado por la detonación que causó su primer naufragio. "Ha de haber sido una gran experiencia", le dije a Terry cuando me enteré de que él fue parte del proyecto de reubicación. Por su edad y su forma física como de huevo de Pascua en invierno, imaginé que estaría encantado de revisitar la nostalgia de épocas pasadas y contarme con lujo de detalles las implicaciones de su experiencia. "Desde entonces vienen muchos turistas a la región", me respondió Terry, no sin un dejo de resignación y con el desfile de palabras más largo que me había dedicado hasta el momento y me dedicaría en adelante.

Al llegar al sitio donde realizaríamos la primera de las dos inmersiones del día yo ataría el *Diversion* a la boya antes de arrojarme al agua. Vaciaría el aire de mi chaleco, y me hundiría con el rostro de frente y los ojos cerrados hasta quedar a unos centímetros del fondo arenoso; entonces curvearía la espalda para aterrizar de rodillas frente a mi amada. Le hablaría al oído, solicitando su permiso y protección para mí y para sus nuevos visitantes. Respiraría profundo, produciendo burbujas para guiar el camino de los buzos, aún aferrados a la superficie, aguardando ansiosos el momento en el que su

cuerpo liberara la suficiente adrenalina para enfrentar el peligro.

Me gustaba cuidar a los clientes con la mirada durante su descenso, dejándolos patalear como focas heridas mientras se apoyaban en la cadena de la boya anclada al lecho marino. Las aguas casi heladas y las fuertes corrientes eran sólo superadas por la impresión generada por la presencia del barco. Una inmersión de recreo suele realizarse en aguas tropicales a unos diez metros de profundidad. Por ello, hacerlo en este sitio casi sagrado es una locura. Y la mente lo sabe. Jamás te acostumbras. La cuestión es aprender a sentirte cómodo con el peligro, reconocer su influencia en tu estado de ánimo, así como sus posibles repercusiones en el cuerpo físico. Ayuda mucho contar con técnicas que permitan transformar el miedo en confianza para superar las muchas contrariedades posibles. En caso de presentarse alguna, lo primordial es conservar la calma para encontrar la mejor manera de resolverla. Ésa era la esencia de mi entrenamiento como buzo de rescate: mi pan de cada día.

Recuerdo que apreciaba el casco silencioso, santuario de fauna marina cuya eslora sobrepasaba los cuarenta metros. De cuando en cuando los tiburones martillo patrullaban la zona. Siempre había algún pulpo curioso tropezándose con las rocas. Hambre daba verlos con sus tentáculos suculentos, cambiando de color, como acariciando las corrientes. Conocía cada palmo del *Rainbow Warrior,* pues llevaba semanas haciendo mapas de sus accesos e identificando peligros en su interior. Los camarotes, incluyendo aquel en el cual murió Fernando Pereira a los treinta y seis años de edad, estaban repletos de peces nerviosos de ojos gigantes y aletas tornasoladas. Este fotógrafo neerlandés de origen portugués no logró salir a tiempo tras la primera de dos explosiones que aún son evidentes en el caparazón oxidado y coloreado por anémonas y crustáceos.

Luego de visitar el *Guerrero del Arco Iris* me gustaba contarles a los turistas la profecía que lanzó una chamana llamada Ojos de Fuego durante la colonización de los territorios estadounidenses, al ver la destrucción, por parte de los europeos, del equilibrio de su tribu y de los seres que habitaban los bosques orientales de lo que hoy llamamos Canadá:

> Llegará el día en que la codicia del hombre blanco, del yo-ne-gi, hará que los peces mueran en las corrientes de los ríos, que las aves caigan de los cielos, que las aguas ennegrezcan y los árboles no puedan tenerse en pie. Y la humanidad como la conozco dejará de existir.
>
> Llegará un día en que la tierra caiga enferma; pero cuando no queden apenas esperanzas, algunas personas despertarán de su letargo. Llegará un día en el que muchas personas se levantarán para formar un mundo nuevo de respeto por el Gran Espíritu de la tierra.
>
> Llegará el tiempo en que necesitaremos a los que preservan las tradiciones, las leyendas, los rituales, los mitos y todas las viejas costumbres de los pueblos para que nos muestren cómo recuperar la salud, la armonía y el respeto por nuestros semejantes.
>
> Ellos serán la clave para la supervivencia de la humanidad, y serán conocidos como los Guerreros del Arco Iris.

Evocar la profecía que dio nombre al barco enriquecía la experiencia de los clientes. También los ayudaba a ocupar su mente, distrayéndolos del viento gélido que se dejaba sentir como si un puñado de agujas de acupuntura tuvieran una fiesta de metal en su cuerpo, contrayendo todos sus músculos. Me era imposible dejar de reír en mi interior por la forma en que los dientes les castañeaban mientras intentaban secarse o cobijarse. Pero, eso sí, siempre escuchaban atentos la leyenda. Antes de que pudieran quejarse del frío, e incluso de la imparcialidad de la naturaleza, les preparaba una bebida caliente, asegurando con ello una buena propina al final del día. Evidentemente, una dosis de Milo era el arma de mi elección.

Además de Ojos de Fuego, la memoria del activista Fernando Pereira siempre generaba entusiasmo y empatía entre los presentes. Pero Anika, originaria de Ámsterdam, puerto de registro del *Rainbow Warrior,* se había sentido particularmente inspirada cuando decidió unirse a nuestra experiencia. Creí notarlo en sus ojos y en la manera en que buscaban los míos. Sin embargo, Terry no me permitió terminar de disfrutar mi fantasía pues tenía otros planes para mí.

"Revísala", me ordenó mientras aproximaba el *Diversion* hasta una isla desierta que, al menos a la distancia, le pareció el sitio ideal para bajar a estirar las piernas y comer el almuerzo. Me aventé de vuelta al agua y nadé hasta la orilla con cautela. No faltaban allí los tiburones blancos ni las leyendas de otros monstruos marinos. Pero no era eso lo que me atemorizaba ni el motivo por el que Terry hacía de mí una "carnada viva".

Aquella isla parecía serena y prometedora. Una playa impoluta, repleta de arenas negras decoradas con conchas y piedras de colores. Había sombra para descansar y sol para recobrar la temperatura, así como una buena cantidad de troncos donde podíamos sentarnos. Arbustos ideales para fungir como baños. Pero ahí mismo, en aquel edén, un sitio donde muy probablemente jamás se habían recibido pisadas humanas, aguardaba la desgracia: cientos de miles de mosquitos y moscas de arena que se abalanzaron para consumar la ofrenda, devorando la carne de mi cuerpo y bebiendo mi sangre en el instante mismo en el que puse un pie sobre la playa.

Conté decenas sobre decenas de piquetes en mi rostro y mis manos, las únicas partes expuestas por vestir siempre mi traje de neopreno. Me convertí ipso facto en una cornucopia de ronchas, una masa rojiza con patas. Cuando Terry me vio regresar al bote, resolvió su duda. Y así lo intentamos siempre, una y otra vez, por gusto o no del patrón, hasta que encontramos un sitio propicio para sufrir lo menos posible.

Conforme pasaban los días comprendía mejor a Terry. Así como un avión se oxida y se deteriora mucho más rápido en un hangar que cuando está en el aire, así ocurre con los buzos fuera del agua. Estamos hechos para el mar, y lo único que deseamos es volver al agua, con una nostalgia similar a la que manifiesta un recién nacido por el útero materno.

El humano ha sido concebido para vivir en movimiento, aun cuando nos hayan hecho creer lo contrario. Cerca de la naturaleza es más fácil recordarlo. De hecho, sucede invariable e inevitablemente. Hay quienes ven en la tierra su elemento de conveniencia. Para otros puede serlo el aire. Yo en ese momento era del agua.

El sitio elegido por Terry para la segunda y última inmersión del grupo de aquel día fue la Corona del Diablo, una formación rocosa que irrumpe en el manto marino y da paso a un abismo que termina en el infinito. Era un lugar tan intimidante como la belleza física de Anika. Piernas largas y esbeltas, fuertes como las de alguien que ha utilizado la bicicleta como medio de transporte durante toda su vida. Parecían no haber sido tocadas nunca por manos ajenas a las del cielo. Mi exploración de sus contornos parecía no ser correspondida, ni lo sería. Yo había decidido ser paciente, como si fuera un depredador. Pero tal vez era una prueba de Terry para evaluar mi templanza y compromiso con la seguridad y la comodidad dentro de nuestra embarcación. Yo sabía que sólo contaba con ese primero y único día para satisfacer mi deseo, ya que el amor en el camino suele ser así.

Observamos tiburones azules e inmensas columnas de roca tapizadas de deliciosos erizos de mar. Al salir del abismo nos esperaba una tormenta. El *Diversion* se batía fuerte con las grandes olas que amenazaban con impedir nuestro regreso a bordo. Terry logró facilitarnos la subida de manera casi milagrosa, pero cuando al fin lo logramos el motor de nuestra embarcación se ahogó. No hubo manera de prenderlo nuevamente. Entonces activamos el protocolo de emergencia: mientras Terry intentaba comunicarse por radio para solicitar apoyo de los guardacostas, yo trataba de mantener mi calma y la de nuestros pasajeros. “Arrójate”, me dijo Terry. Me puse de nuevo las aletas y el visor, tan rápido como pude, y sin pensarlo me lancé dentro de un mar que me recibió con la furia de un perro rabioso.

Las olas se llevaban al *Diversion* directo a los filosos escollos de la Corona del Diablo. Podría jurar que se escuchaba un rugido cada vez que explotaban con fuerza las olas provenientes del sureste, generando un aterrador licuado de sal, espuma e incertidumbre. No estaba seguro de qué hacía yo dentro del agua hasta que Terry ató una cuerda a la proa y me lanzó el otro extremo. “¡Jala!”, gritó mientras señalaba las puntas de roca volcánica que emergían como navajas de las entrañas de las profundidades.

Jalé con toda mi fuerza, nadando a contracorriente para evitar que nuestra embarcación fuera triturada. Los turistas se refugiaron dentro de la cabina. Terry intentó despertar el motor. Sentí la lluvia y el viento aún más implacables cuando comenzaron los calambres. Sin importar el esfuerzo que hiciera, nuestra embarcación cedía terreno a cada instante. Era imposible evitar la colisión y la catástrofe consecuente. No sé cuánto tiempo transcurrió, tal vez sólo cinco minutos o quizá una eternidad. Lo único que sé es que ya faltaban pocos metros para ser embestido por las rocas, por lo que comencé a

despedirme de la vida de una manera poco común: a carcajadas.

Cuando todo estaba listo para recibir el dulce beso de la muerte, una embarcación apareció junto a nosotros. Era roja, más brillante que la sangre que brotaba ya de mis manos abrasadas por la fricción con la cuerda. La nave del guardacostas se veía imponente a un lado de la nuestra. Rápidamente sus tripulantes hicieron del *Diversion* su esclavo y ofrecieron refugio a la clientela. Al final abordó nuestro capitán. Notaron mi existencia varios minutos después, cuando estaban a punto de regresar a Paihia. Logré subir cuando todos estaban cobijados y recibiendo una bebida caliente. La fiebre me hizo querer dormir un rato, pero no me lo permitieron las risas de los guardacostas cuando Terry les platicó todo lo que me pidió hacer aquel día. Al llegar al puerto, la mitad del pueblo se enteró de mis infortunios. Eso a Terry lo hacía reír mucho.

Tras despedir a los clientes, me correspondía lavar todo y regresarlo a su lugar. Cocinaba algo sencillo, como una pasta con verduras para recobrar la energía. De postre leía un capítulo de mi instructivo de buceo y me preparaba para superar las pruebas de Terry, mientras él bebía el resto de la tarde hasta el anochecer.

Mi instructor era atípico, pues su enseñanza trascendía los convencionalismos de las escuelas internacionales de buceo. No le importaba que pasara los exámenes ni que superara las pruebas físicas para acreditarme como buzo. Él quería estar convencido de que cuando de mí dependieran las vidas de otros estaría a la altura de las circunstancias. Sólo ahora lo comprendo. Necesitaba estar seguro de que sabría planear una incursión al inestable interior de un barco hundido cuando fuera necesario hacerlo, o que tendría la templanza y la mentalidad para salir vivo de una caverna en caso de que mis herramientas fallaran. A Terry, sin embargo, le costaba trabajo mostrarme su cariño. Al contrario, le divertía mucho contar mis infortunios, por lo que pronto me convertí en el hazmerreír de sus amigos, hombres y mujeres viejos lobos de mar que conformaban una especie de logia y se reunían a diario para beber y comer alejados de las miradas invasoras de los turistas, de sus expectativas y sus prejuicios.

Los habitantes de esta región han sido curtidos tanto por las inclemencias del tiempo como por la perpetuidad de la sal y el aislamiento relativo. Suelen ser introspectivos y disfrutan los beneficios de la contemplación. No les faltan los desamores ni las pérdidas. Pero tampoco las anécdotas, repletas de fantasías para quienes no hemos vivido en alta mar ni convivido con seres mitológicos ni buscado tesoros escondidos.

Yo no era aún más que un párvulo, pero poco a poco me permitieron ser parte de su clan. Con mi esfuerzo diario ganaba el derecho de piso en un pueblo por demás celoso de los extranjeros y habitado por gente de todos los orígenes, tanto europeos como maoríes. Caída la noche me invitaban a sus reuniones, similares a los aquelarres, en las que nunca faltaban la cerveza ni el carbón. Jamás se escuchaba música para no faltarle al

respeto al murmullo del oleaje. En ocasiones cambiaban de sede, pero por lo general se celebraban en casa de un auténtico pirata llamado Koru, quien había perdido el brazo izquierdo durante su primer encuentro con un tiburón mako, según contó. El hecho es que todos los asistentes habían sido mutilados de alguna manera por seres marinos, en algún accidente vinculado con su embarcación o como consecuencia de un naufragio. De hecho, conservar todos los dientes y las extremidades completas era casi de mal gusto. Más allá de las cicatrices y de los muchos tatuajes, todos mostraban cierta intolerancia a la tierra firme, sobre todo Koru y, por supuesto, Terry.

Koru era integrante inactivo de la tribu ngati toa, fundada por el capitán de una de las siete canoas que hicieron la Gran Migración, a la cual Koru se refería siempre con todo respeto. Si uno no está acostumbrado a los rigores de la vida en alta mar resulta difícil imaginar, y por ende honrar, las implicaciones de semejante travesía. Pero para alguien como Koru, que ha pagado con creces el precio de la sabiduría, es un placer. Desde la primera vez que visité su casa me tomó por los hombros e hizo chocar su nariz contra la mía en tres ocasiones. Los maoríes llaman hongi a este saludo vital. En su cultura simboliza compartir el alma intercambiando el aire provisto por los dioses. Es un trueque que no sólo muestra el respeto entre los individuos que lo practican, sino el reconocimiento de que, a pesar de las diferencias, todos somos uno.

Solía llevarle a Koru una bolsa repleta de vieiras o callos de hacha que yo mismo cultivaba en el fondo arenoso al término de mis entrenamientos vespertinos. Me encantaba la forma en la que este molusco bivalvo de la familia de los pectínidos se desplaza en el agua cuando lo expones. Semeja una dentadura postiza, de esas de plástico, a las que uno puede darles cuerda para morder el trasero de alguien. Me encantaba abrirlas con mi cuchillo y comerlas vivas. Pero sobre todo me gustaba dárselas a Koru para que las cocinara al carbón. Él sabía con el oído cuándo estaban listas para comerse, y juntos podíamos terminarnos la bolsa completa mientras me platicaba de otros mares y otras épocas.

Las historias de Koru me recordaban las aventuras del Corsario Negro que tanto disfruté cuando era niño. Pero las aventuras referidas por el escritor italiano Emilio Salgari a finales del siglo XIX nunca me parecieron tan reales como las que narró Koru. Sus ojos refulgían con una luz similar a la que emana de las luciérnagas cuando se encuentran en peligro. Su pecho se hinchaba como una montaña antes de imitar el grito de terror de un combatiente ante la estocada enemiga o la mordedura fatal de un habitante del azul profundo. Sabía reproducir el sonido del trueno y platicar como si fuera un elefante marino. Cada centímetro de su piel estaba cubierto de ta moko, el tatuaje tradicional maorí que se logra escarbando la piel para que se realce. Para ello utilizaban un cincel hecho con un hueso de albatros y pigmentos naturales de cortezas y minerales. El moko es sagrado y lo llevan hombres y mujeres como símbolo de estatus.

Les sirve para representar su rango en la comunidad y para verse más atractivos. El moko es, pues, un manifiesto del ser interior, y sus diseños suelen representar tanto a los animales como a los dioses, a las olas y hasta la hojarasca.

Koru fue el segundo en hablarme acerca de las maravillas y los tesoros que resguarda el cercano archipiélago de Indonesia, compuesto por más de catorce mil islas. Desde entonces me infectó aún más con el parásito de la curiosidad. Pero fue Koru el primero que me contó la leyenda de Maui, el semidiós que en la mitología maorí creó Nueva Zelanda. Se dice que Maui tuvo siempre una actitud muy traviesa y que acostumbraba pasar todo el día molestando al sol, interrumpiendo su andanza por el horizonte. Maui era el favorito de su madre y el menor de sus hermanos, por lo que rara vez lo invitaban a pescar con ellos. Sin embargo, un día se escondió en la lancha. Hechos a la mar, se reveló portando una gran caña de pescar. Tuvo que emplear su propia sangre como carnada, pues sus hermanos no quisieron compartir la suya con él. Preparó su línea con un anzuelo mágico de hueso de quijada y la lanzó, sintiendo de inmediato la gran fuerza de un pez que, al picar, alebrestó las aguas. "De la mítica batalla entre Maui y el pez se crearon las islas de Aotearoa", me reveló Koru.

Cuando estábamos borrachos solía comenzar el espectáculo de la haka. Koru la había aprendido de su padre, y su padre de su padre, y así sucesivamente, como todo en la cultura maorí desde la llegada de la waka *Mataatua*. Terry nunca la había intentado ni la intentó jamás. No supe si dejó de hacerlo por respeto a sus antepasados europeos o por simple fatuidad. La haka es la danza con la que cada tribu de Nueva Zelanda se manifiesta de manera colectiva ante el peligro. Es un acto de intimidación con el que se busca ganar una batalla sin necesidad de pelearla. Son famosas las historias de los batallones de maoríes que defendieron su territorio de una invasión japonesa durante la Segunda Guerra Mundial con tan sólo presentar su haka. Están también los famosos All Blacks, la selección neozelandesa de rugby, que suelen realizar dicha danza antes de sus encuentros internacionales. Nueva Zelanda es un país de inmigrantes y aventureros que sortearon el paso de los "Cuarenta Rugientes", los vientos que circulan alrededor del mundo. Y con la misma fuerza con la que esos vientos han hundido innumerables sueños y navíos, con esa determinación hacía su danza Koru.

kia rite! kia rite!
¡Prepárense! ¡Prepárense!

kia mau, hi!
Manos en la cadera, doblen las rodillas.

Ringa ringa pakia
Golpeen los muslos con las manos.

Waewae takahia kia kino nei hoki

¡Golpeen el suelo con los pies lo más fuerte que puedan!

kia kino nei hoki
¡Lo más fuerte que podamos!

Ka mate! Ka mate! Ka ora! Ka ora!
¡Muero! ¡Muero! ¡Vivo! ¡Vivo!

Ka mate! Ka mate! Ka ora! Ka ora!
¡Muero! ¡Muero! ¡Vivo! ¡Vivo!

Tenei te tangata puhuru huru
Se trata de los hombres fuertes…

Nana nei i tiki mai
… que fueron a buscar el sol.

Whakawhiti te ra
Y lo hicieron brillar otra vez.

A upa…, ne! Ka upa…, ne!
¡Un paso hacia delante! ¡Otro paso hacia delante!

A upane kaupane whiti te ra!
¡Un paso hacia delante! ¡Otro hacia delante! ¡El Sol brilla!

Hi!
¡Atrás!

La haka maorí que Koru me enseñó fue compuesta por Te Rauparaha para celebrar la vida sobre la muerte. Narra la historia de cuando dicho guerrero, líder de la misma tribu a la cual pertenecía Koru, logró vencer a una tribu enemiga de manera casi milagrosa. Así fue como los miembros de la civilización maorí recibieron a los europeos. Habían disfrutado del vergel disputándose el territorio únicamente las siete tribus originales provenientes de la isla Hawáiki. También habían comerciado y amado sin interrupciones hasta la llegada de Abel Tasman, por ahí del año 1642. Fue el primer europeo en llegar a las islas que hoy son neozelandesas, dándose cuenta de manera rápida y violenta, por medio de la haka con la que lo han de haber recibido, de que ahí nadie lo quería.

Cuatro miembros de la tripulación de Abel Tasman perdieron la vida durante su primero y único intento de desembarcar. Me parece que se une al clan de exploradores, junto con Cristóbal Colón e Hiram Bingham, que jamás supieron en realidad qué fue lo que encontraron. Aun así, con su apellido fueron bautizados muchos lugares del mapamundi moderno, tanto en el mar que separa a Nueva Zelanda de Australia como en una isla situada al sur de la provincia australiana de Victoria, un parque nacional y una

bahía del norte de la Isla Sur de Nueva Zelanda, entre otros. Habrá sido pariente de Terry.

Para ese momento había empezado a vivir una doble vida. Por un lado, comenzaba a formar parte de una sociedad secreta, o cuando menos oculta a los ojos del turismo masivo. Por el otro, aún tenía mi tienda de campaña instalada en un hostal que recibía viajeros de todo el mundo, sobre todo israelíes, coreanos, australianos, japoneses y holandeses, como Anika, quien también se hospedaba en el hostal del Arco Iris, pero en el área de literas, lujo que yo no podía permitirme. Éramos como Romeo y Julieta. Tal vez ése era el origen del drama de nuestra relación.

Fue en ese momento cuando noté un cambio que al inicio me confundió y más tarde me fascinó: la posibilidad de alternar personajes entre conversaciones e intereses. Era como habitar simultáneamente universos paralelos. En uno yo era la pupa que apenas aprendía las leyendas y las normas de etiqueta heredadas desde los primeros exploradores que llegaron a la región seis siglos atrás. En otro disfrutaba los placeres de la ingenuidad y la ignorancia de mis congéneres, pues en el mundo de los mochileros las jerarquías se definían con base en el número de países visitados y meses viajando sin interrupción. Por ello era considerado miembro de la "casta divina" mochilera.

Ni siquiera con mi grado de viajero lograba recibir la atención de Anika. No dejaría que ese sentimiento perturbara, corrompiera o interrumpiera mi travesía.

La vida en el hostal del Arco Iris era definida por el protocolo de sus dueños, una pareja de experimentados viajeros neozelandeses que habían dado varias vueltas al mundo. Al regresar a su hogar fundaron lo que para ellos era un paraíso donde miembros de todas las razas, sexos, edades y credos convivían en armonía. Estaban los viajeros con presupuesto limitado que deseaban invertir su dinero con cuidado para alargar lo más posible su experiencia. Estaban quienes pasaban una noche de camino a otra parte, y quienes se volvían residentes temporales de Paihia trabajando de manera informal. Había quienes tenían recursos para dormir en una de las dos habitaciones privadas, y otros que tenían dinero para pasar la noche en un cuarto mixto con ocho literas. Estábamos también los que dormíamos en el pasto con nuestras propias moradas móviles. Todos compartíamos baños y cocina, así como un comedor exterior con mesas de madera. Durante el día el sitio se vaciaba, ya que todos los huéspedes salíamos a disfrutar de los atractivos de la región. Pero por las tardes la cocina se abarrotaba y emanaba olores con recetas de todo el mundo. Y más tarde el comedor era el punto de encuentro donde todos nos contábamos las anécdotas del día.

Anika parecía una niña recién desprendida de su matriz sociocultural. Se bañaba por las noches, y no se mostraba pudorosa cuando salía envuelta en su toalla oliendo a jabón de lavanda. Recuerdo su cuerpo de adolescente y su sonrisa perlada, decorada con esos

curiosos agujeros que se le hacían en los cachetes cuando sonreía. Le gustaba cenar papas hervidas con sal y pimienta. Creo que no sabía cocinar otra cosa. Por ello, en el momento en el que Francis le ofreció compartir su pasta con queso amarillo y Anika le mostró sus agujeritos, un latigazo de sangre caliente corrió por todo mi cuerpo.

Sin embargo, me divertía que tuviera pretendientes. Aunque yo carecía de tiempo o experiencia para cortejarla, la idea de estar con Anika se convirtió en un alivio para el agotamiento cotidiano; por ello, tener competencia llevó el juego a otro nivel. Sabía que Francis lo sabía también. Así que esa noche de pasta fue una declaración de guerra, y no me faltaron las ganas de bailarle mi haka.

Francis era instructor de kayak y guiaba expediciones por las bahías de la región. Era originario del pueblo de Picton, en Marlborough, región del noreste de la Isla Sur famosa por sus viñedos y sus huertas de manzanas. Yo había trabajado en una, muy seguramente de su propiedad, pues presumía de que su familia era dueña de todo. Medía casi dos metros de altura y su espalda era como una mesa de billar. Le gustaba navegar desde los cinco años, ceceaba y tenía la nariz cubierta de lunares. Si mal no recuerdo, su cabello era de color castaño y lo llevaba más abajo de los hombros.

Una mañana, mientras Francis compartía una taza de café con Anika, me acerqué a platicar con ellos e interrumpir lo que a la distancia parecía ser una agradable conversación matutina. Él se ufanaba de los rigores que implicaba llevar gente a remar. La conversación se puso ríspida cuando me dijo que, en comparación, bucear era poca cosa, a lo que respondí que el kayak era capaz de aburrir a los muertos. Anika sabía bien que su atención era el premio por el que debatíamos. Entonces el reto fue lanzado al aire, y tuve que ir a pedirle permiso a Terry para ausentarme al día siguiente.

Esa mañana realizamos una expedición en kayak para comprobar los dichos de uno y otro. Nos acompañaron también Rebeca y Yossi, una pareja de israelíes recién llegada en un coche rentado, lo cual es una excentricidad entre los mochileros. Salimos del muelle principal, cada quien a bordo de su propio kayak. Olvidé llevar mi sombrero, y por naturaleza soy enemigo del protector solar. Más allá de la insolación, remar a contracorriente no me pareció cosa fácil, ni mucho menos surfear las olas o pasar el día entero con un apéndice de plástico intentando avanzar con una paleta. Pero mi orgullo me prohibía dejar de hacer lo que fuera que presumiera Francis.

El mismo Francis tuvo que rescatarme de lo que se convirtió en una inminente desgracia cuando me revolcó una ola y fui incapaz de voltear la embarcación para sacar la cabeza del agua. Terminé tan cansado del episodio que Francis remolcó mi embarcación el resto del trayecto, conmigo aún a bordo, como cuando durante la Colonia hacían desfilar a los conquistados en América por las calles de Castilla para beneplácito del público.

De regreso en el muelle sabía que todo estaba perdido. Había perdido esa batalla.

Quería desaparecer. Era momento de tragarme mis palabras, bajar mi bandera y ceder mi oportunidad con Anika. Francis disfrutó aún más su victoria invitándonos a todos una ronda de cervezas. Yo imaginaba a la pareja copulando hasta el amanecer. Me torturaba la idea de escuchar sus gemidos interrumpiendo mi sueño. Nada sabía del corazón ni del pensamiento de una mujer.

Decidí refugiarme el resto de la tarde dentro de mi tienda de campaña para no tener que convivir con nadie. A medianoche me ganó la curiosidad. Rebeca y Yossi platicaban con Anika. Francis no figuraba en el horizonte. Estaban planeando una expedición al Cabo Reinga, ubicado en el extremo noroccidental de la Isla Norte. Ahí se levanta un faro, frente al sitio donde se encuentran las aguas del Mar de Tasmania con las furiosas corrientes del Pacífico. Rebeca y Yossi pondrían el automóvil, Anika la gasolina, y les faltaba alguien con tienda de campaña que además comprara las bebidas.

Acepté la invitación y al día siguiente, además de cervezas, llevé una botella de tequila. Ese día era mi cumpleaños otra vez. Manejamos poco más de cien kilómetros atravesando los milenarios bosques de kauris y bordeando numerosas bahías de formas y texturas salidas del mundo de los sueños. Nunca había sido testigo de una belleza tan indómita. Se antojaba nadar y correr por todos lados. Disfrutábamos de un espíritu elevado y el ambiente perfecto dentro del automóvil. Yossi manejaba, yo navegaba. Las chicas platicaban atrás, con los brazos extendidos fuera de las ventanillas, sus manos convertidas en alas, de pronto papalotes, a veces aves rapaces.

Almorzamos en la Playa de las Noventa Millas, una concatenación de playas convertida en una pista de aterrizaje interestelar para la vista. Al atardecer llegamos sin prisa al Cabo Reinga, cuyo nombre significa "inframundo" en maorí. Te Rerenga Wairua lo llamaron sus primeros habitantes, y es considerado el sitio donde despegan los espíritus de los difuntos. Ellos saltan de la punta, emprendiendo su viaje de regreso a la isla de Hawáiki. Una vez allí siguen las raíces de un árbol de mil años para descender al más allá.

El sol se escondía, lamiendo un cielo herido. Mientras, disfrutábamos del espectáculo que ofrece el violento encuentro entre las aguas del Mar de Tasmania —conocido por los locales como el Mar de Rehua, que es un hombre— y las del océano Pacífico —o Mar de Whitirea, que es una mujer—. El frío nos hizo abrazarnos para poder extender la apreciación del espectáculo. El abrazo nos hizo darnos cuenta de que sin quererlo queríamos estar juntos. Sólo hacía falta un poco de ayuda para poner la idea en práctica. Tal vez un empujón de los ancestros antes de iniciar el viaje.

Montamos mi tienda de campaña cerca de donde brotaba un manantial, en la ladera de una colina conocida como Te Waiora A Tane. El agua viva de la fuente desempeñaba un papel muy importante en los ritos funerarios de la cultura maorí, pues representa una limpieza espiritual. Hace algunos años el manantial fue usado para llenar una represa,

pero poco después el agua desapareció, para volver a surgir algunos metros más abajo haciendo de la presa algo inservible. Como consecuencia indirecta, muchos maoríes se convirtieron al cristianismo.

Pasamos la noche bebiendo y celebrando el que hasta el momento había sido el mejor cumpleaños de mi vida, o al menos el mejor de aquel mes. Pasada la medianoche recordé la existencia de una botella de tequila en mi mochila, y la mostré para sorpresa de todos los presentes. Comenzamos con juegos complejos que hacían fácil perder el lance, y por ende beber. Mantuvimos encendida la fogata con troncos y ramas secas que encontrábamos a nuestro alrededor. Rápido se perdieron los tapujos. El cielo estrellado era como una sopa de letras con mensajes ocultos para quienes se atrevieran a buscarlos. Resulta evidente cuando se hunde la mirada del uno en el alma del otro. Más aún cuando es correspondida. Entonces comienza el juego de la seducción, o mejor dicho la trampa del amor. La promesa de la satisfacción acarrea la verdadera motivación del cuerpo físico: la reproducción. Puede ser estropeada con el apoyo de diversas técnicas, pero finalmente la vida encuentra la forma. Ésa es la letra chiquita del amor. Pero qué iba yo a saber del amor.

Cuando la botella se terminó, Rebeca y Yossi comenzaron a besarse. Pronto desaparecieron y se refugiaron del viento dentro del coche, dejándome solo con Anika. La consumación de un sueño a la vista. La noche perfecta. El fuego rechinaba como con voces de otros mundos. La cabeza ligera, inhibiciones aparte. Antes de darme cuenta ya nos besábamos también. Su boca me supo a dulce de anís. Entonces Anika se quitó la camiseta, permitiéndome vislumbrar el camino al paraíso del tacto que rechaza, o no recuerda, su función primordial. Anika me besó en el cuello mientras yo intenté quitarle el sostén. Me costó mucho trabajo, así que me di por vencido. Era momento de hacernos uno, pero cuando abrí los ojos Anika ya no estaba allí.

Cuando desperté el sol ya le había ganado al horizonte hacía mucho tiempo. Afuera las llamas habían sido avivadas para preparar el desayuno. Ya estaba servido. Me dejaron una taza de café y unos huevos revueltos. Me había quedado dormido, y hubiera preferido no haber nacido nunca. Durante el camino de regreso no hablamos. Esa misma tarde Anika empacó y se fue. Nunca volví a verla. De hecho, no recuerdo su verdadero nombre.

Intensa exaltación sentí aquel día que desperté mucho antes del alba. Puedo recordar la fecha exacta pues se celebraba la Navidad. Había dejado de pensar en Anika. Tampoco me importaba revisar la densidad de la población de mosquitos y moscas de arena en las playas desiertas a fin de que Terry pudiera determinar si eran lugar propicio para bajarnos a tomar el almuerzo y aminorar los efectos de la narcosis. Tampoco era un problema subir y bajar el equipo y las hieleras ni mucho menos preparar las bebidas

calientes. Y es que ese día era especial: Terry había cancelado todas las reservaciones para dedicármelo por completo. Ése era el día de mi graduación.

Después de preparar todo para los dos, Terry bajó de su habitación y se acercó para hacerme algunas preguntas sobre la lectura del día anterior, llenando de luz esas letras con las palabras de su experiencia. Habíamos llegado al último capítulo y era el momento de poner a prueba todo lo aprendido. Por ello, en las inmersiones de aquel día no me enseñaría ninguna técnica nueva, como el diseño de un patrón de búsqueda, el rescate de alguien que perdió el conocimiento bajo el agua o alguna estrategia para la penetración del casco de un barco hundido. Aquel día sería una sorpresa.

Antes de botar la lancha en el muelle, Terry me llevó al acuario local, cuya directora nos encomendó el resguardo y la liberación de cien hipocampos. Con todo cuidado llevamos nuestro divino cargamento en bolsas de plástico colocadas en cajas de madera que ocuparon casi toda la cubierta del *Diversion*. Seguimos nuestra tradición, que era visitar el *Guerrero del Arco Iris,* al cual Terry se refería como "la gran dama". Nos acompañaron en el camino los delfines negros con su alegría y su nostalgia. Bajamos rápido, como de costumbre, llevando con nosotros una gran cantidad de bolsas atadas a un cinturón con plomos. Luego de la bella proeza de reubicar a los hipocampos, con la esperanza de fundar una nueva civilización de caballitos de mar, penetramos el casco del *Rainbow Warrior* por el boquete que dejó la segunda explosión.

Recorrimos sus adentros hasta el puente de mando. Allí Terry me sentó en el puesto del capitán. De su chaleco sacó un malvavisco con forma de pez cubierto de chocolate, con una envoltura que decía "Chocolate Fish". Entonces me hizo la seña de que me lo comiera ahí, dentro del barco hundido, sumergidos a más de treinta metros. Todavía puedo sentir el orgullo en su mirada mientras liberaba de su empaque y devoraba aquella ambrosía, símbolo de la plenitud que significaba para ambos aquel simple acto.

Luego de llevarme a su isla favorita para comer el almuerzo, una en la que estaba seguro de que no existían peligros alados, me condujo al mismo sitio donde, según cuentan las leyendas locales, el explorador Kupe peleó con el monstruo marino de nombre Te Wheke-a-Muturangi antes de volver a casa. Ahí mismo nos sumergimos por segunda ocasión y nos encontramos de frente con la boca de una inmensa caverna. Me sentí desvalido cuando Terry me indicó que no debía utilizar mi linterna mientras nos adentrábamos en el que sin duda era un sitio sagrado para la cultura maorí.

Terry me pidió que lo siguiera, y que no tocara otra cosa que no fuera su aleta para orientarme. Habríamos descendido unos quince metros antes de avanzar cuando menos otros cien hacia el interior de la caverna. Podía sentir la abundancia de la vida a mi alrededor y cómo nos observaban un sinfín de seres acostumbrados a las tinieblas. Tuve que distraer mi atención de la falta de luz, forzando mis demás sentidos a dominar la situación. Fue en el momento en el que perdí toda noción de ubicación cuando me sentí

parte de algo atemporal. Como si estuviéramos entrando por las puertas de la percepción a lo más profundo de una dimensión alternativa. Terry me tomó de la mano y me indicó que me sentara en una piedra con forma de banca. Era como si él pudiera ver en la oscuridad.

Ahí sentados, sin nada que hacer más que respirar, disfrutamos algunos minutos de una paz casi absoluta. Entonces Terry encendió su linterna. Quedé sorprendido por la cantidad de erizos de mar que tapizaban las paredes de la caverna. Era una maravilla sumergida cuya decoración me pareció que superaba con creces en talento, complejidad y belleza cualquier templo. Nuestras piernas estaban suspendidas de un columpio de roca sobre un acantilado unido con el fin y con el principio del mundo. También entonces me di cuenta de que estábamos rodeados por tiburones mako. El más pequeño habrá tenido unos dos metros. Ésa era su guarida, algo así como un santuario donde parecían dormitar, nadando serenos. Para Terry ése era el sitio más seguro del planeta. Para mí, el momento de agradecerle su enseñanza y continuar mi camino.

• • •

Hoy Nueva Zelanda sigue teniendo al menos diez borregos por cada habitante, y una tercera parte de su territorio ha sido protegido como reserva o parque nacional. Además, es reconocido como el país más libre y con el mayor respeto a los derechos humanos en el mundo. También disfruta el menor índice de corrupción. Es como el paraíso terrenal.

Aun cuando he tenido la oportunidad de volver en un par de ocasiones a Paihia, no he podido reencontrarme con mi maestro Terry. Han llegado jóvenes instructores de otras latitudes, y nadie parece haberlo conocido. Es como si nunca hubieran existido Terry Wooldridge y su barco *Diversion*. Nadie sabe si el pirata Koru sigue vivo, pues hace muchos años se hizo a la mar, y el hostal del Arco Iris parece haber cerrado sus puertas. También el cuerpo del *Rainbow Warrior* se colapsó hace algunos años, por lo que ahora es imposible visitarlo. Incluso han sumergido otras embarcaciones con otras historias que ahora atraen a muchos turistas cada año. Hay además numerosos restaurantes de pescados y mariscos, por lo que nada volverá a ser lo que fue.

Volver es imposible. Uno ya no es el mismo. El destino también ha cambiado. Se libra una batalla entre los recuerdos de la primera ocasión y lo que la nueva realidad presenta. Es como con las relaciones humanas. La mente, confundida, desea llenar los espacios en blanco. El corazón la sigue, sobrecogido por la nostalgia. Y por momentos prefieres haberte quedado con el recuerdo a tener que enfrentarte con la nueva "realidad". La buena noticia es que la familia de hipocampos que liberamos prosperó. Eso me hace creer que al menos algo de lo vivido aquellos años en la Bahía de las Islas en realidad sucedió. Y la verdad es que no guardo ambiciones ni arrepentimientos de

aquella época, pues la experimenté con absoluta plenitud.

De Paihia aprendí que el hubiera sí existe y es fatal. Mi deseo es, pues, llegar al final de mi vida, de esta vida, sea en el momento que sea y de la manera que tenga que ser, con la dignidad de una sonrisa en el rostro, prueba de la satisfacción y el agradecimiento que siento para con mi existencia, como cuando veía los delfines cada mañana de camino al *Rainbow Warrior*. Pero sé que antes de que mi alma emprenda el viaje de regreso a la isla de Hawáiki es necesario haber vivido, no como un acto reflejo basado en la capacidad de mi cuerpo físico de sostenerse por medio de la respiración como fundamento de un sistema tan perfecto como complejo, sino como un acto consciente. No debes dejar nada que valga la pena para mañana; así evitarás ese agudo sentimiento que se presenta cuando, en tu lecho de muerte, reconoces haber perdido la oportunidad de ser feliz.

Si hubiera. Si hubiera. Si hubiera. Ése es el verdadero día del juicio final, no cuando tienes que responderle a otro por lo que hiciste, sino cuando tienes que responderte a ti mismo por lo que dejaste de hacer. Atrévete a continuar el viaje y no te quedes con el hubiera.

CAPÍTULO 6

MELIFLUO

Some witty phrase.
ALGÚN TIPO MUERTO

Kuta, isla de Bali, Indonesia
Día 260 fuera de casa

El mar, envuelto en mil tonalidades, era de un terciopelo azul despeinado gracias al viento. Una ligera explosión de nubes se desparramaba en el cielo, coronándolo con un mechón de plumas de pavo real albino que pronto comenzaría a incendiarse. La arena parecía blanca, pero si la observabas con paciencia cobraba un millón de colores diferentes. Había sido tostada por el sol, que ahí era el rey. Pero cuando llegaba el ocaso, la Tierra adquiría una belleza inaudita.

Tiempo atrás, el barrio de Kuta era un poblado de pescadores, pero su línea costera fue descubierta por los "surfos" en los años setenta y rápidamente se alineó con bares y hoteles. Dante lo sabía —al menos fue así como aquel día le dijo a la gente que se llamaba: Dante—. Y cuando los turistas terminaron de aplaudir, cerró su libreta forrada de cuero negro y enfundó una gruesa pluma chapada en oro como si fuera el bastón en el cual se apoyaba para andar por la vida. Desconozco cuál era el origen de esos objetos. Fue entonces cuando Dante, o Melifluo, como lo conocía yo, detectó a su siguiente víctima.

Hacía algunos años, la vida comenzó a ser lo mismo para él. Hoy era libre, y lo único que deseaba era beber un trago gratis en aquel bar frente a la playa. Entonces se abalanzó con la velocidad y la eficiencia de un camaleón.

"Estábamos tan cerca que sentí correr su sangre por mis venas", dijo Dante al oído de una mujer, tal vez inventando alguna gesta heroica o en verdad recordando una aventura. Ya no sabría distinguir entre ficciones. Ella estaba sentada a un lado de su marido. Eran de Inglaterra. Se habían casado hacía apenas una semana. Ella vestía un biquini con flores estampadas y cubría su cadera con un sarong azul. Fueron elegidos por Melifluo porque el marido usaba sandalias con calcetines. De la mirada de la mujer parecía emerger un largo quejido, nostálgico de todos los amores que pudieron ser. Intuí que ella

tenía ya la entrepierna humedecida por los influjos de Dante, o Melifluo, o como fuera que en verdad se llamara aquel peregrino.

"Aquí los dioses moran en los volcanes y los demonios en el mar", concluyó Dante. Ella no podía creer lo que escuchaba. Estaba hastiada de la compañía de su marido, que no hacía otra cosa que beber por lo menos los tres últimos años. Necesitaba romanticismo, aventura y novedad. Ella se lo merecía. Dante lo sabía, y pudo hablarle toda la noche o llevarla a la playa para recostarse con ella bajo la luna mientras el marido borracho, con sus ridículas chapas rojas en el rostro, jamás se hubiera enterado.

"Una trampa es el amor", dijo Melifluo. Él lo sabía. También sabía cómo ganarse la vida. Era el antihéroe perfecto. "Otro vodka, corazón —indicó a la mesera, guiñándole el ojo— por cortesía de este gentil caballero y su hermosa esposa que apenas llegaron a la isla de la fantasía para celebrar la consumación de su amor eterno." La mesera se rio del absurdo. Estaba encantada con la sagacidad de Dante pero lo disimuló a la perfección. Se llamaba Dulce, era de Filipinas. Llevaba dos años trabajando en aquel bar. Había sido hombre de niña, pero nunca lo fue realmente, por más que se lo hubieran dicho. También era la octava ocasión esa noche en que le servía un trago a Dante, y sería la octava que alguien más lo pagaría por él. Se lo sirvió doble, con hielo, le puso un Red Bull a un lado y se lo cobró al marido con calcetines blancos y sandalias.

No era un juego justo ya que sólo Melifluo conocía sus reglas, y las cambiaba a su antojo y discreción. Entonces la esposa se quitó el calzón del biquini y lo puso en el regazo de Dante, quien de inmediato lo olfateó discretamente, sin quitarle la mirada de los ojos. Luego de recibir con agrado la insinuación lo guardó en su bolsillo, se bebió su trago entero sin esfuerzo y me dio una palmada en el hombro para que lo acompañara. Había antorchas tipo hawáiano decorando el camino hacia la playa. Tomó un par y comenzó a jugar con ellas, según él haciendo un espectáculo de fuego al estilo del hostal Juggler's Rest. Me hizo tomar otras dos antorchas. Comencé a girarlas frenéticamente. Varios borrachos nos siguieron el juego. El ambiente se hizo eléctrico. Había algo contagioso. Era un deseo desinhibido de vivir con intensidad, como si fuera la última ocasión. A nivel del mar, mi primera noche en Bali aún era joven y el clima resultaba perfecto. Era la "temperatura cero"; así la llamaba Dante, cuando no sientes ni frío ni calor. La música se elevó. Todos los presentes comenzaron a bailar como si fuera el fin del mundo. Hicimos un desmadre de aquel bar. Habíamos liberado las ánimas del infierno. Era momento de cambiar de bar.

A mí me divertía mucho salir por las noches con Melifluo. De hecho, salimos cada noche desde que llegamos a Bali. No lo planeamos así. Coincidimos en el avión de Auckland a Denpasar. Yo había pasado el equivalente a una vida entera trabajando como buzo en Paihia, en el norte de la Isla Norte de Nueva Zelanda. Él viajó gratis junto con

un grupo de turistas coreanos. Tomó el lugar de otro y se hizo pasar por una estrella de rock que había tenido que huir de su país debido a las frecuentes amenazas de muerte por parte de su gobierno.

"Es el contenido incendiario de mis letras —le decía a la gente sin tapujos— lo que atemorizó a la élite política. Por eso me quieren muerto." Tenía acento africano pero semblante latinoamericano. No sabría describir el color de su cabello, pero era rizado como el mío. Vestía un saco estrafalario confeccionado con pedazos de diferentes telas cosidos entre sí como si fueran un mosaico de cuadrados de unos ocho a diez centímetros por lado. Como hilo utilizó un sedal de pesca. Tenía piezas de mezclilla, plástico rosado, lana, encaje, látex negro y seda, así como algo parecido a la piel de un cocodrilo y hasta terciopelo carmín. No imagino dónde las encontró, pero más que una prenda me pareció un relicario. La primera ocasión que nos encontramos fue en un hostal el día de mi segundo cumpleaños del mes anterior. Me gustaba decir que era mi cumpleaños, tal vez para llamar la atención o nada más porque sí. A Melifluo le había parecido gracioso mi juego, ya que a él también le gustaba construir sus propias realidades. "Si nadie a tu alrededor tiene idea de quién eres ni de dónde vienes, ¿por qué vas a decir la misma mentira que te han venido diciendo toda tu vida?", me preguntó en el avión.

La nave estaba vacía y él decidió sentarse junto a mí. Yo hubiera preferido dormir o incluso leer el instructivo de supervivencia. "Ulises", me dijo que se llamaba cuando extendió la mano para presentarse. Yo sabía que no era así. "¿Te conozco?", me preguntó entonces. "Nos conocimos en el Juggler's Rest, en la Isla Sur. O bueno, ahí nos vimos", le contesté. Allá no habíamos platicado mucho. "Sí, sí, me acuerdo, era tu cumpleaños y comiste fuego por primera ocasión", dijo entonces. No recuerdo sobre qué platicamos. Él fingía prestar atención, pero no dejaba de mirarle el trasero a la azafata. Ella también lo había notado.

"Me encantan las mujeres asiáticas; ¿a ti no?", preguntó sin verme a los ojos mientras se quitaba el cinturón de seguridad. Había turbulencia. Pensé que la azafata se molestaría cuando se levantó para platicar con ella. Entonces desaparecieron dentro del sanitario. Creo que fui el único en darse cuenta de la situación. No salieron hasta que el capitán comenzó el descenso.

Cuando aterrizamos en el aeropuerto de Denpasar, Melifluo se acercó de nuevo. "Entremos juntos", me dijo. Lo noté nervioso, como si evitara algo o se estuviera escondiendo. "¿Ya has estado aquí?", le pregunté para descubrir si había un porqué para temerle a la policía indonesia. "Primera ocasión", me dijo con tono nervioso, mostrándome su pasaporte, aunque yo más bien noté la paz del océano y una luz detrás de su entrecejo. Era azul, estadounidense. "Con un pasaporte de ésos puedes entrar casi a cualquier país, ¿no?", le pregunté, no sin un dejo de recelo mientras le mostraba yo mi

pasaporte, verde, tan eficaz como la homeopatía: un placebo diplomático. En la portada el águila devora una serpiente sobre un nopal, símbolo glorioso de un Estado en perpetua decadencia desde su nacimiento. “Me encantaría tener uno de ésos”, me dijo entonces, antes de sugerirme una locura: “¿Me lo cambias?” “Ni madres”, le dije, aunque por dentro me sentí arrepentido. Pronto lo estaría.

Al llegar al mostrador de migración, el oficial tomó el pasaporte de Melifluo, lo miró a los ojos, él sonrió; entonces el oficial sonrió de vuelta. “American welcome”, dijo, y selló la única página que tenía un pequeño espacio en blanco, así nada más, casi sin verlo. A mí, sin embargo, comenzó a hacerme preguntas difíciles en un inglés incomprensible. “Where you from, mister?”, dijo, como si no quisiera leer la portada de mi identificación. “México”, le indiqué con el índice el forro del documento. “Where is visa, mister?”, me dijo después. Sentí vértigo.

¿Cuál visa? Según yo, no necesitaba visa. No lo había previsto. O no había querido investigarlo. “Where is return ticket, mister?”, preguntó ante mi silencio. No lo tenía. Había viajado en un solo sentido sin pensar en el retorno. De todas formas sería imposible regresar. Estaba en problemas, serios problemas, de esos en los que resulta preferible cerrar los ojos. Entonces el oficial dijo *“*You cannot visit Indonesia, mister. You go back first plane, mister, ¿OK?”. “¿OK?, no OK, no OK, ¿OK?”, dije como refunfuñando.

Las cosas se salieron de control. De hecho, nunca lo estuvieron, pues carecía de visa para regresar a Nueva Zelanda. Supongo que por eso me dejaron abordar el avión. Prefirieron que me convirtiera en el problema de alguien más. No era bienvenido ni en uno ni en otro lado. Estaba a miles de kilómetros de distancia de mi tierra natal. Era un ente no deseado. Estaba perdido, no había solución. No había manera de hallar consuelo. Y cuando me imaginé viviendo encerrado en un cuarto dentro del aeropuerto, Melifluo intercedió por mí, tomó mi pasaporte de las manos del oficial con una sonrisa, metió un billete de veinte dólares en la página ocho y con otra sonrisa lo regresó al oficial. El oficial abrió mi pasaporte, tomó el billete, lo metió en su bolsillo y dibujó una sonrisa mientras lo estampaba, diciendo simplemente “Next, please”.

“¿Cómo supiste que no nos meterían a la cárcel por semejante desacato?”, le pregunté a Melifluo con una mezcla de miedo y emoción. Caminamos en silencio. No me quiso contestar hasta estar un poco más alejados de la situación. “Estamos en un país subdesarrollado, ¿no?” Lo pensé un momento. “Sí, supongo”, contesté. Llegamos frente a la banda y esperamos nuestras mochilas. “Y tú eres de un país subdesarrollado, ¿no?” La mochila llegó bien, pero mi tienda de campaña venía mojada y perforada. Malditos maleteros. “Sí, supongo”, volví a decir. Desde entonces a mis mochilas les pongo una etiqueta que dice: “Yo amo a los maleteros”.

“Pues ya no lo seas”, sentenció Melifluo. “¿Que ya no sea qué?”, pregunté mientras

salimos del aeropuerto y caminamos rumbo al barrio de Legian. “Lo que sea que crees que eres. Ya no seas eso”, y me enseñó de nuevo su pasaporte. Ahora sí lo miré con atención. La foto era de un tal Vincet Farrell, que parecía tener más de cincuenta años y haber nacido en Dakota del Norte…, y no tenía ningún parecido con Melifluo. “Pero, pero…”, atiné a balbucear.

La humedad acentuaba el calor. Llegamos. La puerta del lugar era de madera tallada y estaba coronada con la misma figura estampada en el costado del avión que nos trajo a Indonesia. “Es la mítica Garuda —me dijo Melifluo—, una buena señal.” Tomamos un cuarto en la segunda planta del hotel. Estábamos en el distrito de Kuta, el corazón turístico de Bali. Yo había ahorrado, pero aun así estaba listo para acampar, dormir en hostales o elegir aquello que resultara más económico. Pero en el sureste de Asia se puede vivir como rey sin gastar una fortuna. Con todo, lo más económico era compartir la habitación, y en ese lugar había sólo una cama, con una sábana blanca, y era lo suficientemente grande para que durmiéramos sin tocarnos los pies. De esa forma el hospedaje nos costaría la mitad. El techo era un entretejido de ramas de palma. Todo era de madera, incluso el piso. No había ventilador. La terraza miraba de frente al jardín, en cuyo estanque nadaban peces de colores. Lirios, bambúes, flores tropicales y un pequeño oratorio de piedra labrado en la vecina aldea de Batubulan completaban el cuadro.

Hacía muchos, muchos meses que no tenía baño privado. Me pareció un lujo increíble. Tal vez por eso no me importó que en lugar de inodoro hubiera un hoyo en el piso con una plataforma lateral donde poner los pies y una manguera para limpiar al terminar. Lo complicado no era tener la fuerza suficiente para mantenerse en cuclillas, sino descifrar cómo limpiarse el culo sin papel de baño. Ésta es la técnica alaturka, practicada en un retrete creado por los otomanos, una de las civilizaciones más refinadas que han poblado la faz de la tierra.

Según dicen los expertos, ésta es la forma perfecta de cagar, heredada de viajeros de otros tiempos y llevada por los comerciantes a todo el mundo árabe. Así llegó también al sureste de Asia. Médicos de diversas naciones la reconocen como la mejor posición por razones fisiológicas, los ambientalistas por motivos de sostenibilidad, y hay quienes incluso la recomiendan por cuestiones espirituales.

Se dice que es la postura más natural para eliminar los residuos con higiene y sin esfuerzo, pues sentados en el retrete obstruimos el colon. Ésa fue la primera ocasión, de muchas, que defequé en cuclillas. Hay quienes consideran la escritura como el inicio de la civilización, pero yo creo que sucedió con la creación del retrete. Resulta que por ahí del año 3000 a. C., en la antigua Mesopotamia, el primer imperio humano desarrollado en lo que hoy conocemos como Siria, contaban con un sistema de alcantarillado. En el palacio de Sargón de Acadia, conocido como *el Grande,* se encontraron seis retretes. Y

no me refiero a las incómodas ollas de barro que se acostumbraban antes, ni a estos hoyos en el piso, sino a un asiento hecho con placas de mármol formando una herradura, conectado a desagües que descargaban en una red de tubos inclinados. No cabe duda de que el futuro nos encuentra a todos, pero que llega con el tiempo.

La verdad es que sí me sentía un poco más seguro en compañía de Melifluo. Decidí usarlo como muleta durante unos días, al menos en lo que terminaba de confiar en esas tierras nuevas. "Vamos por una chela", sugirió Melifluo adivinando mi necesidad.

Caminamos rumbo a la playa. Todo era completamente diferente de Australia y Nueva Zelanda, donde había pasado los últimos meses. No se diga de la Europa occidental. Pero había tantos vacacionistas provenientes de allí que presté muy poca atención a las diferencias. De camino nos detuvimos a comer en un restaurante que tenía dos mesas en la calle y dos más en el interior. Detrás de una vitrina, en diferentes niveles mostraban varios guisados, que servían cada uno en un plato de plástico de distinto color. No supe reconocer ninguno.

Entonces me dieron un plato de arroz sobre el cual pusieron tres guisos diferentes. Uno era pescado capeado con salsa dulce, otro germinado de soya y el último espinaca salteada con salsa de soya y ajonjolí. Melifluo los eligió por mí. Resultaron exquisitos. Jamás había tenido semejante apetito ni semejante placer. Mi cerebro sabía que era ésta la ambrosía para la cual había yo nacido. Cada bocado era motivo de un deleite físico supremo. Necesitaba comer sin detenerme. Mis papilas gustativas estaban de carnaval. Tuve que servirme un segundo plato rebosado con aquella magia que muy seguramente había sido guisada por los dioses.

Ésa no fue la primera ocasión que experimenté los efectos del glutamato monosódico. Toda mi infancia lo consumí impregnado en las papas Sabritas. "A que no puedes comer sólo una", retaba su publicidad. Claro que uno no puede resistirse a la sal sódica de uno de los aminoácidos no esenciales más abundantes en la naturaleza. Calmé mi ansia tomando un jugo de piña, y cuando lo terminé pedí otro más. Aun así, al final pagué lo mismo que hubiera gastado en una sopa de lata en algún supermercado occidental. Había llegado al paraíso terrenal, o al menos así lo definía por el momento.

Tuve que reformular mi sentimiento cuando, poco antes del atardecer, llegamos a la playa, donde estaban todos los turistas del mundo. Eso fue lo que percibí. Yo, que deseaba escaparme de las masas, me encontré en el centro de su soledad. Los miré aglutinados, tomando clases de surf, bebiendo y bailando sin control, algunos más recibiendo masajes recostados en la arena. Sus carnes blancas eran untadas con aceite de coco, el mismo que utilizan ahí para cocinar, y luego apretujadas con un odio placentero. Gemían los alemanes en alemán, los australianos en australiano. Cada cultura tenía su forma particular de gemir. Dante lo observaba todo atentamente.

Así era como dijo que se llamaba, y no Melifluo, nombre que yo encontraba más

curioso. Dante parecía vivirlo y percibirlo todo como en un ritmo preferente. Uno con el cual podía distraer al marido contándole una buena historia mientras seducía a la esposa. Al mismo tiempo podía hacer alarde de la manera en la que dominaba la situación con quienes no le parecíamos tan ingenuos. Era un experto en la inducción de los estados para beber, divertirse y facilitar la química del amor. No tenía vergüenza por actuar como DJ residente para encargarse del ritual musical. Con eficacia se volvió el amo de los ritmos y las frecuencias perceptibles cuando se acompañan con el oleaje del mar. Así, pronto encantó a los zombis, embriagados y empastillados. Los puso a bailar a su antojo mientras golpeaban con fuerza los pies sobre la arena, hombres y mujeres vistiendo sus sarongs como faldón. Mientras la temperatura subía, yo seguía recompensando mi cuerpo con cerveza.

Cuando llegamos al tercer bar de la noche, Dante se puso filosófico. "Nunca he tenido necesidad de dinero, y aun así he vivido mejor que la realeza. Claro, sin los problemas ni los compromisos que conlleva la corona", dijo Melifluo. El grupo que se había reunido a su alrededor aplaudió el comentario. Estoy seguro de que ni siquiera comprendieron lo que manifestó. Habían sido hipnotizados. A él las palabras parecían no significarle nada; simplemente las usaba como una herramienta para lograr su cometido: beber gratis. "Platícame sobre tu matrimonio —interrumpí con un dejo de mordacidad —. ¿Cuál crees que sea la clave del éxito en tu relación?" Entonces las chicas lo miraron diferente, los jóvenes sonrieron como si su competencia hubiese desaparecido. Al principio a Melifluo pareció molestarle la intromisión de mi comentario, pero en realidad estaba encantado con el reto.

"Pues es evidente, ¿no crees?", me dijo mientras dibujaba una sonrisa en el aire frente al rostro de cada uno de los presentes, sobre todo de los que portaban anillo. Yo levanté las cejas y los hombros como esperando una respuesta. "La comunicación", dijo el pendejo que sin duda pagaría la siguiente ronda, recibiendo de vuelta un gesto complaciente por parte de su esposa, como si con ello la daga penetrara un poco más dentro de su pecho. "Aprender a hacerse pendejo", dije para mis adentros. "Aprender a hacerse pendejo", respondió Melifluo. Me miró de reojo mientras todos reían a carcajadas. Era como si supiera lo que yo había estado pensando y lo hubiera dicho en voz alta para beneplácito de los presentes. "Duplique la dosis", alcancé a escuchar. La mesera nos sirvió una ronda de vodka con Red Bull, el arma de su elección.

Entrada la noche logramos lo que nos propusimos. Para ese momento no sabía ni cómo me llamaba. Estábamos borrachos más allá de lo posible y no habíamos gastado más que saliva. Era momento de ser sorprendidos por la causalidad. Caminamos sin rumbo, alejándonos de la zona hotelera para ver de qué más estaba hecho aquel pueblo. Las calles estaban silenciosas. Las casas tenían las puertas y las ventanas abiertas. Hacía tanto calor de día como de noche. Miré a la gente frente a la televisión. Telenovelas me-

xicanas traducidas al indonesio. No podía creerlo. Todos siempre descalzos.

Cruzamos un terreno baldío. Estaba completamente oscuro, pero se escuchaba repleto de ranas. De pronto se convirtió en un lodazal, y más tarde en un estanque. Cuando salimos del agua nos encontramos en el patio de la casa de alguien. Entonces vomité mientras Melifluo le ladraba de vuelta a un fiero perro que había salido de la casa. Si uno pelaba los dientes, el otro los pelaba aún más. Entonces Melifluo lo tomó de la cabeza como si fuera a sumergirle los pulgares en las cuencas de los ojos, pero le dio un beso en la nariz. El perro se relajó milagrosamente. Nuestros ruidos habían alertado a los dueños de la casa. Dos jóvenes nos miraban curiosos. Uno de ellos parecía traer una escoba. El otro también. Cuando se acercaron pude apreciar que eran rifles automáticos. Fue la primera ocasión que vi un par de ésos. Sentí ganas de llorar. Melifluo fue a encararlos, como queriendo probar su suerte. Yo levanté los brazos y dije: "Llévennos con su líder".

La casa del dealer más importante de Bali era muy grande, como una hacienda en forma de herradura. Tenía un patio al centro y tres diferentes ambientes en torno. No había una fuente, sino un pequeño templo de "piedra de luna" labrada en el vecino poblado de Mas. Las columnas que sostenían los pórticos eran de madera de sándalo tallada con intrincados diseños que denotaban la mezcla hinduista y animista de la religión. El humo de finos inciensos y plantas sagradas impregnaba el ambiente, así como los bajos saturados de *I Shot the Sheriff,* canción interpretada en vivo por una banda dentro de la casa. Cinco hombres se encontraban recostados sobre grandes cojines dispuestos en el suelo, recargados en las paredes, muy bien distribuidos. Su tez morena, sus ojos un poco rasgados, sus cuerpos de fibra pura, casi enteramente descubiertos, ilustrados con simbología sagrada. Sus ojos rojos y sus cabelleras largas, como las raíces de un árbol que busca agua en lo profundo de una cueva.

Había una centena de costales de fibras naturales sujetando una carga que aún no lograba identificar. Dos hombres se encontraban de pie, sosteniendo armas de alto calibre. Uno me miraba a los ojos casi sin parpadear, mientras el otro estaba distraído con la escena que acontecía a su lado. Era una chica de pinta occidental y tez tan blanca que me pareció brillar de noche. Estaba buscando ranas, andaba desnuda y jugaba en cuclillas sobre el lodo. Cuando al fin logró encontrar una, la tomó con fuerza y destreza entre sus manos, sin lastimarla. Entonces sacó la lengua. Tenía una perforación, y lamió el cuerpo ponzoñoso de la rana, que resultó ser sapo. El guardián aplaudió complacido.

Unos hombres con facha de surfos platicaban y bailaban entre sí a la distancia con música de reggae. Ahora se escuchaba una muy aceptable versión de *Legalize It* de Peter Tosh. Es verdad que no hay mala música en vivo. De hecho, estando vivo todo es bueno, y sobre todo el reggae. También había una docena de bellas mujeres locales. Entre ellas bailaban o se peinaban. Otras se besaban, e incluso algunas se restregaban entre sí. Era

una escena como de ensueño húmedo la que vimos al llegar escoltados por quienes nos habían detectado husmeando en el lodazal. La escena no se detuvo, pero recibí una descarga de atención por parte del más pequeño de todos los que allí se encontraban. Él era el jefe de jefes. Se llamaba Agung. El capo di tutti capi, como hubieran dicho mis amigos de Cairns. También me hubiera encantado quedarme a la fiesta, pero en verdad sentí cierta urgencia de salir corriendo. Melifluo, sin embargo, se mantuvo sereno. Eso les dio confianza. A mí también. Teníamos frente a nosotros lo que habíamos estado buscando, invocando, incluso tentando. Agung me preguntó con voz reseca: "Where you from?" Contesté sin pensarlo, pues no estaba para juegos: "México". Me miró por un instante que me pareció la vida entera. Mi corazón palpitó más fuerte que el de un caballo luego de correr el cuarto de milla. Mis manos sudaron el Nilo y el Danubio, deshidratando aún más mi cuerpo dolido por tan alta tensión. Todo estaba en mi cabeza. El control en el descontrol. De pronto, como si hubiera esperado el veredicto de un emperador que al fin extiende su brazo para dar a conocer al público su designio de vida o muerte del gladiador vencido, escuché brotar de sus labios: "México…, hmmmm, guacamole". A lo cual asentí, no sin un dejo de nostalgia. Entonces añadió: "Welcome, mi casa su casa, amigo", con un castellano quebrado que sonó tan reconfortante como un salmo cantado por los mismísimos ángeles del cielo. "Si la muerte espera, pues que espere", dije para mis adentros. Entonces Agung me sentó a su lado. Le dio la indicación de "*relax*" al guardia que nos había encontrado. No estábamos husmeando, sino en busca de lo fortuito. El guardia abrió un costal. Estaba repleto de ganja. "Smoke —dijo Agung —, smoke all you want". La sonrisa de Melifluo iluminó la noche.

La verdad es que recuerdo con muy poco detalle lo que sucedió a continuación. Son sólo fragmentos de la conversación que mantuve con el dealer luego de sentarme a su lado a fumar la noche del día que llegué a la isla. Fue un reto que yo comencé, de hecho, al preguntarle qué era lo más raro que había comprado con el dinero que recibía por el contenido de sus costales. Era el reto de "las piezas del absurdo moderno". Así sugirió Melifluo que lo llamáramos cuando se integró a la conversación. Agung nos dijo que le encantaría tener un mechón del cabello de Thalía, la actriz mexicana de telenovelas que en Indonesia era tan importante como una diosa del panteón hindú. Yo sugerí que tal vez una mano de gorila transformada en cenicero que dijera "Hecho a mano". Agung frunció el ceño. Miró a su alrededor. Tenía ya más de lo que jamás imaginó al criarse en un humilde poblado de agricultores en la vecina isla de Flores. Él era el único que en verdad podría hacer realidad cualquiera de las locas ideas que tuvimos. "Qué tal un collar de orejas de turistas", me dijo, como esperando mi aprobación. Sabía que me molestaba seguir siendo turista. Así que, entrados en gastos, no me desagradó la idea. Al fin y al cabo eran sus clientes los patrocinadores del terror. "O qué tal una colección de pieles de yakuzas muertos en acción, exhibidas en vitrinas iluminadas con luz de neón", dijo

Melifluo. Le había gustado lo perverso de nuestro juego. No porque deseara tenerla en verdad. Era, simplemente, una conversación diferente para todos. Estábamos hastiados de lo común. Fue interesante explorar lo oscuro de nuestro interior y aceptarlo como parte de nosotros. El peligro es creer que somos sólo luz u oscuridad.

No hay mucho más que pueda o quiera recordar de aquella noche. Postales sensoriales tal vez. Luces brillantes. Escenas difusas. Sonidos extraños. Sensaciones innombrables. El placer de permitirme ser y no ser a la vez. Jugar con la realidad a discreción. Cruzar de nuevo el lodazal para ir a jugar billar y beber unas cervezas en un bar sin turistas. Quedarme dormido en la playa con el arrullo de las olas del océano Índico.

Auckland, Nueva Zelanda
Día 259 fuera de casa

"¿No te cansas de ser siempre la misma persona?", me preguntó el espejo. Había allí una sombra que no era la mía. Esa última noche en Auckland todos dormían, menos yo. Había llegado de Paihia la noche anterior. Iba de camino a Bali. El insomnio era como un llamado del alma. Una oportunidad para pensar en lo que durante el día hubiese sido imposible. Estaba acurrucado en la cocina del hostal para no pagar esa última noche, con mi reloj despertador sobre el pecho. Amenazaba con hacer un escándalo a las cuatro de la mañana. Tuve comezón en el mentón y también cerca del entrecejo. Por más que quise no pude hacer caso omiso. La persona que alguna vez fui se tambaleaba. Parecía marchitarse lejos del contexto sociocultural que la forjó. Sin embargo, estaba preso de una nueva rutina. Una nueva máscara estaba creciendo debajo de la anterior. Me daba una comezón tremenda. Aun cuando estuviese lejos de casa, aun cuando a diario conociera gente nueva y tuviera experiencias increíbles, aun con todas esas bondades del camino, me había tejido a mí mismo un nuevo personaje, un nuevo papel que interpretar. Una nueva zona de comodidad adaptada a mi nuevo contexto, sin importar que fuera itinerante.

El hostal donde me refugié antes del vuelo era el de mi primera noche en Nueva Zelanda, y casi igual al de cualquier otra ciudad en cualquier otra parte del mundo que hubiese visitado previamente. Mi costumbre de encadenar la mochila a la cama antes de dormir causaba curiosidad. También lo hacía mi extraño acento. Entonces se iniciaba siempre la más predecible de las conversaciones. Podía ser yo mismo. Podía ser la otra persona, hombre o mujer, indiscriminadamente. Pero siempre era igual. ¿De dónde eres? ¿Cuánto tiempo llevas viajando? ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas? ¿Ya hiciste esto? ¿Ya hiciste lo otro? Culminaba siempre también con un "vamos por una cerveza" si era mujer, o "vamos a jugar billar" en caso de ser hombre.Y viceversa.

Conocía todos los clichés del mochilero, así como las frases que harían reír a los

canadienses, la música de moda entre los holandeses, la razón del viaje para los israelíes, los tabúes de los japoneses, los secretos de la cocina italiana, la forma de seducir a las francesas, las ilusiones de los australianos y, por supuesto, el estigma de los estadounidenses. No había cruzado palabra con un latinoamericano en más de seis meses. Me sentí como un antropólogo cansado de la docencia, listo para hacer trabajo de campo. Quería curtir mi piel exponiéndola a climas tórridos. Deseaba las intoxicaciones alimentarias y las dolencias de las enfermedades tropicales. Las supuraciones de las llagas en los pies y el erotismo que proviene del misterio. Fue entonces cuando evoqué el nombre de aquella isla que Tom mencionó alguna vez, cuando sentí el despertar de algo que yacía en mi interior desde hacía mucho tiempo. Bali. Lo había sentido también en Europa durante el viaje con mis amigos. Lo había sentido la noche que decidí dejar el monasterio y emprender mi viaje al norte de Australia. Pero en esta ocasión fue aún más evidente.

Decidí apagar el despertador; de todas formas no dormiría por tanta emoción. Salí del hostal para tomar un poco de aire. Quería huir del mundo conocido. "Bali, Bali", me repetí en silencio como un mantra. Sabía que ahí mi destino me aguardaba. Pero había algo más que de nuevo me observaba oculto entre las sombras.

Esa noche me encontré bebiendo cerveza y jugando billar. Borracho y decepcionado, atravesé la marina de Auckland y el centro de la ciudad hasta llegar a un barrio suburbano. Me metí en una casa iluminada que tenía la puerta abierta. Parecía haber fiesta. Pero todos estaban muy tranquilos. Ya me estaba yo aburriendo, sin música, y no tenía inconveniente en hacérselo notar a cualquiera que me mirase a los ojos. Hasta que llegó el hijo del difunto para explicarme que se encontraban velando a su padre y que, a pesar de que yo era bienvenido, me invitaban a volver en otra ocasión pues había ensuciado de lodo el piso y era el único ajeno a la familia, vestido en traje de baño y con una camiseta sin mangas. Miré hacia uno y otro lado. Todos vestidos de negro, me miraban con lástima y un poco de miedo y asco, como si fuera un espectro. No supe qué decir. Simplemente agaché la cabeza y salí por donde había entrado, entregándome a los designios de la noche.

Abandoné el hostal mucho antes de que el sol apareciera. Abordé una camioneta con rumbo al aeropuerto junto con otras personas que también volarían lejos. Hasta entonces no me di cuenta de todo lo que sucedía. Para mi dolencia no existía otra medicina que seguir viajando.

Ubud, isla de Bali, Indonesia
Día 278 fuera de casa

Era la encarnación de la despreocupación. No sólo creía que no podía controlarlo todo, sino que todo estaba fuera de mi control. La vida no era para controlarse. Las personas

no eran para controlarse. El control era una falsa verdad. Creo que por eso me enamoré tan rápido de la isla de Bali, un sitio perfumado con las flores de loto y el incienso del azahar. Un sitio incontrolable, como el amor. Me gustaba despertar antes del amanecer y reunirme con las sirenas que rendían tributo a la Madre con la blanca luz del alba.

Usan las conchas abandonadas para bañar sus cuerpos semidesnudos con las aguas del fondo del mar. Frotan su piel con la más fina arena y desenredan sus largas cabelleras antes de abrir sus brazos a la brisa que también acaricia su rostro. El sol calienta sus cuerpos nuevamente. Se limpian unas a otras, empleando flores blancas de la selva, acariciando sus pechos y sus espaldas, sus piernas y sus ojos, los cuales siempre mantienen cerrados. Si bien un canto tenue las acompaña durante aquel baño de luz, agua y tierra, en ese momento ellas entonan su propio canto. Es dulce y alegre, como un agradecimiento.

Evidentemente, no eran sirenas las que se bañaban por la mañana en el río que cruza la aldea de Ubud, pero a mí me gusta recordar a esas vecinas así. Ésa es la ventaja que tiene uno cuando hace uso del recuerdo. Ésa es también la manera en que la mente responde a la novedad. El caso es que cada mañana las mujeres de Bali realizan una ofrenda a sus dioses y en memoria de sus antepasados. También la realizan por la noche para saciar a los seres de la tierra. Para ello suelen utilizar una pagoda de piedra que se coloca en el patio central de las moradas. Sin embargo, las ofrendas se pueden realizar casi en cualquier parte, tanto en las casas como en las tiendas, en los vehículos o en las carreteras, a orillas de los ríos, en los templos, en las playas y hasta en el mar. Encienden incienso, ofrecen fruta, flores y arroz, así como agua y dinero para asegurar la buena salud, la felicidad y la prosperidad. Utilizan como base una pequeña canasta hecha con hoja de palma donde depositan las ofrendas y su hermoso propósito. En ellas siempre deben estar presentes los colores rojo, blanco y verde, que representan a la Trimurti: Brahma, el creador, Shiva para los muertos y Visnú para que nunca falte el alimento. Es un noble acto de devoción desinteresada. A veces también se hacen sacrificios de animales para apaciguar a las "serpientes" que acechan desde el mar.

Bali es una isla por partida doble. Ubicada entre las islas de Java y Lombok, en el archipiélago de la Sonda, su contorno es de arrecifes de coral y playas formidables. Con ciento cuarenta y cinco kilómetros de longitud y ochenta de ancho, se apretujan más de cuatro millones de habitantes, una buena cantidad de volcanes y trescientos treinta millones de dioses. Y es isla también porque, hallándose inmersa en la nación con más musulmanes en el mundo, su fe principal es el hinduismo con un toque de animismo.

El monte Agung es la montaña más alta y sagrada de Bali, morada de los dioses que se observaba desde la ventana de mi cuarto en Ubud. Llevaba ya algunos días viviendo en este magnífico poblado del interior de la isla. Rentaba una hermosa casa en el centro de la aldea, a partir de la cual podía visitar, interactuar y desaparecer a discreción. Tenía

una gran cama con un pabellón y velo para evitar los mosquitos, así como una regadera en el exterior, en un patio con terraza, una hamaca y una mesa de madera de coco. Me costaba diez dólares la noche, lo mismo que rentar una litera en un cuarto compartido con otros ocho huéspedes en el hostal más barato de Australia. Cada día caminaba o abordaba la motoneta, que había rentado por cuatro dólares al día, para ir en busca de alguna aventura en este poblado reconocido como la capital cultural de Bali.

Me gustaba visitar el bosque sagrado de los monos cerca del templo Goa Gajah, la cueva que el gigante Kebo Iwa creó rascando las piedras con su uña. Penetrarlo significaba meterse en la boca de un demonio que observa silencioso. Siempre creí que en cualquier momento podía cerrar la boca para dejarme dentro de sus entrañas oscuras hasta la eternidad. Me gustaba también ir al mercado, donde transitaban libremente los macacos y las gallinas. Mientras las mujeres mostraban las más exóticas frutas y verduras, comentaban los acontecimientos de la comunidad y honraban el trueque, los hombres se reunían para organizar peleas de gallos y fumar su delicioso kretek, tabaco mezclado con clavo de olor, entregados a la euforia y la emoción de la sangre.

Si uno llega por primera ocasión y no conoce los usos y las costumbres de los balineses, podría creer que todos los hombres de la isla son amanerados. Y es que la relación entre amigos suele ser muy física. Caminan tomados de la mano y platican descansando en los brazos del otro. Se peinan mutuamente y decoran sus cabezas con flores blancas y granos de arroz. Visten faldones de algodón con dibujos diversos, según su aldea, y se dejan las uñas largas por motivos estéticos.

En Bali cada día suele haber una gran celebración, por lo que es fácil verse inmerso en una peregrinación o en un festín donde los visitantes que muestran respeto son siempre bienvenidos. En los alrededores de Ubud hay una infinidad de pequeñas aldeas, y en cada una se practica al menos un oficio tradicional, desde el trabajo de la piedra, el cultivo del arroz y la confección de vestimentas hasta el tallado de maderas finas y la fabricación de instrumentos musicales. Sobra hablar del efecto que causaron en mí la dulzura y la diversidad del lugar. De inmediato me interesé y adopté buena parte de sus costumbres. Me gustaba también manejar a discreción y perderme para encontrarme. Admiraba los templos labrados en roca volcánica y la atmósfera ritual que domina cada instante de la vida en el lugar. Me gustaba nadar en las playas de arena negra y también en las de arena rosada. Curiosamente, a los habitantes de Bali les aterra el mar, por lo que es muy raro verlos cerca del agua, salvo que estén realizando alguna ofrenda a los mismos seres que en cualquier momento pueden emerger del fondo marino.

Sentía cómo la vida fluía de nueva cuenta dentro de mí, animando mi existencia. Era como si una especie de energía surtiera efecto desde mi estómago, vivificando el cerebro y más tarde el resto del cuerpo. No necesitaba dormir mucho ni tampoco comer demasiado. Me bastaba respirar y sonreír para sentirme satisfecho. Intentaba parpadear

lo menos posible, y me resultaba necesario preguntar tanto como un niño de tres o cuatro años. Mi curiosidad era insaciable. Una noche me senté a cenar en un pabellón de madera a orillas del río. Se escuchaban los grillos y las ranas. El cielo estrellado era apenas opacado por las luces del tímido alumbrado público y las fogatas. No había nadie más. El bosque tropical se sentía vibrante, como algo que te abraza para que formes parte de él. Comí un plato de arroz y un pescado entero braseado, verduras salteadas con salsa de soya y una cerveza. A los postres me sedujo el sonido de la orquesta de gamelán que se presentaba en el palacio de Ubud.

En el palacio de Ubud aún habita la familia real balinesa, aunque su cargo es ahora simbólico. Se estaba ejecutando la danza legong, la más representativa de Bali, que celebra las ofrendas diarias a los dioses y la valentía de los guerreros balineses. Narra también por medio de las manos y los ojos las historias de amor, sabiduría y transición que buscan el entretenimiento del rey. Estaba sentado al frente, rodeado por la corte y una centena de turistas. Luego de la danza comenzó una representación de wayang kulit, en la que los más hermosos títeres de varilla y cuero salidos directamente del *Ramayana* proyectan sus sombras en una manta blanca. Detrás arde el fuego, y la humareda se acompaña con inciensos.

Era un arte originario de la vecina isla de Java que ha sido bien recibido y cuidado en Bali, pues aquí sus motivos siguen siendo vigentes. El sonido de los metales, las flautas y los tambores me revivió la sensación del nacimiento. Primero en la pantalla se proyectaron relatos de la bruja Calonarang, famosa por su magia negra. La interpretación duró dos horas y fue acompañada de narraciones en balinés. No entendí nada, sólo que de pronto se presentó un ejército de monos comandado por un general llamado Jánuman que luchaba en contra del demonio Rávana, así que me asomé detrás de la manta. Esperaba ver cuando menos una docena de personas manipulando los títeres, que tienen más de mil años de tradición y han sido reconocidos como patrimonio de la humanidad. Sin embargo, eran sólo dos personas, sudorosas, que tomaban de distintas repisas hasta cuatro títeres con cada mano. Dos antorchas fungían como proyectores. Había un tercer individuo narrando las historias.

Noté a un par de mujeres que me parecieron entre las presentes las más hermosas. Parecía que tenían ya tiempo en la isla, pues su piel había sido acariciada por el sol. Vestían a la usanza tradicional, muy elegantes, con sus sarongs de buena calidad, no esos que compran los turistas. Llevaban un tocado de flores en la cabeza, como si hubieran aprendido a realizar la ofrenda que acostumbran las balinesas. Pude adivinar su origen, pues había convivido con muchas australianas, pero nunca imaginé que fueran madre e hija. Fue ésta la primera que notó mi presencia. Tenía diecinueve años, su madre poco más de cuarenta, y vivían en Perth, la capital de Australia Occidental. Estaban de vacaciones y les encantaba bucear. La madre era abogada y se había divorciado hacía

unos seis años. La hija estudiaba oceanografía y tenía una hermana un par de años mayor que había venido escoltada por su marido. Ellas también parecían haber sido intoxicadas con la misma magia que me había hecho pensar en la isla de Bali como el paraíso. Ésa era su última noche antes de volver a la vida cotidiana. Les aterraba la idea. La habían pasado bien pero les faltaba lo mejor. Se terminaban la simplicidad y naturalidad de la vida en el camino.

La "realidad" se avecinaba.

La vida en Ubud fue siempre una historia de historias. La recapitulación de todo aquello que pudo haber sido y lo que fue. Ahí estaba también Melifluo. No lo había visto en varios días, pero no me sorprendió que estuviera en Ubud. Ya había detectado a las australianas, incluso antes de que yo lo hiciera. Él fue el primero en acercarse a platicar con ellas cuando las reencontramos en un bar al término de la función.

Supuse que las compartiríamos, pero Melifluo, que esa noche se hizo llamar Rama, les invitó una cerveza y más tarde bailó con ambas, intentando seducir a la hija con sus palabras. "Cuando uno viaja sin boleto de regreso el camino es el destino. No existe la prisa por llegar cuando tampoco hay un motivo para regresar", le dijo a la madre, pero quería impresionar a la adolescente. "Si uno tiene un destino definido —continuó, apoyado por la danza que sugiere la música de reggae—, la satisfacción es limitada, y no queremos eso, ¿verdad?" Me parecía evidente y un tanto grotesca la manera de insinuarse. "Esa forma de viajar es como hacer el amor. Vamos a hacer el viaje. Hagámoslo juntos", insistió sin tapujos. La madre prestaba toda su atención. La hija se mostraba indiferente.

Para sorpresa de todos los presentes —y los ausentes—, Rama se perdió con ambas en la oscuridad de la noche, con lo que redefinió mi concepto de relaciones intrafamiliares. Ésa fue la gota que derramó mi bazo. Me hizo despertar. No quería volver a saber de él. Me iría de Ubud a la mañana siguiente. Iría en busca de un lugar donde no tuviera que convivir con los turistas. Tampoco con Melifluo.

Amlapuri, isla de Bali, Indonesia
Día 287 fuera de casa

Era una hermosa mañana de primavera austral. Me encontraba nadando en la playa del poblado de Candidasa, en la costa este, lejos de las hordas de turistas. En realidad entré al agua para orinar. Así me gustaba hacerlo para terminar de despertar. Los pescadores remendaban sus redes. La noche anterior había sido tranquila. Tenía un cuarto en la playa con desayuno incluido, por lo general un jugo y unos hot cakes de plátano. Me gustaba observar las costumbres locales, dominantes aun ante la presencia extranjera. Me sentía listo para llegar a un nivel más profundo de mi experiencia.

Días atrás surgió en mí una pregunta al no haber visto una sola clínica ni hospital,

fuera de aquellos dirigidos a turistas en Denpasar, la capital de la isla. Al salir del agua pregunté a los pescadores cómo curaban sus dolencias. El más musculoso me dijo que al médico tradicional lo llamaban balian, y que casi cada aldea tenía el suyo. En sí, cada aldea de Bali es como un microcosmos donde, además de ejercer un oficio específico, sus pobladores celebran sus propias festividades con un calendario particular basado en los ciclos de la luna. Hay algunas fiestas que incumben a más de una aldea, y entonces se ejecutan rituales tan coloridos y musicales como algo puede llegar a serlo.

Tienen celebraciones que se realizan cada ciento veinte años, otras anualmente y unas más a diario, lo que da al visitante la oportunidad, los pocos días que esté, de involucrarse en diversas situaciones de índole espiritual. Además, la confianza y la ayuda mutua son preceptos fundamentales en la comunidad, y quien no los observa es expulsado de la aldea, estigmatizado y nunca más bienvenido, mucho menos respetado, así como sus hijos y los hijos de sus hijos. Convertirme en aprendiz de un médico brujo era lo último que se me hubiera ocurrido.

La palabra *balian* me retumbó en la cabeza durante varios días. Una tarde me senté en un quiosco de madera que parecía suspendido sobre un estanque habitado por gran cantidad de flores de loto. Libélulas de azules inéditos se acercaban a lamer las gotas del rocío que se ocultaban en los recovecos de esta planta acuática considerada sagrada en toda la región. Aunque eran pocos, estaba cansado de encontrarme con mochileros aun en las partes más remotas de la isla. Los miraba con sus guías imprácticas, buscando direcciones en mapas ridículos, con las mismas sugerencias que les hacían quienes habían estado ahí antes que ellos. Era como perpetuar la neurosis colectiva. Heredar miedos y preconcepciones. En lugar de preguntarle al mesero si había baño en el restaurante donde les habían indicado que se "tenían" que sentar a comer, revisaban su guía. En vez de seguir sus instintos para elegir un hotel, revisaban su guía. En lugar de pedir recomendaciones de sitios y actividades a los locales, revisaban su guía. En vez de vivir su propia vida, querían recrear la experiencia del estúpido que les daba instrucciones a distancia. Ese tipo de comportamiento había desgastado ya la relación y el respeto entre los visitantes y sus anfitriones.

Parecía que estaba condenado a vivir siempre dentro de la rueda del karma mochilero, hasta que una tímida voz interrumpió mi mal viaje con el característico "¿Taxi, mister?" Me sentí agraviado, así que me giré para mirarlo a los ojos y decir con firmeza: "No, lo que quiero es conocer a un balian". Los ojos grandes y oscuros de mi querido I Made Pancha, inciertos pero sinceros. "Mi bisabuelo es uno; si quieres te lo presento." La duda recorrió mi estómago como si fuera un reflujo. Se manifestó con las palabras: "Bueno, vamos". Así fue como acepté la nueva extraña sugerencia de viaje que pudo haber sido un timo.

La incertidumbre se disipó cuando llegamos a la casa del balian. Ocho de sus doce

esposas descansaban en el pórtico de la estructura blanca de cemento con techo de palma y muebles de madera en su interior. Había sido marcada como el sitio de su morada con dos grandes símbolos trazados con una pintura que más bien parecía sangre seca. Había un altar tradicional en el patio central de la casa que manifestaba una energía más poderosa que cualquier otra pagoda que hubiera visto hasta entonces. Tenía decenas de inciensos, flores y veladoras, las cuales eran atendidas por una de las esposas que me faltaba conocer. Al menos unas veinte personas aguardaban su turno fuera de la casa, algunas intentando calmar el llanto de sus hijos en brazos y otras de mitigar el dolor de sus parientes mayores. I Made me invitó a sentarme en el pórtico, y entonces salió otra de las esposas del balian portando una taza de té para mí. Cuando el balian terminó de dar consulta a todos los presentes, asistido por otras dos de sus esposas —una de ellas no mayor de dieciocho años y la otra no menor de sesenta—, pude notar el color rojo de sus dientes y sus encías. Al balian le gustaba mascar una combinación de raíces y cortezas hechas polvo y luego pasta para resguardar su dentadura. Pasaba casi todo el día masticando su pasta, que lo hacía parecer un demonio ensangrentado.

El balian tenía más de cien años y todos sus dientes, así como más de veinte esposas y alrededor de cuarenta hijos. Aún se mantenía de pie con una postura insuperable. Llevaba un tocado blanco en la cabeza, suficientes arrugas para compartir y vestía una colorida camisa de seda de manga larga. Portaba su tradicional sarong o faldón atado a la cintura con un nudo que hasta el momento yo desconocía. Los patrones de su tela recordaban el origen de su propia aldea. Y cuando digo "su propia aldea" me refiero a que probablemente todos los habitantes del lugar estaban relacionados con él. Al mirarme se mostró inmutable como una montaña. Luego de saludarlo con mi torpe balinés levantó la ceja, como esperando la explicación de I Made. Al escucharla tomó mi rostro, inspeccionó con detalle mis ojos y también mi lengua. Luego chasqueó la suya, me tomó de las manos, dio un paso para atrás y asintió con la cabeza, antes de regresar al interior de su casa para atender a los pacientes que se habían acumulado durante mi interrupción. "Mañana comienza tu entrenamiento; si quieres puedes quedarte en mi casa", me dijo I Made, satisfecho por haber logrado atender mi solicitud. Permanecí anonadado. No tenía idea de la situación en la que me había metido por andar de bocón.

Esa noche no bebí. Ni siquiera dormí. I Made pasó por mí muy temprano. Me monté en su motoneta con todas mis pertenencias y llegamos a la aldea que lo vio nacer, Amlapura, un sitio donde aún se recuerda la época en la que los rajás gobernaban la isla. Aterrizamos entre cocoteros y bananos en el patio de la casa que compartía con su madre, su tío, sus sobrinos y su esposa, mi querida Kadek. No sabía reconocerme en aquella situación. De hecho, encontré un nuevo significado para *incomodidad* cuando me indicaron que dormiría en la única habitación privada y con cama de toda la casa. Su cobertor satinado era de color rosa mexicano. También tenía un ventilador y una ventana

que miraba al patio central, el eje de la casa, donde se encontraba la pagoda familiar y donde los niños jugaban con las gallinas y los perros. Yo dormiría plácidamente mientras el resto de la familia se acurrucaría en el suelo, en una misma habitación. La madre de I Made fue la primera que estrechó mi mano recibiéndome con cariño, como si fuera su propio hijo. Kadek, hasta entonces penosa conmigo, había preparado una comida tan variada como suculenta para recibirme.

El tío me miraba como un niño curioso. Era bonachón por naturaleza, pero no había heredado las artes mágicas y curativas de sus antepasados. Sin embargo, no le eran ajenos los remedios sencillos y las invocaciones más fundamentales. De hecho, todos en la familia conocían la importancia de cuidar el secreto de los ritos y la forma de mantenerlos vivos. Era la gran herencia de su familia, resguardada de generación en generación más allá de la memoria. Y aun cuando la mujer se reconoce como el centro de la vida y el receptáculo del poder universal, la totalidad del sistema cultural estaba sólo al alcance de los hombres. Los sobrinos eran todavía unos bebés y ni siquiera se inmutaron ante mi llegada. La sencillez del lugar y la calidez de su bienvenida me estremecen aún al día de hoy. Me siento honrado de haber sido recibido en esa casa por aquella familia en la aldea de Amlapura, y aceptado como aprendiz de un médico brujo balinés.

La nuestra es una especie adaptable. De hecho, podría afirmar, la única que ha logrado adaptarse incluso a ella misma. Sin embargo, el momento en el que traspasamos la frontera de la costumbre es similar al episodio en que el príncipe Siddharta salió de su palacio para enfrentar la enfermedad, la vejez y la muerte por primera ocasión. Siempre hay algo esperándonos más allá de lo conocido para cimbrar los fundamentos mismos de nuestra existencia. De eso es tal vez de lo único que me sentía confiado cuando llegué a mi primera lección con el balian. No estaba seguro de por qué me aceptó como su aprendiz. No había dinero ni la promesa de que lo hubiera. Aun así me recibió a tiempo, detuvo el flujo de pacientes y me dedicó dos horas para explicarme los fundamentos de su tradición y la responsabilidad que conlleva ser un balian. Todo con ayuda de I Made.

En mi nueva casa mis responsabilidades eran mínimas. Apenas me dejaban hacer mi cama y comprar una gallina de cuando en cuando para aportar algo de proteína animal a la dieta familiar. Me dejaban hacerlo siempre y cuando fuese yo quien tuviera el honor de romperle el pescuezo y desplumarla. Había aprendido a tomarlas de la cabeza y hacerlas girar hasta separar su cuerpo, el cual veía correr unos pasos antes de caer desplomado y desangrarse en el piso de tierra, que era barrido varias veces al día. A los sobrinos les encantaba correr a un lado de la gallina sin cabeza y manchaban sus piecitos con la sangre. En perspectiva, eso que consideraba motivo de ternura ahora sólo me produce escalofríos.

Durante las mañanas ayunaba con este tipo de quehaceres, encendiendo el fuego para el desayuno o mirando a Kadek y su suegra realizar las ofrendas familiares, pues a los hombres no estaba permitido participar. Más tarde iba junto con I Made a visitar al balian para recibir mi lección del día. I Made traducía todo lo que yo no lograba comprender. Él mismo aprendía la enseñanza. Siempre se había sentido inseguro de su capacidad para contener la sabiduría, así que disimulaba la emoción de su aprendizaje con mi presencia.

A partir del mediodía I Made iba en busca de clientes para trasladarlos en su taxi al aeropuerto o a visitar algún atractivo turístico. Mientras, yo me dedicaba a realizar mi tarea, la cual consistía en memorizar cada uno de los mantras o textos otorgados aquel día, para entonces regresar al día siguiente y poner a prueba sus efectos. Algunas eran frases breves y repetitivas. Otras, sin embargo, eran hojas repletas de palabras difíciles de pronunciar. Pasaba horas y horas repitiéndolas hasta el cansancio, e incluso durante los sueños. Era así como despertaba, reconociendo su potencial. Ésa era la base de la medicina tradicional balinesa, la repetición de mantras o "palabras de poder", acompañadas de pequeños movimientos con las manos o el uso de los elementos. A veces también se empleaban plantas medicinales, e incluso partes de animales, pero la base siempre fue el uso de mantras. Los había para remediar malestares sencillos, como los resfriados y las indigestiones. Había otros más complejos, como aquellos para favorecer el amor de una persona e incluso para cambiar de rostro, al menos en apariencia. Ése me encantaba practicarlo mientras caminaba por las calles de mi aldea. Había que repetirlo en tres ocasiones, y luego cubrirse el rostro con las manos para dejarlo impregnado con el mantra en cuestión. Entonces se sentía un ligero hormigueo detrás de las orejas, y cuando la otra persona te miraba parecía no reconocerte. Ése se empleaba mucho para protegerse de ataques físicos, pero sobre todo de los demonios. Había otros más complejos que permitían saltar tan alto como alta es una palmera, o aguantar la respiración bajo el agua. Y uno de los más poderosos era el que se utilizaba para tomar la forma de un animal, ya fuera la serpiente, el halcón o el macaco. Pero eso nunca lo logré.

El rumor de mi enseñanza se esparció por toda la aldea de Amlapura. Sus habitantes se hicieron mi familia extendida y me permitían practicar con ellos mis remedios. Pronto adquirí fama de quitar los dolores de cabeza y estómago. Por las tardes acostumbraba visitar las casas de mis vecinos para que me hablaran de su vida y sus ilusiones, contarles las mías y recibir algún tipo de bebida o alimentos. Recuerdo el aroma del tabaco mezclado con clavo de olor, así como el perfume del incienso, la selva y el mar. Así fue como poco a poco aprendí el balinés, un idioma diferente del bahasa Indonesia, que se habla en el resto del país y que se comprende incluso en Malasia y Brunéi. Bhinneka Tunggal Ika, que significa "unidad en la diversidad", es el lema de esta nación

compuesta por más de diecisiete mil islas, cada una con su historia y cultura particulares.

También hubo ocasiones en las que pasaba la tarde tocando la guitarra o paseando en la playa con los primos y los amigos de la infancia de mi querido I Made. Eran ellos quienes más me incitaban a practicar mi balinés. Les parecía la mejor manera de honrar a mis anfitriones.

La danza del kechak es una especie de exorcismo que se practica para honrar la naturaleza dual del hombre. Los danzantes visten sus faldones a cuadros, blancos y negros, recordando la manera en la que el bien y el mal conviven dentro de cada uno de nosotros, honrando a los seres celestiales al igual que a los demonios. Se reúnen al menos veinte, siempre hombres, pero en ocasiones llegan a ser más de cien. A veces forman un semicírculo mirando de frente a quien guía la ceremonia, pero también se puede hacer en círculo. Suelen ejecutar la danza en la playa antes de realizar un sacrificio, ya sea de un pollo o de una cabra. El movimiento se ejecuta primordialmente con los brazos, ya que los participantes están sentados con las piernas cruzadas y portando una flor roja en la cabeza. Los movimientos son acompañados por gritos y cantos en los que se recuerda la gesta del príncipe Rama durante su batalla contra el rey Rávana.

En Indonesia se dice que si algo tiene patas se come, menos las mesas. Y que si tiene alas también se come, menos los aviones. A la hora de preparar los alimentos los indonesios seleccionan los ingredientes de acuerdo con la necesidad física, emocional y espiritual del comensal. Hay, por ejemplo, quienes se dedican al combate y la práctica del baktinagara, el arte marcial balinés. Ellos acostumbran ingerir carne de macaco y también de serpiente, pues creen que les otorga las cualidades de esos animales. Por otra parte, aquellos que combinan las prácticas de la guerra con la magia prefieren las verduras y la sangre humana, pues se cree que al beberla uno adquiere las cualidades y la fuerza de sus "donadores". Eso aprendí durante mi última lección con el balian en la aldea de Amlapura, o al menos eso fue lo que le entendí a mi querido amigo y traductor I Made.

Ese fue también el día de mi iniciación. La aldea completa estaba expectante. Había tomado la decisión de partir al día siguiente para seguir buscándome a mí mismo. En realidad, lo que extrañaba era la fiesta. También sentía un poco de nostalgia por mi amigo Melifluo. Me lo imaginaba con sus mentiras y locuras. La idea me hacía reír. La madre de I Made, sin embargo, no encontraba consuelo ante mi decisión. Se había encariñado con mi presencia. Yo le aseguraba que su recepción me había devuelto la fe en la humanidad, y que ellos me habían revelado un mundo por el cual valía la pena vivir. De hecho, me sentiría comprometido y agradecido con ellos el resto de mis vidas. Aun así, la idea de mi partida le resultaba demasiado dolorosa y no dejaba de llorar.

También fue difícil para Kadek, la esposa de I Made, una de las mujeres más hermosas que he tenido el honor de conocer. Yo, sin embargo, ya estaba muy acostumbrado a decir adiós a todos y nunca mirar atrás. Quién hubiera imaginado que diez años después los volvería a encontrar para celebrar el nacimiento de su primera hija, Angelita.

Esa noche era en verdad especial. Llegué a la casa del balian cerca del ocaso. Me había ido a nadar al mar y comprado el más fino sarong que pude pagar. Era azul, con motivos dorados que parecían ser aves fénix. I Made me enseñó a realizar el nudo y ayudó a decorar mi cabeza con un tocado de flores blancas. La casa del balian había sido iluminada con cientos de veladoras y perfumadas con inciensos. Mi maestro me esperaba frente al altar, al centro del patio. Y ahí estaba yo. Y ahí estaba él, rodeados los dos por los ojos de todas sus esposas. En el círculo exterior atestiguaba el acontecimiento al menos la mitad de la aldea. Orgullosos y agradecidos todos, la luna llena fue nuestro testigo.

Jamás revelaré el secreto de esa ceremonia y me limitaré al momento en el que el balian tomó el agua sagrada del pozo de las almas, que según cuentan llega hasta el fondo de la tierra. El agua tenía un color anaranjado. Entonces me hizo una seña que interpreté por cuenta propia, ya que I Made se encontraba lejos. Me quité la ropa. Quedé desnudo frente a todos. El balian no dijo nada, simplemente me bañó. Luego tomó los pétalos de una flor de loto blanca y comenzó a dibujar símbolos sagrados en mi lengua. Conforme terminaba me hacía tragarme los pétalos, hasta que me comí una flor completa, con todo y sus pistilos. Fue en el momento en el que un par de esposas presentes se rieron como entre dientes cuando me percaté del rostro de I Made. Yo había mantenido los ojos cerrados. Él había querido indicarme que me cubriera, ya que no era necesario andar mostrando las nalgas. Resulta que la indicación del balian había sido simplemente que me despojara de cualquier pensamiento, pasado, presente o futuro. Me sonrojé, pero aun así me hicieron balian.

“Ahora debes beber la sangre de cien hombres”, me dijo el poderoso médico brujo al oído. No sé en qué idioma me lo dijo, pero lo comprendí a la perfección. (Muchos años después, platicando del suceso con mi querido amigo el escritor Jeff Greenwald, éste me sugirió tomar una cucharada de agua de mar, ya que en él han muerto innumerables personas. Y así lo hice, cumpliendo al fin mi compromiso.)

Esa noche celebramos. Y cuando llegaron mis amigos de la aldea a la casa de I Made venían cantando y riendo a carcajadas. Cargaban un costal. Algo dentro se movía. Yo sabía que lo que fuera que estuviera en esa bolsa sería la cena. Ya había probado algunas cosas interesantes durante los últimos meses dedicados al camino, como el suculento cocodrilo al carbón durante mis expediciones en Australia. También aún habría de probar muchas otras cosas atípicas antes de volver a casa, como el corazón de una cobra servido en un té blanco, preparado únicamente con el rocío de las flores de loto. Sin

embargo, cuando miré un perro salir del costal, el tiempo se detuvo. Se revolcaba en el suelo, atado de las patas. Mi corazón se estrujó cuando lo levantaron y colgaron del cuello para, acto seguido y sin esfuerzo, hacerle una incisión perfecta en el cuello y en el pecho. Comenzaron a desollarlo, no sin antes sacarle el corazón, que de inmediato pusieron a freír en aceite de coco y me dieron a comer. Todos me miraban fijamente, incluso los otros perros. Los presentes dejaron sus actividades. Me miraron saludarlos, agradecerles el honor de estar ahí y comerme el músculo con agrado, o cuando menos intentarlo. Intenté comunicarles con mis gestos que estaba delicioso.

No menos de treinta personas colaboraron en la preparación de las muchas brochetas de can cocinadas sobre las brasas de cocos secos. Unos cortaban la carne, otros la insertaban en varillas de madera y otros más la sazonaban antes de ponerla sobre el carbón. Había música de guitarra, cantos y alegría. La noche de luna llena nos regaló la "temperatura cero". Además, no había mosquitos. Entonces Kadek llegó con un enorme platón de arroz del cual comimos todos. Comenzaron a salir las brochetas de perro y fueron aderezadas con una salsa hecha a base de cacahuate, chiles y especias. Era una delicia que ahí llaman gado-gado. Doggie satay, me dijo Kadek que nombraban dicho festín, el cual iba acompañado también de un caldo hecho con los huesos hervidos. Curiosamente, perro sí come perro. Lo único que no nos comimos fueron las patas y parte de la cabeza. Al terminar de cenar fuimos todos los jóvenes a nadar al río para refrescarnos, pues la carne de perro "es muy caliente". Luego cosechamos la que resultó ser mi fruta favorita para comerla de postre. Crece en la base de la palmera *Salacca zalacca*, originaria de la isla de Sumatra. Su nombre común es salak, pero a su fruto también lo llaman snake fruit pues la textura de su cáscara es similar a la de la piel de una serpiente. La comimos sumergidos en el agua fresca del río. Y para culminar aquella noche perfecta de iniciación fuimos a nadar al mar, el cual nos recibió con luminiscencia.

• • •

Haber tomado la decisión de que la isla de Bali en Indonesia fuera mi siguiente destino cambió mi vida por completo.

Probé el hielo amargo de los glaciares de Nueva Zelanda y me deslicé sobre olas repletas de ballenas y delfines. Escalé volcanes y remé por los fiordos escarbados por dioses de hombres antiguos. También canté los himnos de guerra bajo la luz de la luna y tragué el sabor del fuego. Sin embargo, no logré nada más que alimentar mi ego.

Bali, sin embargo, cambió mi forma de percibir y hacer las cosas. Su nombre aún me provoca escalofríos. Había imaginado sus playas y selvas tropicales desbordadas de erotismo, pero nada podría prepararme para las sorpresas de la vida en el camino. El

secreto de la seducción que el camino ejerce sobre el viajero se encuentra en las imperfecciones, así como en aprender a quererlas y nutrirlas. Y aun cuando mi cariño por Australia y Nueva Zelanda marcó un precedente, tanto en las relaciones con las personas como con la naturaleza, mi corazón estaba listo para la renovación.

Los libros y las monografías etnográficas no suelen ser particularmente divertidos, a pesar de la gran cantidad de errores y situaciones ridículas en que sus autores cayeron al desear entender tradiciones ajenas. Mi vida en el seno de una familia balinesa fue algo circunstancial. Indonesia fue el destino perfecto para revitalizar el motivo de mi viaje, y la dulzura de Bali me ofreció un bálsamo que me permitió comenzar a reconfigurar mi "verdadera" personalidad para definirme nuevamente.

Fue al instante mismo de abordar el avión con rumbo a Denpasar cuando dejé de pensar en los extrañamientos y las nostalgias. Era el momento de enfrentar un mundo desconocido y descubrir las bondades del sureste de Asia. Estaba listo para que lo desconocido me volviera a transformar. Pero jamás esperé sentirme en una trampa de turistas al llegar a Denpasar. Ahí estaba la misma gente que había conocido. La misma tónica. La misma decepción. Estaba rodeado de zombis con una lista de deseos específicos en una mano, y en la otra una guía escrita diciéndoles qué hacer. No sabía yo aún que el clima no está en el exterior, sino que uno lo lleva consigo a donde sea que vaya. Las cosas se acomodan viajando.

CAPÍTULO 7

EL ARTE DE VIAJAR

> Viajar es fatal para el prejuicio, la intolerancia y la cabeza cuadrada, algo de lo que mucha gente necesita con urgencia desprenderse. La visión, integridad y comprensión sobre los hombres y las cosas no pueden ser adquiridas vegetando en una pequeña esquina durante toda la existencia.
>
> MARK TWAIN

Monte Bromo, isla de Java, Indonesia
Día 320 fuera de casa

Un día aprendí que si te levantas de tu asiento y caminas en línea recta poco más de cuarenta mil kilómetros, finalmente llegarás al mismo lugar. Difícilmente seguirás siendo el mismo, sobre todo luego de aprender el hecho innegable de que todos los habitantes del planeta Tierra estamos conectados físicamente.

Para hablar de Indonesia hay que hablar de sus volcanes. El archipiélago se ubica en lo que los geólogos llaman Cinturón de Fuego del Pacífico, herradura imaginaria donde se concentran tres cuartas partes de todos los volcanes del mundo. Eso significa que ocho de cada diez terremotos suceden en esta región, donde las placas tectónicas chocan y se hunden. "Se le conoce como subducción", me dijo mi amigo Ari mientras nos sentamos a cocinar plátanos en el cráter del Gunung Bromo, un hermoso volcán activo de la isla de Java que me permitió ver la manera en la que la Tierra respira.

En todo el planeta existen unos cuatrocientos cincuenta volcanes activos. Al menos ciento veinte están en Indonesia, treinta y cinco de los cuales se hallan en Java, la isla más poblada del mundo, una paradoja en sí misma. ¿Cómo es que en un sitio donde hay constante actividad volcánica y sísmica se concentra tanta gente para vivir? El territorio de Java es quince veces menor que el de México, y aun así es habitado por más de ciento cuarenta millones de javaneses. ¿Quién querría vivir a la sombra de una bomba de tiempo y por qué motivo?

Para descubrirlo tomé el transporte público desde mi aldea —Candidasa— hasta Gilimanuk, en la costa oeste de la isla de Bali. Luego crucé el estrecho de Bali a bordo

de un trasbordador hasta desembarcar en el puerto de Ketapang, en Java. El viaje me tomó buena parte del día y toda la noche. Lo más difícil no me pareció el golpeteo sobre las rodillas y las lumbares, ni el olor de las muchas comidas y animales que iban a bordo junto con la carga de arroz, los bultos de ropa y el resto de los pasajeros, sino la música.

Llegué de madrugada. Había dejado atrás a mi familia balinesa y a los amigos que me habían ofrecido refugio y cariño durante varios días, quizá semanas o incluso una vida entera. Cuando llegué, todavía recordaba el sabor del perro al dente y no había dejado de practicar mis mantras para honrar las enseñanzas del balian. Además, resultaba muy práctico saber curarse uno mismo. También en Java las motonetas eran un apéndice de las personas. El tránsito vehicular era peor que un caldo de clavos con picante. El clima era cálido y húmedo en la isla más poblada del mundo.

Me recibió la provincia de Java Oriental con una costa vestida de cocoteros y playas de arena dorada. Es una región que invita a sentir los placeres de la soledad y la frescura que se encuentra sólo en lo alto de sus montañas. Ahí es donde se halla el Gunung Bromo, rodeado por un mar de arenas negras que se desparrama hasta que en el horizonte se transforma en un tapete color esmeralda donde todo crece con increíble exuberancia. Abundan las terrazas de arroz, semejantes, imagino, a los Jardines Colgantes de Babilonia, así como los plantíos de café, tabaco y todas las delicias imaginables. Su fertilidad es, por supuesto, resultado de la presencia de los volcanes. "Doce por ciento del territorio ha sido cultivado, y más de la mitad de los javaneses se dedican a la agricultura", me dice Ari, quien perdió su casa y todas sus posesiones a consecuencia de una erupción del volcán Merapi. "Eran como las diez de la noche cuando comenzó a escucharse y a sentirse el grito del volcán; es un sonido que aún me aterra por las noches."

Tres de los eventos volcánicos más memorables en la historia del planeta le pertenecen al territorio del actual archipiélago de Indonesia. El primero es la erupción del lago Toba, ocurrida hace unos setenta y cuatro mil años, la cual nos regaló seis años de invierno volcánico. En esos seis "años de pobreza" la temperatura del planeta se redujo por la ceniza volcánica y las motas de ácido sulfúrico que bloquearon la luz del sol. El segundo evento fue el del monte Tambora en 1815, reconocido como la erupción más violenta en nuestros tiempos. Es la única que ha obtenido un siete en el índice de explosividad volcánica, algo similar a lo que se estima hubiera alcanzado el evento del lago Toba. Pero creo que la erupción del Krakatoa en 1883 es la más famosa de todas, al menos para mí, ya que recuerdo con detalle una gran cantidad de litografías que vi de su erupción cuando era niño: Marineros aferrándose con cuerdas a la borda, cuerpos flotando entre los escombros en las aguas alebrestadas por olas inmensas. Al fondo, en el horizonte, la imagen aterradora del cono perfecto escupiendo las entrañas incandescentes de la Tierra. La explosión del Krakatoa fue tan violenta que generó tsunamis que

mataron a más de treinta y seis mil personas. También emitió el sonido más fuerte jamás registrado en la historia moderna. Su intensidad fue "cataclísmica", pues se escuchó a más de cuatro mil ochocientos kilómetros a la redonda y generó ondas de choque que se sintieron en todo el planeta. Eso significa que el sonido tardó más de cuatro horas en llegar a su destino más alejado.

Los javaneses están acostumbrados a que sus volcanes les den y les quiten todo lo que tienen. Sin embargo, la fertilidad se entiende allí también como algo espiritual, por lo que hay pocos sitios más sagrados que el parque nacional Bromo Tengger Semeru.

Amanecí allí a las tres de la mañana. No estaba seguro de dónde había pasado las horas anteriores. Era una especie de refugio de alta montaña, según indicaban el tipo de vegetación y lo rústico de las instalaciones. Arribé un par de horas antes de tener que levantarme, pues no había tiempo que perder si deseaba alcanzar a ver los primeros rayos del sol acariciando la "Isla de Dios". Abordé un jeep que me llevó a tumbos por una brecha cubierta por la oscuridad. El resto del camino lo caminé junto con Ari, mi guía y amigo. Me sorprendió la cantidad de peregrinos que andaban junto a nosotros, incluso niños. Supuse que la expedición al volcán activo estaba limitada a los aventureros. Tenía entendido que primero visitaríamos un mirador y que de ahí caminaríamos a la cima del cráter del volcán Bromo.

No cabe duda, la fe mueve montañas. Más de doscientos millones de indonesios profesan el islam, el equivalente a quince por ciento de todos sus fieles en el mundo, pero su relación con los volcanes se entiende al recordar el brahmanismo y a los miembros de la Trimurti, compuesta por Brahma el creador, Visnú y Shiva, cuyo papel es muy a grandes rasgos preservar y destruir, respectivamente. Bromo es, pues, la morada del dios Brahma en la cosmogonía de la etnia tengger, que habita sus inmediaciones. Los tengger son uno de los trescientos grupos étnicos que habitan Indonesia, resultado de un principado hindú cuyo último reducto se ubica precisamente en los alrededores de la caldera que visitaba. El amanecer no fue lo que esperaba el resto de los peregrinos, pues las nubes nunca dejaron de cubrir la famosa postal. Yo seguía impresionado con la fuerza y determinación de padres e hijos para llegar a rendir tributo a su dios.

Entonces comenzamos el ascenso a la cima del volcán Bromo. Cuenta la leyenda que la princesa Roro Anteng fundó el principado tengger en el siglo XV. Como no podía concebir un heredero, decidió escalar el volcán junto con su esposo Joko Seger para dejar una ofrenda propiciatoria al dios Brahma. Los imagino en la cima, rodeados por la inmensidad, con la intensa actividad del cráter como una suerte de afrodisiaco para facilitar la concepción. "Joko, te amo." "Yo a ti, corazón." Entonces se dejaron venir las semillas de los tengger, pues la leyenda dice que tuvieron veinticinco hijos luego de tremenda cita, pero que al último de sus críos lo sacrificaron arrojándolo al fondo del

cráter como agradecimiento al dios creador.

Efectivamente, hay algo sensual en la fuerza y la magnitud del cráter de un volcán activo. Yo simplemente dejé una ofrenda de fruta e incienso en la cima, pero desarrollé la "necesidad" de visitar cada uno de estos volcanes.

Kawah Ijen, isla de Java, Indonesia
Día 325 fuera de casa

Hay algo en el ejercicio de cruzar meridianos que salpica con una paz equivalente a la inducida por los opiáceos. El viaje serena la mente y estimula los sentidos. Los miedos se quedan atrás. Se diluyen junto con la duda y los prejuicios. Pero para entrar al fondo del cráter de un volcán activo por curiosidad hay que tener algo malo en la cabeza.

Actualmente, cinco millones de indonesios habitan y trabajan en las denominadas "zonas de peligro", ya sea en las faldas o incluso dentro del cráter mismo de los volcanes más activos. Algunos de ellos, doscientos para ser exacto, lo hacen explotando minas de azufre dentro de las entrañas del volcán llamado Ijen.

Esa mañana desayuné un plato de arroz y una cucharada de miel. Ari se había convertido en un buen guía y amigo. Cruzamos juntos el estrecho de Bali, al menos, en el mismo camión y en el mismo trasbordador. Él iba de camino a su nueva morada, ubicada cerca de la ciudad de Yogjakarta, en Java Central. Estaba encantado con los videos musicales que se proyectaban en la pantalla del camión, y más tarde del barco. Resultó que Ari también era músico, pero su bajo, su micrófono y su teclado se derritieron junto con toda su colección de vinilos y hasta su tocadiscos. Entonces se convirtió en guía para mostrar a los visitantes curiosos los restos de su residencia, calcinada tras la explosión del volcán Merapi. Con ello ahorró suficiente dinero para visitar a su primo Dan, también músico, en la isla de Bali. Ari iba de vuelta al campamento que había levantado para vivir entre los escombros de su residencia, pero ya con una nueva guitarra. Estaba feliz de retomar su carrera musical y encantado de ser mi anfitrión. Ser ungido como balian tenía sus privilegios en Indonesia. Por su parte, conseguir una guitarra en la Indonesia rural no era sencillo.

El punto de partida fue el poblado de Pultuding, a tres kilómetros de la cima del cráter del volcán Ijen o Kawah Ijen. Parecía un agradable paseo por la montaña cubierta de bosques de coníferas en una linda mañana de verano, hasta que me encontré de frente con un primer minero del azufre. Caminaba cuesta abajo, cargando al menos noventa kilogramos de lo que me parecieron ser unas galletas amarillas, crujientes y apestosas. Gritó de emoción al vernos: "Ninety kilos, huy!", antes de caer desmayado.

Poco a poco la pendiente comenzó a pronunciarse y una hora después llegamos al refugio de los mineros del azufre, a medio camino entre el poblado de Pultuding y el fondo del cráter del Ijen. Ahí los mineros hacen una escala para pesar su carga y recibir

un pago miserable a cambio de su salud e incluso de su vida. “En promedio ganamos el equivalente a seis dólares al día por hacer dos viajes desde el fondo del cráter del volcán hasta aquí”, me dijo Aripín, famoso por cargar ciento diez kilogramos de azufre en cada una de sus vueltas, el equivalente al doble de su propio peso corporal. Aripín nos invitó a tomar té dentro del refugio. “Líquido sale a unos doscientos cincuenta grados Celsius”, me comentó mientras le daba un sorbo a la infusión de jengibre con azúcar que preparó para nosotros. Sus pestañas estaban completamente quemadas. Los ojos irritados como si les hubiera dado un rico baño de ácido sulfúrico. “¿Líquido?”, pregunté, pensando que no había comprendido bien. “Sí, líquido, azufre líquido”, repitió Ari, que había entendido a la perfección.

No estaba seguro adónde nos dirigíamos, pero la idea me pareció aterradora y, por ende, magnífica. Aripín nos ofreció entonces unas mascarillas de oxígeno. Le pregunté si él acostumbraba usarlas al descender al cráter. “No —respondió—; ya estoy malacostumbrado.” Entonces le dije que yo tampoco la quería pues deseaba experimentarlo todo como él. Fue una de las peores decisiones que he tomado.

Luego del descanso retomamos nuestro camino rumbo al fondo del cráter, no sin antes intentar levantar la carga de uno de los mineros, que llegó a la estación fatigado y fumando el típico kretek. Yo seguía sin saber dónde estaba ni mucho menos adónde me dirigía. “Desayuno un té y un tazón de tallarines…, y luego fumo y fumo el resto del día”, me dijo Eko. “¿Cuántos kretek?”, le pregunté entonces. “Al menos cuarenta, unos veinte de subida y otros veinte de bajada”, respondió mientras yo intentaba colocar su carga en el gancho de la báscula que dictaminaría el valor de su primer esfuerzo del día. Ari y Aripín tuvieron que ayudarme a lograr semejante proeza.

La creencia local es que el kretek, la mezcla de tabaco con clavo de olor que se acostumbra fumar en Indonesia, da la fuerza necesaria para hacer posible lo imposible. De haber vivido en los años ochenta no hubiera dudado en contratar a todos los mineros del azufre del volcán Ijen para todas las campañas de publicidad de tabaco en todo el mundo, en lugar de darle promoción al estilo de vida del vaquero. Pero de haber yo vivido un minuto más con la carga de Eko a cuestas estoy seguro de que al menos mi clavícula se hubiera colapsado, una afección común entre los mineros del azufre del Ijen, así como el asma y la esquizofrenia. Sin embargo, con el tiempo desarrollan una callosidad que caracteriza sus cuerpos, una suerte de cojín de carne muerta sobre los hombros, el cual les sirve de colchón para amortiguar la vara de bambú que sostiene las dos canastas donde se amontona el azufre.

Al continuar el trayecto hacia la cima cruzamos bosques incendiados. Imaginé que eran los flujos piroclásticos que volaban por los aires, pero cuando pregunté me respondieron que un cigarro desechado por un minero había quemado el bosque durante tres noches.

El olor del azufre era penetrante, pero la vista espectacular. No se avistaba ningún ave, ningún otro ser vivo además de los lánguidos mineros. La presencia del cráter y de su lago azul turquesa en el fondo era, sin lugar a dudas, intoxicante. Todavía faltaba un kilómetro para llegar al centro de la Tierra, pero éste ya me parecía un juego muy diferente del senderismo común que había practicado en Australia y Nueva Zelanda. De hecho, hacía metros de distancia había dejado de ser una experiencia recreativa para convertirse en una vivencia transformadora.

Mi mente se mantuvo ocupada con mi decisión de rechazar la mascarilla de Aripín. Me cubrí la boca y la nariz con un pedazo de tela mojada. No había remedio para los ojos, que comenzaban a sentirse calcinados. Las piernas me temblaban. En un punto sobre el camino un cartel señalaba en la lengua local y en inglés la zona permitida a los curiosos, pues el resto del camino está reservado a los que minan hasta doce toneladas de azufre por día.

Cuando comenzamos el descenso al fondo del cráter comprendí que estaba cruzando la frontera entre el turismo de aventura y la locura. Era evidente que la cosa no terminaría bien. Los mineros me miraban con curiosidad, o quizá con recelo, pues aún no había aprendido a ceder el paso a los que subían. Así se acostumbra en las minas de azufre, en el montañismo e incluso en las escaleras de la oficina. El que sube tiene el derecho de paso, y más aún cuando trae a cuestas unos ochenta kilogramos de azufre caliente repartidos en dos canastas de bambú. No tenía nada que hacer ahí, solamente ser testigo de una actividad de otro planeta. El ardor de los ojos y los pulmones se volvió insoportable cuando el viento cambió de curso, envolviéndome en una nube de gases cuarenta veces más venenosos que lo tolerado para la vida humana.

A partir de ese momento recuerdo un descenso onírico. Algunos usaban botas, otros simplemente caminaban descalzos. Emergían de las profundidades, enfrentando a diario la muerte para recibir una miseria. Se sostenían, como podían, de las rocas escarpadas. Al terminar su trayecto los esperaba el lago de ácido sulfúrico más grande del mundo.

Ahí fue donde conocimos a Maraugui, el guardián del inframundo. Me platicó —con ayuda de Ari— sobre su responsabilidad. Él era el guardián de las pipas de cerámica instaladas para canalizar el azufre líquido del volcán. El jugo lo vaciaba en pequeñas pozas para que, al enfriarse y solidificarse un poco, pudiera romperse en pedazos pequeños con una varilla de metal. Todo el sistema crujía y parecía estar vivo pero en agonía. Ése era el momento en que los mineros se acercaban a repletar sus canastos con los pedazos de azufre, de al menos un kilogramo.

A cada instante el viento modificaba su rumbo y despejaba el horizonte más dramático que había presenciado. Pero de pronto se cerraba, y una nube de gases tóxicos nos devoraba a todos. Podía sentir el ardor en mis pies, y cegado por completo buscaba corregir mi dirección, siempre con cuidado de no meterme a “nadar” o encontrarme con

una fuente incandescente. El suelo se sentía como en movimiento constante. Mi corazón deseaba salir de mi pecho. Todo mi ser me exigía escapar de allí.

Al recobrar la cordura reconocí por fin la dimensión del espacio. El sentimiento de estar en el interior de la incandescente Madre inundó mi cuerpo. Quise llorar. No era desconsuelo, sino una nostalgia primitiva. Las lágrimas me hubieran ayudado tal vez a soportar el ardor de los ojos, pero nunca brotaron. Creo que ya los había perdido. Los ojos. Ya no los sentía. El dolor era tanto que había desaparecido. Seguramente yacían los dos en el suelo amarillo, esperando ser pisados por las botas de otros. De las fosas nasales me fluía un río de mucosa. La boca sabía como a una mañana de resaca. Y cuando la nube de gases al fin se disipó distinguí a Maraugui, sereno, en cuclillas. Jugaba de manera pausada creando figuras amorfas, vertiendo delicadamente un poco de azufre líquido sobre una lámina que luego sumergía en un tambo con agua para generar arte abstracto. Así es como acostumbraba matar el tiempo en el que la mente le exigía escapar, pues pasaba más de ocho horas al día dentro del averno.

La motivación tanto de Aripín como de Maraugui y el resto de los mineros del azufre del volcán Ijen era clara. Incluso está descrita en la pared de su refugio enclavado a medio camino. Es en sí un lema y un estilo de vida el que me reveló Maraugui cuando nos despedimos con un fuerte abrazo. Es también la motivación que me ayudó a emprender el camino fuera de ahí. "La razón por la que los mineros del azufre en Kawah Ijen enfrentamos las nubes tóxicas y el ácido ardiente a costa de nuestra vida —me declaró Maraugui— es que preferimos eso a ver a nuestros hijos con hambre, enfermos y sin educación."

Yogjakarta, isla de Java, Indonesia
Día 333 fuera de casa

Los aviones trascontinentales son una fuente de ansiedad. Son al menos trescientas las cabezas y otros tantos los corazones los que se disponen a pasar la noche en vela poniendo a prueba la definición de "cordura", encerrados en un tubo a presión arrojado tan rápido como el sonido de las palabras. Recuerdo que fue sobrevolando Dnepropetrovsk, lugar del cual jamás había escuchado, cuando caí en la cuenta de que un viaje largo es una gran oportunidad para ponerse al día con uno mismo. Incluso da tiempo de alcanzar tu propia alma. Y es que viajando se hace evidente nuestra necesidad mental de dividirnos en tres: el pasado, el futuro y el presente. Tiene que ver con la hora del sitio de origen, la del territorio que se habita y la del destino que se tiene en mente. Así, uno es tres y ninguno a la vez.

Después de recorrer más de diez mil kilómetros, cuando el avión sobrevuela la bahía de Bengala, se entra al estrecho de Malaca. Apenas puedes contener la curiosidad por saber dónde te encuentras. Tu cuerpo te parece ajeno. Cuando volamos sobre

Tangjungkarang-Telukbetung, en el corazón del Mar de Java, me sentí más lejos de casa que nunca. Entonces el avión sobrevoló la provincia de Yogjakarta, en el centro de la isla de Java, antes de comenzar el descenso en Cairns, en el estado de Queensland,la provincia del noreste donde comencé mi travesía por Australia. En ese momento sólo vi pasar Yogjakarta. Nunca imaginé que más tarde tendría oportunidad de visitarla.

La ciudad de Yogjakarta se encuentra rodeada de plantíos de hule, cacao, caña de azúcar y el mejor tabaco del mundo. A poca distancia se ubica también el monumento budista más grande del planeta: Borobudur. Ésa fue la primera ocasión que visité Borobudur. Para ello dormí en la selva, recargado en mi mochila, luego de caminar durante todo el día en compañía de Ari. Ya con la luz del crepúsculo escalamos sus terrazas, dando once vueltas en el sentido de las manecillas del reloj, como acostumbran hacer los peregrinos que lo visitan, provenientes del mundo entero. Borobudur es también la atracción turística más frecuentada en Indonesia, pero entonces no había nadie más que Ari, seis monjes budistas y yo para mirar cómo el amanecer irrumpía en el mar de niebla que abrazaba la vegetación.

El simbolismo de la montaña en la arquitectura budista suele estar relacionado con el vientre materno y con las propias montañas. La estupa tiene una cámara interior llamada "huevo cósmico", que exalta las cualidades regenerativas de la reliquia que contiene en su interior, ya sea un cabello, un hueso o un objeto perteneciente al Buda. Por su parte, los templos funcionan como receptáculos para las oraciones y las ofrendas. Ambos siguen el plano de un mandala, diagrama cósmico orientado según los puntos cardinales. El templo budista de Borobudur, en Java Central, es tal vez la expresión más compleja de una montaña.

Borobudur fue labrado a lo largo del siglo VIII por artesanos javaneses de los que nadie recuerda el nombre. Su proeza fue trabajar la masa de piedra similar a la del acero utilizado en la construcción del *Titanic*. Su base está rematada con cinco terrazas cuadradas seguidas por tres niveles circulares. Las terrazas muestran bajorrelieves que narran las vidas de Buda, mientras las capas ulteriores tienen setenta y dos estupas, coronadas en lo alto por una estupa mayor. Una escalinata de piedra atraviesa el centro de sus cuatro lados.

El templo es una expresión lítica de la metafísica y la doctrina budista, de la cual yo no tenía casi ningún conocimiento. El viajero peregrino no debe penetrar al interior de la "montaña", como ocurre en otros templos de otras religiones, sino que asciende por su exterior, pasando por las ilustraciones del mundo como lo conocemos hasta alcanzar el ámbito de la visión interior, ya en las terrazas superiores. El viaje a la cima del eje cósmico fue al mismo tiempo, pues, un viaje a la visión interior.

Cuando comenzaron a llegar los turistas decidimos escapar, y emprendimos nuestro último trayecto de camino a la casa de Ari, ubicada en las faldas del volcán Merapi. Nos detuvimos en algunos poblados, donde había innumerables talleres de piedra. Muchos de éstos pertenecen a las familias de quienes crearon el templo budista de Borobudur siguiendo la visión de los soberanos de la dinastía Sailendra. "Estos poblados nacieron como sitios de descanso entre las canteras del volcán Merapi y el templo Borobudur", me dijo Zaenal, maestro artesano de la piedra y orgulloso heredero de la tradición de los canteros javaneses, quienes a lo largo de un siglo crearon las seis plataformas cuadradas y tres circulares que se elevan en forma de una gran estupa decorada con 504 estatuas del Buda en flor de loto, así como el equivalente a 2 672 paneles con relieves que narran la Ley del Karma e historias de las vidas del Buda. Fue en verdad una proeza gloriosa cortar, cargar, labrar y ensamblar sin mortero más de cincuenta y cinco mil metros cúbicos de piedra, motivados primordialmente por su fe. Zaenal nos invitó luego una infusión de jengibre y nos permitió intentar labrar la piedra volcánica. Es uno de los oficios primordiales de la especie humana, pero me pareció extraordinariamente complicado.

Merapi significa "montaña de fuego". El volcán tiene su propio "guardián de los espíritus", elegido para apaciguarlos y escucharlos. Mbah Maridjan era el nombre del guardián en turno. Miembro de la tercera generación de intermediarios divinos, fue asignado por el mismo sultán de Yogjakarta. Su misión era rendirle tributo con ofrendas de flores y alimentos, así como aprender a comunicar los estados de ánimo del volcán Merapi. El "guardián de los espíritus" es como el capitán de un barco, pues cuando el volcán va a hacer erupción él previene a los aldeanos, y luego intenta calmar al monstruo por medio de ofrendas rituales para los dioses que se manifiestan. Es como un sacrificio humano moderno, ya que, según la creencia local, la erupción es un castigo por algún mal comportamiento, por ejemplo, cazar animales o cortar árboles cerca del volcán.

Lo austero del paisaje y las advertencias de los letreros colocados por todas partes me recordaron que el Merapi ha hecho erupción en ochenta ocasiones desde el siglo XVI. "Awas", se lee en las advertencias. Así se dice "peligro" en la lengua local, awas. Me encanta. "Lo que siempre recuerdo es el trauma por el horror y el terrible sonido del gruñido del volcán", me dice de nuevo Ari mientras caminamos hacia las ruinas de su casa. La motocicleta calcinada, todas sus pertenencias derretidas y el reloj de la sala detenido a la hora exacta de la erupción que mató a trescientas cincuenta personas. Miles más fueron extirpadas de las trece aldeas que ahora se encontraban cubiertas por más de cinco metros de extrusión volcánica. "Pero el desastre no es el final de todo", me dijo Ari mientras arrojaba un puñado de croquetas de gato a un estanque repleto de peces gato. Los peces las devoraron con desesperación, antes de que Ari eligiera uno de ellos para ser devorado por nosotros.

Ari estaba terminando de acondicionar su casa como un "museo", con la intención de que los donativos de sus visitantes le dieran lo suficiente para mantener a su familia y retomar su carrera de músico. Su esposa y sus dos hijos lo esperaban ilusionados. Éstos nos vieron llegar con una sonrisa que derritió mi corazón. La vista de la guitarra nueva de su padre les había devuelto la ilusión, pues vivir en un campamento entre los escombros de lo que fue tu casa y tu aldea no debe de ser cosa fácil. "No es el final de todo", me dije a mí mismo.

Me invitaron a pasar la noche con ellos y me convidaron de lo poco que tenían. En verdad, me pareció el festín más abundante y exquisito. Otras familias de damnificados habían comenzado a ofrecer paseos a bordo de sus jeeps para poder apreciar las vistas del volcán, donde se cree que radican las almas de sus antepasados. Por la mañana realicé el recorrido por la zona de desastre. Para el desayuno me dieron un huevo de pato dejado en sal durante una semana. Ahora sé a qué saben los cadáveres putrefactos. También me llevaron a los búnkeres o refugios donde murieran calcinados aquellos vecinos y familiares que decidieron resguardarse en lugar de huir. Les dejamos una ofrenda de incienso y una vela encendida. Ya brotaban de la ceniza los primeros retoños de papayas y mandiocas. Niños y mujeres picaban piedras, mientras los hombres cargaban y manejaban camiones repletos de arena para venderla a la industria de la construcción. El paisaje era muy emocionante, con el Merapi al fondo cubierto de nubes. Era una zona de guerra convertida en fuente de manutención e inspiración por la ingenuidad y el asombro que genera en nuestra especie la totalidad de la naturaleza, su fuerza y su "amor" sin reservas. Y es que la vida y la muerte en Indonesia no se entienden sin sus volcanes. De hecho, la vida y la muerte no se entienden sin Indonesia.

Malaca, Malasia
Día 449 fuera de casa

A diferencia de la élite diplomática que comparte su existencia con la cúpula, yo ando siempre a pie y no me importa mojarme con el agua de lluvia.

Luego de la vida como "el rey del viaje de bajo presupuesto" que uno puede darse visitando Indonesia, y las muchas aventuras disponibles allí para el entusiasta de la novedad, me topé con algunas naciones de pasado glorioso y presente prometedor pero que me resultaron un tanto difíciles de disfrutar. Sus normas de etiqueta y leyes rigurosas hacían de su vida cotidiana un letargo para mí. Había pocos viajeros. De hecho, no me encontré con ninguno.

Sin embargo, comencé a disfrutar las fusiones culturales que caracterizan a esta región alimentada de seres motivados por el comercio ultramarino a través de las muchas mezclas de cocinas y de todo lo que está entre la India y China. También hay diversos caminos espirituales posibles. En Malaca no encontré piratas, como hubiera deseado,

pero sí una calle conocida como “de la armonía”, ya que concentra una gran variedad de templos de diversas religiones. Melifluo casi se vomitó con la idea de visitarlos, comer tallarines en la calle y convivir, así que de nueva cuenta nos separamos.

Las cosas cambiaron cuando decidí dirigirme a Tailandia. Del camino recuerdo poco, tan sólo los poblados de las montañas, revestidas con plantíos de hoja de té. Al llegar a la frontera el tren se detuvo. Estampar mi pasaporte no implicó mayor esfuerzo de mi parte. Luego comenzó a sonar el himno nacional de Tailandia, el único reino de la región que no fue colonizado. Los pasajeros se levantaron de sus asientos cubiertos de plástico marrón, para rendirle homenaje al rey de Tailandia. El olor de las especias. La mirada orgullosa de la gente. Los monjes budistas integrados a la vida cotidiana. Los escotes y las miradas de sus bellas mujeres. A bordo me vendieron un plato de plástico con un rico arroz frito con verduras y un huevo estrellado repleto de glutamato monosódico. No imagino a qué sabría la comida de la región sin el glutamato. Tal vez sería como la cerveza sin alcohol.

Khaosan Road, Bangkok, Tailandia
Día 512 fuera de casa

Es mucho tiempo el que perdemos pensando en aquello de lo que carecemos, incluso más del que utilizamos para conseguir lo que deseamos. La ansiedad, muchas veces, es lo que nos consume. Así pasan los días y las noches hasta que todo termina. Pero en el transcurso del viaje uno puede romper esos patrones. Esperamos y rezamos para que comience a llover. No es agua lo que nos hace falta, sino ilusión de vivir. El secreto para lograrlo es no esperar más.

Bangkok, a la que localmente se le conoce como Krung Thep Mahanakhon, “la ciudad de los ángeles”, es la capital y la ciudad más poblada de Tailandia. En un principio era sólo un puerto a las orillas del Chao Phraya, el río de los reyes, utilizado para comerciar con la entonces capital del reino de Ayutthaya, cuyas ruinas, al norte, fueron más tarde reconocidas como patrimonio de la humanidad. La ciudad de los ángeles llegó a ser la capital de Siam a mediados del siglo XVIII, y ya entrados en el siglo XX volvieron a bautizarla como Tailandia o “la tierra de los thai”. Desde 1946 hasta octubre de 2016 este territorio fue gobernado por Rama IX, el jefe de Estado de más largo reinado en el mundo.

“No hay dolor como el dolor de la muerte, aquel que sólo se siente una vez en la vida y para el cual nadie puede prepararnos”, creí escuchar a un prominente empresario belga que se había quedado a vivir ahí, seducido por las mieles del opio, como los marineros de Ulises. Ya había escuchado antes una reflexión similar. Estaba inmerso en el centro de los clichés, de las frases inspiradoras, de las meditaciones de otros viajeros, de las ilusiones por aventuras. Sentado a mi lado había un negro enorme en un banco tan

incómodo y oxidado como su semblante. La mirada perdida. Los tatuajes de su torso desnudo me recordaron *El hombre ilustrado* de Ray Bradbury.

Para concentrarme en el negro, dejé de prestar atención a las palabras del belga aquel, empeñado en bajarles las bragas a dos inglesas recién desempacadas. Ellas eran tan impresionables que un bicho raro como aquél, que parecía ser un habitante eterno del vacío, comenzaba a interesarles. Yo me encontraba a mitad de los mundos, obsesionado con las figuras, esperando que alguno de los tatuajes de aquel hombre ilustrado narrara una historia a la luz de las lámparas de gas. Las moscas nadaban en el éter que rellena el espacio en blanco. A esas horas de la noche me resultaba difícil saber su motivo.

Llegué a Bangkok y terminé en Khaosan, en el centro de Bangkok, impregnado de sudor y marihuana, así como de miedo y humo de las exhalaciones del ridículo triciclo motorizado, el tuk-tuk. Estaba presente el tufo de la cerveza, que podía estar días derramada en un piso nauseabundo, así como el vómito seco, la sangre oxidada y los requemados aceites de coco y de semilla de ajonjolí con los que las gentiles matronas locales preparan, en unos enormes woks ya percudidos por el fuego abierto, los monchis más suculentos: arroces fritos con pollo y verduras, mariscos y tallarines. Un aire así de denso se aferra al olfato tanto como a la memoria y es fácil recordarlo.

Las noches de verano en esa calle de Bangkok eran tan asfixiantes y húmedas que la brisa que escapaba del río Chao Phraya era una bendición. Su caudal fluía de las montañas del norte del país hasta el golfo de Tailandia, irrigando a su paso una zona tan amplia como el territorio de Nepal. Aquel hombre al que miraba atentamente se dio cuenta de mi curiosidad. Se llamaba John y era de Zimbabwe. Trabajaba como conductor de un autobús en el que solía transportar enfermos mentales de una institución a otra.

Su historia era increíble y no puedo dejar de contarla. Un día de trabajo se detuvo a beber una cerveza —verosímil en su país— y dejó en el camión a los pacientes que trasladaba de su natal Harare al manicomio de Bulawayo. El tiempo pasó volando y cuando salió del bar encontró que los pasajeros habían escapado. Todos y cada uno de ellos. John, desesperado pero con una gran visión, manejó hasta una estación de autobús, donde ofreció llevar gratis a todos los que estaban esperando transporte. No tardó mucho en llenar el autobús. Sin embargo, en vez de dirigirse al destino de cada pasajero, los entregó en el hospital como si fueran los pacientes que debía trasladar, no sin advertirles a los guardias que se comportaban de manera muy extraña y temía por ellos. La gente del hospital tardó tres días en darse cuenta del engaño, tiempo suficiente para que John empacara y huyera.

Khaosan, o "la calle del arroz crudo", tiene cuatrocientos metros de longitud. Construida por órdenes del rey Rama V a finales del siglo XIX, se convirtió en el centro de una zona

residencial con un importante mercado de arroz y un templo budista, el Wat Chana Songkhram, dedicado a la memoria de los valientes guerreros que lucharon en nombre del rey Rama I en su guerra contra el vecino reino de Birmania. Liderados por el príncipe Maha Surasighanat, volvieron victoriosos de aquella batalla, la cual significó la paz en el reino durante un largo tiempo. De ahí la creencia local de que una visita de cortesía a la estatua del Buda sentado del Wat Chana Songkhram Rajaworamahaviharn permite superar las adversidades. Sin embargo, a mediados de los años setenta el barrio cambió su semblante cuando comenzaron a llegar mochileros, estigmatizados como los hippies, para reposar en el mítico hotel Vieng Thai. Desde entonces es un destino obligado para los mochileros, al punto de que ha dejado de ser sólo una calle del barrio de Banglampuh en la ciudad de Bangkok para convertirse en un microcosmos dentro de esta cosmopolita ciudad de más de ocho millones de habitantes.

Pero había un riesgo para cada viajero, pues la comodidad diaria contenía todas las ansias de explorar: hot cakes de plátano con miel, fayuca y arroz frito, noches de películas extranjeras y cerveza barata, así como mujeres fáciles y sangre de víbora.

Hubiera imaginado que ése era el paraíso para alguien como Melifluo. Su apetito no era el de alimentar los prejuicios, sino expandir la imaginación. No deseaba abusar de la gente gratuitamente, ni mucho menos enseñarle algo nuevo, sino ayudarla a recordar. Sus técnicas podrían haberse visto muy poco ortodoxas, pero eran las mismas de un maestro espiritual. Eso las hacía más eficientes. Por primera ocasión lo aprecié como a un maestro y no como a un extraño.

En aquella época no pagaba más de dos dólares la noche por un cuarto de hotel, que más bien eran cubículos de oficina o clósets de una casa grande. Por lo general se compartía un mismo ventilador de techo entre los dos cubículos, o hasta cuatro. Asimismo, solía haber un solo baño, con inodoro occidental y un tambo con agua para bañarse. Las habitaciones solían estar encima de alguna cocina o un bar, por lo que no era extraño soportar sus olores y sus rumores.

Los compañeros pasaban la mitad del día leyendo sus guías de dudosa factura y la otra mitad platicando sobre sus insípidas vidas. Se escuchaban mucho Morcheeba y Café del Mar. En aquel entonces la novela *La playa* de Alex Garland estaba en las mochilas de todos, y todos soñaban con ser el protagonista. Yo sentía que eran como un eco en mis oídos, el espejo en el cual no deseaba verme reflejado. El libro no era más que la promoción de un estilo de vida que me hacía vomitar. Sus líneas eran motivo de tertulias interminables; sus imágenes de plegaria y sus mensajes eran lugar común. La playa era "perfecta", habitada por una comunidad de jóvenes sensuales con sus propias reglas como de Montessori. Ahí, lejos del camino andado por los turistas, inmersos en la abundancia de la naturaleza y los plantíos de marihuana de granjeros y narcotraficantes

tailandeses, no faltaban nunca las fiestas ni el amor ni los dramas de telenovela. Al parecer, era la vida que todos los habitantes temporales de Khaosan aspiraban tener.

"Es fácil odiar a alguien que uno no conoce. Sería fácil juzgarme, al menos si no sabes cómo comencé a viajar", dijo mi vecino. Compartíamos un mismo ventilador. No lo había visto nunca ya que no salía de su habitación. Se la pasaba encerrado, fumando. Hablaba por las noches. Al principio creí que estaba acompañado, pero era casi imposible que dos personas ocuparan una de esas habitaciones. Yo hasta tenía que compartir la cama con mi mochila.

Por las noches escuchaba el jolgorio fuera de mi ventana. La emoción que podría ser mía. Khaosan me invitaba a permanecer, a quedarme quieto, cuando lo único verdadero es el cambio, el movimiento. Temblaba ante la debilidad de mi propia decisión. Uno cree saber cuál es el sentimiento que se generará, la emoción que se concebirá y el precio que se pagará. Pero no es verdad. Y así las horas pasaban, y los días también, encerrado en un mismo espacio que reconocía como propio. De esa manera lo ajeno te incita, pero la bestia que reside dentro de ti está como en el impasse entre el deseo y la comodidad. Pensar demasiado mermó mi propia capacidad de actuar, de continuar sobre el camino, por lo que las palabras del vecino fueron el antídoto contra Khaosan.

"La carne desgarrada. Mis entrañas ultrajadas. Recuerdos de la infancia. Aún siento el orbe del cañón hundido en mi sien", comenzó diciendo aquella noche mi vecino, y culminó con su acostumbrada diarrea mental: "Algodones de azúcar. Lágrimas, sudor y fragmentos de uñas. Islas. Luna llena. Todo se entremezcla como un budín". No terminaba yo de descifrar lo que decía. "Mi vecino toca la puerta, indagando lo que resulta opuesto a lo evidente. Un secreto es revelado. Mi cuerpo se torna en un objeto", dijo al final. "¿Estás bien?", pregunté cansado y confundido, con voz enérgica y sin aguardar una respuesta. Silencio. "A la perfección, ¿y tú?", contestó mi vecino. "¿Ya te estás comenzando a sentir suficientemente cómodo aquí?" En el instante en el que terminó de decir la frase comenzó a reírse como demente, hasta que calló y le dio un fuerte golpe a la tabla de triplay que dividía nuestros mundos. Me asusté. Guardé silencio. Escuché telas desgarrándose. Pasaron tantos minutos como ideas por mi cabeza. Y luego silencio. "Habrá logrado dormirse", me dije.

Aún al día de hoy, el sonido de una tela que se rasga me produce ansiedad. Nunca imaginé que detrás de tan simple sonido un estómago se abría con el filo de una navaja. Mi propio estómago se descompone, como aquella mañana que la policía me despertó tocando a mi puerta.

Los alimentos que estaba por digerir terminaron sobre el pantalón del oficial que me llevó a la escena luego de preguntarme sobre lo sucedido. Tomar una declaración parece siempre más fácil que darla. Sin embargo, en esa ocasión ni los unos ni los otros la

estábamos pasando bien. Yo, por mi parte, nunca había presenciado el resultado de un asesinato o de un suicidio, o lo que fuera aquello que sucedió en Khaosan Road. A la policía le desagradaba mucho tener que lidiar con los muertos, sobre todo extranjeros. Siempre había muchas preguntas y trámites complicados. Llegué a pensar en matizar lo sucedido para no complicarles más la existencia. Aquello que había vivido era mío y de nadie más. El hecho es que ya no podía estar más allí. No podía vivir más conmigo. Podía terminar como el vecino, delirando por las noches, muerto en un charco de sangre en un pequeño cuarto arriba de la cocina de un bar de turistas.

Fue así como, despojado de lo que hasta entonces conocí como la "zona de confort" perfecta, me hice de nuevo del mundo y para el mundo, antes de que fuera demasiado tarde. Todos seremos juzgados por lo que dejamos detrás. Espero que éste no sea el caso.

Koh Pha Ngan, Tailandia
Día 620 fuera de casa

Todavía recuerdo el dolor que sentí cuando se rompió una de mis costillas falsas. Mi contrincante lanzó una patada perfecta y no me dio tiempo de bajar la guardia. Mi cuerpo estaba tan intoxicado de adrenalina que aun así terminé de pie el tercero y último round de la noche en la arena de Haad Rin, en la isla de Koh Pha Ngan, allá en el golfo de Tailandia. Los espectadores gritaban con la misma fuerza con la que los peleadores buscábamos dañar el cuerpo ajeno, aplaudiendo el espectáculo de sangre y sudor. A primera vista parecía una suerte de sacrificio. Era, sin embargo, una oportunidad de probar los límites personales y honrar la enseñanza de nuestros maestros. Una ofrenda a la disciplina, el valor y la sabiduría. Además, una pelea entre un tailandés y un extranjero era de un atractivo extraordinario. Y aun cuando suene paradójico, la violencia física podía lograr una emancipación de la culpa y ser también una alabanza al amor.

Recuerdo haberme sentido libre y feliz al despedirme de Khaosan Road. Hastiado de su comodidad relativa, estuve a punto de perder la cordura. Así que asumí que cualquiera de las islas de los mares de la región, desconocidas para mí, me ofrecería un paraíso secreto. Abordé el siguiente barco con rumbo a Koh Pha Ngan, isla considerada como "la madre de todas" entre los primeros viajeros occidentales que "descubrieron" Tailandia en los años setenta del siglo XX. Fueron ellos los fundadores de la mítica fiesta de la luna llena que aún se celebra ahí.

Al descender del barco no estaba seguro de dónde comenzar. No tenía plan alguno. Tampoco expectativas. Tan sólo la imagen de una playa perfecta. Mis posibles fuentes de información e inspiración hablaban un idioma que aún me resultaba ajeno. Abordé la caja de un camión de redilas con rumbo a ninguna parte. Viajamos por la única cinta de asfalto de la isla, parte del archipiélago de Samui. Llegamos casi al punto más alto, a unos seiscientos metros, y luego descendimos de regreso a la costa suroeste.

El verde allí crece sobre el mismo verde. La humedad es sobrecogedora. La isla es tan bella que sus primeros habitantes llegaron hace más de dos mil años. Fue habitada por marineros gitanos musulmanes, y se dice que el mismo rey Rama V la visitó en catorce ocasiones. Sus locales viven de la pesca, los cocos y el turismo. Luego vi un letrero que decía "Playa Arco Iris". Me recordó Nueva Zelanda, cuando llevaba buzos a diario a visitar las entrañas del *Guerrero del Arco Iris*. Además, mis chancletas tenían un cordón con los colores del arco iris, así que descendí, contento de seguir la pista de mi destino.

Las cabañas de la Villa del Arco Iris se distribuían a lo largo de la costa suroeste, donde se extiende una playa con grandes bancos de arena que dan nombre a la isla. El agua era tan serena como refulgente. La temperatura del ambiente, perfecta como la del agua. Era tan somera que uno podía caminar mar adentro más de doscientos metros con el agua hasta las rodillas. Al entrar el cuerpo se derretía como un chocolate al sol. Todas las vellosidades y cavidades encontraban placer en el acto. El agua penetraba la sustancia misma del cuerpo, fundiéndose con la mente. De pronto, la alberca natural se encontraba de frente con un arrecife repleto de vida.

El mar abierto, a la distancia, crujía por detrás de unas rocas que recordaban con sus formas el acto del amor carnal. Había pasado inadvertido hasta que bajé mi mochila del hombro como una carabina y la deposité en el piso del comedor, el corazón de aquel "refugio de fauna salvaje". Las primeras en observarme fueron dos chicas que bronceaban sus cuerpos semidesnudos sobre la arena. Era evidente que tenían una relación de confianza con el sol, así como entre ellas mismas. Mi rostro dibujaba una sonrisa de ciento ochenta grados. También notaron mi presencia seis chicos de diversas procedencias que curaban sus resaca bebiendo agua de coco y descansando a la sombra de las palmeras, recargados en esos troncos con la forma del recuerdo.

El dueño del lugar terminaba de prepararles el desayuno: huevos pochados con pan y café. Parecía haber sido británico. Tal vez en otra vida. Era evidente la satisfacción en sus ojos. Fue el último en verme. Su esposa era local. Ella estaba limpiando las entrañas de un par de barracudas y no podía importarle menos mi llegada. Era en verdad un paraíso donde el cuerpo era material y encontraba la abundancia necesaria para convertirlo en su guarida. Planté mi bandera. Éste sería mi nuevo hogar.

Con doce cabañas, la Villa del Arco Iris era casi perfecta. Armadas con madera de palma, todas contenían un cómodo colchón con sábana de algodón sobre una plataforma de madera, cubierta con un velo para detener a los insectos. No había nada más, ni sillas ni mesas ni baño, pero el mar se hallaba a menos de veinte metros de distancia. Uno a uno caían cocos sobre la playa, como balas perdidas después de una gran celebración; fuente inagotable de hidratación y botana perfecta para el habitante del trópico. El resto

del hotel estaba compuesto por una palapa dentro de la cual había dos inodoros occidentales, así como dos cubículos con tambos de agua para bañarse. No era un hotel, según Steve, el dueño del lugar, sino "una comunidad para viajeros". El comedor era una mesa larga sobre la arena, debajo de una pérgola y junto a la cocina. No había luz eléctrica, pero nadie la necesitaba.

El lugar ofrecía una pequeña cama de tierra donde se cultivaban hortalizas y hierbas aromáticas. Coco, la esposa de Steve, había nacido en una familia de pescadores en el norte de la isla. A diario traía una presa, y sabía procesar el aceite de coco, por lo que la dependencia del mundo exterior era mínima.

No tenía contemplado pasar el resto de mis días viviendo la vida fácil, pero la Villa del Arco Iris era una delicia. Las chicas Jo Jo y Jinx, de Wessex, eran lo máximo. Jo Jo era baterista de una banda de punk y Jinx estilista. Su sentido del humor era negro y atinado. Su compañía se tornó imprescindible. Los chicos restantes también eran del Reino Unido. Charlie era el más gracioso de todos, y su capacidad histriónica era superada sólo por su memoria de elefante. Igual se transformaba en un *Tyrannosaurus rex* malhumorado luego de intentar masturbarse, que en un mariachi marciano que improvisaba canciones inspiradas en los defectos físicos de los presentes. Él era el primero en perderse el respeto y burlarse de su barriga cervecera y sus tupidas cejas.

Después del desayuno recorrí la isla a bordo de una motoneta. Koh Pha Ngan tiene unos ciento veinticinco kilómetros cuadrados y una buena cantidad de playas dedicadas al nudismo. Casi todas están repletas de alemanes. Los poblados solían estar vacíos durante el día pues sus habitantes debían atender los cocoteros o los clientes de los hoteles y restaurantes instalados en todas sus costas. Las montañas al interior de la isla eran resguardadas como parques nacionales, por lo que estaban cubiertas de bosques tropicales. Monasterios budistas, cuyos monjes ofrecen masajes relajantes, baños de hierbas medicinales y retiros para la desintoxicación del cuerpo y la mente, completaban el cuadro. De hecho, una buena cantidad de viajantes perdidos "persiguiendo al dragón" terminaban expiados con severidad.

Por la tarde llegué a Haad Rin, localizada en el sur de la isla. "Ciudad del pecado" y corazón económico de la isla, alberga la mayoría de los comercios turísticos, así como los DJ, los dealers y la playa que acoge la celebración de la fiesta de la luna llena. Durante esa fiesta, la isla llega a reunir hasta treinta mil individuos. Me resultó interesante la vibra del lugar, pero lo que más me atrajo fueron los carteles pegados en casi todos los postes de luz. Me invitaban a visitar la arena de Haad Rin para presenciar las peleas amateur de muay thai, el arte marcial por excelencia en el reino de Siam. Se dice que fue perfeccionado hacia finales del siglo XVIII por Nai Khanomtom, un guerrero capturado durante una de las muchas batallas con los vecinos del reino de Birmania, que hoy se llama Myanmar. Considerado como orgullo nacional, se enseña desde el jardín de

niños, en las escuelas militares y en los gimnasios.

La leyenda dice que luego de siete años en prisión le ofrecieron a Nai Khanomtom pelear por su libertad durante un festival dedicado al rey de Birmania. Su estilo de pelea sin armas, muay boran o "boxeo antiguo", resultó ser tan efectivo que derrotó a nueve soldados enemigos sin chistar. El décimo era el campeón del ejército; cuando lo venció, el rey de los birmanos declaró que cada parte del cuerpo de Nai había sido "bendecida con veneno". Entonces le otorgó la libertad y le dio a elegir entre una gran cantidad de oro o tomar como esposas a dos bellas doncellas birmanas. El romántico héroe volvió a casa bastante bien acompañado, y desde entonces cada 17 de marzo se celebra el "Día del Muay Thai". Su retrato se encuentra casi en cada esquina de Tailandia, así como en la entrada del Jungle Gym, un sitio en el corazón de Haad Rin donde decidí enrolarme para entrenar hasta ver mi rostro en el cartel de una pelea de viernes por la noche. Apenas había llegado a Ko Pha Ngan y ya le había encontrado solución a mi inexistencia.

"*Nak muay farang*", me decía Coco, la esposa de Steve, con tanta velocidad que tardé mucho en descifrar las palabras. Sonaban como la corneta de un automóvil a punto de atropellarte. Asíes como llamaban los locales a los extranjeros que aprenden muay thai, el arte de las "ocho extremidades". La noticia de mi decisión no fue muy bien recibida en la comunidad de la Villa del Arco Iris. Mi familia actual estaba contenta de tenerme todo el día nadando, bebiendo, comiendo y de nuevo bebiendo con ellos, aprendiendo algunos de los mejores chistes del planeta y contando ya un par de historias dignas de su tiempo y atención. Pero yo estaba decidido a emprender el camino del guerrero.

Aprender este arte marcial en el estilo tradicional del muay thai requiere acostumbrarse al dolor y ganarse el "derecho de piso". Cada mañana corría descalzo los más de nueve kilómetros que había entre mi playa y el Jungle Gym por instrucciones de mi maestra Karla, alemana ex campeona mundial. Sus brazos eran del tamaño de mis muslos, y sus muslos, del de mi cintura. Contaban que podía partir el tronco de una palmera con tan sólo patearla. Pero cuando sentí su espinilla encontrándose con el músculo de mi pierna supe que al fin podía morir en paz.

Los primeros días aprendí a brincar la cuerda y practicar los golpes básicos con el costal. Le llaman "el arte de las ocho extremidades" porque, a diferencia del boxeo común, el muay thai emplea como armas los puños, los codos, las piernas y las rodillas. Con el tiempo integramos el uso de la pera y el "boxeo de sombra". Al término del entrenamiento debíamos restregar las espinillas de ambas piernas con un palo de escoba para restar sensibilidad al nervio, y luego subir al cuadrilátero para recibir una terapia de dolor.

Cuando Karla impartía la sesión, resultaba frustrante ser superado por sus

capacidades físicas. Arriba del ring eres como muñeco de ventrílocuo. Es probable que después de dar lo mejor de ti no camines en un par de días por la cantidad de golpes que recibes.

Al volver a las cabañas untaba mis piernas con pomada del tigre, un bálsamo desarrollado por un herborista de la corte del emperador chino Aw Chu Kin a finales del siglo XIX. Luego de mi siesta nadaba en el mar para recuperar la movilidad de las extremidades antes de comer lo que hubiera preparado Coco, pues me convertí en su consentido. En realidad, siempre era un plato de arroz de verduras al wok y pescado. "Nak muay farang, eat, eat", rechinaban sus cuerdas vocales. La tarde entera la pasaba platicando con mis amigos. Tuve que dejar la bebida y comenzar a dormir al atardecer

La noche en la que se celebraba el festival de la luna tuvo un final feliz a pesar de las malas experiencias que vivimos. Después de que uno de los chicos perdiera sus sandalias y el ambiente se mostrara nefasto, decidimos regresar a la villa. Miles de personas consumían desde la tarde poderosas sustancias que también parecían cambiar la camaradería que se vivía sin ellas. El alcohol corría sin detenerse y la música amplificaba la incomodidad. La conclusión de todos fue que el momento había terminado.

Cuando regresamos a la Villa del Arco Iris, Steve y Coco tocaban los tambores sentados frente a una gran fogata. La percusión se fundía con el murmullo de las olas. La luna se mostraba en plenitud. Nuestros anfitriones estaban desnudos y nadie se sorprendió. Era algo primordial. Jo Jo fue la primera que siguió su ejemplo. Yo continué. Todos terminamos de la misma forma en torno del fuego. Aplaudimos y cantamos. Azotamos los pies con fuerza y respeto. La experiencia se tornó tribal.

De un momento a otro, Jinx y yo nos abrazamos como un reflejo de amor. Sentí su piel, tersa y cálida. Cuando la energía sexual despertó, reímos y corrimos hacia el mar, siempre con el agua a la altura de las rodillas. Debajo de nosotros el agua se desdoblaba como un velo denso. Luego una gran nube cubrió la luna. Nos quedamos en la penumbra, respirando y sonriendo. Todo era vital y emocionante. Incluso la fluorescencia del plancton fue grata con nosotros, una manifestación de vida y luz.

Dos semanas después de celebrar nuestra propia fiesta de la luna llena fui elegido por mi maestra para pelear, por primera ocasión, en un estadio rural tailandés ante una centena de espectadores. Hay poco que valore más que la enseñanza del enfrentamiento. No importó el empate determinado por los jueces luego de los tres episodios, que me parecieron interminables.

Al entrar al cuadrilátero noté que esa noche Karla pondría a prueba a sus alumnos destacados, pero lo que más me conmovió fue la presencia de mis amigos de la Villa del

Arco Iris. Lo que sentía dentro de mí era la necesidad de cultivar. Tomé registro de esos pensamientos y decidí que era momento de continuar con el viaje.

• • •

Siempre he sentido temor al miedo. Es la razón por la que nos escondemos. Pero es bueno saber que el sentimiento se desvanece si nos enfrentamos a él. El miedo es una elección. No tuve dudas al entrar al cráter de un volcán activo. Tampoco las tuve al enfrentarme a golpes con alguien más fuerte que yo. No significa que sea una persona valiente.

Soy alguien que se cansó de vivir con miedo. Y el cansancio, como el miedo, puede ser una energía muy poderosa para despertar. Mi forma de lograrlo fueron las artes marciales, quienes me unieron en forma de danza con el universo. Me permitieron canalizar la energía acumulada en el centro físico del cuerpo, tres dedos debajo del ombligo. Esta fuente de poder lograría ayudarme a vencer.

Cada cultura y cada civilización la llaman de manera diferente. En la adolescencia yo la conocí como el hara.

Durante un combate el instante *es;* en una línea temporal ya fue, pero en la existencia lo será siempre. Así es también la danza. Y puede ser comparado también como un viaje eterno. Como el Big Bang, el recuerdo le da vida y podemos participar nuevamente de él por medio de la memoria. Es el acto de habitar nuestro cuerpo conscientemente. Y al llenarlo de nosotros mismos lo dotamos de su propia existencia. El viaje, la danza y las artes marciales son la oportunidad de reconocer la dulzura de lo dulce, el calor de los rayos del sol, la humedad del agua y todo aquello que fuimos, somos y seremos.

Así, la danza como el combate denotan nuestra capacidad de dar y recibir. Es algo implícito en cada ser. Un esfuerzo realizado por medio del placer; el anhelo de volver a conectarnos con el origen.

Viajar, en ese sentido, es también un arte y una danza. Brota de manera natural en algunas personas, como el virtuosismo para tocar un instrumento musical o pintar un lienzo. Sin embargo, lo común es que el viaje se desarrolle por medio de la repetición y del "intento". La alternativa es ser un turista de la vida, alguien interesado en visitar lugares específicos y tener experiencias específicas: coleccionismo geográfico. Un viajero, al contrario, está deseoso de ser sorprendido y es capaz de escuchar los caprichos del camino. El viajero prefiere seguir su camino. Vivir las experiencias más auténticas posibles es su adicción, y lo impredecible lo que le permite vivir las que serán sus memorias.

Viajar te permite también soltar el control de la televisión. De esa manera dejamos de ser el resultado de las ideas colectivas, una herencia nociva. No soy yo, sino la gracia en

mí, lo que dicta mi camino. La vida por sí sola no nos permite estancarnos jamás.

Vuelvo al tema de las artes marciales porque quiero compartir una más de sus enseñanzas, lugar de estados mentales tranquilos y apacibles. Se le conoce como mushin y es el principio de "no hacer". Una práctica para vaciar la mente de pensamientos y prejuicios. Así también el viaje ofrece una oportunidad de vivir con la mente fresca y abierta, lista para enfrentarse a cualquier cosa, ya sea romper los propios límites o trascender la realidad. En el viaje el éxito no es la meta, ni mucho menos el fracaso. Sin embargo, es verdad que para quien comienza a viajar o a practicar las artes marciales el primer resultado es externo y físico. Pero poco a poco comienza a definirse la vida misma.

El arte de viajar es emprender la búsqueda de las herramientas para vivir en plenitud. En el mundo, pero no del mundo, como dicen también los sufís.

CAPÍTULO 8

LA LETRA CHIQUITA DEL AMOR

Adondequiera que vayas, la mente te acompaña, así que cultiva su tesoro.
Ésta es la verdadera fortuna.
THE GYALWANG DRUKPA

Chiang Mai, Tailandia
Día 404 fuera de casa

Gozo, abundancia y libertad. Luego de más de un año peregrinando alrededor del mundo mi vida tomó un nuevo sentido. El significado era propio, y uno de los elementos que me ayudaron a darme cuenta de ello fue escribir.

La manera en la que nos relacionamos con la vida suele valerse de nuestras propias fantasías. En los viajes no es tan diferente. Nos identificamos y definimos con los reflejos que encontramos en los otros. Incluso creemos que somos lo que vemos fuera, y nada más. Pero hay que ser en el mundo, y no del mundo, como decía don Juan. El arte de viajar es también el arte de vivir. La plenitud depende de nuestra capacidad de apreciación, como el clima, la felicidad o la riqueza dependen de un estado de ánimo. La mente es la herramienta más poderosa de la que disponemos, y tenemos la necesidad de aprender a utilizarla para poder configurar nuestra realidad a discreción. Hay algo dentro de mí que me aterra. Una sombra que me acecha.

Había muchos destinos de sol y playa por descubrir en Tailandia. Pero mi llamado lo sentí en la selva y la montaña. Allí, entre los ríos caudalosos y las casas de opio del Triángulo de Oro, punto fronterizo entre Tailandia, Laos y Birmania.

Ubicada setecientos kilómetros al norte de Bangkok, Chiang Mai es una ciudad amurallada fundada en el siglo XIII a orillas del río Ping, un importante afluente del Chao Phraya. Tiene uno de los mercados nocturnos más fascinantes del Sur Asiático. Ahí se reunen vendedores de garnachas y fayuca, así como grupos de turistas sudorosos y representantes de las tribus oriundas de las montañas que dominan la frontera geográfica entre Tailandia y Birmania.

Al recorrer el mercado, una nacionalidad capturó mi atención. Comerciantes del país vecino también vendían sus productos, como finas joyas y telas de intrincados bordados que recordaban la cosmovisión de sus antepasados. Sin embargo, la particularidad de su comercio, comprendí después, era consecuencia de su sometimiento por su país de origen. Por insistencia de una junta militar que aún rige el territorio, pasó de llamarse Birmania a Myanmar mientras esclaviza a su pueblo y erradica a sus minorías, sometiéndolas a los intereses económicos de sus vecinos chinos del norte. Por ello, la mayoría de los vendedores del mercado son huérfanos.

En ese momento vivían como refugiados. El exilio pareciera ser el futuro de la humanidad, producto de grandes migraciones motivadas por la locura. Doce generaciones de tradición destinadas al olvido. Hoy los productos que venden son reliquias de otros sueños. Remanentes del pasado. Testigos del recuerdo. Polvo y sangre.

A la mañana siguiente crucé la selva con rumbo a la vecina ciudad de Chiang Rai, pero un presentimiento me hizo bajar del camión y terminar en un pequeño poblado intermedio. Comencé a caminar por la carretera y di con un monasterio budista. Llamaron mi atención el tamaño y la energía de la estupa en torno de la cual estaban reunidos siete monjes cubiertos con sus hábitos de color mostaza. Me acerqué para saludarlos, pero no me prestaron atención. Estaba ocupados. Vertían agua sobre una especie de relicario que resultó ser el tesoro más preciado del monasterio: un pedazo del cráneo de Buda resguardado en una jaula de metal y piedras preciosas con forma de flor de loto.

“Todo sucede por algún motivo y en su momento correcto”, dije para mis adentros cuando me explicaron minutos después que el objeto sólo veía la luz una vez al año, así que causó conmoción la sincronía de mi llegada. No podía ser una coincidencia. Observé el ritual, y cuando los presentes terminaron sus plegarias, me ofrecieron verter el último resto de aquel líquido cristalino a manera de ofrenda. Tomé con mis manos el contenedor de plata y dejé caer el agua pensando en mis familiares, amigos, maestros y toda la gente que había conocido, sobre todo aquella que aún me faltaba conocer. Estaba satisfecho. Humildemente solicité que me llevaran con su guía.

Tuve un segundo episodio de fortuna espiritual aquel día cuando me indicaron que el muy venerable Chao Khun Phra Tepsiddhajahn Vi, también conocido como Ajahn Tong Sirimangalo, estaba dispuesto a darme audiencia. El abad del monasterio era uno de los maestros más respetados de Tailandia, guardián de la técnica de meditación vipassana. Fue ordenado a los doce años y tenía más de cincuenta como maestro. Su técnica es una de las más antiguas, con más de dos mil quinientos años de historia. Se utiliza para responder las preguntas universales y es una herramienta básica para los practicantes del budismo theravada, la “doctrina de los antiguos”, una de las escuelas más tradicionales, basada en los discursos del Buda Sakiamuni luego de su iluminación.

También conocido como Siddharta Gautama, el Buda Sakiamuni nació príncipe en Lumbini en el siglo VI a. C. y abdicó al trono de la república Sakia. Creció en la desaparecida ciudad de Kapilavastu, capital de la república Sakia, la cual se cree que estaba cerca de Cantara, a la sombra de los Himalayas, en la frontera entre la India, Nepal y Bangladesh. No es un dios. Tampoco es considerado el primer Buda ni el último. Sin embargo, sus enseñanzas han cobrado un mayor significado en mi existencia.

Me presentaron ante el muy venerable Ajahn Tong en una sala de audiencias. Su sonrisa y la luz que irradiaba inundaron mi corazón y el pequeño cuarto de madera. Me hice un mar de lágrimas en su presencia. No estaba triste. Era una mezcla de emoción y agradecimiento. Él estaba sentado en un cojín de algodón sobre una plataforma de bambú, con las piernas cruzadas y su hábito deslavado. Lo enmarcaban las imágenes sacras de sus antepasados y maestros. A su lado había una pequeña mesa con un vaso de agua, así como una ventana a su derecha que daba al jardín central, donde un par de monjas realizaban una caminata con movimientos apenas perceptibles. Me sorprendió la sencillez del sitio y de su persona. Me recordó la vida en el monasterio benedictino. Le ofrecí como regalo un caracol que elegí entre los más bellos de todo mi viaje y lo miró con la ilusión de un niño. Cubrió con él su oído e imaginé que escuchaba todas las historias de mar que yo había vivido. Nuestro traductor me indicó lo que ya sabía por su gesto y su sonrisa: había sido aceptado como aprendiz. “Mis viajes no son de placer —interpreté de su mirada—, sino para continuar el mandato de mi maestro Buda: ayudar a la gente que vive en el sufrimiento, el caos y la opresión por causa de las impurezas de la mente.”

Meditar era una oportunidad para aprender a vivir. Yo no sabía que había llegado allí para quedarme. Pero así fue, pues me esperaban los veintiún días más tortuosos de mi vida en busca de la atención plena, la cual es como la luz de la luna llena en medio de la noche.

Wat Phra That Si Chom Thong, Chiang Mai, Tailandia
Día 405 fuera de casa

La idea de aprender a meditar me ilusionaba, pero no estaba seguro de lo que significaba. Una mañana podía ser una estrella de rock enviada al exilio por el contenido político de mis letras, y por la tarde el hijo bastardo de una familia de gitanos que se ganaban la vida al vuelo. No tenía ningún interés en manifestar un coleccionismo geográfico, y hacía tiempo había dejado de llevar la cuenta de los días fuera de casa. Me parecían varios años. Vidas tal vez. Volvería para verlos a todos hechos unos ancianos. Mi lugar de origen sería irreconocible. Amigos. Familia. Pensaba y pensaba, pero lo que ansiaba era dejar de pensar. Encontrar el interruptor para apagar el flujo del pensamiento de una vez por todas, o al menos unos instantes para poder descansar.

Antes de encerrarme compré dos calzones, unos pantalones de algodón y una camisa de manga larga con dos botones de madera, todo blanco. Comí un último arroz frito y bebí una cerveza en Chiang Mai antes de regresar a la montaña. Agobiado con la idea de que fuese la última cerveza en tres semanas, bebí otras dos.

Llegué cerca del mediodía al Wat Phra That Si Chom Thong. Tenía la cabeza ligera y el corazón contento. El templo es uno de los más antiguos e importantes del norte de Tailandia. Cuenta la leyenda que en una ocasión Buda visitó la colina sobre la cual se levanta. Es un sitio considerado sagrado entre lo sagrado por la reliquia que resguarda, el fragmento de cráneo que tuve oportunidad de bañar. El lugar se comenzó a construir en el siglo XV. Donde se encontró la reliquia se levantó una estupa o chedi de color dorado con una base cuadrada y coronada por una espiral. El resto del complejo está compuesto por dos vijaras con forma de cruz. El término *vijara* se emplea para denominar un espacio donde los ascetas se refugian para practicar durante la época de las lluvias monzónicas. Supongo que es también un simbolismo del ser errante que busca refugio en la sabiduría que contiene. En su interior había una sala de meditación con una estatua del Buda Gautama entronado. En el segundo piso estaban los comedores y dormitorios de los monjes y las monjas ordenadas. La fachada había sido decorada de azul y dorado con el estilo del reino de Lanna, que dominó la región entre los siglos XIII y XVIII. Sus pilares de madera fueron tallados con maestría en forma de nagas o serpientes míticas. En los alrededores, entre jardines de árboles frutales, palmeras y hierbas aromáticas, estaban las celdas de los practicantes que se refugiaban allí para recibir la instrucción.

El budismo theravada es la religión predominante en buena parte del sureste de Asia, incluyendo Tailandia. Sus fundamentos me eran ajenos. Más que una religión, puede ser una filosofía que sustenta la vida cotidiana. Una herramienta que complementa la vida espiritual del individuo que busca respuestas a las preguntas fundamentales. Un monje de origen británico se presentó como mi instructor durante el proceso de purificación energética, mental y emocional con el que supuestamente lograría reconocer el origen de mis pensamientos. No recuerdo su nombre ni su rostro.

"Vamos a ir en busca de la raíz del flujo que incansablemente nos lleva de uno a otro lado, menos al aquí y al ahora, al tiempo presente", me dijo mi instructor. Conceptualmente sonaba todo muy bien, pero yo ya me quería ir a buscar otra cerveza. "Ésa es la llave maestra para lograr la paz interior y también, por ende, la felicidad verdadera", dijo después, mientras abría la puerta de mi celda. Una serpiente se escurrió por la ventana cuando encendió una vela. Fuera de eso, la celda me pareció agradable. Tenía sólo una cobija. Dormiría en el suelo, al menos los primeros días, pues me aguardaba una sorpresa. Había también un cojín relleno de algodón, así como un pequeño reloj despertador y una figura de madera del Buda meditando. En una esquina tenía un grifo de agua y un agujero a manera de baño. Todas mis posesiones serían

guardadas, pues tenía lo que necesitaría durante las siguientes tres semanas. Ése sería mi lugar en el mundo, hasta que ya no me quedara nada más que la vida misma. "Tú simplemente observa tus pensamientos —me dijo mi instructor—, reconoce cada acción, cada inhalación, cada exhalación, cada movimiento y, cuando venga un pensamiento, obsérvalo, déjalo ser, no te aferres a él ni lo sigas a una siguiente escena o a otra historia." Me estaba pidiendo que dejara de hacer lo que había hecho toda mi vida.

Practiqué con ahínco. Esa primera noche dormí un poco y desperté para seguir practicando. Ésa era la instrucción: practicar todo el tiempo. La técnica era sencilla, pero también secreta. Cuando sonaron las campanas salí a reunirme con los demás a desayunar. Vi al menos veinte monjas y veinticuatro monjes compartir un amplio comedor en el segundo piso del vijara principal. El silencio y la serenidad dominaban el ambiente. No había música. Nadie leía efemérides ni platicaban entre ellos. Sólo se escuchaban el trino de los pájaros y las hojas de los árboles movidas por el viento. La luz del sol penetraba proyectando las intrincadas formas de las maderas labradas que decoraban el techo. Los que estábamos vestidos de blanco apenas comenzábamos el viaje. Aquellos ataviados con hábitos de color rosa o mostaza eran ya pilotos intergalácticos.

La barra del desayuno tipo buffet me sorprendió por su abundancia. Cada quien se servía lo que quería. Había comida regional variada, así como frutas y verduras desconocidas. Mi favorita fue la zona de postres y bebidas. Era como un sueño, sobre todo para un viajero como yo, que escatimaba en todo. Un banquete similar al de Peter Pan, posible sólo con la imaginación colectiva. Mi plato estaba tan repleto de comida que parecía la torre de Pisa. Se desbordaban los manjares. Supuse que tenía que probar un poco de todo para saber qué sí y qué no me gustaba. Incluso el plato quedó pequeño. Además de relajar mi mente, podría reponer fuerzas. Estaba llegando a buenos términos con la nueva reclusión.

Antes de terminar de devorar el primer plato mi mente se encontraba ya pensando en el siguiente. Entonces sentí una cordial mirada sobre el hombro. Era la de una monja de cabeza y cejas afeitadas. Debía de tener unos veinte o seiscientos años. La observé. Se movía tan lenta y pausadamente que me hizo sentir como si me acabara de dar un pipazo de crack. Atravesaba con su brazo y su cuchara cada uno de los pliegues del espacio, como si pidiera permiso a cada átomo antes de llevar a su boca un pequeño pedazo de mango. Masticaba con la paciencia del universo en expansión. Podía notar la explosión de estímulos, dulces y ácidos, a cada momento y conforme su pedazo de mango se transformaba en bolo. Acarreaba consigo el sentimiento y la frescura del alba. La vida en cada gota de agua que le dio de beber al árbol durante la concepción y maduración de tan exquisito fruto. La libertad que sintió el pájaro al volar hasta la más alta de sus ramas, así como la responsabilidad y el amor del mismo para con sus polluelos al regresar, cada tarde, trayendo su alimento. Estaban ahí también los recuerdos de su infancia, cuando su

propia madre le preparaba un mango para el desayuno y ella lo compartía con sus cuatro hermanos. La caricia de su padre mientras jugaba con los cabellos que antes crecían en su cabeza. Toda la creación era parte de aquel mango, que en ese momento se hizo parte de ella. Cada cascada, río y lago, península y montaña. Cada suspiro y pensamiento correcto. Cada noche y cada día desde el origen de los tiempos, y hasta que dejemos todos de ser lo que fuimos. Estaba incómodo al verme comer.

Huay Xai, Laos
Día 425 fuera de casa

Llevaba siete días viviendo como aprendiz de la técnica de meditación vipassana en el monasterio Wat Phra That Si Chom Thong cuando dos monjes me sorprendieron al salir de mi celda por la ventana intentando huir. Tuvieron que someterme hasta que llegó mi instructor. Él me guio pacientemente y me retroalimentó en el proceso, diciéndome que lo que sentía era parte de la purificación. Nunca imaginé que la mente fuera tan poderosa.

¿Quién controla realmente nuestro destino, ahora que el destino está echado sobre la mesa como una baraja abierta? ¿Qué es lo que en verdad añoramos, e incluso ambicionamos, sino estar bien con nosotros mismos aquí y ahora?

La ira, la ignorancia y el deseo son los venenos de los que habla el budismo. Los que nos alejan cada vez más de nosotros mismos y de nuestra verdadera felicidad. Es esa ridícula impresión de la abundancia material la que nos impide vivir la plenitud de nuestra existencia. Todo aquello que deseamos termina siendo una ilusión cuando al fin lo hacemos nuestro, pues al obtenerlo se presenta otro deseo, y luego otro y otro más. El ansia por lo material no nos deja ver que tenemos en nuestras manos la llave de todo lo que siempre quisimos. Es el regalo divino, nuestro por el simple hecho de ser.

Era un llamado del corazón el que sentí. La verdadera y única posibilidad de plenitud que me ayudó a rendirme ante la lucha contra el miedo, no por cansancio o hastío sino con una sincera comprensión. Por mí y por todos los seres a quienes llegué a conocer dejé el miedo atrás.

No son muchos los detalles que debo, puedo y quiero revelar de ese retiro. Mi experiencia podría ser incluso un estorbo en tu propio camino. Sin embargo, lo que resulta relevante es que al terminar mi retiro observé aquella chispa de luz que radica dentro de todo ser sensible. Era algo accesible. Una luz que me ayudaría a reconocer mi existencia en todo aquel con quien me cruzase en el camino. Un recuerdo que atesoro, añoro y busco diariamente. Me despedí y emprendí la ruta hacia el mítico Triángulo de Oro.

Hay un dicho en el Sureste Asiático que dice que los vietnamitas plantan el arroz y los camboyanos lo miran desarrollarse, pero los laosianos son quienes lo escuchan crecer.

Laos fluye al ritmo del río Mekong, una lengua de agua revuelta con lágrimas y piedras que baja desde los Himalayas y lame buena parte de la región hasta desmembrarse en un delta que confluye con el Mar de la China Meridional.

Yo desperté primero. Caí rendido luego de tantos días sin dormir. Estaba dispuesto a cruzar la frontera con la primera luz del día. Cuando llegó la mañana tomé la primera lancha disponible para cruzar el río Mekong. Me tomó dos minutos cuando mucho. Fronteras invisibles. Esperé afuera de una pequeña garita militar, donde no había nadie que sellara mi pasaporte. "Bienvenue au Laos", decía una pinta roja sobre una madera desgastada. Había también un sombrero con una estrella roja, comunista. Un cenicero repleto.

Ella cruzó el río nadando mientras el guardia todavía no había llegado a su puesto. Pero no había nada de que preocuparse. Jessica y yo estábamos predestinados a encontrarnos, sin importar los pequeños deslices en el tiempo. Cuando el guardia llegó, dijo: "Salú, monami". No supe de qué me estaba hablando. De hecho, no sabía qué idioma hablaban en Laos. Era la primera ocasión que escuchaba hablar de Laos. "México", dije por costumbre. "¡Ahhh!", respondió, "où est México?" Yo sólo le ofrecí una sonrisa. Entonces me regaló un pedazo de pan tipo baguette recién horneado y estampó mi pasaporte diciendo "Bienvenue, México". Parecía ser francés lo que hablaba. De hecho, lo era. Al menos una hermosa versión criada en la que fuera llamada Indochina durante el imperio colonial.

A Jessica le encantaba hacer malabarismos y no creía en el amor. Traía consigo tres bastones que hacía girar y volar con maestría frente a los ojos curiosos de un grupo de niños y ancianos que se habían reunido para ver su destreza. Tenía esa y muchas otras cualidades con las cuales navegaba libre. A Jessica no le preocupaba encontrarse sola. Sabía perfectamente bien cómo lidiar con cualquier prejuicio o situación difícil que pudiera presentarse. Empleaba su ingenio, su sonrisa e incluso, en ocasiones, su hermosa voz. Con ello lograba canalizar la energía y dar paz a los corazones de todos los presentes; un arma poderosísima.

La primera ocasión que vi a Jessica fue en el muelle de los "barcos rápidos". Decir que son barcos es mentir: tres tablas que flotan. Tienen unos sesenta centímetros de ancho y al menos tres metros de largo. Por lo general llevan a seis personas a bordo. Uno de cada tres suele voltearse a medio camino, lanzando a los pasajeros y sus pertenencias al fondo de las aguas lodosas del río Mekong. Estas lanchas realizaban el trayecto desde el poblado pesquero de Huay Xai, en el que nos encontrábamos, hasta la legendaria ciudad ribereña de Luang Prabang. Lo hacían en unas cuantas horas tocando apenas las aguas del río Mekong. Como alternativa estaban los "barcos lentos", que realizaban el

mismo trayecto, pero en tres días. Sin embargo, no había ninguno disponible.

Ella no podía perder más tiempo en Huay Xai. Ya había hecho sus compras de arroz y frutas frescas para el trayecto. Estaba lista para visitar la capital espiritual de un país donde, no hay que olvidarlo, la actividad primordial era escuchar crecer el arroz. Yo no tenía ningún plan, así que abordé la embarcación.

Yo tenía muy pocas ganas de hablar. De hecho, los últimos días había permanecido en silencio casi absoluto. Me había vuelto dependiente de las sonrisas. Incluso sentí que se desarrollaba en mí algo como la telepatía, pues podía realizar solicitudes sencillas, como comida, bebida y refugio, sin necesidad de emitir palabra alguna. Todo cambió cuando la vi. No sólo me dieron ganas de hablar, sino de saberlo todo. Sus ojos azules. La finura de su perfil. Su evidente desinterés.

El capitán de la embarcación se volvió el operador de un motor fuera de borda con una quilla extendida y un tubo de dos metros de largo. El barco, esos tres largos tablones pintados de rojo y sujetados como por arte de magia, se hizo del agua. La incomodidad se tornó una molestia que pronto se transformó en pánico cuando el capitán giró su muñeca para dejar beber un largo trago de combustible a esa turbina que bien hubiera empujado sin esfuerzo a un tractocamión.

El sonido infernal de aquel motor no me dejaba escuchar los gritos de la señora de enfrente, ni mucho menos las majaderías de Jessica. La incontinencia de mis lagrimales cegaba mis ojos. Respirar resultaba tan difícil como sujetarse del cabello del de enfrente, de los bultos dispuestos sobre uno mismo o de los tobillos del de atrás. De lo que fuera posible para no caer al agua. Fue supervivencia pura la que experimentamos durante aquellos primeros treinta minutos, en los que cada salto y cada giro eran una amenaza de desplome inminente. Volcarme y sucumbir en el fondo de aquel batido de chocolate que allí llaman Mekong no era parte de mis planes de vida. Fue un verdadero alivio llegar al puerto de un pueblo donde una señora y su hija terminaban su viaje.

El último accidente había sucedido apenas el día anterior; fallecieron dos tripulantes. Faltaban casi dos horas a bordo de esa mala broma flotante para llegar hasta Luang Prabang. Había sobrevivido a aguas infestadas de cocodrilos, caídas libres, islas de mosquitos, cuevas de tiburones, cráteres de volcanes activos y muchas otras cosas, pero no deseaba tentar la suerte ni un minuto más. Jessica lo dudó un instante, pero bajó también conmigo. Por el momento era sólo una corazonada que ni ella ni yo queríamos comprobar. El barco lento llegaría al día siguiente por la mañana. Tendríamos que pasar al menos una noche en ese lugar perdido en medio de la selva, sin ningún otro occidental en muchos kilómetros a la redonda. A mí la idea me encantaba. A ella no tanto.

En algún lugar del norte de Laos
Día 426 fuera de casa

Arthur Charles Clarke dijo que cualquier tecnología suficientemente avanzada tendrá la apariencia de magia. Tal vez de una forma similar, cualquier experiencia imaginaria suficientemente integrada tendrá la apariencia de memoria. Sin embargo, en aquel pueblo del norte de Laos la tecnología más avanzada era quizá la rueda o el fuego. Ésa era su magia.

Esa noche la tendríamos que pasar en el único hotel del pueblo, suspendido milagrosamente sobre el río con una maraña de pilares, pues la única manera de ir y venir en ese lugar es a bordo de un barco. No es una isla, pero la selva que lo rodea resulta demasiado peligrosa, repleta de minas, contrabandistas y reptiles. No me preocupaban mucho los reptiles ni los contrabandistas, pero la presencia de las minas era demasiado evidente. De hecho, cuatro de cada diez niños habían quedado lisiados. Un lindo regalo de los estadounidenses, sobre todo las miles de infames "mariposas", minas terrestres arrojadas cobardemente desde el cielo para atraer la atención, pues parecían juguetes. Dentro tienen doscientos cincuenta balines de plomo que al detonar por presión o contacto son proyectados con la intención de mutilar, no de matar, pues resulta más caro para el "enemigo" un soldado herido que uno muerto. Políticos de mierda y militares de cagada fueron quienes confeccionaron el plan de mermar las nuevas generaciones de Indochina.

Qué bello es, en cambio, el francés que hablan en Laos cuando te dejan saber que solamente hay un cuarto disponible en todo el pueblo. Jessica me miró a los ojos leyéndome como un libro abierto. Sabía que nunca, en toda su vida, le faltaría al respeto. Es cierto que había una sombra morando dentro de mí, como aguardando. Aún al día de hoy recordamos con cariño la aventura que allí emprendimos juntos y la gran amistad que nos unió. Esa tarde que miramos juntos los remolinos en el río, desciframos la escritura de las moscas y le cantamos a la Madre Tierra durante el ocaso, terminamos agradecidos por la oportunidad de estar vivos y tan bien acompañados. La vida en el camino puede ser dura. De cuando en cuando se necesita un abrazo. Nunca había experimentado el cariño y la paz de la buena compañía. Esa noche dormimos juntos en la misma cama, no como amantes, sino como hermanos, arrullados por el canto del río.

Al salir de la habitación nos esperaba el desayuno. Fue ahí cuando descubrí el "arroz pegajoso" del cual me declaro fanático. Se trata de una bola de arroz que se come acompañada de salsa, fruta, pescado o lo que se encuentre disponible. Nos sirvieron también un caldo de pescado con tallarines y té blanco. Yo me comí dos pelotas de arroz pegajoso. Un verdadero desayuno de campeones antes de mirar cómo en el horizonte se comenzaba a dibujar la figura del famoso "barco lento". Al principio pensé que era un dinosaurio nadando torpemente en la corriente del río Mekong. Descendía entre la maleza, iluminado por los pocos rayos del sol que ya lograban traspasar su espesura.

Andaba con un ritmo misterioso, tratando de esquivar cualquier mirada. Como si una cuidadosa selección de lámina, cartón, restos de camiones accidentados y aviones de otras guerras anduviera a la deriva. Me dio tiempo de ir al baño, pasar al mercado a comprar arroz y volver al hotel frente al muelle para esperarlo aún durante un largo rato antes de que la tripulación le echara un lazo al guardián del puerto.

Cuando Jessica y yo bajamos al muelle con nuestras mochilas nos encontramos con un planeta habitado por unas quince mujeres, seis niños, un capitán y dos ayudantes "a bordo". Eso era el "barco lento", un mundo en sí mismo. Pedimos permiso para viajar con ellos. Tardamos un par de horas en dejar atrás el pueblo, del cual jamás conocí el nombre. Nunca lo sabré.

Intentamos conversar con todos a bordo del "barco lento", luego nos asoleamos en su techo y hasta recibí un curso práctico para conducir el navío, que usaba el manubrio de un camión como timón. Cerca del mediodía, las mujeres sacaron su versión laosiana del itacate. Cada una llevaba consigo algo diferente dentro de una bolsita de plástico, ya fuera pescado seco, salsa, verduras y hasta tamarindos. Una de ellas cargaba una gran canasta de arroz pegajoso. Tenía hambre, pero no tuve la precaución de llevar víveres para un viaje que sería de dos o tres días cuando mucho, según me informaron. Al preparar la "mesa", las mujeres se rieron al unísono de mi cara, me llamaron y una por una me ofrecieron un poco de arroz con su respectivo aderezo. Hacíamos como que conversábamos, y compartimos una deliciosa comida de casi tres horas. Al fin que no teníamos prisa. Al despertar, Jessica recibió su propia porción y comenzó nuestra primera lección de lao. Chop chiai lai lai significa "muchas gracias" y sokdee "buena suerte".

De noche dormimos sobre la cubierta y bajo un cielo tachonado de estrellas. Todos compartimos cobijas, patadas y sueños mientras el capitán dirigía la embarcación. El día siguiente transcurrió de forma similar. La vista del río era hermosa. Íbamos descubriendo pedazos del paraíso perdido entre la selva. La comida siempre era genial. Las pláticas con Jessica se hacían cada vez más profundas, y al parecer encajábamos bien con el estilo de vida local. Digamos que la vida a bordo de este dragón de escamas metálicas que nadaba por el río como buscando una perla escondida era sutilmente más activa que la del monasterio. Ver el vuelo de una garza era como recibir una inyección de adrenalina directa al corazón. De no haber practicado la meditación vipassana muy probablemente habría querido colgarme del mástil. Pero no había mástil. Nos empujaban la corriente, una mezcla de diésel con aceite de coco quemado e ilusión.

Tal vez el más estresado de todos los de a bordo era el capitán, quien tenía un mecate atado al dedo gordo del pie izquierdo para poder girar el timón del barco sin necesidad de levantarse de su hamaca. Fluyendo al ritmo del río Mekong aprendí a escuchar mi

propio corazón y platiqué con Jessica de todos los acontecimientos importantes de mi vida. Luego ella me dejó saber aún más acerca de los suyos. Luego le platiqué todos los detalles. Luego ella los suyos. El sol estaba por caer y yo hubiera podido jurar que, de volver la vista hacia atrás, todavía habría podido ver el pueblo donde pasamos la noche anterior. Pero hubiera sido de mala suerte hacerlo, así como lo es caminar sobre los pasos propios. Entonces tomé el diario de Jessica y ella el mío.

Olga caminó por el cementerio, disfrutando la tranquilidad derivada también de un profundo cansancio. Así se llamaba la madre de Jessica. Olga. No podía dejar de ver a su madre caminando siempre con rumbo al cementerio. No antes de ver el sitio donde su hijo yacía muerto, junto a su esposo. Al exterior la vida era igual que siempre, sólo un poco más lenta que de costumbre. El remanente de las lágrimas parecía amplificar la luz de aquel día nublado y lluvioso, al menos en el recuerdo. Cuando llegó a la librería del pueblo le dijo al propietario: "¿Sería tan amable de darme un ejemplar del libro que tiene anunciado en la vitrina?" Olga siempre fue muy formal. Sabía dirigirse a las personas sin causar molestia. Aun así el hombre la miró de reojo y como con desdén. Le dijo que no lo tenía disponible, como enfadado por haber sido interrumpido en su lectura, aun cuando su razón de ser en ese tiempo y ese espacio era la de atender a personas como Olga. Tal vez otros sólo venían a mirar o a refugiarse, pero Olga estaba ahí para comprar. "Pero si está ahí mismo en su vitrina", le respondió Olga sorprendida; "de hecho, es el mismo que está usted leyendo". La de Olga era una de aquellas familias en las que hacía mucho no tenían el gusto de sufrir una "oveja negra". Su pueblo era pequeño. Un gran infierno ubicado en el remoto desierto del centro australiano. El mítico Outback. El librero negó de nueva cuenta. "Véndame ese ejemplar que tiene usted", le dijo Olga, y concluyó: "Le daré lo que me pida; mi difunto esposo fue quien lo escribió, estoy desesperada y es momento de que lo lea".

Pasaron mil y una historias por la cabeza del propietario de la librería cuando al fin la voz desesperada de la dulce dama tocó una fibra sensible. Era la miel de aquellas palabras corriendo por sus venas. La desesperación en sus ojos. La necesidad de apoyo o cuando menos de consuelo. Pero no fueron las fibras del corazón las que logró tocar Olga, sino las de su miembro masculino. "Sea mía, y le daré lo que quiere", le dijo entonces a Olga. Pensó tal vez en una cena romántica luego de caminar por el parque, tomados de la mano, con las ropas impregnadas de pasto seco por haberse tumbado al sol de primavera para leer juntos esas letras, honrando la memoria de su marido. Aquella obra compilaba la vida de un aventurero que salió a descubrir otros mundos para forjar sus propias ideas. Se fue así, como acarrea sus posesiones el vagabundo, o como traen los pigmeos a sus hijos colgados de la espalda mientras huyen de las amenazas en las selvas de algún lugar que jamás conocería, al menos no con su cuerpo físico. Pero no. No era romance lo que aquel hombre deseaba, sino lastimarla. No hubo que decir más

palabras, tan sólo suspirar, para que Olga encontrase un lugar en su corazón donde refugiar la mente del asco y la desesperanza. Intentó recordar lo que sentía cuando amamantaba a su hijo con sus grandes pechos, como Afrodita, mientras se los mostraba a esos ojos de miradas obscenas. Pero le volvió el recuerdo de su muerte en la cuna y la separación de su marido por la incapacidad de superarla juntos. Esos ojos, furiosos y frustrados por traición de la rutina, la vieron de una forma que le dolió en el alma.

Olga no sintió nada mientras aquel desagradable ser de manos anchas y curiosas le arrancaba las bragas. Buscaba con ansias profanarla. Así, en el suelo de la tienda, sin más ni más, sembró su semilla dentro de Olga. Ella intentó rechazarla. Con asco la quitó de entre sus piernas mientras se le escurría, goteando sobre el piso de madera. "Tome, pues, si tantas ganas tiene de saber lo que hizo su esposo durante su ausencia", le dijo aquel ser indeseable mientras se guardaba en el pantalón la rata muerta que llevaba entre las piernas, arrojándole el libro a los pies sobre el suelo pegajoso. Olga se agachó de nuevo para recogerlo. En ese instante el propietario de la tienda se sonrojó, aunque Olga no lo notó, pues recordó los pasajes en los que él mismo se había sentido atraído por las experiencias descritas, un tanto nubladas por la duda de si fueron o no fueron, hechos, realidades y otras cosas. Cosas que le recordaban todo lo que nunca se atrevería a ser.

Olga tomó el empastado como suyo. Dejó de prestarle su atención y su emoción a lo acontecido. Abrió temblorosa su recompensa. Se detuvo en la primera hoja para encontrarse al fin con la dedicatoria que nunca había querido leer: "A mi esposa Olga, con todo mi amor".

Nueve meses después nació Jessica. Olga se fue a vivir a otro pueblo y se cambió de nombre. La peor crisis de una pareja ocurre cuando te pones a pensar en todo lo que te hubiera gustado hacer con quien ya no podrás hacerlo. En eso consiste la letra chiquita del amor.

Luang Prabang, Laos
Día 431 fuera de casa

Llegamos a Luang Prabang, ombligo de la cultura de Laos, el siguiente amanecer. Tras recoger las líneas de pescar nos despedimos afectuosamente de todos. Luang Prabang era distinto de todo lo que había conocido. Decadentes desplantes de grandeza. De hecho, fue alguna vez el corazón del llamado "reino del millón de elefantes" que se expandía por toda la región. Visitamos maravillosos templos y construcciones budistas, caminamos por la tarde junto al río y jugamos con los niños debajo de un viejo puente. Por la noche cantamos e hicimos amigos locales. Un día Jessica dijo que era su cumpleaños y salimos con otros siete amigos a la "disco" del lugar. Fuimos tan perfumados y ajuareados como pudimos. Llegamos a un bar que parecía una de esas bodegas donde se descartan los productos perecederos. Dentro tocaba una banda de rock

desafinada y a destiempo. Era hermoso, justo lo que necesitábamos. Las parejas bailaban como si estuvieran escuchando un vals. Al terminar las melodías agradecían con una ligera caravana y regresaban a sentarse a su mesa. Unos diez segundos después la banda comenzaba a tocar una nueva canción. Jessica y yo nos integramos al ritual, lo repetimos una y otra vez, con un eventual descanso para tomar una deliciosa Beerlao, la mítica cerveza con miel en el fondo de la botella. Juraría que es ambrosía. Y exactamente a la medianoche penetró en el recinto un grupo de militares; interrumpieron la música, prendieron la luz y nos sacaron a todos del lugar. Nadie se resistió al abuso. Afuera del antro nos explicaron las costumbres comunistas. Al día siguiente continué con mi descenso sin rumbo por el río Mekong a bordo de otro "barco lento". A Jessica le dije hasta luego.

La pequeña ciudad de Vang Vieng fue mi siguiente destino. Nuevos niños me recibieron con una alegría desmedida, y entonces tuve que reflexionar sobre el fenómeno que hace posible la relación entre seres humanos de diferentes culturas. Esa recepción amena, la sorpresa y el respeto sin otro fundamento que de reconocerse en el otro. En ese entonces los viajeros que navegábamos el río Mekong aún éramos una excentricidad, así como una agradable sorpresa. Los laosianos habían pasado muchos años aislados durante la guerra de la vecina Vietnam, pero también sufrieron sus peores consecuencias.

En Vang Vieng conocí a Beppe, personaje que parecía salido de un cuento de hadas escrito por un adicto a los hongos alucinógenos. De origen italiano, era cocinero en su natal Génova durante seis meses y viajero el resto del año. Beppe bebía una cerveza para el desayuno, tratando de convencerse de que tenía que dejar de fumar tanto opio. Le encantaba el sonido de la pipa al quemar la goma de esa bella planta que crece salvaje entre las majestuosas formaciones rocosas de aquella región. Adoraba el regusto dulce de su combustión. Pero le encantaba aún más la forma en la que le permitía desdibujar la frontera entre el sueño y la vigilia, haciéndole posible ensoñar durante todo el día. Pero era buen momento para desprenderse de aquellas mieles antes de que sucumbiese a sus encantos, como la pareja de alemanes que allí llevaba ya más de tres años. "Es fácil quedarse dentro, como en el oasis de Tucumán", me dijo Beppe cuando me invitó a experimentar su adicción durante un par de días. Con él compartí muy buenas historias, anécdotas y hasta una cama individual. Beppe había pasado casi dos meses viviendo en la casa de opio. Salía de cuando en cuando para comer un pan de plátano y beber una cerveza. Pero el "dragón" siempre lo llamaba de regreso. Por eso hablaba lento y de manera metafórica. Se había mimetizado con su entorno. También había aprendido a escuchar cómo crece el arroz.

Algunos días después también llegó Jessica a Vang Vieng. Se había enterado de los acantilados y las cavernas que resguardaba el pueblo. Por segunda vez me encontraba con alguien en dos ocasiones seguidas. Me dio gusto verla. Una tarde fuimos invitados a

una boda local. Yo bailé con la novia, tomamos licor de arroz y nos reímos mucho juntos. Esa noche a Jessica algo le había caído mal del banquete, Beppe roncaba y yo llevaba tiempo sin lavarme los pies. Aun así compartimos una misma cama los tres.

Durante toda la mañana le insistí a Beppe que viniese con nosotros a descubrir las cavernas del lugar. Ya luego podría regresar a la casa de opio si lo así lo deseaba, pero no le iba a caer mal estirar las piernas y tomar un baño de sol. Al fin consintió. Él y Jessica eran como un dueto de duendes que cantaban y bailaban mientras caminábamos entre las amapolas. Era como un mar escarlata que ondulaba hasta el horizonte, donde se levantaban dos colmillos de roca. Me hubiese encantado tener una cámara fotográfica, pero ya las odiaba para ese entonces. No sólo era la forma en la que transformaban la situación. Con tan sólo sacar una puedes tensar todo el ambiente de un mercado, e incluso el de un monasterio. Las cámaras transforman la mirada del interlocutor. Irrumpen en el misticismo que abrillanta la realidad.

Cuando al fin llegamos a la boca de la caverna ninguno de nosotros sabía qué esperar. Encendimos unas antorchas improvisadas y caminamos al interior, dispuestos por completo a ser sorprendidos. Una gran bóveda lítica nos abrazaba. Las estalactitas le escurrían como tentáculos, uniéndose de cuando en cuando con las estalagmitas para formar hermosas columnas de formas imposibles para la imaginación. Acordamos apagar las antorchas y concentrarnos en el sonido de las gotas de agua y en el eco del palpitar de nuestros corazones. Pero cuando Beppe quiso acomodarse se golpeó la cabeza con una estalactita. Entonces descubrimos un sonido celestial. Aquellas sales solidificadas durante siglos cantaban con voz propia. Es un sacrilegio golpearlas con las manos, incluso tocarlas, pero la orquesta que se organizó bien dentro del útero de la montaña nos hizo renacer a todos.

Vientián, Laos
Día 500 fuera de casa

Una mañana decidí que mi siguiente destino sería Camboya, pero al enterarme de que la frontera terrestre con Laos estaba cerrada tuve que conseguir un vuelo desde Vientián hasta Nom Pen. Beppe se quedó en la casa de opio. Imagino que allí sigue. Decidí tomar un camión que me llevara por las sinuosas montañas hasta la capital de Laos. Cuando fue momento, me despedí de Jessica. Lo hicimos sin problema. El apego no era lo nuestro. Incluso intercambiamos correos y acordamos que si el camino nos reunía de nuevo sería un gran placer. De lo contrario, nada había quedado pendiente. La nuestra no había sido una relación que hubiera experimentado con otra mujer. No había sido filial ni erótica ni práctica ni reproductiva. Simplemente fue. Poética, sin más.

Pasar la noche en una cárcel de Laos no fue tan grave como imaginé. Llegué a Vientián cuando oscurecía, esperando encontrar algún sitio donde dormir. Unas amables

mujeres me invitaron a pasar a una casa. Resultaron ser prostitutas y su casa un burdel. Compartimos una taza de té y muchas risas. Eran fanáticas de un futbolista mexicano llamado Luis Hernández. "Matador", me decían, "Matador", y luego se echaban a reír. Su risa era aguda pero gentil. Continué mi peregrinaje por la única capital del mundo que conocí que todavía no tenía banquetas. Compré algo dulce y raro en un puesto de la calle. Lo comí de camino al aeropuerto, al ocaso. Ahí me enteré de que mi vuelo se había retrasado casi un día entero. Nuevamente vagué por las calles maltrechas y entre la herencia decadente de la colonia francesa, sobre todo las fachadas y su pastelería. Como la terminal permanecería cerrada hasta que llegara el avión, decidí pasar la siguiente noche en una zanja que me encontré en un jardín frente al pequeño aeropuerto para no tener que pagar cuarto de hotel. Me puse de acuerdo con los guardias de seguridad. Luego de unas tres horas de comunicación con lenguaje de señas logré dejarles claro que mi avión no saldría hasta las seis de la mañana, por lo que pensaba esperarlo ahí sentado sin dormirme y sin molestar a nadie.

Entrada la noche llegó el hambre y tuve que dejar momentáneamente mi zanja para encontrarme con un plato de arroz frito y un jugo de piña. Al regresar al aeropuerto me lavé los dientes, pero la guardia había cambiado y los nuevos oficiales me sorprendieron escupiendo un último buche. Intenté comunicarles mi acuerdo previo. Estaba convencido de que entenderían, pero no fue así y tampoco supieron qué hacer conmigo. Entonces llamaron a otros guardias. Los que llegaron tampoco supieron qué hacer conmigo, y todos continuamos discutiendo, cada quien en su idioma.

Deliberaron entre ellos una eternidad, hasta que los ánimos se calentaron y comenzaron a gritar, cada vez más fuerte. De pronto llegó uno que me pareció el de mayor rango. Los otros se silenciaron. Era el capitán. Se acercó a mí, me miró y me dijo: "Sorry". No entendí por qué se disculpaba conmigo hasta que llegó una camioneta con barrotes. Aventaron al interior mis pertenencias y me solicitaron que yo también entrara. Estaba arrestado y sería arrojado a las mazmorras para morir de inanición. Hubiera preferido escapar, pero el capitán me indicó firmemente que me subiera al vehículo. Durante el trayecto a la comisaría me sentí perdido. Recordé las películas de extranjeros encarcelados que vivieron experiencias realmente crudas. Dimos rondas por toda la ciudad. Policías se subían y se bajaban. Me miraban y conversaban como considerándome perdido. Ahora sabía cómo corre la adrenalina cuando uno ha sido condenado a morir, y no pude más que aceptarlo.

Llegamos a la cárcel de madrugada. El capitán despertó a los guardias de turno. Me aterraba la idea de pasar el resto de mis días dentro de una celda asiática. Aún no me colocaban las esposas ni tampoco las cadenas. Pasamos al interior de una oficina donde dos mujeres y un hombre bebían cerveza y comían cacahuates. Me invitaron una bien fría y platicamos largo rato en un inglés descompuesto pero comprensible. Después

desocuparon el escritorio diciéndome que podía dormir sobre él y que más tarde me recogerían para darme un aventón de regreso al aeropuerto. Asentí y me dormí junto a un sacapuntas rojo. Cuando me despertaron me dieron un poco de fruta y un café delicioso. Luego llegué al aeropuerto tan puntual como incrédulo. Recibí abrazos y direcciones para que les enviara postales desde México. Al sentarme en el avión al fin comencé a reír y de esa manera aterricé en Nom Pen.

Nom Pen, Camboya
Día 503 fuera de casa

Desde los inicios de Camboya se veneró a Shiva, el dios destructor que con su danza puso en movimiento las fuerzas de la creación. Esta dualidad es la misma que percibí al llegar a un país donde todavía no se reconocían los derechos humanos. Sin embargo, representaba la oportunidad de visitar Angkor, la ciudad de los dioses-reyes, un sitio que ofrece una experiencia tan pura y noble como la vida eterna. Si bien vivir cuando menos otros mil años más era buena motivación, estaba también la oportunidad de atestiguar los remanentes del más reciente genocidio, en el cual murió la cuarta parte de la población del país. Ha sido uno de los episodios más tristes, y al mismo tiempo más desconocidos, en la historia de la humanidad.

En Camboya había entonces once millones de habitantes, diez de los cuales vivían en el campo. Su edad promedio era de diecinueve años, y cada uno tenía el equivalente a una mina o fragmento de bomba asignado en alguna parte del territorio. Cortesía también de los estadounidenses. Quedaban pocos ancianos, casi todos mutilados, arrastrándose y mendigando por las calles de Nom Pen. Los adultos habían sido casi todos exterminados. Era el único lugar del mundo donde resultaba evidente que todos los habitantes cargaban aún el peso de su historia. Era una época en la que muchos turistas morían a diario aventurándose más allá de las pocas calles asfaltadas.

Antes de la creación de la ciudad de Angkor, que en sánscrito significa efectivamente "ciudad", existieron otros reinos en los territorios de los indígenas jemeres. Los jemeres fueron adoptando diversos elementos de los pueblos dominantes que se asentaban o pasaban por sus tierras, que están en una importante ruta comercial. Fue del año 800 al 1431 cuando su civilización alcanzó la máxima expresión. Incluso se expandieron a los países vecinos bajo el mando de Jayavarman II, su primer dios-rey. Fue él quien ordenó la construcción de Angkor. Sus descendientes heredaron el título y construyeron nuevos edificios, generación tras generación, hasta que el reino tai, basado en aquel entonces en la ciudad de Ayutthaya, conquistó su capital en 1431.

Le siguieron siglos de abandono y esclavitud. Incluso se instituyó la colonia francesa. Nada mejoró, y en 1953 se independizaron pacíficamente. La zona luego se convirtió en un punto estratégico para la segunda Guerra de Indochina, también conocida como

Guerra de Vietnam. Cinco siglos de sufrimiento continuo para Kampuchea. Cuando todo parecía prometerles un respiro luego del terror, algo peor aún comenzó al tomar el poder. Saloth Sar, mejor conocido como Pol Pot. El suyo fue un movimiento echado a andar junto con sus hermanos. Todos estudiaron en Francia y regresaron a Camboya con la idea de construir una sociedad utópica basada en la agricultura. En principio sonaba bien, pero su idea incluía la destrucción de toda manifestación cultural previa: el de los Jemeres Rojos o Khmer Rouge, quienes permanecieron activos en Camboya hasta la semana previa a mi arribo. Entraron a Nom Pen, conocido como el París del Este, en 1975, cuando declararon su "año cero". También iniciaron un éxodo forzado de todos sus habitantes rumbo al campo. Los templos, monumentos y edificios fueron destruidos. A los doctores, maestros, monjes y artistas, así como a los representantes del régimen anterior, se les llevó a los "campos de muerte".

Lo primero que hice fue sentarme a tomar una cerveza en el mercado. Intenté platicar con un chavo que no me quitaba los ojos de encima. Hablaba inglés, y decidí invitarlo a comer. En un plato hondo nos sirvieron verduras, tallarines y pedazos de calamar fritos. Luego vertieron encima un caldo raro con muchas especias. Sobre el plato pusieron una deliciosa baguette. Acompañamos el festín con una cerveza Angkor, cuyo lema era "Mi país, mi cerveza". Comí con el constante sentimiento de tristeza mezclada con asco y esperanza que me producían los camboyanos. Su nombre era Pochentong. Nuestra plática se basó en la historia de su familia y las cosas que la gente vivía allí todos los días. Algo común eran las peleas entre jóvenes con armas de los más variados calibres. Luego Pochentong me llevó a rentar una motoneta para iniciar mi visita por la ciudad capital, que en algún momento fue un orgullo para los arquitectos budistas. Su religión se vio fortalecida, pues en ese entonces la practicaban noventa y cinco por ciento de sus habitantes.

Pocas edificaciones quedaron en pie tras la tragedia que causó Pol Pot, pero las que se conservan son maravillosas. Wat Phnom, por ejemplo, es una pagoda ubicada sobre una colina con varias reliquias de Buda. Enfrente se ofrecían paseos en elefante para los niños que paseaban por ahí luego de salir de clases. Me sorprendió la manera en la que los ancianos miraban a los niños. Era una mezcla de orgullo y fascinación. Más allá de sus cuerpos rotos y sus mentes descompuestas había esperanza en su mirada. Casi todas las calles eran de grava. Fui siempre cuidándome de las señales y letreros que indicaban "zona minada", "cuidado con las cobras" o "cuidado con los fragmentos de bomba". Éstos abundaban en las afueras de la ciudad con dirección a Choeng Ek, los "campos de muerte" donde más de cuarenta mil personas fueron asesinadas.

Al llegar a los infames Choeng Ek, observé una estupa con un gran letrero en tres idiomas que explicaba de la mejor manera posible la historia y funcionalidad de aquel

lugar. Básicamente era el sitio adonde se llevaba a matar a hombres, mujeres y niños de las maneras más terribles. Dentro de la estupa no se resguardaban las reliquias de Buda, sino que se almacenaban más de dos mil cráneos humanos. A su lado pastaban las vacas, pisando las fosas comunes de las cuales emergían pedazos de huesos, dientes y ropa que se observaban a simple vista en la superficie. De pronto, a la distancia, escuché una explosión. Me arrojé al suelo esperando lo peor. Miré al cielo y vi cómo por los aires se dirigía hacia mí al menos media tonelada de vaca descuartizada. El aire se tiñó de sangre. Cayeron huesos y filetes por doquier. Fue un espectáculo mórbido. Lloré, avergonzado de lo que somos capaces.

Abordé mi motoneta para dirigirme a lo que antes fue una escuela pero que entonces era conocido como Museo del Genocidio. La edificación fue acondicionada como la Prisión S-21 o Tuol Sleng, adonde llevaban a maestros, monjes e intelectuales para torturarlos antes de trasladarlos al Choeng Ek. Luego de cruzar tres rejas vestidas con púas llegué al patio. En su interior encontré tres edificios de tres pisos cada uno. Habían sido bloqueados con varias toneladas de hierro para restringir el acceso por los pasillos, las ventanas y las puertas. Sólo quedaba una zona abierta para entrar a las habitaciones de los torturados y observar la foto impresa y ampliada de cómo se les encontró.

Aquel día había sido largo y el calor intenso, pero necesitaba expresar tanta tristeza. La sombra dentro de mí buscaba salir a degustar una bocanada con cierta urgencia. Fue entonces cuando me encontré con Melifluo a mitad de la calle. Casi chocamos con nuestras motonetas. No podía yo creer la sincronía. Había dejado atrás las casas de opio y se dirigía al delta del río Mekong, en Vietnam. Me miró a los ojos. Nos vimos reflejados. Fuimos a beber una cerveza Angkor. No había mucho que decir. Resultaba obvio que era necesario para ambos ir a descargar las emociones que se habían apoderado de nosotros luego de visitar la ciudad capital de Camboya.

Un joven se nos acercó a platicar mientras dos niños como de catorce años se disparaban el uno al otro en el lado opuesto de la calle. Los transeúntes no se inmutaron con los disparos. Ni siquiera parpadeaban con el fuerte sonido de las detonaciones. Bebí mi segunda cerveza caliente. El chico que se me acercó me ofreció sus servicios. Quería llevarme a un campo militar para disparar. Yo se lo agradecí pero me negué. Pero luego de la cuarta cerveza terminó por convencerme, así que fuimos.

Tomamos las motos y seguimos al muchacho aquel. Podía haber sido una trampa o algún tipo de timo. Pero nada me importaba. Estaba sobrecogido por la ira. Luego de cuarenta y cinco minutos manejando atravesamos un par de retenes y arribamos al campo militar. Con un saludo del muchacho nos abrieron las cadenas como si fuéramos generales. Anduvimos entre obstáculos de entrenamiento y pequeñas casas con paredes de un estilo arquitectónico tipo queso gruyer. Poco después nos encontramos frente a varios militares junto con un grupo de turistas orientales. Cuando terminaron de atender

a los clientes me saludaron y me preguntaron qué estaba buscando. No supe qué decir. Melifluo dijo "M-16". Yo había pensado "cuerno de chivo". Entonces nos llevaron a un cuarto donde se encontraban las dos armas, así como cientos de pistolas y rifles de otros calibres. Había armamento de todo tipo. Dentro estaba además otro grupo de chinos celebrando. Uno acababa de arrojar una granada de mano a una vaca que había sido colocada a unos veinte metros de distancia. Festejaban su desmembramiento.

El M-16 fue el arma que llevó a la región el ejército estadounidense. Era más caro regresar a casa con ellos, así que los dejaron de recuerdo, junto con más de doce millones de granadas y fragmentos de bomba sin explotar. No resistí la tentación. Me dieron una primera carga de veinte balas. Había una silueta humana de papel a unos diez metros frente a mí. Los orientales que estaban a mi lado pedían otra vaca, así como un lanzacohetes. Me paré frente a mi objetivo y dejé ir el dolor, la ira, el sufrimiento y la ignorancia con cada una de las balas. Me acompañó un sentimiento de poder, así como una nueva dosis de adrenalina. Miré a Melifluo descargar su cuerno de chivo. Su blanco recibió varios hoyos en zonas vitales. Me vio a los ojos mientras yo seguía disparando con mirada rabiosa. Luego de varias rondas logré tranquilizarme. Entonces recibí una cerveza. Estaba fría. Me dieron también un toque. Melifluo lo fumó como con desesperación. Yo no quise probarlo. Me senté a observar a otro grupo de orientales que llegaban vestidos de traje. El que parecía ser el líder del grupo de turistas se acercó al oficial de mayor rango. Poco después de terminarme mi cerveza se presentó un par de militares. Llevaban con ellos a un hombre flaco de ojos saltones. No iba amarrado, pero sí tenía todos y cada uno de sus músculos tensos, así como la expresión más aterradora que puedan imaginarse. Creo que era claro lo que estaba por pasar. Nunca olvidaré su mirada.

"En Camboya matan", escribí por la noche, bebiendo una cerveza, mirando a la calle desde el balcón de mi cuarto en el tercer piso del hotel. Ya luego me acosté a dormir como si estuviera dentro de una celda. Seguí reflexionando acerca del dolor y el sufrimiento que los humanos somos capaces de infligir. "Pero ¿dónde no?", escribí al final.

Siem Riep, Camboya
Día 512 fuera de casa

Esa mañana desayuné un delicioso café y una baguette mientras leía el *Cambodia Daily,* publicado en inglés una vez a la semana. Leí con agrado que un joven, cabeza de uno de los linajes más importantes del budismo tibetano, había escapado de la opresión china y llegado a salvo a Nepal. En la siguiente página leí con desagrado que los turistas secuestrados en un barco con destino a Siem Riep al fin habían sido hallados, pero muertos. Aun así tomé mi barco con rumbo a Siem Riep, puerta de entrada de Angkor.

Navegué las aguas del lago Tonlé Sap durante cinco o seis horas. Había una ciudad flotante a orillas del lago. Parecía un mundo acuático que tampoco se había salvado de los estragos de la guerra y el genocidio. “En el agua no hay minas”, me dijo alguien. Después de un breve recorrido en camión llegué al centro de Siem Riep dispuesto a ver el amanecer en el complejo de construcciones más maravilloso del mundo. La pregunta más frecuente suele ser por qué motivo o para qué dios se construyó. La respuesta es difícil, pues resulta ser una mezcla hindo-budista derivada del culto al Devaraja o “dios-rey”. Cada “rey-dios”, desde Jayavarman II, le construyó nuevas secciones a la ciudad de Angkor de acuerdo con la religión dominante durante su reinado. En tiempos de paz eran todos budistas, pero en tiempos de guerra se tornaban hinduistas. Y así se iban alternando las cosas a conveniencia, como siempre.

Luego de conseguir una motoneta y un mapa del sitio arqueológico comí algo, dormí un poco y desperté a medianoche. Cuando me acerqué al lugar me detuvo un guardia. Le ofrecí el equivalente a un dólar y me dejó pasar. Me dijo que la zona no había sido limpiada de minas terrestres. También, que había “cobras reales” con suficiente veneno para matar a un elefante. “Somna lao”, me dijo el guardia, deseándome buena suerte. “Tanto okun, chuap clie tngai traoi”, le agradecí, despidiéndome, y manejé por la brecha entre la selva con rumbo al mítico Angkor Wat.

Cuando los primeros rayos del sol se comenzaron a derramar sobre las piedras de Angkor Wat mi corazón palpitó como nunca lo había hecho. El sentimiento todavía me resulta indescriptible. Los antiguos habitantes decían que esta ciudad celestial era el camino que conectaba el mundo del ser humano con el mundo de los dioses. Por eso fui a Camboya, para encontrarme con la perfecta armonía de sus templos, comer los frutos de sus ríos, percibir el sonido de sus animales y encontrar un nuevo latido para mi corazón.

• • •

Los viajeros somos personas que nos identificamos como parte del mundo y embajadores accidentales. Nos reconocemos mutuamente sin importar nuestro origen y destino, y celebramos la causalidad de nuestro encuentro. Compartimos gustos, así como preocupaciones y soluciones. Las ideas que llenan nuestra cabeza y alimentan nuestro corazón son similares. Buscamos siempre la novedad. Cada uno tiene su manera de percibir la “realidad”, pero aun así nos ocupamos del bienestar del otro.

Los viajeros actuamos tomando como base valores que consideramos universales, y nos dedicamos a desarrollar dignamente nuestra vida personal y profesional como un motivo de inspiración para todos aquellos que aún no han hecho de su vida un viaje. Compartimos y aprendemos del otro. Ponemos en duda nuestros propósitos casi a diario,

y respetamos su propio tiempo y su finalidad. Hablamos y escuchamos. Buscamos siempre resguardar la diversidad, al tiempo que sacamos el mejor provecho de la globalización. Solemos participar del arte y de los medios pues tenemos la necesidad de comunicarnos. Sabemos que todos estamos conectados, no solamente digital o metafóricamente, sino también de una manera física.

He vuelto en varias ocasiones a la región, y he tenido la oportunidad de reencontrarme con viejos amigos y viejos destinos. Me resulta sorprendente la velocidad con la que suceden los cambios. Me da gusto haber vivido lo que viví. Cada día son más los que buscan redefinirse o encontrarse por medio del acto de viajar. El proceso es similar en todos. Las etapas que uno experimenta conforme se desprenden las viejas formas de ser y hacer las cosas son similares en todos los casos. Ultimadamente, somos parte de la misma especie. Pero más allá somos individuos, únicos e irrepetibles.

El oficio de viajar no es para cualquiera. Melifluo me refirió su propia definición del viajero (im)perfecto. Habitamos una era de frases prefabricadas en la cual no estoy seguro de que viajar ilustre. Abundan los "profesionistas" cuya motivación es viajar gratis. Son cínicos al servicio de las agencias de relaciones públicas e intereses comerciales. Que quede claro que todo lo que sale de la boca de un viajero es ficción con el potencial de convertirse en realidad. No somos periodistas comprometidos con una agenda comercial ni mucho menos turistas del oficio, confabulados con quien sea que nos regale un hueso, seres asquerosos, e innecesarios.

Un viajero debe conocer el nombre, la historia oficial y las leyendas de todos los países que visita, así como reconocer sus fronteras geográficas con los ojos cerrados, saber dibujar su bandera en una servilleta y aprender a cocinar cuando menos uno de sus platillos típicos, o siquiera poder cantar una de sus canciones de cuna. Saber decir "te amo" en unas cien lenguas y haber probado cuando menos otras tantas. Comer, beber, ir al baño y dormir una siesta cada vez que se tenga la oportunidad de hacerlo. Reconocer las constelaciones, el humor de los vientos y las consecuencias de las mareas, así como las cualidades de las plantas medicinales y las líneas del metro de las principales ciudades capitales. Un viajero no debe tener miedo a la malaria ni a la fiebre amarilla, pero sí respeto a las enfermedades venéreas. Hay que saber comer con las manos, con palillos y con al menos doce diferentes tenedores. Se debe ser adicto a los atardeceres, pero también a los amaneceres. Andar con una sonrisa sincera. Nunca seguir los consejos de una "guía práctica", pero siempre que se pueda hacer lo contrario. Y, eso sí, un viajero (im)perfecto nunca le hace caso a otro viajero (im)perfecto, sino a lo que su propio corazón le dicta. Lo que está "bien" hoy puede estar "mal" mañana. Y viceversa. O qué sé yo.

CAPÍTULO 9

CAMINO A CASA

Hay un placer en los bosques sin senderos.
LORD BYRON

Cantara
Día 1421 fuera de casa

En el momento en el que desperté registré lo sucedido.

Volví a casa con el maletín lleno de papeles e instrumentos. Mi esposa, chateando en la cama no sé con quién, con un vaso de licor de cereza sobre la mesa de noche, dijo, sin quitar los ojos de la pantalla, que me veía muy cansado. Los sonidos de siempre. La insoportable música del vecino que tarareo aun cuando no quiero hacerlo. Cien televisores encendidos al unísono. Mi hijo, en su cuarto, robusto, palidece inerte manipulando a la distancia su consola con manos dolidas por la tendonitis. "¿No vas a darte un baño?", preguntó mi mujer. "Quítate la corbata, tómate algo, estás de hueva, necesitas aprender a relajarte." Tuve que salir corriendo para no armarle una escena.

Entré al estudio, el lugar de la casa donde creía que todavía podía disfrutar un poco de intimidad. Me senté a generar un conato de ilusión. El brote de una idea. Algo mío y sólo mío, aunque fuera por unos instantes. Busqué en el armario. Todo había sido reacomodado. Aun así lo encontré. Abrí mi diario de antaño y acaricié sus caracteres como si se tratara de un relicario. "¿No lo puedes superar? —dijo mi mujer mientras invadía mi espacio con su vaso de licor en la mano—. Apuesto a que otro ya lo hubiera logrado; en fin, ya llegó la cena."

Las salsas se habían escurrido por los dobleces de la caja de cartón. La telefonista había olvidado mandar servilletas extras y la mirada de mi hijo me hizo recordar a las esposas lusitanas oteando el horizonte desde sus balcones a la espera de los marinos mercantes y exploradores que nunca volvieron. Con esa misma nostalgia suspiraba por su consola; por su otra vida, en línea. Mi mujer y yo, gordos ya. "Es del chino que te gusta", dijo sin terminar de pasarse el bocado. Había dejado de cocinar hacía varios años, pero todavía no aprendía a ordenar muy bien. Mi hijo me pidió dinero luego de

romper su galleta de la fortuna. A mi mujer ya le había llegado su tarjeta de crédito mancomunada.

"¿Vamos a pasear por el barrio después de cenar?", les pregunté. Sabía de antemano que a esa hora comenzaba la novela de mi mujer, y que mi hijo no veía la oportunidad para desaparecer y volver con su juego aquel. "No sé por qué te gusta tanto salir a caminar cuando todo está cerrado; de hecho es peligroso —dijo mi mujer—. Ve sin cartera, ponte un suéter, pero llévate algo de dinero por si te atracan para que no se enojen, ya ves que el otro día picaron al vecino por hacerse el rudo y ahora tiene que cagar por un tubo que le sale de la panza." Por un momento sentí ganas de sentarme con ella simplemente a mirar el televisor hasta caer dormido y despertar para irme de nuevo al trabajo sin problemas.

"Me sentó pesada la cena y necesito bajarla; ahora vuelvo", les dije. "¿Sentó?", escuché que repitió mi hijo ya cuando la puerta se había cerrado. No le gustaba que usara otras palabras que las estrictamente necesarias. Ambos se quedaron, riéndose a mis espaldas.

El perro del vecino detectó mi presencia de inmediato. Pronto alertó a los perros del resto del conjunto, como avisando a los bandidos de mi presencia. Estarían ya esperándome con sus navajas en la esquina, inhalando "mona" para no sentir ni el hambre ni los fútiles golpes que intentaría yo propinarles cuando se acercaran a clavarme como un cerdo. "Tan sólo es un perro el que ladra, y aún hay muchas luces encendidas", me dije a mí mismo como para calmarme. No hacía frío; más bien hacía calor. Todavía transpiraba por la frente y los sobacos, así que me quité el suéter y lo cargué sobre el hombro por si las dudas.

La noche anterior había emprendido una travesía similar, logrando no sólo salir del conjunto multifamiliar, sino llegar hasta la esquina que daba a la calle exterior, donde los autobuses apenas pasaban por debajo del puente peatonal. Sería ese puente mi destino aquella noche, lo había decidido, sólo que no encontraba el valor para llegar. No es fácil superar la incertidumbre.

La cena me había caído en verdad pesada. Mi sistema digestivo llevaba tiempo colapsado, síntoma de mi descuido. Había puesto en entredicho mi propia naturaleza y renegado de ella. Llevaba años intentando dominar a la fiera salvaje que vivía dentro de mí. Cada paso agitaba todavía más mi corazón, alterando mi respiración. Había aprendido a dominar ya los ataques de ansiedad. O al menos eso me dije a mí mismo para no caer presa de ellos de nueva cuenta. "La cabeza es cabrona", me repetí, intentando llenar los pulmones y relajar los hombros. Pero mis manos comenzaron a sudar y mi corazón se agitó augurando una taquicardia. Entonces se nubló la visión de mi misión y volví a caer presa del miedo que ya no es miedo, sino pánico. Pánico de caer muerto así sin más, fulminado como una mosca por un ataque masivo al corazón. La

simple idea aceleró todavía más mi ritmo cardiaco. Quise vomitar. Tuve que emprender el camino a la seguridad relativa del hogar.

Comencé a correr y también a detenerme, tratando de calmar mi corazón. Quería controlar lo incontrolable. Corrí de nuevo para llegar cuanto antes, pero tuve que parar para intentar repletar mis pulmones pues cada vez retenían menos aire. Al menos eso era lo que sentía. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que no lograría llegar de vuelta a casa. Busqué un sitio iluminado donde apoyarme para que algún paseante se apiadara de mí y llamara a una ambulancia, pues de nada me serviría ser médico cuando me reventara el corazón en mil pedazos. Ésa era la imparcialidad del cuerpo que había yo aprendido a manipular, mas nunca a admirar y mucho menos respetar.

Pasó un largo rato sin que pasara mucho. Eso hizo que, sin darme cuenta, mi respiración y palpitar se normalizaran. "La mente es poderosa", me dije. La tensión de mi quijada me había despostillado la punta de un premolar, que escupí en la palma de mi mano, dándome cuenta de que pese a lo joven que era ya comenzaba a caerme a pedazos. Las falanges me dolían también por la tensión, tanto como lo hacen por la artritis con el frío húmedo de alta mar.

Cada noche era lo mismo. Entonces volvería a casa, derrotado. La familia seguiría viendo la televisión. "¿Ya diste tu paseo?", preguntaría mi mujer sin despegar la mirada de la pantalla. "¿Te sientes más tranquilo?" Yo asentiría como un acto reflejo y por pena de lo acontecido. Entonces tomaría un vaso de agua tibia, le daría un beso en la frente y me disculparía diciendo que al día siguiente tendría un día terrible en el trabajo. "No te programes, wey", me diría entonces. Luego me sentiría extenuado y listo para dormir, pero en el momento en el que descansara mi cabeza sobre la almohada me abrumaría de nuevo el insomnio. Me levantaría una y otra vez a comer o beber o mirar la televisión hasta que, sin saber cuándo ni cómo, conciliaría un sueño tímido e inconsciente.

Esa noche al volver a casa estaba listo para recrear el drama de la rutina. Cuando me levanté de la cama vencido por el insomnio ellos dormían. Pero había algo diferente. Era un dolor en el pecho. Era real. Me hizo salir de la casa para tomar con desesperación una bocanada de aire. Me recosté sobre la hierba que brotaba del asfalto. La toqué con mis manos. Estaba húmeda, tal vez por la lluvia o por los orines de los perros. Entonces sucumbí al dolor real de un infarto al corazón. Es ese dolor que uno siente sólo una vez en la vida, el de la muerte, el que nunca se olvida. Fue entonces cuando pude al fin reposar mi mente en la blancura de un espacio atemporal. No había recuerdos ni ilusiones. Apenas un eco. No había ya incertidumbre. Ya nada.

Descanso al fin de mi existencia.

Por fortuna o designio, un vecino que pasaba por allí miró mi cuerpo terminar de retorcerse, tentado de observarme aún más de cerca pero incapaz de intervenir. Al menos me deja tranquilo saber que alguien pudo constatar que fue así, y no por las variadas

conjeturas concebidas durante mi entierro. Que si por sobredosis, que si por tristeza.

A mi sepelio llegarían amigos y familiares a los que no había visto hacía mucho tiempo. Había dejado de ser un animal social. El trabajo me lo imponía. Las expectativas de mi mujer, las necesidades de mi hijo, mis propios miedos. Ahí estaban, sin embargo, los amigos de la infancia con los cuales viví algunas de las mejores experiencias de mi vida. También había familiares de los que obtuve mis primeros ejemplos y recuerdos.

Siempre pensé que, por ser de los más jóvenes, vería morir a muchos otros antes que a mí mismo. Sin embargo, aun las abuelas veían con desagrado mi gesto retorcido por el dolor aquel del cual nadie me había advertido, y que nadie había sido capaz de borrar. Al menos hubieran cerrado el féretro. Me hubiese gustado que me recordaran con una sonrisa en medio de aquellas flores blancas. En el panteón había sauces llorones, cipreses, restos de velas y flores putrefactas. Símbolos sacros y monumentos de piedra. Hubiera preferido que me cremaran en una pira funeraria a orillas de un río.

Desperté agitado, recostado sobre una cama de girasoles gigantes. Estaba empapado en sudor. Miré los remanentes de la última noche estrellada que pasamos en Cantara, acurrucados entre las piedras de sus templos olvidados. Toda la noche me atormentaron las pesadillas. Me imaginaba en el futuro, de vuelta en casa, o lo que hubiera pasado si nunca hubiera emprendido aquel viaje. Le había perdido el miedo a la muerte, mas no al retorno. Sabía, sin embargo, que era inevitable. La idea de acompañar a mi hermana para celebrar su boda crecía a cada instante. Era una mezcla de culpa y obligación, un llamado primordial. Al terminar de abrir los ojos y tallar el rocío miré la pipa de ganja de Melifluo, así como su mala o collar de rezo hecho con semillas de loto descansando sobre mi mochila. Nunca había visto que se desprendiera así de él.

Me sentí sobrecogido, así que cerré mi diario y caminé por las ruinas de Cantara. Intentaba relajarme. Había mucha tensión en el ambiente. Las golondrinas desayunaban las mariposas que solían habitar en la región. Llegué a la orilla del río. Ahí descansaba Melifluo con los pies dentro del agua estancada. Justo era el lugar donde los cuerpos putrefactos de vacas, niños y cobras se amontonaban para descomponerse. Así había sucedido por siglos, si no es que milenios. "¿Qué onda?", le dije. Tardó en contestarme. "¿Qué pasó?", dijo al fin. Era evidente que estaba enojado conmigo, devastado por la idea de volver a casa. Con una violencia inédita, brincó hacia mí y comenzó a desquitar su furia. Era como una bestia herida. No tenía nada que perder.

Ciudad Ho Chi Minh, Vietnam
Día 557 fuera de casa

"¡Sólo he contado la mitad de lo que verdaderamente vi!", exclamó Marco Polo cuando

en su lecho de muerte le exigieron que borrara o modificara de su libro las historias que no hubieran sido ciertas.

Cuenta Marco Polo que cuando el Gran Kan se sentaba en el alto estrado de su magnífico salón ponían en el suelo las copas repletas de vino. Entonces los maestros de los hechizos, llamados bacsis, lograban por medio de sus artificios y encantamientos que aquellas copas llenas de vino se alzaran, y por sí mismas se situaran frente al Gran Kan sin que nadie las tocara. Fue hace casi ochocientos años cuando Marco Polo, uno de los más grandes personajes que hayan trotado por el mundo y descrito sus placeres, definió una forma nueva de crear y compartir los influjos de los viajes sobre la mente, el cuerpo y el alma del viajero. En su libro *Il Milione* describió las muchas rutas, ciudades y culturas que impulsaron la ambición de satisfacer su propia curiosidad, así como el afán de los futuros conquistadores y aventureros, como Cristóbal Colón, que contaba con un ejemplar de su libro entre sus posesiones. Yo también tengo los relatos de sus viajes, que, se dice, fueron transcritos por Rusticello de Pisa. Muchos piensan que son un millón, pero de mentiras. A mí no me importa, pues dan luz a otros tiempos, en los que se viajaba con otros riesgos de por medio. Lo de menos es su veracidad; lo importante es su impacto.

Sin Marco Polo tal vez no tendríamos helados ni piñatas ni tampoco pasta. Se dice que recorrió la costa de Vietnam en su travesía desde Pekín, en China, hasta Sumatra, en la actual Indonesia. En esos tiempos casi toda la región le pertenecía a Kublai Kan, el quinto y último emperador del Imperio mongol, así como primer emperador chino de la dinastía Yuan. Kublai Kan fue nieto del mítico Gengis Kan, quien unificó a las tribus nómadas de mongoles en el norte de Asia a finales del siglo XII d. C., conformando el imperio contiguo más extenso de la historia. Su dominio se extendió por un territorio inmenso: desde Siberia hasta Mesopotamia, y del océano Pacífico hasta Europa occidental, incluyendo la India y casi toda Indochina.

Llegué a Vietnam luego de cruzar su frontera con Camboya. Ahí tomé un camión en dirección a Saigón, capital de la región que llamaron Cochinchina durante la primera colonia francesa en Indochina. Ahora se llama Ciudad Ho Chi Minh en honor del líder revolucionario que condujo el triunfo de los comunistas sobre los norteamericanos en 1975. Mi idea del país estaba llena de prejuicios por las imágenes bélicas que se han difundido sobre Vietnam en libros y películas durante las últimas décadas. Pero los vietnamitas son hijos míticos de una serpiente de mar y un hada. En tres ocasiones, entre mediados y finales del siglo XIII d. C., los mongoles intentaron conquistar su territorio. Sin embargo, también en tres ocasiones fueron vencidos por los vietnamitas. Y se dice que la última parte de la visita de Marco Polo al territorio de Vietnam sucedió precisamente en la ciudad que me recibió con el nombre de Ho Chi Minh.

Sus avenidas estaban repletas de jóvenes estudiantes vestidas de blanco. Se miraban

impecables con sus guantes a bordo de sus bicicletas. Había también vendedores de pollos asados y tarántulas caramelizadas con palitos atravesados como si fueran paletas. Motocicletas montadas por hasta cinco pasajeros. Ejecutivos de traje y corbata. Hombres con el torso desnudo hechos como de fibra pura.

En general, la población me parecía compuesta en su mayoría de jóvenes, sobre todo mujeres. Tanto niños como adultos mostraban huellas de la última guerra. Las más evidentes eran las quemaduras y las mutaciones derivadas del uso del agente naranja, sustancia química desarrollada por Monsanto y rociada por los estadounidenses durante el conflicto bélico conocido como Guerra de Vietnam. También llamada segunda Guerra de Indochina, duró casi veinte años y redefinió por completo el territorio de los vietnamitas. Fue una generación entera la que vivió en carne propia el intento de impedir que el territorio norte del país se unificara con el sur.

Casi seis millones de personas murieron y otros diez millones se convirtieron en refugiados por capricho y cortesía de los Estados Unidos. Fue también la primera derrota militar de éstos. A cambio, dejaron destruida setenta por ciento de la infraestructura en el norte del país y sembrados miles de minas y otros artefactos sin explotar que todavía cobran al menos una vida al día. Además, defoliaron las selvas con el coctel químico confeccionado por Monsanto, el cual también generó miles de abortos prematuros, nacimientos con malformaciones y esterilidad. Todo ello lo pude revivir en el museo de los crímenes de guerra junto con un pequeño grupo de estudiantes de primaria que miraban aterrados los ejemplos encerrados dentro de botes de vidrio con formol. "¿Por qué?", se preguntaban unos a otros. "¿Por qué?", me pregunté a mí mismo.

Luego de conocer un poco de lo que fueron el genocidio camboyano y la invasión de Vietnam, me quedó claro que lo mío no es el "turismo de guerra", así que fui a buscar y recibir la paz dentro de la catedral de Notre Dame. La celebración me pareció sensible e iluminadora. Tenía la cabeza llena de ideas confusas y el corazón repleto de sentimientos todavía sin digerir. La misa se ofició en vietnamita. Las miradas se posaban curiosas en mi presencia. Hacía ya varios años que aquella guerra había terminado. Pero ¿acaso es posible determinar cuándo concluye una guerra como ésa, o si en verdad algún día terminará?

Al mediodía me comí unos rollitos de verdura envueltos en papel de arroz y bebí una tradicional cerveza 333. Luego de arrastrarme por los túneles que hizo el Vietcong en medio de lo que le queda de selva a la región de Cu Chi, recibí un masaje con la técnica de las ventosas chinas. Quedé como payaso, con cincuenta y un moretones en el cuerpo del tamaño de una pelota de golf que me colorearon las carnes durante más de cuatro meses. Y cuando terminé de hacer todo lo que hacían los visitantes de Ciudad Ho Chih Minh en aquel entonces, decidí explorar el delta del río Mekong. Llevaba varias semanas siguiendo su flujo, sorteando sus rápidos y cascadas, así que era momento de ver

culminar el río de los “nueve dragones”, como se conoce en Vietnam a la red de distributarios que desembocan en el Mar de la China Meridional. En ese entonces no había cruceros para navegar el delta, así que abordé un antiguo barco arrocero de madera que surcaba las últimas aguas del río antes de fundirse con el mar tras recorrer más de cuatro mil kilómetros desde la meseta tibetana, dando sustento a más de cien millones de personas.

El barco iría parando para recoger costales de arroz cultivado en las muchas poblaciones fundadas sobre las riberas del Mekong. Aun con todas las afectaciones de la guerra a la agricultura local, los vietnamitas siguen siendo los segundos productores de este cereal. Resulta sorprendente la fortaleza de su físico, pero sobre todo la de su carácter. Nuestra primera parada fue en Sa Dec. Al llegar, los niños se percataron de mi presencia. Era como si nunca hubieran visto a un viajero de facha occidental, o al menos no a uno cargando una sonrisa en lugar de algún tipo de fusil. Nos miramos atentos mientras la tripulación estibaba los costales antes de continuar la navegación. Poco a poco se fueron congregando más y más niños curiosos. Me resultó un tanto inquietante. No supe si de pronto me iban a comenzar a lanzar piedras, pues tal vez no habían conocido otra cosa que no fueran los estragos de la guerra traída por los occidentales. Pero cuando zarpamos, ese contingente se convirtió más bien en una especie de comité de despedida.

Los niños de Sa Dec comenzaron a perseguir nuestra embarcación agitando sus brazos entre risas. Los niños de las siguientes aldeas interrumpían sus actividades para salir de sus casas cuando se daban cuenta de la conmoción, y entonces se comenzaba a formar una especie de comité de bienvenida. Llegaba un momento en el que ambos grupos se unificaban, el grupo de los niños que se despedía y el de los niños que me daban la bienvenida. El primero se disolvía cuando los niños se daban cuenta de que ya se habían alejado demasiado de su aldea, pero pronto eran sustituidos por los que apenas comenzaban su carrera. Cientos de niños integraron una especie de cadena o caravana que me acompañó durante casi todo el día. Algunos, los más grandes, se descolgaban de los puentes ayudados por sus amigos para extender las manos y tocar las mías. Otros, los medianos, simplemente corrían siguiendo el cauce del distributario en cuestión. Los más pequeños abrían los ojos tanto como podían para creer lo que estaba sucediendo. Yo los saludaba a todos de vuelta sin tener otra cosa que ofrecerles además de una sonrisa. La verdad, al principio me dio un poco de miedo; no sabía qué esperar, sobre todo de los adultos que presenciaban la escena. Luego me dio mucha ilusión. Así transcurrieron al menos cinco horas, hasta que oscureció y al fin logré comenzar a pasar inadvertido. Creo que nunca terminaré de comprender la situación. Me sorprendió. Esperaba lo contrario. Fue una avalancha de sentimientos.

La vida me pareció fluir tranquila y armónica en el territorio de un pueblo que, después de más de mil años de ocupación china y doce terribles guerras, busca vivir al fin en paz. No cabe duda de nuestra necedad. Los vietnamitas siembran a diario el arroz, pero también la esperanza. Tal vez no les haya tocado vivir la paz jamás, ni a ellos ni tampoco a sus abuelos, pero no parecen perder la ilusión de que tal vez sus hijos, o cuando menos los hijos de sus hijos, sí puedan disfrutar sus mieles. No puede uno dar por hecho lo que tiene hasta que no lo pone en perspectiva. Y los viajes, sin duda, ofrecen la respuesta de todo lo que uno anda buscando, pero también de lo otro.

La noche la pasamos en el puerto de Can Tho, una gran ciudad que según me dijeron es flotante. Bajé del barco a comprobarlo y me encontré con un puesto donde servían una deliciosa cobra al curry con arroz. Luego bebí muchas cervezas 333, y no recuerdo más sino hasta la mañana siguiente, cuando el capitán del barco subió a otro pasajero. Era Melifluo. No podía yo creerlo. De todas las embarcaciones y de todas las regiones posibles en todo el Sureste Asiático, ahí estaba de nuevo. Era como si fuéramos uno y el mismo. Llevaba consigo una piel de cobra que colgaba de su mochila. Había sido un regalo, dijo.

La noche anterior —me platicó mientras navegábamos los últimos kilómetros de camino al mar— fue recibido en la casa de una familia que honró su visita con un té preparado tan sólo con el rocío acumulado en los pétalos de las flores de loto que habitaban el enorme estanque sobre el cual habían suspendido su casa con pilotes. Me pareció una proeza casi imposible, pues requería la participación de toda la aldea. Y cuando al fin el agua llegó casi al punto del hervor, la madre dejó caer un puñado de suculento té blanco. Entonces el padre sostuvo una cobra de más de cuatro metros de largo por la cabeza con su mano izquierda, y con la derecha empuñó un filoso cuchillo con el que rebanó el pecho del reptil. Ágilmente sacó su corazón y lo arrojó dentro del caldo para que Melifluo lo bebiera. Era un tónico simbólico que lo protegería hasta la eternidad.

Katmandú, Nepal
Día 800 fuera de casa

Llegó un momento en mi vida en el que cualquier persona que hubiera conocido estaba muerta o haciendo su vida sin mí. El sentimiento que alguna vez nos unió se había desvanecido. Yo era, cuando mucho, un vago recuerdo. Un fantasma. Así que mi sueño infantil poco a poco se tornaba realidad.

Desde el cielo, el reino de Nepal se acomoda entre un sinfín de ríos que bajan desde los glaciares de la cordillera del Himalaya, el “lugar de la nieve” donde se concentran ocho de las diez cimas más altas del planeta. Es también la morada de los dioses y el estandarte de una nación que se mantuvo aislada de Occidente hasta hace poco tiempo.

Por ello tal vez miro desde la ventanilla que aún le restan valles verdes mezclándose con bosques húmedos, cascadas y desfiladeros. Pero, sobre todo, le queda su identidad.

Katmandú. Su nombre me estremecía. Al fin se revelaba frente a mí. Una ciudad de aire ligero, recubierta por una capa de contaminación tan espesa que no estaba seguro de que nuestra aeronave lograría penetrar su espacio aéreo, o si saldríamos proyectados con rumbo a la estratosfera. Alguna vez dije que de niño siempre quise ser fantasma o basurero, y que al llegar mi adolescencia lo único que deseaba era comprar un anillo en el mercado de Katmandú. Tuve que cruzar no sé cuántos países y no sé cuántas vidas para visitar la capital de Nepal. No hay plazo que no se cumpla. El ciclo comenzaba a terminar. Sería mi arribo un indicio, el principio del fin o el comienzo de una nueva experiencia. Eso aún estaba por definirse.

Recuerdo haber volado de Bangladesh a Katmandú después de pasar un par de meses en aquel fantástico y conmovedor país. No pude ir por tierra pues acababa de sufrir un accidente, o una invitación. El día que llegué a Daca, capital de Bangladesh, caminé como siempre sin rumbo definido. Daca se localiza cerca del delta del río Ganges. A cada rato se inunda y las temperaturas superan los cuarenta grados. Es una de las ciudades más pobladas, carentes de servicios y contaminadas del mundo. Cuando llegué a un parque, dos niños de siete u ocho años me miraron con ojos hambrientos. Yo tenía algo de provisiones, así que nos sentamos a comer, recargados en un pasamanos oxidado. No hablamos de nada, pues no había manera de comunicarnos. No hacía falta. Luego nos pusimos a jugar y yo me subí a una enorme resbaladilla. La niña gritó fuerte mientras yo me arrojaba. La lámina oxidada me cortó tanto que comencé a desangrarme mucho antes de tocar el piso.

Jack, mi compañero en la cama contigua del hospital Bhuiyan, había dejado su casa cuando cumplió quince años. Había sido un joven apuesto y carismático. Le encantaban el teatro y la actuación. Su curiosidad lo alejó del calor y la certidumbre del hogar. “Nací en Rumania”, me dijo cuando la llaga de su pierna comenzaba a oler a queso rancio. Había aprendido a leer las cartas y a echar sortilegios de amor con la gitana matrona de la caravana con la que recorrió los bosques repletos de lobos y los poblados con calles de madera en su natal Transilvania. Primero visitó su país de punta a punta y luego se fue a vivir un tiempo a Bucarest. Ahí juntó suficiente dinero realizando lecturas, echando la suerte con las cartas y haciendo actuaciones callejeras. Jack conocía a detalle las pinturas de los monasterios ortodoxos de todos los templos de aquella región. Estaba fascinado con las representaciones pictóricas de los seres considerados sagrados por sus antepasados. Luego de un par de años viajando por el norte de África y el Medio Oriente, llegó al sureste de Asia. Fue ahí donde encontró el amor. Selló su unión con una tal Sonia en una emotiva ceremonia realizada bajo una famosa cascada en la isla de Sumatra. Dos o tres semanas más tarde Jack huyó del compromiso. Nunca se lo

perdonaría a sí mismo. “Me di cuenta de que nada es para siempre”, me confesó una noche que la fiebre nos molestaba a los dos.

Cumplidos los veintitrés años Jack llegó a la India, y tres meses después se instaló en un ashram de Varanasi. “Iba buscando purgar mis errores para poder volver a mirar la luz en mi interior.” También me platicó de los encuentros fortuitos en la calle con aquellos que cargan sobre sus hombros los cuerpos de sus familiares, envueltos en seda, mientras van rezando y cantando hasta llegar a los crematorios junto al río. “Ahí brotan los torreones del humo de maderas como el sándalo, flujos corpóreos y huesos calcinados”, me confesó. Yo estaba encantado con sus historias, que a otros tal vez les hubieran parecido nauseabundas. Pero para mí eran apasionantes, incluso estimulantes. “Deberías ver cómo es Cantara”, me dijo entre las sombras de la noche, proyectada la luz de la vela sobre su mirada. “Cruza el río en un barco de remos y camina tres días contra la corriente. Luego, sólo sigue las señales”, me dijo el día que nos despendimos. A él tuvieron que cortarle la pierna. A mí sólo me dieron varios puntos.

Cuando salí del aeropuerto de Katmandú me informaron que por la noche habría toque de queda en toda la ciudad. La amenaza era que dispararían en contra de cualquiera que estuviera fuera de su casa, sin importar que fueran extranjeros. Esa misma tarde me perdí caminando por las calles de Katmandú, recobrando las fuerzas, buscando sin buscar. Caminé como flotando sobre aquella maraña de ladrillos y tierra, repleta de estupas y plazas con palomas y hombres santos que me parecieron como recientemente salidos de una cripta. Era todo una mezcolanza de budismo, hinduismo, turismo y taoísmo a la sombra de la más imponente de las cordilleras. “Katmandú ya no es lo que era”, me dijo un viejo peregrino que había llegado desde Francia en una combi hacía más de treinta años. “Nada lo es”, le dije. Se llamaba Karl. Él bebía un whiskey en las rocas y yo una cerveza. Sentí algo de envidia, pues me hubiera encantado hacer ese mítico viaje que realizaban los viajeros en los años sesenta visitando destinos que hoy algunos estadounidenses llaman “el cuerno del terror”, incluyendo Irán, Irak, Afganistán y Pakistán. Pero también me hubiera gustado ir a bordo del navío de Magallanes, realizar la Ruta de la Seda junto con Marco Polo y viajar a un lado de Alejandro Magno por la costa del Mediterráneo. Estaba confundido y se me dificultaba interactuar. Necesitaba salir de la ciudad para preguntarle a la naturaleza qué hacer. ¿Debería regresar a casa para casarme, tener hijos y morir viendo los infomerciales en el televisor? ¿O acaso terminaría como Karl, sostenido por los recuerdos y un poderoso bastón, vendiendo hachís y contando historias a cambio de tragos en un bar del barrio turístico de Katmandú?

Salí de ahí cuando se hizo de noche. No había nadie en la calle. Entonces recordé el toque de queda. Una pequeña puerta llamó mi atención por ser más pequeña que las demás. “Se dice que los demonios son altos, y así no pueden entrar a las casas”, me dijo

el locatario cuando me miró penetrar en su lugar. Dentro hacía calor. Un olor delicioso emanaba de un caldero dispuesto sobre el fuego abierto. Saludé con reverencias a los otros cuatro señores que estaban sentados alrededor de una mesa y junto a otra fogata donde preparaban un té exquisito. Me miraban perplejos. Claro que un rubio de cabello rizado y la estatura promedio de un demonio era lo último que esperaban ver entrar por esa puerta aquella noche en la que ya comenzaba el toque de queda. Luego de la impresión me invitaron a sentarme con ellos y a cenar un delicioso búfalo en salsa verde. Y la plática se extendió toda la noche hasta la madrugada. El tema fue el porqué de aquel toque de queda, así como los retos del gobierno local y el sufrimiento de su pueblo, sus ilusiones y sus motivos de orgullo.

Salí de ahí casi con el sol para continuar vagando por las calles de Katmandú. Estoy seguro de que hubiera podido pasar el resto de mi vida sin dormir estando ahí. A pesar de sus conflictos, la gente no dejaba de sonreír y dirigirme su característico saludo. "Namasté", decían como una reverencia al otro, reconociendo la chispa divina que llevamos todos dentro. Me sorprendieron las vacas que descansaban y rumiaban soberbias, como sabiéndose sagradas. También un entretenido juego de críquet callejero. Y luego del toque de queda impuesto por los maoístas, fui a visitar a la Kumari. Me acompañó Layla, una linda señora que conocí en la plaza Durbar.

Layla trabajó como sobrecargo de Pan Am durante la época dorada de la aviación. Fue la era en la que volar en avión significaba participar de un mundo glamoroso. La tripulación vestía elegantemente, y ser anfitrión de aquel ritual era casi tan difícil como entrar a estudiar a Harvard. Debían ser enfermeras y contar con un entrenamiento de al menos ocho semanas para aprender la manera de hacer rescates marinos, emitir señales de emergencia y tomar precauciones para el manejo de los pasajeros, ya que su primera función era entretener a los hombres de negocios. Les servían comidas opulentas de filete de res complementadas con copas de brandy y habanos. El entretenimiento a bordo era, además de la vista, una visita al bar para fumar un cigarrillo y beber otra copa. "Teníamos que ser todas de la misma talla de busto, cintura y cadera. Además, sólo aceptaban a las blancas. Nos decían cómo debíamos pintarnos y peinarnos. Teníamos que permanecer solteras, y cuando cumplíamos los treinta años nos despedían", me confesó Layla como con orgullo y asco de camino a la residencia de la Kumari, una diosa viviente. Pero antes de llegar visitamos el palacio real y un hermoso pabellón de madera llamado Kasthamandap, la construcción más antigua de la ciudad, hecha de un mismo árbol.

Kumari Bahal es el palacio de la diosa viviente. Kumari es una niña que representa a la diosa Durga. Existen once niñas-diosas en el valle de Katmandú, pero la que visitamos era la más importante. Las diosas vivientes son elegidas cuando tienen cuatro o cinco años de edad. Deben contar con treinta y dos atributos físicos, entre ellos "ojos de vaca"

y “pecho de león”. También deben permanecer tranquilas en un cuarto oscuro lleno de cabezas de búfalo y sonidos de instrumentos intimidantes. Sus pies no deben tocar el piso jamás. Se les venera en el templo de su respectivo palacio y salen sólo durante los festivales dedicados a ellas. Si en cualquier momento llegan a sangrar o comienzan a menstruar, se dice que su divinidad abandona su cuerpo, por lo que deben ser remplazadas. Layla lloró en su presencia. No sé si se vio reflejada.

Boudhanath, Nepal
Día 802 fuera de casa

No existen las ideas “nuevas”. Tampoco las ideas “propias”. Sólo está la síntesis de lo vivido, aderezada con la imaginación, con la ilusión y con los propios venenos.

Desde la primera luz del día en Katmandú iría en busca de mi anillo. En Nepal se practica una mezcla de hinduismo y budismo, con el valor agregado de las tradiciones locales, que han permanecido intactas por muchos años. La experiencia es compleja, como intentar comprender con la razón el estilo de vida de aquellos que creen en la existencia de más de treinta y tres millones de dioses y negar la de todos. A los de Nepal les gusta lo mismo practicar los sacrificios rituales de animales que la compasión profunda por todos los seres sensibles. A cada instante me enfrenté a las más diversas manifestaciones de su espiritualidad. Y cuando pregunté por la ubicación del mercado de Katmandú para comprar mi anillo era obvio que respondieran: “¿Cuál de todos?” Además, casi todas las calles y callejones de Nepal son como un mercado.

Las ciudades principales del valle son Katmandú, Bhaktapur y Patán. En sus calles desfila la misma procesión del caos que se repite ya desde hace varios siglos. Los practicantes portan sus ofrendas y recitan rumbo al templo, mientras los vendedores de fruta y verdura se disputan el espacio con los cargadores de toda clase de mercancías. En sus estrechas arterias y animadas plazas igual se venden todo tipo de telas y objetos sagrados que antigüedades tibetanas, joyas, pinturas y condimentos. El aroma de las especias se mezcla con el de los puestos de comida callejera, el de la gente y el humo de un sinfín de motocicletas y triciclos de motor, rickshaws. Está también la música de los tambores, las cuerdas y los vientos, que no se limita a las festividades, sino que acompaña la celebración de la vida cotidiana. La gente, al caminar, parecía recorrer la ciudad danzando. Marchan narrando historias con sus pasos y sus gestos y sus miradas curiosas. Todo está cubierto de rojo sagrado, las espirales del humo del incienso y las plumas de mil palomas. La originalidad no parece ser intencional, sino que se les da de manera natural.

Llegué hasta Swayambunath, una fantástica estupa con un enorme complejo de templos a su alrededor. Situada sobre una montaña, fue el sitio más importante para los budistas newaris, los habitantes originales del valle de Katmandú. Los newaris, una de

las seis comunidades étnicas más grandes del país, han sabido resguardar sus formas y costumbres. Luego de subir los ciento ocho escalones del templo me encontré con varios changos que estaban "rezando" junto con los muchos peregrinos envueltos en las nubes del dulce incienso y la fe que allí profesan. Los mismos ojos de Buda que lo adornaban resultaron ser un símbolo esencial en casi todo Nepal, mientras que el mantra tallado en todas las rocas, ruedas, paredes y mentes era el de "om mani padme hum", con toda probabilidad el más poderoso del budismo, asociado con el bodhisattva de la compasión en su representación de Avalokiteshvara. Se dice que Su Santidad el dalái lama es la reencarnación de aquel ser, que posee el conocimiento supremo de las formas para lograr la iluminación. En el Tíbet se conoce como Chenrezig. Su presencia física en la tierra es la máxima expresión de compasión, pues ha "sacrificado" su propia liberación para continuar compartiendo el camino en beneficio de los demás.

"Om, la joya en el corazón del loto, hum" es la traducción del mantra según los monjes encargados de aquella estupa. Intentaron explicarme con palabras que al momento de repetirlo se está reconociendo a la divinidad manifiesta en cada uno de los seres sensibles que habitan el planeta, y allende. Om es todo el silencio, así como todo el sonido, a lo largo del tiempo. Es como el rugido de la eternidad. La joya es la esencia primordial, mientras que el loto recuerda el mundo de los fenómenos. Hum como tal no me pareció tener una definición concreta, sino ser más bien una afirmación de la existencia. Dicho mantra era lo último que quisieran decir allí todos antes de morir, pues hacerlo implica recibir la compasión y el apoyo del Gran Misericordioso, lo cual significa la liberación instantánea. Algo así como la confesión cristiana antes de la muerte. Una última oportunidad de reconciliación. También me dijeron que si buscaba un anillo lo encontraría en las tiendas de los más de cincuenta monasterios establecidas del otro lado del valle luego de la invasión china al Tíbet, Boudhanath.

En Boudhanath los tibetanos que fueron expulsados de sus tierras sagradas rezaban dándole vueltas a la estupa esférica, que también fue reconocida como patrimonio de la humanidad. Los tibetanos lo han hecho desde hace cientos de años, pues "Boudha" se ubica sobre la antigua ruta comercial entre la que fuera su capital y Katmandú. Por ello en Boudhanath se pueden encontrar las mejores artesanías y antigüedades tibetanas desde un tiempo sin memoria. Llamaron mi atención las tapas de los cráneos humanos empleados en la elaboración de medicinas y elíxires, así como los fémures perforados para utilizarse como trompetas rituales. Compré uno de cada uno. El fémur creo que fue de un niño, pues era pequeño. Aun así lograba un sonido magnífico. También conseguí dos cráneos humanos transformados en un tambor "bicónico" que se conoce como damaru. Y además de un increíble mala, o collar de cuentas hecho con las semillas de la flor de loto, me encontré con mi anillo. "Om mani padme hum" decía su relieve sobre la plata bañada en oro. El ciclo al fin había sido cerrado, pero no sentí ninguna satisfacción

especial. No hubo una luz que me succionara ni una nave extraterrestre que pasara a recogerme. Nada pasó en realidad. Nada físico al menos. Así que no supe qué seguía en mi camino.

Luego de perderme visitando los numerosos templos y monasterios de los diversos linajes budistas seguí caminando sin rumbo ni motivo. Cuando llegué al santuario de los "dragones trueno" pedí que me llevaran con su líder, pero la cabeza de su linaje se encontraba dando un curso en Malasia. Ya nos conoceríamos varios años después y me llamaría por mi nombre verdadero. Pero esa noche la pasé en el monasterio de su padre, y durante los siguientes días recibí diversas iniciaciones y bendiciones canalizadas por un monje que acababa de escapar del yugo chino en el Tíbet. Justo había yo leído una nota sobre su escape en el periódico local durante mi visita a la capital de Camboya. Había leído sobre las atrocidades y los abusos de los chinos contra el pueblo tibetano, pero nunca los había escuchado de viva voz. Me parecieron imperdonables. Sin embargo, la respuesta de los tibetanos a la violencia ha sido y seguirá siendo rezar por los miembros del ejército que destruyó sus hogares, quemó sus templos y mató a sus hermanos. "Lo hacemos porque los consideramos *maestros* y con el fin de que tomen conciencia de sus actos —me dijo aquel gran maestro—. Tal vez así nos dejen vivir como hemos querido siempre: en paz."

Pokhara, Nepal
Día 899 fuera de casa

Nada es imposible, tan sólo improbable. Amor es sólo una palabra. Miedo, también. Lo importante es lo que genera en nosotros poder reconocerlas mientras hacen uso de nuestros cuerpos, como consecuencia de nuestras acciones o por medio del pensamiento. Una mala interpretación de las palabras puede conducirnos a nuestro destino sin haber disfrutado del camino.

No recuerdo cómo llegué a Pokhara. Además, se mojaron las páginas de mi diario de campo, donde describí con lujo de detalle lo acontecido en esta mágica ciudad a orillas del lago Phewa, cuerpo de agua dulce situado a unos setecientos metros sobre el nivel del mar. Su profundidad no es mayor de veinte metros. Dicen que jamás se ha congelado, pero el agua estaba helada cuando me metí a nadar. Creo que tomé un autobús desde Katmandú. Son más o menos doscientos kilómetros de distancia. Lo primero que hice fue refrescarme dentro de sus aguas alimentadas por los muchos ríos que escurren de las montañas que se levantan como una muralla infranqueable en el horizonte. En el centro del lago Phewa se encuentra una isla donde se yergue el templo de Tal Barahi, dedicado a Durga, la diosa suprema de una tradición del hinduismo que se basa en el culto a la energía femenina del universo. Por ello es frecuentado tanto por los hinduistas como por los budistas.

En Pokhara decidí no hospedarme en Baidam, la ribera este del lago Phewa, repleta de hoteles y restaurantes. Lo que hice fue más bien rentar una barca de remos para dormir flotando a la intemperie. Y es que cuando llegué y miré de frente la cordillera del Himalaya quedé perdidamente enamorado. No te alcanza el cuello cuando desde el lago intentas mirar sus cumbres de frente. Por ello hay que recostarse. Ahí estaba la cordillera del Annapurna —parte de los Himalayas, que se extienden de oriente a occidente por más de tres mil kilómetros—, con su magnífica cumbre "Cola de Pescado" y el macizo que tiene un pico arriba de los ocho mil metros, así como otros trece colmillos que rascan el techo del cielo más allá de los siete mil. Menos de doscientas personas han intentado llegar a la cima, y una de cada tres murió en el intento. Es el porcentaje más alto de cualquier montaña en el planeta. Era simplemente espectacular, una vista divina.

La cordillera del Annapurna posee también la décima cumbre más alta, y sin duda una de las más sagradas. Su nombre significa en sánscrito "repleto de comida", pero en realidad recuerda a la diosa de las cosechas; Annapurna devi es la madre que nos alimenta, un avatar de Parvati, la esposa de Shiva. Se dice que sin ella estaríamos perdidos, hambrientos y desorientados. Su templo más importante se encuentra en Varanasi. Pero Annapurna es su morada, así que decidí emprender el camino a su santuario.

En los años treinta Alfred Wegener postuló la idea de la deriva continental, iniciando una revolución en el pensamiento geológico que culminó con el desarrollo de la teoría de las placas tectónicas. Dicha teoría explica, entre otras cosas, el surgimiento de cadenas montañosas, como las cordilleras del Himalaya y los Andes, a consecuencia de la incesante colisión entre los subcontinentes y las placas con el continente. Eso explica que la altura de sus montañas se haya incrementado a razón de unos diez centímetros al año. La idea de que el movimiento incesante de la Tierra une a ésta con el cielo me resultaba emocionante. Al momento de emprender mi expedición para escalar una de las diez montañas más altas del planeta lo único que podía pensar era que estaba parado sobre una escalera geológica rumbo al cielo.

Muchos de los sitios arqueológicos y religiosos que había visitado hasta entonces me daban la impresión de reflejar una aspiración de los humanos de acceder al cielo. Las montañas han sido siempre consideradas la morada de la divinidad. El Kilimanjaro es sagrado para los masáis de África oriental como lo fue para los antiguos griegos el Olimpo. El monte Kailash, en la cordillera del Himalaya, es reverenciado tanto por los hinduistas como por los budistas, así como el monte Meru, considerado el centro del universo. En la tradición judaica, Yahvé se apareció a Moisés en la cima del monte Sinaí, y la palabra babilónica *zigurat*, pirámide escalonada, se refiere a un pico montañoso similar al montículo divino que surgía de las aguas primordiales. Eso, se dice, fue lo que inspiró la edificación de las pirámides egipcias.

La montaña es, pues, el medio para lograr el ascenso hacia el reino de los dioses, y hasta una pequeña roca puede revelarse como base para dicho impulso espiritual en el sentido vertical. Así ocurrió cuando Mahoma, el máximo profeta del islam, trepó por la roca que cimentaba la base del antiguo templo judío de Salomón y atravesó los siete cielos hasta llegar ante Alá. "Si la montaña no viene a ti, ve tú a la montaña." Al igual que las montañas, un templo suele ser la reproducción del cosmos en la tierra, un intento humano de imitar a la naturaleza en su ascenso a la divinidad. Pirámides mayas, templos hinduistas, pagodas budistas… No estoy seguro de que la fe mueva montañas, pero sí lo estoy de que al menos provoca su edificación y sobre todo su explotación.

En Pokhara conocí a una pareja de ingleses que habían ido a caminar por las montañas con rumbo al Santuario de las Annapurnas. A la mañana siguiente emprenderían su camino de regreso a casa. "Pobres de ustedes", les dije, pues me entristeció la idea. Bebimos cerveza y jugamos al billar. Nos reímos mucho y nos caímos muy bien. No recuerdo sus nombres. Seguramente estaban escritos en las páginas perdidas de mi diario de campo. Lo que recuerdo es que al final de la noche me regalaron el mapa que habían utilizado, así como un frasco lleno de pastillas de yodo para purificar el agua de ríos y manantiales que fluyen en las montañas, y un gran pedazo de "chocolate". Yo nunca había visto tanto hachís, una droga psicoactiva derivada del cannabis. Se dice que aquel "chocolate" lo producen las más bellas doncellas del norte de la India cuando cubren sus cuerpos desnudos con la goma que desprende la flor de la amapola. Entonces corren por los campos donde florece la cannabis para que los tricomas que desprenden sus flores queden atrapados entre sus senos y su vientre, así como en sus piernas y caderas. Luego pasan la tarde acariciando su piel, haciendo círculos concéntricos con sus manos, como cosechando la pasta maleable, que se torna de un color marrón con reflejos verdes y rojizos. Y así se van formando las "pelotas de chocolate" que más tarde se meten otros por el ano para poder traspasar las fronteras del hombre y llevarlas hasta tus labios, y finalmente a tus pulmones, tu sangre y tu recuerdo.

Cordillera de los Himalayas, Nepal
Día 1007 fuera de casa

Después de un viaje a lo remoto, el viajero percibe un mundo más bello de lo que imaginaba. Ciertas zonas oscuras del planeta y del alma se revelan de manera directa, llenándose de vida.

Luego de conseguir un permiso en Pokhara comencé mi expedición. Bajo una higuera descansaba un grupo de sherpas y porteadores, esperando a sus clientes. Los sherpas son miembros de una orgullosa tribu originaria del noreste de Nepal, descendiente de los pastores budistas que hace algunos siglos bajaron de su hogar en el

Tíbet oriental, tal vez por falta de recursos o por invasiones. La palabra *sherpa* significa "oriental" en el idioma tibetano, y tanto su cultura como su apariencia recuerdan su origen. A mí se me hace que son los habitantes originales de Shangri-La.

Los porteadores, por su parte, eran exiliados tibetanos que habían estado buscando una manera digna de sobrevivir. Había también algunos porteadores de origen mongol. Ellos suelen ir descalzos y usar pantalones cortos. Además de su comida, cobijas y recuerdos, pueden cargar en la cabeza, dentro de unas grandes cestas de mimbre, más de treinta kilogramos de peso. Algunos llevan más de cuarenta, pues de ello depende el precio de su esfuerzo. Los sherpas, por su parte, suelen llevar equipo técnico y ser contratados como guías expertos por las expediciones de quienes invierten una fortuna para hacer lo mismo que yo me disponía a realizar. Yo, sin embargo, no tenía sherpas ni porteadores ni tampoco dinero, ni mucho menos idea de cómo lograría abastecerme durante mi expedición.

Después de sellar mi permiso a la entrada del área de conservación saludé a la muerte. Un senderista suizo había sido sepultado por una avalancha. Su cuerpo fue recuperado varios días después. Iba bien acompañado, guiado, con tiendas de campaña, porteadores, cocineros, equipo de primera, y aun así pereció. Lo miraron pasar también un grupo de niños inexpresivos, así como unos cerdos. La luz iluminaba las blancas cumbres del Annapurna muy a la distancia, marcando mi destino. Un grupo de comerciantes de lana y de sal llegó al tiempo que yo comenzaba mi ascenso.

Pasé todo el día subiendo y bajando colinas como una cabra de monte: mi signo en el horóscopo chino. Después de mucho observar el mapa me di cuenta de lo distante de aquella realidad que se representaba frente a mí. Había muchos pájaros y plantas que no sabía nombrar. Había también asentamientos humanos que ya no deseaba ver, perros ladrando, niños con mocos. Entonces razoné. Primero pensé que el agua del río proviene del deshielo. Luego llegué a la conclusión de que las cimas de las montañas están cubiertas de hielo. Entonces supuse que si lo que yo quería era llegar a la cima del Annapurna I tendría que seguir el río derivado de sus glaciares. Me pareció obvio, por ende, ir a contracorriente.

Recuerdo que la primera noche que pasé a la intemperie la dediqué a mirar las estrellas y el reflejo de la luna sobre las cumbres nevadas, al amparo de una pequeña fogata. Había pasado la tarde dentro de una tradicional "casa de té". Allí cené mi primer té de mantequilla de yak, así como un pedazo de búfalo en salsa verde tan lleno de nervios que habré terminado de masticarlo poco antes del desayuno. Sin embargo, decidí que mientras la temperatura me lo permitiera no gastaría en refugios, y tendría que acostumbrarme a dormir así sin más sobre la nieve y el hielo si deseaba llegar a la cima del Annapurna I.

El segundo día caminé desde temprano, cubriendo una gran distancia antes de reposar mis extremidades. No podía evitar los eructos con regusto a huevo podrido. Sin embargo, son una molestia mucho menor que la deshidratación. Conforme avanzaba, la corriente del río que había decidido seguir era más poderosa. En ocasiones tuve que improvisar puentes con rocas y troncos para poder cruzarla. A veces también me encontraba con acantilados de paredes de laja imposibles de escalar, así que tenía que rodearlos. Eso me tomaba horas, a veces el día entero, tan sólo para poder avanzar unos cuantos metros. Poco a poco comenzaron a presentarse parches de nieve revuelta con el lodo. Las aves de rapiña volaban en círculos a la distancia.

Mientras caminaba sentía como si algo o alguien me estuviera observando. Pero no había nadie. Cuando las noches comenzaron a ser heladas, las "casas de té" se fueron distanciando mucho unas de otras. Podía pasar un día entero o dos sin encontrarme con un refugio. Tenía que comenzar a planear mejor mis días para no seguir quedándome en medio de la nada, pues sobrevivir a la intemperie se estaba convirtiendo en un verdadero reto. De hecho, no lograba conciliar el sueño más de una hora seguida. Despertaba helado, tembloroso, hambriento. Fue entonces cuando decidí hacer uso del "chocolate". Nunca había consumido hachís. La primera ocasión simplemente me comí un pedazo del tamaño de una luneta de chocolate, y algunos minutos después pude al fin conciliar el sueño.

Una noche comenzó a nevar. Por fortuna, conseguí llegar a una casa de té. Era un construcción muy modesta. Tan sólo una estructura de madera pintada de azul en medio de aquella inmensidad. Descansaba en una gran pared de roca y frente a los rápidos del río. Habían construido un puente con pedazos de madera y metal. Se sostenía milagrosamente, pero aun así logré atravesarlo para llegar al refugio. En el lugar vivía una familia de sherpas. Pasé la noche dentro de la cocina, cerca del fuego, escuchando relatos sobre los duendes que viven en las montañas y hacen travesuras a visitantes y habitantes por igual. Su niño, de unos cuatro años, usaba un sombrero tradicional newari. De la nariz le habían escurrido unos mocos, ahora secos. Jugaba con un chango que tenía de mascota, jalando la cuerda atada alrededor de su cuello. El chango jalaba de vuelta la cuerda. Eso hacía que el niño se riera, lo cual hacía reír a su padre, lo cual a su vez me hacía reír a mí. Pasé toda la noche masticando el pedazo de búfalo en salsa verde que me dieron para cenar. El papá del niño del chango me vio comer un poco de hachís antes de ir a dormir. Le causó aún más risa que las ocurrencias del chango. Entonces sacó un pedazo de papel y me enseñó a forjar un toque a la luz de dos velas. Fumamos juntos mientras el niño y el chango se ponían a jugar con sus sombras proyectadas en la pared. Esa noche perdí mis calcetines de repuesto. Los había dejado colgados fuera de mi habitación para ver si se secaban. "Maldito duende", dije a la sombra que permaneció oculta toda la noche dentro del cuarto.

Más allá de los cuatro mil metros de altitud los robles desaparecieron y las nubes comenzaron a rodearme casi todo el tiempo. El padre del niño del chango me había advertido que dejara de caminar a las doce del día, pues llegaría a la zona de avalanchas. Yo adoraba pasar las horas encontrándome con nadie. Poco a poco la nieve me dificultaba el movimiento. También me había dejado de sentir como un animal de dos patas recorriendo su larga vida en busca de significados. Un mono ambicioso y lleno de miedo. Las dimensiones eran majestuosas. La capa de hielo sobre el río todavía no era lo suficientemente fuerte como para sostener mi peso. Cada vez que tuve que cruzarlo fue una verdadera aventura. Pero llegó un momento en el que el río se congeló por completo. Se volvió un recuerdo. Ya no tenía cómo guiarme, así que aprendí a confiar en el camino.

Me encontraba en el corazón de la zona de las avalanchas, cruzando a mediodía un tramo donde era evidente que los deslaves habían arrastrado muchos árboles y rocas del tamaño de ballenas jorobadas. Eran producto de un desprendimiento reciente. Las advertencias que recibí como sugerencias no me habían hecho considerar la situación real de aquella inestable región. Estaba en el umbral de un mundo de hielo para el cual no estoy preparado ni equipado. Cuando cayó la noche y no supe hacia dónde caminar, me senté a descansar. Entonces el sueño comenzó a trepar por mis extremidades. El frío se apoderó de mi cuerpo. Se extendió luego hasta dominar mi cabeza. Sin embargo, aquel dulce descanso me quitó el frío y el dolor. Estaba listo para entregarme a su caricia cuando un poderoso sentimiento me despertó, muy a pesar de mi fatigado cuerpo. Era el llamado de la supervivencia. Mi corazón hizo un último esfuerzo. Mi cuerpo se llenó de adrenalina. Comencé a moverme, como arrastrándome, intentando despertar mis extremidades. Mi respiración se agitó, y antes de caer presa de la desesperación descubrí un pequeño punto rojo en la nieve. Al encender mi linterna constaté mi sospecha. Me llevó unos minutos asimilar aquella visión. Era una catarina. Su presencia me dio fuerza. Entonces pude apreciar que a menos de un paso de distancia se encontraba otra catarina. Y un poco más adelante estaba otra, y luego otra y otra más. Seguí a las catarinas hasta que a la distancia distinguí por fin el reflejo del fuego abierto. Cuando el dueño de la casa de té me miró llegar ya moribundo, le pidió a su hija que calentara un balde de agua. También recuerdo a su esposa sirviéndome un tazón de sopa caliente luego del baño en el que frotaron mi pecho con urgencia. Luego todos me tomaron entre sus brazos. No lloré de miedo ni de felicidad.

Campamento base Annapurna I, Nepal
Día 1026 fuera de casa

Es cierto que en la vida hay dolor. Más aún, la vida es dolor. Por ello creo que no debiera darnos tanto miedo, pues se trata de una cualidad física y, por ende, temporal. Miedo

creo que nos debiera dar seguir muriendo a diario, poco a poco, suspiro tras suspiro, mirando pasar la oportunidad de vivir con plenitud frente a nuestros ojos, y extinguir nuestra existencia como la flama de una lámpara que se queda sin aceite, en lugar de hacerlo con la misma fuerza con la que fuimos concebidos, en un orgasmo que nos recuerde el mismo poder de la creación del cual proceden los átomos que nos componen, emanados de la gran explosión, y hasta la eternidad. Allí radica el misterio de la vida que ha inspirado tantas religiones. Es también la fuente de nuestro verdadero e ilimitado potencial.

Pasé los siguientes días escribiendo mientras me recuperaba de la potencial muerte. La experiencia de la noche anterior me había ayudado a comprender dónde estaba realmente. También me alentó a seguir, pero con mucho más respeto. Cuando me encontraba a tan sólo un día de distancia del campamento base del Annapurna I me sorprendió una gran tormenta de nieve. Al principio era difícil ver más allá de los diez o doce metros, pero luego se volvió imposible ver más allá de dos o tres. De la nada apareció su silueta. Era una anciana. Una mujer sherpa que jalaba con la diestra un yak y con la siniestra sostenía la panza de una gran canasta de mimbre que cargaba con la frente, sujetada con una cinta de pelo trenzado. Su paso era firme y consistente. Sólo atiné a hacerle una caravana. Cuánta fuerza y dignidad.

Cuando llegué al campamento base, éste me pareció una suerte de espejismo. Mi meta era sólo el punto de partida de las menos de doscientas expediciones que antes habían intentado encumbrar el Annapurna I. No sólo supera los ocho mil metros de altitud, sino que tiene una de las configuraciones más hermosas, y a la vez más mortales. Es la morada de los dioses, de eso no me cupo duda. Su cumbre me parecía tan próxima que me invitaba a intentar acercarme. Pero era sólo un efecto óptico generado por la blancura y la inmensidad de aquel valle de glaciares. Las paredes de roca se perfilaban hasta el infinito. Dentro de los acantilados de hielo habían quedado sepultados los cuerpos de aquellos a quienes la montaña había cobrado la visita con sus vidas. Eran recordados en placas de metal que enmarcaban un pequeño altar erigido con las piedras de todos los que llegábamos hasta allá para rendirles homenaje. Yo puse la mía como un símbolo de respeto y admiración para los caídos, pero también como una promesa para mí mismo de que algún día volvería. Y volveré.

Esa noche la temperatura llegó hasta cuarenta y siete grados bajo cero. Cené una sopa de ajo dentro del refugio. Éramos ocho. Cuatro estaban a cargo del refugio, y vivían en él cuando menos durante un mes antes de bajar por provisiones. También les caía bien a sus pulmones descansar, pues allí, cerca de los siete mil metros de altitud, falta oxígeno. Los otros cuatro éramos dos aventureros escandinavos, su sherpa y yo. Cada quien atendía sus propios asuntos y sus propios pensamientos. Durante la noche me puse a escribir para ocupar mi mente y alejarla del frío y el dolor.

Cené mientras escuchaba, sin deberlo, a los escandinavos. Contaban la historia que le dio sentido a mi vida. Hablaban de Cantara. La misma ciudad de la cual me había platicado Jack. Hablaban también de Varanasi, en la India, como el sitio a partir del cual se va al encuentro de aquélla. Pero la mencionaban sólo como una leyenda, como un supuesto entre viajeros. Y cuando se percataron de mi curiosidad cambiaron de tema, iniciando una sesión de historias en torno a cómo y por qué nadie ha logrado encumbrar la "Cola de Pescado" que les duró el resto de la velada.

Cuando amaneció, mi pasta de dientes estaba congelada. Oriné en la nieve fresca. Empaqué mis cosas, me despedí de la Madre, le agradecí su bienvenida y comencé a correr. Corrí todo el día sin parar, así como la noche. A cada paso recuperé el aire de mis pulmones. La nieve cedió pronto frente a la tierra y el lodo. Volví a escuchar el sonido del río. Las piedras afiladas se hicieron grava. Los perros volvieron a ladrar. Me tomó menos de veinticuatro horas regresar a mi punto de partida. Entonces emprendí el camino a Varanasi.

Varanasi, India
Día 1420 fuera de casa

Luego de nuestro primer baño en el río sagrado era evidente que estábamos listos para dar el siguiente paso. Nos sentíamos preparados para iniciar la que, sin saberlo, sería nuestra última travesía durante aquella primera vuelta al mundo.

Primero pasamos al mercado para comprar provisiones. Luego fuimos a la casa de nuestro maestro Baba G para despedirnos y agradecerle de corazón por su instrucción. Steve fue a recostarse un rato. Melifluo se fue a rapar para mirar al otro lado del río, ahí donde las caravanas de camellos revolvían las arenas levantando aquel desértico horizonte. Yo me fui a revisar de nuevo mi correo electrónico. Mi hermana me había escrito unas líneas que cambiaron mis planes y determinaron la suerte que me aguardaba. La primera ocasión que las leí no las entendí realmente. Ahora menos. Entonces fui a tomar un bhang lassi, y regresé para leer el correo por tercera ocasión. Entre líneas me contaba que había conocido al hombre de su vida y que había quedado embarazada hacía unos meses. Estaba preocupada por la forma en la que la familia había tomado la noticia. Tenía miedo y me pedía apoyo para enfrentar la situación. En pocas palabras, me pedía algo que yo no quería hacer: que emprendiera mi camino de vuelta.

A la mañana siguiente contratamos los servicios de un lanchero que nos cruzó al otro lado del sagrado río Ganges. Steve no estaba convencido, tal vez sólo me seguía la corriente. Pero le preocupaba que me fuera sólo con Melifluo.

Durante el trayecto le preguntamos al remero si sabía algo de Cantara. "Así que quieren ir allí donde el cielo es claro, la tierra es fértil y los pozos están llenos", dijo desdeñoso, mirándonos con ojos tan oscuros como la noche. Melifluo asintió con su

cabeza recién rapada y el lanchero no dijo más, sólo se rio hasta que desembarcamos del otro lado del río. Proseguimos a pie contra la corriente y con el sol a nuestra espalda.

Caminamos durante todo el día sobre las dunas de arena y con la ribera al lado izquierdo, siempre a la vista. Ya se escuchaba el eco del tumulto en la ciudad de Varanasi muy a la distancia. Aquí no encontramos rastro alguno de la civilización, ni tampoco un desarrollo urbano. De hecho, no había nada de factura humana en pie. Tan sólo restos de barcazas de madera. De cuando en cuando la envoltura de plástico de algún alimento. A veces los huesos de un perro muerto sobre la arena, en la cual despuntaban pastizales secos. Parecía como si la vida se hubiese secado. No se escuchaba ni siquiera el trino de un pájaro, mucho menos el llamado de los insectos. Tan sólo era el chasquido del agua y de cuando en cuando el murmullo de Melifluo, hablando como consigo mismo, dirigiendo el rumbo de nuestra caravana.

Tanto la novedad como el desierto suelen repugnar a la gente. Nosotros, sin embargo, nos sentíamos fascinados. Al menos Melifluo y yo. Steve ya estaba listo para volver. El sol parecía haberse detenido. Seguía siendo mediodía desde hacía varias horas. El calor era insoportable, así que intentamos meternos al agua del Ganges para refrescarnos. Sin embargo, la ribera era guarecida con una especie de arena movediza. Estaban los restos de una vaca como advertencia. Atrapada en el fango. Seca hasta los huesos. A mí me dio miedo acercarme. Steve comenzó a cuestionar de nuevo los motivos de nuestra expedición, intentando disuadirme. Entonces Melifluo le dio un golpe tan fuerte que le sangró la nariz. Con eso fue suficiente.

De pronto se hizo de noche. Melifluo y yo acampamos al llegar a las faldas de unas montañas donde los cuencos de las rocas resguardaban pequeños pozos de agua. De ahí bebimos. Luego hicimos fuego y extendimos las bolsas de dormir sobre la arena. “Ni las víboras ni la sed me dan miedo”, dijo Steve como diciendo que ya había tenido suficiente de esta aventura y que era tiempo de volver. “Es tu locura”, concluyó señalando a Melifluo, quien fumaba su pipa sin inmutarse siquiera ante la crítica. Melifluo se comportaba de manera extraña, hablando solo y mirando siempre hacia delante. “Pero ultimadamente quién no lo está”, intervine yo para suavizar la situación, rompiendo el silencio incómodo. Era inevitable: con la primera luz, Steve regresaría siguiendo los pasos que nos habían llevado hasta ahí. Yo le prometí que lo pensaría durante la noche. Melifluo no tenía dudas: seguiría hasta ver culminada su misión. Nadie habló el resto de la noche.

Cuando desperté, Steve ya no estaba. Melifluo miraba el amanecer sentado junto a una gran hilera de girasoles. Eran una señal de que íbamos por buen camino. Al menos así lo percibí. Al fondo había unos inmensos peñascos rojizos desde donde se observaba una gran poza alimentada por el río, donde se habían acumulado troncos en torno del cuerpo putrefacto de un niño como de siete años. “Justo cuando uno toma conciencia de

sí mismo", pensé. Cuando nos acercamos lo miré con detalle. Mostraba algunos mordiscos de peces y perros. Había sido llevado hasta allí por la corriente. Sentí una ráfaga de emoción. "La sangre sabe a óxido", me dijo Melifluo como con miedo. Había alcanzado un estado en el que, sin hacer nada, nada quedaba sin hacer.

Esa mañana sólo yo quise bañarme en el río. Por momentos me fascinaba la idea de sentir el roce de las pieles verduscas e inflamadas de los cuerpos, que fluían con la velocidad de las nubes. Me hacían sentir un nudo en el estómago, pero debía ignorar qué más podía haber en el fondo de aquellas aguas sacras revueltas con cenizas. En realidad, me aterraba. Pero también me fascinaba.

Melifluo siguió la vereda marcada por los girasoles. Iban aumentando su tamaño, hasta que se elevaban a más de tres metros del suelo. Nunca había yo visto cosa semejante. Para él, ya no debíamos seguir a orillas del río. A mí me daba certeza saber que lo tendríamos como un punto de referencia. Él lo que quería era perderse para encontrarse. Así que lo decidimos con un volado. Yo perdí.

A poco, el árido camino se fue repletando de color, y más tarde se transformó en un paisaje abundante. En aquellas verdísimas colinas hallamos los restos desiertos de un poblado, a orillas de un tributario cristalino y rodeado por una centena de templos de piedra en grandiosa decadencia. Habían sido carcomidos por el tiempo, el olvido y la vegetación. Me recordaban la arquitectura budista con influencias hinduistas que pude apreciar en Angkor. Recuerdo cómo me sofocaba la humedad. Aun así no había señal de vida. Yo estaba seguro de que ésa era la puerta de entrada a la que debía de ser Cantara. Me sentía satisfecho de haber encontrado un sitio en lo remoto, fuera lo que fuera, apartado del camino conocido.

Había caído la tarde. No sabía que Melifluo tenía una herida tan profunda hasta que lo vi cambiarse una tela de seda anaranjada como aquellas con las que envuelven a los muertos. Se la había infligido él mismo para sentirse vivo, pero por su descuido se había infectado al punto de requerir asistencia médica. Él, sin embargo, comenzó a untarse barro sobre la herida. De noche le dio fiebre, y la pasó contándome historias como si se estuviera despidiendo de mí. No pude evitar sugerirle que debíamos regresar al día siguiente para poder atender su herida abierta. "No hemos llegado —me dijo como enajenado—, y para mi herida no hay cura. Sólo en Cantara."

Yo había tenido suficiente. Si Melifluo quería seguir hasta llegar a la nada, yo no lo seguiría. "Cada día es el principio y el fin del mundo", le escuché decir a mi compañero por esas tierras desoladas que se convirtieron en mi primer destino. Habíamos caminado, a mi parecer, sin rumbo por las dunas de un desierto, remoto como todos los desiertos. Me imaginé que se refería al sentimiento del viajero que enfrenta la incertidumbre al salir de su hogar. El brillo de las estrellas apenas comenzaba a ceder. Pero no fue hasta que el cielo se aclaró cuando lo entendí. Mi cuerpo sintió la pulsación del alba, y a la

distancia percibió los sonidos que sólo las plantas y los animales saben hacer al despertar. “La vasta sinfonía del Bhagavadgita continúa”, murmuró Melifluo, deteniéndose abruptamente para realizar una reverencia ante las primeras manifestaciones del día. El desierto había llegando a su fin, y nosotros a nuestro destino.

Cantara
Día 1421 fuera de casa

En el momento en el que Melifluo se abalanzó hacia mí pude notar la rabia manifiesta en sus ojos. Estaba como poseído por algún demonio que se negaba a emprender el camino de regreso. La nuestra sería sin duda una lucha a muerte, la primera de mi vida, pues no había forma de que ambos sobreviviéramos. Uno tendría que morir, ahí mismo, esa mañana, a orillas del río Ganges, luego de haber descubierto al fin la ubicación de la mítica Cantara.

Melifluo me tomó por sorpresa. Sostuvo mi cuello con fuerza entre sus manos. Me contuvo con el peso de su cuerpo. Poco a poco la visión comenzó a presentarse borrosa. Busqué desesperadamente con las manos algo para desprenderme de su presencia. Tropezaban sólo con el fango y algunas ramas. Entonces sentí un hueso, y lo golpeé con tanta fuerza que se desmayó. Luego pude tomarlo del pescuezo y meter su rostro en el agua hasta que dejaron de salir burbujas. Estaba hecho. Al fin Melifluo había muerto.

La fragilidad del manto acuoso, apenas alterada por la luz, se vio abruptamente turbada por la vibración de un objeto volador, aún no identificado. Mis ojos se adaptaban a la luz del sol. Era como si acabara de nacer. Como si alguien más tuviese el interruptor. Allí entendí mejor las últimas palabras de Melifluo. El físico se presentaba como una inevitable incomodidad, oblicua, absurda, repleta de dolores y clichés. Me urgía levantar el campamento para descansar. Tomé mi pipa, mi mala y mi mochila. Entonces comencé mi regreso a Varanasi.

Aquello que sale de la boca de un viajero suele ser una historia. ¿Acaso creemos que ya no quedan tierras por descubrir? Hasta hace relativamente poco se desconocían la forma y el tamaño del planeta. Hasta hace poco también se temía que los ejércitos de Gog y Magog consumaran el fin del mundo.

Por supuesto que todavía existen destinos inhóspitos e historias por descubrir. Por ello, seguirán naciendo poetas y exploradores dispuestos a sacrificar todo lo conocido en aras de desentrañar los misterios que conlleva emprender el camino a casa.

Relato esta experiencia debido a una promesa que me hice a mí mismo hace tiempo. Es, en realidad, una meditación de lo extraño y revelador que puede llegar a ser un viaje, sin importar su duración. Es también una invitación a salirse del camino conocido para

enfrentar nuestros propios miedos y prejuicios. No es un proceso agradable, ni siquiera seguro, pero sin duda se justifica.

Confieso que mi primera vuelta al mundo en soledad fue algo circunstancial. No había yo cumplido los veinte años de edad cuando conocía ya más del planeta que Marco Polo, Vasco de Gama y Magallanes juntos. Lo digo con la vergüenza de un ilusionista que falla en su truco allí frente a su audiencia. Disimulo el dolor. Mi sangre ya escurre por el suelo, sólo espero no perder el semblante. Pero no los hubiera dejado mirar mis entrañas, ni tampoco verme palidecer tan sólo para pedirles ayuda. Hubiera preferido morir frente a sus ojos antes que admitir mi verdad. Sin embargo, recuerdo con cariño cada circunstancia y la refiero sin otro afán que el de compartir.

Agradezco a los involucrados en la peripecia que fue descubrir con mis propios ojos el tamaño del mundo y de mi propio contenedor. Sobre todo a mis padres. Nada ha sido más enriquecedor. Nada podría serlo. Fue como reclamar el derecho de ser el protagonista de mi propia vida. Ejercer el derecho de libertad de nuestra propia y errabunda especie.

El presente es, por supuesto, un objeto artificial, resultado del recuerdo. Me ha enseñado que cada cosa tiene su propio tiempo, como un boleto de ida y sin regreso.

Aquel anillo que compré en Katmandú lo porté durante muchos años, hasta que lo olvidé en un baño de la universidad luego de lavarme las manos. No sé por qué tenía la costumbre de quitármelo antes de enjabonarme. Tal vez precisamente para no perderlo. Y así fue como el símbolo se volvió parte de mi forma de ser y hacer las cosas.

Al tomar la decisión de volver a casa viajé de Varanasi con rumbo a Nueva Delhi. Pasé una semana entera buscando la manera de volver. Cada noche era la misma pesadilla al imaginarme de regreso. La última noche en Nueva Delhi la pasé arrancando los nudos de mi cabello. Hacía tiempo que no me miraba en el espejo. Deseaba verme presentable. Vomité de la ansiedad. La idea de volver me aterraba. Aún lo hace.

La siguiente noche la pasé en la sala de espera del aeropuerto de Karachi, en Pakistán. Una centena de peregrinos volvían de la Meca con los rostros cansados, pero complacidos. Uno de ellos me regaló su collar de cuentas de marfil. Yo, a cambio, le di mi mala hecho con semillas de flor de loto. Ambos habíamos logrado consumar la misión sagrada de lo imposible. La noche siguiente la pasé en Daca. Al recostarme me dio una fiebre terrible. A la mañana siguiente abordé un avión con rumbo a Bangkok, donde pasé las horas de espera entre la llegada y la salida de mi vuelo a Londres haciendo lo que más me gustaba allí: recibiendo un masaje, bebiendo un jugo de piña y comiendo un arroz frito con mariscos retacado de glutamato monosódico.

Al llegar a Londres me dirigí a la estación de trenes y emprendí el camino para volver a cantar mis alabanzas, cuando menos una última ocasión, en la abadía de San Miguel. Me quedé dormido en la base de la entrada, agotado luego de tres días

ininterrumpidos de vuelos, revisiones y esperas. Cuando los monjes abrieron la puerta y me miraron recostado sobre la roca fría me dieron de cenar y platicaron conmigo aun cuando ya era la hora de permanecer en silencio. Pero no había mucho que decir, ya que mis ojos lo decían todo.

Salí de madrugada, reconfortado, listo para enfrentar el tramo a Nueva York, y de allí a la Ciudad de México. Casi ciento veinte horas después de despedirme del río Ganges llegué de vuelta a casa y vi a mis padres. Los abracé con fuerza. También a mi hermana. Esa noche dormí en el asiento del coche. Toda la noche tuve pesadillas. Soñaba que volvía a casa. Cuando desperté, mi pesadilla se había hecho realidad. Renté un traje y fuimos a la boda.

• • •

Hay cierta incongruencia entre los diferentes tipos de viajeros y sus viajes. Cuando los viajeros de la ciencia o la ficción regresan a casa luego de recorrer el universo se encuentran con cambios de décadas completas. Todos aquellos que conocieron están muertos, y los hijos de sus hijos, cubiertos de arrugas, manipulan tecnologías futuristas. Está, por otra parte, mi experiencia.

El viajero que ha emprendido su misión de manera circunstancial vuelve luego de un periodo de tiempo eterno, al menos en su apreciación. Ha permanecido aislado en mundos que le eran ajenos. Vivió experiencias que lo arrugaron poco a poco. Cumplió años, casi vidas. Y cuando regresa se encuentra con que han transcurrido solamente algunos meses. Los baches de las calles que frecuentaba siguen abiertos. Habrá un par de nuevos topes y señalamientos, pero nada radical. Las plantas del jardín habrán crecido cuando mucho unos centímetros. Únicamente los que fueron sus familiares más cercanos o sus amigos más íntimos habrán notado su ausencia, y de nuevo su presencia. El viajero querrá, pues, saberlo todo, pero en menos de cinco minutos recibirá el detalle de los acontecimientos. Los demás, por su parte, quedarán hastiados de tantos recuerdos y experiencias. Preferirán excusarse y volver a sus labores cuando el viajero intente relatarles lo sucedido. “Nosotros también hicimos cosas”, le responderán todos a quienes quiera contarles un fragmento de su experiencia.

De vuelta en casa, la realidad parecía estar diseñada para sosegarme con la quimera de que todo estaría bien. ¿Dónde había quedado la reacción instintiva de buscar la propia definición de la felicidad? Impresa en el código que compartimos con nuestros antepasados está la chispa que nos hace viajar. El espíritu nómada, la esencia viajera es el fundamento de nuestra especie. Pero algo hizo que comenzáramos a desear poseer las cosas y olvidamos buscar las respuestas que radican en la infinitud de nuestra existencia, sofocados por una subcultura de frituras y telenovelas, por la incertidumbre de cómo

pagar las deudas y las necesidades creadas a fin de sostener el estilo de vida de los manipuladores que subsisten a nuestras expensas, quienes prefieren que nos mantengamos sometidos y dispuestos a sacrificar cualquier posibilidad de ser la mejor versión de nosotros mismos.

Pronto me sentí como un animal en cautiverio. Sólo pensaba en encontrar la forma de salir de aquella espesa burbuja. Enfermo del alma, caí en una profunda depresión. Me había cuestionado las creencias fundamentales, pero la pregunta recurrente era ¿qué vas a estudiar?, o ¿cuándo vas a comenzar a trabajar y a convertirte en alguien de provecho? No esperaba una cálida bienvenida, pero jamás imaginé semejante frialdad.

Poco a poco el distanciamiento se apoderó de mí. Era imposible mantener conversaciones. Había perdido toda mi capacidad de jugar con la imaginación. Faltaban meses para que iniciara un nuevo curso de medicina. Ya ni siquiera sabía si quería estudiarla. Aquella inflexible realidad me recordaba los errores y los estigmas desde el momento de mi nacimiento. No perdonaba ni permitía el cambio, pues la forma de entender y enfrentar el mundo era quitándole su cualidad fundamental: el cambio, el eterno movimiento y el renacimiento constante.

Inmerso en la depresión de mi propio mundo comencé a escribir para sanar las llagas de mi existencia. Quería exponer mis reflexiones, plasmar en letras mis experiencias para que pudiesen incitar y ser leídas en soledad. Entonces tal vez su receptor pondría también en entredicho sus reglas de vida y se cuestionaría lo que hasta entonces había conocido como su "realidad". ¿Habrá algo mejor para mí? ¿Podré ser alguien mejor?

Por más que te resistas al viaje, finalmente te atrapará, sembrando la semilla de la duda que luego crecerá como un débil brote. Seguirás con tus actividades, que poco a poco te darán menos satisfacciones. Antes de darte cuenta el árbol se habrá levantado y enraizado en tu corazón. El camino te llamará y te volverá a llamar. Te pondrá pequeñas señales, migajas a cada paso, catarinas en la nieve. Podrás evitar su mirada. Podrás creer que no las entiendes. Pero tu propia vida anhela el cambio y la transformación. Ésa es la medicina que sólo el viaje ofrece. Y entonces te verás en una situación en la que tendrás que elegir si seguir aferrándote al miedo, al dolor y al hastío del pasado hasta que llegue el día de tu muerte, pues ten por seguro que llegará, o si darás el paso al vacío, en un acto de fe, para reclamar tu derecho a ser feliz.

Seis meses más tarde logré derrotar a mis demonios y me encontré al fin empacando para darle una nueva vuelta al mundo. Entonces decidí dedicar el resto de mis días a viajar.

Mi nombre es Pata de Perro, pero también me conocen como Alonso Vera, y mi oficio es viajar.

ADENDA

La rebelión y sólo la rebelión es creadora de luz, y esa luz no puede tomar más que tres caminos: la poesía, la libertad y el amor.
ANDRÉ BRETON

Para mí la experiencia de viajar es alquímica y medicinal. Me mantiene en un permanente estado de aprendizaje y recreación. Uno no puede quedarse esperando. La inconformidad humana es perpetua. El cerebro suele ansiar nuevos estímulos. El cambio es tal que el planeta se mueve debajo de nuestros pies, llevándonos consigo en un eterno peregrinaje del cual no podemos ser cómplices sino hasta que comprendemos la magnitud del planeta y la extensión de nuestro propio cuerpo. Viajar no es elitista, como muchos creen, pues quien tiene vocación y curiosidad encontrará la forma de hacer del camino su vida. Quien ha tenido a bien probar sus mieles, estará dispuesto a probarlas otra vez.

La cultura de la cual provengo está acostumbrada a pasar el día sin aceptar la idea de que todos, sin excepción alguna, moriremos. Cuando por algún motivo la muerte se nos acerca de más, entonces la damos por hecho. Pero "hoy no", solemos decirnos, "tal vez mañana, pero hoy no".

Así acostumbramos pasar los días, negando lo inevitable; esperando, en silencio, tal vez un indulto divino o una solución tecnológica para nuestro dilema; amaestrando nuestra mente para sobrevivir aferrados a la comodidad relativa que nos otorga semejante transgresión a las reglas del juego. Nos agazapamos en el engaño como una garrapata necesita del otro para subsistir, aplazando la paz y la plenitud que conlleva la aceptación de la muerte como un elemento sustancial de la vida misma. Así es como poco a poco se petrifica lo cotidiano. Así también es como aplazamos nuestro destino.

Antes de darnos cuenta nos llena de terror que llegue la noche y tengamos que vivirla en vela para evitar la sorpresa de la muerte, como con los ojos cerrados. El miedo es una emoción primordial que aflora a consecuencia de la percepción de que nos encontramos en peligro. No importa si es un "peligro" que ya enfrentamos o el de una situación presente. De hecho, tampoco importa si emana de algo real o de un supuesto, ya sean los recuerdos infantiles del terremoto que nos dejó sin hogar o el ataque inminente de otra civilización.

Somos herederos de los miedos que tuvieron nuestros antepasados, ya sea como consecuencia del éxito en su reproducción o del fracaso en su inmortalidad física. Sin embargo, hoy esta incomodidad esencial rara vez tiene que ver con el ataque de un animal salvaje. Suele ser en cambio el resultado de nuestra insatisfacción, pues el peligro más común en las sociedades tecnificadas es el de vivir una vida a medias.

Cargamos también las exigencias del deber ser, así como la expectativa de un papel que no elegimos, sino que nos fue asignado. Nuestras relaciones suelen por ende basarse en el apego, y conforme acumulamos posesiones materiales nos vamos haciendo rígidos, y por lo tanto vulnerables, pues la muerte no es más que el rostro visible del miedo al cambio.

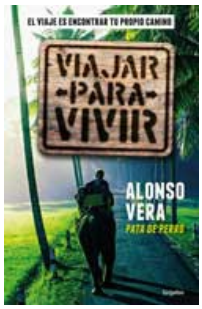
Los ataques de pánico y de ansiedad son, pues, una invitación, si no es que una exigencia personal, de cambio. Cuando nuestro sistema pierde su armonía se convierte en una olla exprés repleta de emociones indigestas. Es energía acumulada con potencial ilimitado para generar la transformación que deseamos, aunque sea de manera inconsciente, ya que el cambio es su finalidad a toda costa. El ansia que antecede al pánico es entonces la manera como el cuerpo nos hace un llamado urgente a tomar las riendas de nuestro propio destino para emprender el camino a la felicidad, por más que intentemos escapar y liberarnos de sus influjos tomando terapias, por más que busquemos suprimirla con ansiolíticos creyendo que nuestra mente funciona como una sopa química que se puede aderezar sin afectar el gusto del resto y de por vida. Y es que el único resultado posible de dejar la olla en el fuego es terminar con los frijoles embarrados en cada recoveco de nuestra existencia.

Pero mi experiencia viajando alrededor del mundo en soledad me enseñó que existe un cuarto camino, una alternativa para utilizar la energía del caos manifiesta en el hastío y poder transformar nuestras vidas de manera consciente y total. Estar “hasta la madre de todo” es una magnífica oportunidad, como un boleto de ida y sin retorno.

No soy guía de turistas, al menos no por el momento. Cuando niño, me hicieron creer que me ganaría la vida, el derecho de piso en esta Tierra, a través de la palabra. “Lengua de miel” fue como al fin me bauticé, pues mi nombre real es Alonso, pero al mirar el efecto de mis palabras durante la vida en el camino tuve que permitirme ser uno y el otro a la vez. Ese Melifluo, ahora recuerdo, fue la personalidad que dejé atrás.

OM SVASTI

¡Que esto sea auspicioso!



Antes de entrar a la universidad, *Pata* recorre Europa con sus amigos, pero sus vacaciones lo dejan insatisfecho. Imagina lo que sucedería si en ese momento renunciara a su cuarto de hotel y emprendiera sin aviso una vía paralela. Durante su reflexión, recuerda un consejo: para explorar el mundo es necesario ser millonario o monje. Así que arma su equipaje y dirige sus pasos a su primer destino, una abadía inglesa.

Con esa decisión, *Pata* emprende el viaje de su vida y nos ayuda a descubrir los motivos por los que vale la pena salir y romper las rutas asignadas. Lo que en principio nació como una demostración de orgullo contra las normas, la extensión del camino lo ayudó a comprender que las referencias geográficas, más que motivos de vanidad, acompañan un verdadero cambio interior.

Con un tono ligero y lleno de humildad, *Viajar para vivir* es el resultado de un trotamundos que aprendió que el desapego y la lucha contra el miedo son las herramientas para comenzar a definir nuestra versión de felicidad con el impulso del camino.



PATA DE PERRO, también conocido como Alonso Vera Cantú, le ha dado la vuelta a México y al mundo en varias ocasiones, viviendo y produciendo en más de cien países desde hace casi veinte años. Su oficio es viajar y hace del turismo sostenible una herramienta para impulsar el desarrollo social y el resguardo ambiental.

Licenciado en comunicación por la UIA, sus estrategias de comunicación y campañas de promoción turística han sido galardonadas a nivel internacional. Pata suele participar en diversos foros y eventos como ponente y conferencista, incluyendo TED. Es columnista del diario *Reforma* desde 2001 y colabora en la sección de turismo de La Hora Nacional.

Ha publicado más de mil artículos, innumerables fotografías, documentales, series de televisión, exposiciones, guías y una centena de capítulos de su blog One Wey en los medios especializados de mayor prestigio. Es creador de Mexico Best Kept Secrets, así como curador de experiencias de vida e itinerarios de viaje en México y el mundo.

alonsovera@viajarparavivir.org
alonsopatadeperrovera
@alonsovera
elpatadeperro

Viajar para vivir

Primera edición: abril, 2017

D. R. © 2016, Alonso Vera Cantú

D. R. © 2017, derechos de edición mundiales en lengua castellana
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México.

www.megustaleer.com.mx

D. R. © Penguin Random House / Jorge Garnica, por diseño de portada
D. R. © Paulina G. Vallejo y Istock by Getty Images, por fotografías de portada y del autor

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización.
Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx)

ISBN: 978-607-315-253-2

Penguin Random House Grupo Editorial

/megustaleermexico @megustaleermex

Conversión eBook:
Mutāre, Procesos Editoriales y de Comunicación

ÍNDICE

Viajar para vivir

Nostos

1. Vivir por vivir

2. El principio del fin

3. Para una sed bien merecida

4. Mi primera vez

5. Si hubiera

6. Melifluo

7. El arte de viajar

8. La letra chiquita del amor

9. Camino a casa

Adenda

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos

Índice

Viajar para vivir	3
Nostos	8
1. Vivir por vivir	10
2. El principio del fin	27
3. Para una sed bien merecida	53
4. Mi primera vez	80
5. Si hubiera	107
6. Melifluo	127
7. El arte de viajar	150
8. La letra chiquita del amor	171
9. Camino a casa	192
Adenda	219
Sobre este libro	222
Sobre el autor	223
Créditos	224